



LAURA SANZ

LA LUCHA DE

JAN

YA TEBYA LYUBLYU

LA LUCHA DE
JAN

Ya tebya lyublyu

Laura Sanz

LA LUCHA DE JAN

Ya tebya lyublyu

© 2017 Laura Sanz

Diseño de portada China Yanly

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ASIN

Para vosotros que me ayudásteis a llegar aquí

Paco

Fely, Angy, Mayte, Maribel, Nerea, Sara y Anastasiya

"I am no bird; and no net ensnares me: I am a free human being with
an independent will"

Charlotte Brontë – Jane Eyre

Índice de contenido

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Capítulo Treinta y Tres](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta y Cinco](#)

[Capítulo Treinta y Seis](#)

[Capítulo Treinta y Siete](#)

[Capítulo Treinta y Ocho](#)

[Capítulo Treinta y Nueve](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Palabras y expresiones en otros idiomas](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo Uno

Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos. Ignoró los gritos que llegaban hasta él, amortiguados por las paredes de ladrillo desnudo, y se permitió unos minutos de descanso. Había sido una noche dura, más de lo habitual, al menos eso le había parecido, aunque ya no podía recordar ni una sola noche que pudiese catalogar como «fácil», pensó con ironía.

Su contrincante, un griego rápido como una bala, había resultado ser casi inaccesible. Pero después de quince largos y agónicos minutos había podido salir ileso de otro combate más.

El número diecinueve. Si hubiese sido un pistolero del Antiguo Oeste, habría marcado una nueva muesca en la culata de su revólver. *Diecinueve...*

Suspiró.

Estaba tan harto de todo eso.

Ya solo le quedaban cuatro peleas más. Cuatro peleas más y la deuda de Till quedaría saldada por fin.

Enterró la cabeza en las manos. No era el momento más adecuado para recordar a su hermano ni para entretenerse con ensoñaciones. El combate que estaba teniendo lugar en esos instantes estaba a punto de finalizar y pronto otros luchadores vendrían a invadir la escasa paz que había encontrado en los vestuarios.

Se quitó las guantillas de golpeo —eran las características de MMA, sin dedos y muy ligeras— y las vendas que cubrían sus nudillos con cuidado. Se había hecho daño en la mano derecha. La flexionó varias veces mientras la miraba con ojo crítico. Estaba hinchada y le dolía. Maldijo en silencio. Sus manos eran —o habían sido— su herramienta principal de trabajo; lo último que necesitaba era no poder seguir adelante con su negocio. Aunque si era sincero consigo mismo, cada vez se ocupaba menos del estudio. No tenía tiempo, y a veces, ni ganas.

Se palpó las costillas y una mueca de dolor le desfiguró el rostro. También habían sufrido lo suyo. Al día siguiente estarían de un atractivo

color morado. Tampoco sería la primera vez. En los últimos meses había llegado a acostumbrarse a que el color púrpura adornase diferentes partes de su cuerpo.

Y de nuevo sintió aquellos molestos pinchazos detrás de los ojos. ¡Maldición! Últimamente eran más frecuentes. Buscó en la bolsa de deporte y sacó el botecito con las pastillas que le había recetado el médico. Se llevó dos a la boca y se las tragó sin agua. Respiró hondo un par de veces a sabiendas de que la medicación no le haría efecto hasta dentro de unos veinte minutos. Se masajeó las sienes con suavidad durante unos cuantos segundos, pero terminó por incorporarse, suspirando con fatiga. Se despojó de los pantalones, cogió el bote de gel y se dirigió a la ducha. Pronto, el agua caliente cayó sobre él arrastrando con ella el sudor que cubría su cuerpo y parte del cansancio que le dominaba.

Por un instante se atrevió a soñar con el final de todo aquello. Con volver a su vida normal, a la que había tenido antes de que Till se desviase del camino y se juntase con quién no debía. Por aquel entonces todo había sido más sencillo. Se había limitado a ocuparse de su estudio de tatuajes y a pasar sus ratos libres con sus amigos y su familia. Había tenido una vida tranquila, agradable...

Simple.

Pero entonces... entonces había firmado ese puñetero pacto con el diablo para salvarle el pellejo a su inconsciente hermano pequeño y todo había empezado a ir cuesta abajo. Había subestimado la situación y se había creído invencible, pensando que iba a poder con todo y que iba a salir indemne de aquello, pero el tiempo le estaba demostrando lo contrario. Desde el primer momento había tenido que esforzarse el doble que los demás. Tenía treinta y cuatro años y sus rivales eran cada vez más jóvenes, más ágiles y más fuertes; estaban mejor preparados y tenían hambre de fama. Ganar a Jan «Eismann» Landvik —el estúpido mote que le habían puesto porque nunca sonreía— se había convertido en un desafío. Y aunque llevaba ocho meses sin perder ni una sola pelea, eso podía cambiar en cualquier momento. En una milésima de segundo.

Y luego estaban esos dolores de cabeza.

Había comenzado a tenerlos casi desde el inicio, pero había tardado unos meses en ir al médico. Ahora se preguntaba si esa tardanza se habría

debido a que realmente no había querido saber qué le sucedía. Llevaba muchos años dentro del mundillo de la lucha libre, primero como profesional, después como un mero fan, y había oído los rumores de lo que les pasaba a algunos boxeadores y a otros deportistas que practicaban deportes de contacto. No era imbécil. Y si además tenía en cuenta lo que le había sucedido a su antiguo entrenador...

La falta de un diagnóstico claro que explicase lo de sus jaquecas, y la mención de aquellas aterradoras siglas por parte del especialista, habían sido como un mazazo en pleno plexo solar. Recordaba que había salido del hospital con el informe médico bajo el brazo y una expresión sombría en la mirada. Cargado de recetas y de advertencias, se había ido a casa, se había sentado en el sofá y había reflexionado durante horas, barajando todas sus posibilidades. El día se había convertido en noche y él había seguido allí, en la oscuridad, tratando de tomar una decisión. Una decisión que sabía que le iba a cambiar para siempre y que le iba a costar muchas cosas.

¡Qué difícil le había resultado tomarla!

Pero ya estaba hecho. Aquel día había decidido en qué se iba a convertir. Había cambiado su destino. Lo había sentenciado.

Cerró los ojos y levantó la cabeza dejando que el agua le bañase la cara. Notó cómo le crujía el cuello.

«Estoy demasiado mayor para esta mierda», pensó.

Recordó que Danny Glover en *Arma Letal* siempre decía algo parecido. Si bien al ver la película en aquel entonces le había parecido una manida frase hecha, ahora entendía perfectamente a qué se refería.

Unos minutos más tarde abandonaba la ducha. Todavía se encontraba solo en el vestuario. Se secó con rapidez, después buscó en su bolsa la loción de aloe vera. Llevaba usándola desde que era un crío, cuando participaba como *amateur* en los combates de la UFC en Alemania. Era milagrosa para los golpes. En los últimos meses había gastado botes y botes de ella. Se esparció una generosa cantidad por la mano y también por las costillas.

Su móvil comenzó a sonar con estridencia, llenando el vestuario de acordes irlandeses de The O'Connor Celtic Band, que de alguna manera no parecían cuadrar demasiado con su persona: un luchador de origen teutón, de metro noventa y cabeza afeitada, lleno de tatuajes. Quizá Rammstein hubiese sido una opción más adecuada. Quizá.

Sacó el móvil del bolsillo lateral de la bolsa y vio el nombre de su hermano Cas en la pantalla. Vaciló. No tenía muchas ganas de hablar con él, por lo menos no en ese instante —lo cierto era que en ningún instante—, pero sabía que si no cogía esa llamada, Cas seguiría intentándolo una y otra vez.

—Dime —respondió con aspereza.

—Jan, hace un siglo que no sabemos nada de ti. ¿Estás bien? — Sonaba ansioso, como las últimas cien veces que habían hablado.

—Estoy bien —repuso, tajante. No quería hablar con su hermano. No quería que se preocupase por él. Solo deseaba que le dejase en paz, que le dejase solo. Ya volvería a retomar el contacto cuando toda la mierda en la que estaba metido acabase.

—Joder, Jan, tío. No sé qué cojones te está pasando, pero no puedes alejarnos de tu vida. Este no eres tú. No lo voy a permitir. —Su voz se tornó más insistente—. Ya he perdido a un hermano. No estoy dispuesto a perder a otro. El jueves por la noche te quiero ver en casa. A las diez en punto. Cena.

Jan no tuvo tiempo de contestar. Cas había colgado.

Se quedó mirando el móvil con frustración. Era verdad lo que su hermano había dicho. Estaba intentando alejar a su familia de la vida que llevaba. No quería que se viesen involucrados. No tenían ni idea de en qué se había convertido Jan en los últimos meses. Relacionarse con alguien como Bajram conllevaba cruzar una línea... ¿sin retorno?

El día del maldito «no diagnóstico» —o mejor dicho, la noche— movido por la desesperación, le había llamado y se había ofrecido a trabajar para él a cambio de que le condonase parte de la deuda. Si al albano-kosovar le había sorprendido su propuesta, no lo había demostrado. Solo unas horas después se habían reunido y habían alcanzado un nuevo acuerdo. Jan haría algún que otro «trabajito» extra para él y a cambio no tendría que pelear, al menos no con tanta frecuencia. De momento había conseguido reducir el año al que se había comprometido a nueve meses. De treinta peleas a veintitrés.

Cuando le necesitaba, Jan acudía, tragándose la bilis y cerrando los ojos ante el mundo miserable en el que se movían Bajram y sus socios. Chantaje. Extorsión. Tráfico de estupefacientes. Apuestas ilegales —se había quedado también con el negocio de los hermanos Albescu, los cabrones con los que Till había contraído su deuda—; y lo peor de todo: proxenetismo.

Por supuesto que no era del dominio público, pero era un secreto a voces que Bajram dirigía una red de prostitución desde su garito, el *Dancing Queen*, el típico club de carretera, donde uno igual se podía tomar una copa, disfrutar de un espectáculo de *pole dance*, un *striptease*, o alquilarse una habitación por horas con chica incluida. La mayor parte de las mujeres que trabajaban allí no tendrían más de veinte años y eran casi todas de Europa del Este, de Sudamérica o de Nigeria. Y probablemente ni la mitad estaría allí por voluntad propia.

El antiguo Jan, el que había sido una persona *normal*, no hubiese consentido jamás trabajar para esa gentuza. El nuevo Jan, el que estaba desesperado, había apagado el interruptor de su cabeza y se limitaba a funcionar con el piloto automático. Había decidido no ver. No mirar. No sentir.

No tenía ni idea de adónde había ido a parar su decencia, su ética... Suponía que era mucho más fácil ser un hombre honrado cuando no se tenía miedo a morir, cuando la vida de uno no estaba en peligro; cuando uno no se jugaba el tipo cada dos fines de semana en un ring de nueve metros de diámetro, donde la única regla era sobrevivir.

Se había convertido en un matón más.

La primera vez había ido con Yuri a visitar a alguien que le debía dinero a su jefe. No había tenido que hacer nada. Solo estar ahí y mirar al deudor con cara de pocos amigos. Su simple presencia había bastado para amedrentarle.

Fácil.

La segunda vez las cosas se habían complicado un poco y había tenido que intervenir. Habían ido a un pub a buscar a unos camellos que estaban vendiendo droga en terreno de Bajram. Uno de ellos, al verlos llegar, había intentado largarse por la puerta de atrás del garito. Jan había ido tras él. Le había pillado en la parte trasera del local, en un callejón oscuro. Estaba colocado hasta las cejas y se había puesto a llorar al verle. Jan se había limitado a sujetarle mientras Yuri le daba una lección. Aquella noche se había dado cuenta de que ya no había marcha atrás, de que había perdido los pocos escrúpulos que le quedaban. Mientras el ruso le propinaba unos cuantos golpes al pobre desgraciado, él había mirado toda la escena desde muy lejos, a pesar de encontrarse en medio de ella. Había visto al tipejo en el suelo,

llorando y sangrando profusamente por la nariz y no le había importado gran cosa. Él mismo podía acabar así cualquier noche de sábado, había pensado con indiferencia. Su cerebro había desconectado del todo, aceptando de alguna manera, que ya no iba a poder regresar a su antigua vida; al menos no sin ciertas cicatrices. Y ese había sido el comienzo del fin.

Llevaba ya dos meses «trabajando» para Bajram; yendo con Yuri a cobrar deudas y utilizando sus puños de vez en cuando. Solo unas cuantas semanas más y la deuda habría quedado saldada.

Del todo.

Se vistió con rapidez con el pantalón de deporte, camiseta y zapatillas. No se molestó en ponerse la sudadera. Aunque todavía no había llegado el verano, ya hacía calor, incluso a esas horas de la noche. Recogió sus cosas y se marchó del vestuario. Atravesó el oscuro pasillo que desembocaba en la nave principal, donde todos los fines de semana tenían lugar los combates de lucha libre —si es que se la podía llamar así—. La cacofonía de sonidos, que antes había quedado algo sofocada por las paredes, ahora penetró en sus oídos de manera casi brutal, empeorando su migraña. Era una mezcla de gritos, golpes, aplausos e incluso algún que otro absurdo silbato, que solo lograba confundir a los combatientes que en ese momento se estaban dejando la piel sobre el ring.

Pasó de largo, ignorando la pelea y al bullicioso público. Ya había tenido suficiente por aquel día. Bajó la cabeza, se pegó a la pared del fondo, y abandonó el recinto antes de que nadie le hubiese reconocido.

Una noche estrellada le recibió. La temperatura era muy agradable y allí, tan cerca del puerto, un salobre olor a mar lo impregnaba todo. Aspiró con fuerza y dejó que se le llenasen los pulmones de aire limpio. Era un alivio después de haber pasado las últimas horas en ese ambiente cargado de humo, y apestando a alcohol y a sudor.

Su Jeep estaba aparcado en la parte trasera, en un lugar reservado para los luchadores y los empleados. Era paradójico que un negocio como ese, que realmente no existía, se rigiese por reglas. Todo el mundo sabía que aquella zona era para ellos, así que nadie estacionaba allí. El letrero rojo y azul serigrafiado sobre la puerta de su vehículo destacaba incluso en la oscuridad: *El quinto pecado*. Su estudio de tatuajes. El estudio por el que tanto había trabajado y que ahora apenas pisaba. Una expresión sombría cubrió sus

facciones.

Arrojó la bolsa de deporte al asiento de atrás y se acomodó, poniéndose el cinturón. Arrancó. El reloj del salpicadero marcaba las dos de la mañana. A pesar de ser tarde y estar agotado, tenía por costumbre pasarse por el *Dancing Queen* después de cada combate a cobrar su parte, exigua si se tenía en cuenta lo que Bajram estaba ganando a su costa. Además, esa noche le interesaba acercarse; quería saber si había algún «trabajo» para él. Con suerte lo habría, y los cuatro combates que le quedaban quizá se convirtiesen en tres, o dos, o uno.

Solo cincuenta kilómetros separaban el puerto, donde se encontraba el recinto que albergaba los combates, y el pequeño pueblo costero donde estaba el club y donde él mismo tenía su estudio. No tardó más de treinta minutos en llegar a su destino. A esas horas de la noche las carreteras estaban desiertas, incluso en sábado. En un par de meses todo sería diferente, cuando llegasen el verano y los turistas, pero esa noche ni un solo vehículo circulaba por allí.

El *Dancing Queen* aparentaba ser lo que era: un club de chicas de alterne. Situado antes de la entrada del pueblo, en la margen derecha de la carretera, mostraba sobre la puerta principal un brillante letrero de neón rosa con el nombre del lugar. Era una casa de dos plantas de color también rosa. La vulgar iluminación enmascaraba los desconchones de la fachada, pero por el día todo el lugar tenía un aspecto destartado, viejo y sórdido.

Estacionó el Jeep a unos cincuenta metros de la entrada. Había gran afluencia de público esa noche. Al menos veinte coches aparcaban en la parte frontal del garito, en un pequeño parking de tierra. Apagó el motor y se quedó dentro del vehículo mirando el reflejo del letrero de neón sobre el capó. Se acarició la nuca con lentitud. No le gustaba el ambiente del club, pero como tantas otras cosas, había aprendido a soportarlo.

Se bajó del coche y caminó los metros que le separaban del local con la mirada fija en el *portero-guardaespaldas-machaca*, Yuri. El mismo Yuri con el que hacía «trabajitos», un ruso de complexión parecida a la suya. Le hizo un gesto con la cabeza al que el otro correspondió de igual manera, antes de apartarse a un lado y abrirle la puerta.

En el momento en que puso un pie en la pequeña antesala de acceso, separada del club solo por una cortina de grueso terciopelo azul, el olor a

tabaco y perfume barato le penetró en la nariz de golpe; y la estridente música, una antigua canción de Britney Spears, le explotó en los oídos.

«Perfecto. El ambiente ideal para mi jaqueca», resopló mentalmente.

Apartó la cortina y accedió a la sala principal, que como de costumbre un sábado por la noche, estaba a rebosar. A la izquierda se encontraba la barra, y a la derecha, la pista elevada donde una de las chicas —vestida de colegiala como un burdo cliché— bailaba al son de la música, mientras dos docenas de hombres la jaleaban desde abajo. Al fondo, debajo de las escaleras que llevaban al piso superior, estaba el gorila favorito de Bajram, Ivan, custodiando una puerta. Detrás de esa puerta, al final de un largo pasillo, se encontraba el despacho del dueño.

Se abrió paso entre los clientes, ávidos de carne femenina, y las chicas más desnudas que vestidas que pululaban por allí. No le costó llegar hasta el fondo. Por su estatura destacaba entre los allí presentes, y su rudo aspecto combinado con los tatuajes y su cara de pocos amigos, hicieron el resto.

—¿Qué pasa Jan? —le preguntó Ivan al verle acercarse.

Era un hombre monstruoso, al menos diez centímetros más alto que él y veinte kilos más pesado. Llevaba también el pelo rapado, y por el cuello de su camisa asomaban unos cuantos tatuajes negros, no demasiado artísticos. Tatuajes hechos por un aficionado en cualquier prisión de mala muerte.

—Quiero verle. ¿Está solo?

—Está con una chica. Hemos tenido una movida antes. Voy a avisarle. Espera. —Abrió la puerta y desapareció tras ella.

Era curioso que todos los hombres de Bajram, a pesar de ser rusos, hablasen un español casi perfecto. Era como si el albano-kosovar los buscara así a propósito. Quizá fuera un requisito indispensable para trabajar para él. «Se busca ruso agresivo para trabajar de matón, imprescindible un alto dominio del idioma español», pensó con sarcasmo.

Se dio la vuelta y, casi sin querer, sus ojos fueron a posarse sobre la chica que bailaba en el escenario. Era una de las más atractivas, una mulata con muchas curvas, con el pelo largo y rizado. En ese instante le daba la espalda y se inclinaba hacia delante. Por debajo de su minúscula falda tableada de cuadros aparecieron unas firmes y desnudas nalgas de color café con leche. Los hombres reunidos en torno a ella comenzaron a silbar y a

aplaudir como posesos.

El propio Jan sintió el calor acumulándose en su entrepierna y se giró con brusquedad. Aunque las prostitutas no eran lo suyo, no era de piedra. Y llevaba meses sin acostarse con una mujer.

—Puedes pasar. —Ivan se había materializado a su lado de repente, sobresaltándole.

Se adentró en el pasillo. A su espalda escuchó cómo el otro cerraba la puerta, dejando fuera la machacona canción y los gritos de los clientes borrachos, que ya solo llegaron suavizados hasta él. Al fondo, la puerta del despacho estaba entornada, por lo que entró sin llamar.

Era una habitación amplia y, a pesar de la falta de ventanas, luminosa, gracias a la lámpara que pendía del techo. Las bombillas de la araña de cristal, que parecía salida de otra época o de una residencia palaciega, iluminaban cada esquina y recodo del despacho. Las paredes estaban forradas de paneles de madera rojiza y el suelo era de tarima clara, casi blanca. Una impresionante mesa de roble de estilo antiguo detrás de la que se sentaba el propietario, dominaba la estancia.

—Jan —le saludó el albanos-kosovar con una sonrisa, echándose hacia atrás en la silla de alto respaldo.

Tenía el mismo aspecto anodino y vulgar de siempre. Pelo castaño, ojos castaños y rostro común, incluso su ropa era corriente: traje gris, camisa blanca y corbata azul. Nada en él destacaba. Aunque como Jan sabía muy bien, las apariencias engañaban. Bajram Sejdiu no tenía nada ni de corriente ni de vulgar.

Se aproximó a la mesa, apartó una de las sillas y tomó asiento. Después de tantos meses de «trabajar» para él, sabía lo que podía y lo que no podía hacer, y no era la primera vez que estaba en ese despacho. A Bajram le gustaban los hombres decididos, con iniciativa, que no esperaban a que se les invitara a sentarse, sino que lo hacían. Se cruzó de brazos y clavó la mirada sobre la cara del otro, que le observaba con satisfacción.

—¿Quieres una copa? —le preguntó.

La rechazó. Eran más de las dos de la mañana y estaba agotado. Quería marcharse a casa y dormir. Lo último que necesitaba en ese momento era un chute de alcohol. Solo de pensar en ello se le revolvía el estómago.

—Esta noche has vuelto a ganar, me han dicho —comentó Bajram, al tiempo que se servía una generosa cantidad de una botella de ginebra que tenía encima de la mesa.

Jan se encogió de hombros.

—Déjame que termine un pequeño asunto que tengo a medias y en seguida estoy contigo. —Bebió un trago del transparente líquido antes de fijar la mirada en un punto por encima del hombro izquierdo de Jan. Comenzó a hablar en ruso con bastante rapidez.

Jan arqueó las cejas sorprendido. Giró la cabeza con lentitud buscando a su interlocutor. No se había dado cuenta de que había alguien más en el despacho al entrar.

Pegado a la pared del fondo, al lado de la puerta, había un sofá de cuero marrón en el que se sentaban dos chicas. Ambas parecían muy jóvenes. Una era rubia y la otra morena. La rubia vestía de manera acorde con el local, con una especie de camisón negro transparente. La morena, sorprendentemente, llevaba un elegante vestido azul marino de manga larga y cuello vuelto, que la cubría casi por completo. Tenía el pelo negro recogido en un moño y los ojos claros y rasgados. Sus pómulos altos denotaban su ascendencia eslava. Y su cutis era... blanco como la nieve.

“... so weiß wie Schnee, so rot wie Blut und so schwarzhaarig wie Ebenholz und ward darum Schneewittchen genannt...”

De pronto las palabras de la fábula que le había oído contar a su madre en innumerables ocasiones acudieron a su memoria. La traducción era algo así: *“...tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y cuyos cabellos eran tan negros como el ébano. Por todo eso fue llamada Blancanieves...”*

El vago recuerdo de un libro de cuentos ilustrado y de la imagen de Blancanieves le asaltó. Y la tonta promesa que se había hecho a sí mismo cuando era niño...

“Cuando sea mayor, me casaré con la chica del cuento: con Blancanieves...”

Pestañeó repetidamente llamándose al orden. Pero ¿qué mosca le había picado? Pensando en cuentos de hadas... en un burdel... al lado del hombre más peligroso de la zona. El dolor de cabeza sí que le estaba

afectando... Aún así se la quedó mirando abstraído. Era, sin duda, la mujer más guapa que había visto en su vida. Y había visto muchas mujeres guapas...

Se revolvió en el asiento, incómodo.

A pesar de su aspecto exterior tan diferente, las dos tenían algo en común: sus miradas tristes y sin vida. Ambas mantenían los ojos clavados sobre Bajram, que había elevado el tono de voz y se dirigía a ellas de manera bastante agresiva. La rubia dio un respingo y su labio inferior comenzó a temblar. Parecía la más joven de las dos y también la más alterada. Se esforzaba por controlarse, pero al cabo de unos instantes perdió la batalla consigo misma y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. La otra —*Schneewittchen*, la bautizó en silencio Jan, a pesar de sí mismo— por el contrario, tenía una expresión vacía en el rostro, casi indiferente, como si la reprimenda de la que estaba siendo objeto fuera algo común y hubiese pasado por ello en más ocasiones.

No era la primera vez que él veía algo así, a Bajram poniendo en su sitio a alguna de las chicas. No le resultaba agradable, pero no era asunto suyo. Endureció la mirada y siguió observándolas —observándola a ella— en silencio.

Bajram dejó de hablar, de pronto, y su mutismo fue más elocuente que cualquier palabra. Transcurrieron varios segundos en los que el silencio fue alargándose, convirtiéndose en algo oscuro y espeso. La rubia lloraba, aterrada, sin apartar la mirada del albano-kosovar. La morena movió su brazo unos centímetros hasta que alcanzó el blanco muslo de la otra, que pareció calmarse al sentir el simple roce de su mano. Jan observó la escena con atención, maravillándose de la inusual frialdad que presentaba la que parecía ser la mayor de las dos.

Bajram ladró algo y ambas se incorporaron con rapidez. Las esbeltas curvas de la rubia, antes disimuladas por su postura en el sofá, se mostraron en todo su esplendor. Por el contrario, el vestido azul marino de la otra delineaba su cuerpo, pero lo hacía de una manera sutil, no excesivamente provocadora. Y sin embargo fue el cuerpo de esta última el que Jan no pudo evitar recorrer con la mirada. Vestida de aquella manera, como si fuese a asistir a una cena elegante, parecía tan fuera de lugar en el *Dancing Queen* como si él mismo se hubiese plantado en un baile de gala con su ropa de deporte. Jamás había visto a ninguna de las chicas llevando más ropa que

batas transparentes y ridículos vestidos diminutos.

Su curiosidad se despertó.

Antes de abandonar el despacho, los ojos de la chica se posaron un segundo sobre los suyos, y Jan sintió cómo si le hubieran pegado un puñetazo en la boca del estómago.

¡Esos ojos!

Los tenía de un color azul pálido casi translúcido, vacantes e inexpresivos, como si dentro de ella no hubiese nada, ni bueno ni malo.

Su mirada le penetró y le taladró hasta el mismo centro del cerebro.

Diario de Oksana Novalnyova

23 de enero – Malinovka (Ucrania)

Hoy es mi cumpleaños.

Cumplo diecinueve años. Mi querida prababushka me ha regalado este diario. Ella sabe que me encanta escribir y quiere que lo haga en español para que practique. Dice que es importante hablarlo y escribirlo correctamente si algún día quiero encontrar un buen trabajo en España.

Es mi sueño.

He escuchado tantas cosas maravillosas del país donde siempre brilla el sol, que lo único que deseo es poder marcharme de aquí y vivir allí, en la tierra de mi bisabuela. Si estudio mucho y me esfuerzo, sé que podré cumplir mi sueño.

Hoy mi prababushka me ha preparado una tarta especial por ser un día especial. Era de chocolate y bizcocho. He invitado a Irina a pasar la tarde conmigo y con mi prababushka y ha sido el mejor día de mi vida. Nos ha contado historias de cuando era joven como nosotras, allí en España, y de cómo disfrutaba en la playa con sus amigas.

Yo nunca he visto el mar, pero tiene que ser algo maravilloso. Grandioso.

Estoy tan contenta de vivir con ella. Siempre ha estado ahí y desde que papá y mamá murieron es como mi segunda madre. La quiero muchísimo.

Sabe tantas cosas...

Cuando era joven era maestra en una escuela. Yo voy a ser maestra también. Terminaré mis estudios y seré como ella.

¡Estoy tan feliz!

Capítulo Dos

Cuando la puerta del despacho se cerró tras ellas, Oksana se detuvo un momento en la penumbra del pasillo. Cogió a Olga de la mano con firmeza y la obligó a detenerse también.

—No llores —le instó—. No vuelvas a llorar delante de él.

Olga levantó la cabeza. El miedo se reflejaba en su cara. Se quedó quieta, mirándola con sus enormes ojos castaños llenos de lágrimas. Parecía buscar algo, alguna pista en el rostro de Oksana, pero al no encontrarlo terminó por asentir.

—No le gusta ver llorar a las chicas. Se enfada. Y no es bueno que se enfade —trató de explicar Oksana. Susurraba—. Si quieres llorar hazlo luego, cuando estés sola. Cuando ya no haya clientes.

Aunque su situación no era la misma que la de Olga, en el fondo se sentía como si fuera una chica más del *Dancing Queen*. También había llorado al principio. Mucho. Nadie le advirtió que no debía hacerlo. Había aprendido a la fuerza que a Bajram no le gustaban las lágrimas. Inconscientemente se llevó la mano a la nuca y se palpó los bordes irregulares de la cicatriz que la navaja de Ivan le había dejado justo en el nacimiento del pelo. Esa herida y los hematomas que durante semanas adornaron sus costillas y su espalda habían sido su lección. Una lección que había aprendido con rapidez: lágrimas no.

Habían sido las lágrimas de Olga las que la habían llevado al despacho esa noche. Había roto a llorar delante de un cliente cuando este la había abrazado y comenzado a tocarla.

Y Bajram solo avisaba una vez, la próxima dejaría que fuera Ivan el que se encargase del asunto.

—No sé si voy a poder contenerme, Oksana —respondió la otra con un hilo de voz—. No quiero hacer esto... ¡No puedo hacer esto! —Un pequeño sollozo se escapó de su garganta. Se llevó la mano a la boca intentando contenerlo—. Tú no sabes lo que es esto... Tú tienes suerte.

Oksana estuvo a punto de echarse a reír con amargura. ¿Suerte? No tenía ni idea... Meneó la cabeza y le apretó la mano con fuerza. Sabía que no tenían mucho tiempo, que esos instantes de paz relativa que estaban disfrutando en el pasillo oscuro iban a durar poco.

—Escúchame —comenzó con un tono de voz apremiante—. Tienes que poder. No te queda más remedio. Aprieta los dientes y aguanta. Piensa en algo diferente, piensa en algo bonito, algo que te haga feliz. En cualquier cosa. Y no llores. Por favor. ¿Me has entendido?

Hubo un silencio en el que solo se escuchó la música de fondo —una canción de Rihanna— y las respiraciones algo alteradas de ambas.

Olga terminó por asentir con lentitud. Parecía haber comprendido lo que Oksana pretendía decirle tanto con sus palabras como con sus silencios.

—Ahora tienes que salir ahí y fingir. Trata de que nadie sepa lo que estás pensando. Es como un juego. Si alguien descubre que eres infeliz, pierdes.

Oksana no sabía si esa ridícula charada a la que jugaba consigo misma le iba a servir de algo, pero se lo dijo igualmente. Ojalá ella hubiese tenido a alguien a su lado que le hubiera dado consejos y le hubiese dicho cómo debía actuar. Pero ella había estado sola. Olga era tan joven, tan inocente... Como ella misma había sido: joven e inocente; al menos lo bastante como para haber caído en esa trampa en la que se había convertido su vida. Ya no lo era. A pesar de no ser mucho mayor que Olga, se sentía como si fuese décadas más vieja.

—Lo intentaré —susurró Olga, apretándole la mano.

Oksana asintió.

—Vamos entonces. Y no lo olvides, ponte la máscara y piensa que estás en otro lugar —dijo, echando a andar y atravesando el corredor mientras tiraba de la mano de la otra. Cogió aire y lo expulsó con mucha lentitud antes de asir el picaporte y abrir la puerta.

La canción que sonaba a un volumen insoportable le dañó los tímpanos.

—El jefe ha dicho que no tardará en salir. —La voz de Ivan a solo unos centímetros de distancia la sobresaltó.

Giró la cabeza con brusquedad y le miró. Odiaba a Ivan y su

brutalidad de la que ya había sido víctima en varias ocasiones. No pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espalda al ver cómo sus diminutos ojos oscuros la recorrían de arriba abajo. Asintió, tensa. Le soltó la mano a Olga y se puso la máscara de indiferencia.

—Oksana... —comenzó la rubia.

—Recuerda lo que te he dicho antes, ahí dentro —le susurró, acercándose a ella y pegando su boca a su mejilla—. Finge y piensa que estás en otro sitio. No puedo ayudarte más.

Era cierto. No podía.

Tenía que preocuparse por sí misma y por su propia supervivencia.

Le dirigió una última mirada a su compatriota, que intentaba mantener una expresión serena y que a duras penas conseguía. Después se dio la vuelta y se encaminó al reservado. Los ojos de al menos una docena de hombres la siguieron. Algunos estaban solos, otros acompañados. Ella sabía que llamaba la atención. Su pelo negro, herencia de su bisabuela española, y sus rasgos eslavos con esos ojos azul pálido tan poco comunes, hacían de ella una rareza. De nada servía que su ropa fuese más que recatada. Cuando estaba a punto de llegar a su destino, un hombre alto, con pinta de haberse tomado más de tres o cuatro copas, la agarró por el brazo. Las náuseas le atenazaron la garganta cuando vio los ojos de él clavarse sobre su cuerpo con un brillo lascivo en ellos. Tiró y se desasíó con pericia. El fulano iba a protestar, pero la presencia del descomunal Ivan a su espalda le hizo recular. Se alejó murmurando una disculpa.

Oksana entró en el reservado y esperó a que Ivan cerrase la puerta y la dejase sola para quitarse el disfraz de indolencia y frialdad. Dejó caer los hombros y se llevó la mano al pecho. Tenía palpitations, síntoma de la ansiedad que sentía cada vez que iba allí. ¡Odiaba aquel lugar! Tomó asiento en uno de los sillones tapizados, muy erguida, y contempló la sala a través del cristal. Esa habitación estaba preparada para poder ver sin ser visto. A Bajram le encantaba sentarse allí durante horas y observar lo que pasaba en su club sin que ninguno de sus empleados supiera que se encontraba allí.

Buscó a Olga con la mirada. Estaba sentada junto a un hombre joven que le susurraba algo al oído. Tenía los labios contraídos por el disgusto, pero al menos no lloraba. ¡Ojalá hubiese aprendido la lección! Le dolía sobremanera verla forzada a vivir esa vida, pero sabía que no estaba en su

mano poder hacer nada por ella. Una vez había cometido la equivocación de hablar en favor de una chica. A Bajram no le había gustado nada que se inmiscuyese. Lo había dejado muy claro mandando a Ivan a que se «ocupase» de ella, así que no había vuelto a hacerlo.

Se miró el reloj de pulsera, un Cartier que él le había regalado, y se preguntó cuánto tiempo más tendría que seguir esperando. A él no le agradaba demasiado que estuviese allí, así que suponía que no tardaría mucho en ir a buscarla. La verdad era que no le agradaba que estuviera en ningún sitio que no fuese en su casa, pero a veces la mandaba llamar, como había sido el caso aquella noche, para que hablase con alguna de las chicas —en su mayor parte ucranianas como ella misma— y las tranquilizase. Oksana no tenía ni idea de cómo se las había arreglado antes de que ella apareciera en escena, pero desde que había llegado a España y vivía con él, la había utilizado para ese propósito en varias ocasiones. Era algo que le resultaba muy desagradable, pero no podía negarse, y si conseguía insuflar algo de ánimo en alguna de esas chicas, al menos habría conseguido que su miserable vida tuviera algún sentido.

Sabía que ellas la miraban con envidia, que pensaban que tenía suerte.

Si supieran...

Su cárcel era más grande y más elegante, pero seguía siendo una cárcel. Quizá fuese más afortunada que ellas... al fin y al cabo se había librado por los pelos de trabajar en el club. No obstante, también sabía que si no se portaba como debía, todavía podía terminar en ese tugurio en cualquier momento, como las demás, teniendo que atender a un cliente tras otro, noche tras noche...

Se estremeció.

Por el rabillo del ojo vio cómo la puerta que llevaba al corredor del despacho se abría. Ivan se hizo a un lado y dejó salir al hombre que había estado reunido con Bajram. Le observó con cierta curiosidad a través de sus espesas pestañas negras. Ya le había visto antes. Una vez. No le había llamado mucho la atención; tenía el mismo aspecto que todos los demás guardaespaldas, con una única diferencia: no era ruso.

Desde donde se encontraba, tenía una visión perfecta, por lo que aprovechando el anonimato que le proporcionaba el estar en el reservado, le recorrió con la mirada de arriba abajo. Era alto, aunque no tanto como Ivan.

La camiseta que llevaba puesta parecía a punto de estallar bajo su formidable musculatura y uno de sus brazos estaba tatuado hasta la muñeca. Llevaba la cabeza afeitada y tenía la típica nariz de boxeador, algo ensanchada en el puente y un poco torcida, como si hubiese sufrido alguna rotura. En el despacho se había percatado de que tenía los ojos de un intenso azul oscuro. No tenía pinta de ser español y aun así ella le había escuchado hablar en un español perfecto.

Sabía que se llamaba Jan, se lo había oído decir a Ivan, y que era uno de los luchadores.

«Otro esbirro más», pensó con desdén.

En ese instante él fijó la mirada sobre ella, como si supiera que se encontraba detrás del cristal, lo cual era una estupidez, ya que a la vista de la sala solo se mostraba un espejo. Se sintió extrañamente expuesta bajo la profundidad de aquellos ojos que parecían perforarla, como si pudiesen descubrir los secretos más escondidos de su alma... Entonces él se giró y le dio la espalda, rompiendo el encantamiento en el que ella parecía haber caído. La escena no podía haber durado más de un par de milésimas de segundo. Dejó escapar el aire que había estado conteniendo y meneó la cabeza, aturdida. Le siguió con los ojos mientras se alejaba, y no pudo evitar fijarse en su forma de andar, ágil y fluida, poco común en alguien de su complexión. Se iba abriendo paso hacia la salida sin dificultad, a pesar de la gran afluencia de público. Había algo en él...

«¡Qué tonta eres!», se dijo. «Es otro de los matones de Bajram. No hay más».

La puerta del reservado se abrió de golpe, alarmándola, y haciendo que la imagen del luchador se diluyese en su mente.

—Nos vamos. —Su tono de voz era brusco. Siempre era así en el *Dancing Queen*. Luego, cuando estaban a solas, cambiaba y se volvía más acaramelado y dulce.

Ella le prefería brusco..., sin máscaras.

Se incorporó y se acercó a él. No era mucho más alto que ella y tampoco tenía ninguna cualidad muy destacable; no obstante, en cuanto abría la boca, su presencia imponía. La tomó de la mano y agarrándola con firmeza la guió a la parte de atrás del club. No le agradaba tener que mostrarla en un lugar como aquel. Con frecuencia se preguntaba por qué la hacía llamar para

solucionar ciertos conflictos si no soportaba verla allí. No tenía lógica.

Para llegar a la salida trasera había que atravesar un pequeño cuarto que servía como almacén, iluminado por dos tubos fluorescentes parpadeantes. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de cajas. Él se detuvo en medio del pequeño cubículo y la miró a la cara.

—Te has portado muy bien esta noche —le dijo. Su ruso era excelente. Se notaba que lo había aprendido de niño. Él le había contado que su madre era moscovita.

—Yo solo he hecho lo que tú me has pedido —murmuró.

—Sabía que podía contar contigo, Oksana.

—Sabes que sí —dijo con tibieza y le sostuvo la mirada. A él le gustaba eso.

Sonrió satisfecho y ella se relajó. No había vuelto a ponerle la mano encima —al menos para golpearla— desde hacía tiempo, pero con él nunca se sabía. En apariencia frío y contenido, pero por dentro era una bomba de relojería. Oksana lo sabía, le había visto perder los nervios en un par de ocasiones... Lo mejor era no darle ningún motivo de enfado.

Le acarició la mejilla y ella cerró los ojos.

«*Viderzhu...*»

—No los cierres. Quiero que me mires —musitó él.

Ella los abrió, tratando de borrar cualquier expresión de desagrado que se pudiera reflejar en ellos. Bajram acercó su cara a la suya y con mucha delicadeza la besó. Ella se obligó a tener los ojos abiertos. La luz del fluorescente sobre su cabeza, apagándose y encendiéndose, creaba curiosos contrastes de luces y sombras y deformaba sus facciones. Semejaba un personaje salido de una serie de terror. Contuvo el gemido de desesperación que estuvo a punto de abandonar su garganta al sentir cómo su húmeda lengua le acariciaba el labio inferior. Soportó el dulce beso con estoicismo, imaginándose que estaba en otro lugar y con otra persona.

«*Viderzhu... Puedes soportarlo...*»

Cerró los ojos y trató de pensar en aquel día en que era pequeña y había ido con su bisabuela al mercado y le había comprado una preciosa falda de flores. Su querida *prababushka*.

—No cierres los ojos, Oksana —la reprendió él de nuevo, apartando la boca solo unos milímetros. Sonaba molesto.

Ella los abrió de golpe y sin desviar la mirada, dejó que él la besase una y otra vez.

Capítulo Tres

Apoyó las manos en el techo de su coche y descansó la frente sobre el frío metal. Respiró hondo, tratando de contener las náuseas que le dominaban, producto del puñetero dolor de cabeza. Esa noche los fármacos no le habían servido de nada. Se incorporó y se apartó unos centímetros del vehículo. Alzó la mirada. El ridículo letrero de neón rosa apenas permitía concentrarse en la negrura del cielo estrellado.

La conversación con Bajram había durado solo unos minutos y había sido muy productiva. Le había ofrecido ir a «hablar» con un individuo que le debía dinero. Esta vez solo, sin Yuri. A cambio, no tendría que pelear el fin de semana siguiente. Jan había aceptado. Por supuesto. Mentalmente había tachado otro combate de la lista. *Ya solo le quedaban tres.*

Se llevó las manos a las sienes y soltó un taco. ¡Maldita jaqueca! Estuvo tentado de tomar otra píldora, pero el médico le había advertido que no abusase de los calmantes, uno de sus componentes era un opiáceo muy fuerte que le podía crear dependencia.

«Cómo si ser dependiente de una jodida droga fuese a agravar tu situación», pensó con mordacidad.

Lo que necesitaba era marcharse a casa y acostarse. Dejar la mente en blanco y tratar de descansar. Suspiró y la chica de los ojos vacíos acudió a su memoria sin que la hubiera conjurado.

—*Schneewittchen* —dijo en voz alta, recreándose en el sonido de la palabra y preguntándose por qué ese nombre le había venido a la mente. No pudo evitarlo. Se parecía tanto a la imagen mental que tenía de aquella ilustración que había visto cuando era niño...

Se frotó la frente, confuso. Era todo un misterio. ¿Sería una de las chicas del club? Su presencia allí vestida de aquella manera tan sobria y elegante no tenía sentido.

«Tampoco tiene sentido que pierdas el tiempo pensando en ella un minuto más de lo imprescindible», se dijo.

Lo que menos necesitaba en ese momento de su vida eran distracciones en forma de mujer, por muy guapa y enigmática que fuera. Y sin embargo no pudo evitar hacerse preguntas. Quizá debido a la mirada que ella le había dirigido en el despacho. Le había dejado helado. Parecía tan joven y tan vieja al mismo tiempo... Durante un instante había creído ver toda la sabiduría del mundo contenida en aquellos peculiares ojos... solo un instante... Después, el vacío los llenó de nuevo.

Meneó la cabeza, tratando de ahuyentarla de sus pensamientos.

En ese momento un Mercedes negro con las lunas tintadas se detuvo a escasos metros de donde él había aparcado. La puerta del conductor se abrió y Roman, el chófer de Bajram, descendió del vehículo. Al reconocerle le hizo un gesto con la mano. Jan respondió de igual manera. Estaba a punto de meterse en su coche, cuando el sonido de una puerta metálica a su espalda le hizo darse la vuelta. Tres siluetas abandonaban el club por la salida trasera. Dos iban delante y otra más grande y compacta, detrás. Los pasos sobre la grava se fueron acercando y Jan pudo distinguir de quién se trataba. Eran el mismo dueño del local, la morena del despacho e Ivan. El guardaespaldas iba detrás de la pareja, a un par de metros de distancia. Bajram sujetaba a la chica por la cintura con excesiva firmeza, al menos eso le pareció a Jan. Ella se mantenía muy erguida y andaba con rapidez para mantener el paso de su acompañante, a pesar de que los tacones de sus zapatos se hundían en el suelo irregular.

No le habían visto; él se encontraba parcialmente oculto tras su coche. Los contempló en silencio con los ojos entornados.

«Así que es la chica de Bajram. Por eso su atuendo. No trabaja aquí», especuló.

La escena le resultó molesta. No sabía muy bien por qué. Quizá porque él parecía más su padre que su pareja, o por la expresión que llevaba ella pintada en la cara. No daba la impresión de ser una amante satisfecha, más bien todo lo contrario.

Roman abrió la puerta trasera del Mercedes y la chica se giró para montarse en él. En ese momento sus miradas volvieron a cruzarse como había sucedido antes en el despacho.

El choque de dos tonos de azul.

Un latido.

Dos latidos.

¿Había algo más que vacío en esa mirada?

Contuvo la respiración.

Entonces ella desapareció dentro del vehículo y cualquier conexión que se pudiera haber establecido entre ellos se rompió.

«Quizá el jodido dolor de cabeza me esté haciendo ver visiones», reflexionó, perplejo.

Ni Bajram ni Ivan se fijaron en él. Se metieron en el Mercedes, y solo unos segundos después este abandonaba el parking. Jan se quedó un rato allí, con los puños apretados, respirando con cierta dificultad.

Esos ojos...

Terminó por abrir la puerta del Jeep con violencia, se sentó y se puso el cinturón de seguridad. Arrancó, levantando una pequeña nube de polvo con los neumáticos. Ignoró la cara de sorpresa de Yuri que le observaba desde la puerta. Apretó el botón de la radio y el sonido de los violines y las flautas irlandesas inundó el interior del vehículo.

Pisó el acelerador.

* * *

Se llamaba Pavel y era polaco. Vivía en una urbanización destartalada a las afueras, en una hilera de pequeñas casitas adosadas de color tierra, cuyo aspecto sórdido y vulgar no quedaba disimulado ni tan siquiera por la oscuridad.

Jan aparcó frente al número seis. Se bajó del coche y echó un vistazo a su alrededor. Eran las doce de la noche de un miércoles, y la calle estaba desierta, a excepción de un hombrecillo con pantalón corto y camiseta interior, que le observaba desde el jardín delantero de una de las casas, a unos doscientos metros. No tardó en darse la vuelta y desaparecer dentro de su vivienda, con la típica actitud de: *esto no es cosa mía*. La zona no era precisamente de lo mejorcito de la costa. Con seguridad no era la primera vez que alguno de los hombres de Bajram se pasaba por allí, buscando a algún inquilino. Ver, oír y callar, parecía ser el credo en aquella parte del pueblo.

Pavel Błotnicka era un jugador compulsivo que se había dedicado a apostar en las peleas ilegales como si no hubiera un mañana y había terminado por perderlo todo. La situación era tan parecida a la que había

vivido su propio hermano Till, que Jan rechinó los dientes.

«Lástima que tú no tengas un hermano mayor que sepa pelear y que esté dispuesto a sacrificarse por ti, Pavel», pensó, con una sombra de cinismo, mientras atravesaba el descuidado jardincito y subía los cuatro escalones que llevaban a la vivienda.

Dentro de la casa se oía un televisor. No se molestó en llamar al timbre, lo hizo con los nudillos. En solo un par de segundos la puerta se abrió de par en par. Un tipo alto y delgado, con poco pelo y la nariz ganchuda, se le quedó mirando de arriba abajo. El reconocimiento brilló en sus ojos y su cara se oscureció. Todo aquel que asistía a los combates ilegales sabía quién era Jan «Eismann» Landvik.

—Dile a... Bajram que voy... a pagar. Todo... Solo necesito más tiempo —tartamudeó, echándose hacia atrás. Hablaba un español bastante bueno.

Jan entró en la vivienda cerrando la puerta tras él. De un rápido vistazo comprobó que no había nadie más en el diminuto estudio. Sobre la mesa de cristal frente al televisor había unas rayas de cocaína, un canutillo y una tarjeta de crédito. Estaba claro que al polaco no le iban solo las apuestas.

—No hay más tiempo, Pavel —repuso con voz fría.

—¡Joder! Te juro que voy a pagar. Es solo que he tenido una mala racha. —Reculaba despacio, mirándole aterrorizado, hasta que el respaldo del sofá detuvo su retirada.

—Es demasiado tarde.

—¡No, Eismann! ¡Voy a pagar! ¡Lo juro! —casi gritó.

Jan le miró con fijeza. Sus pupilas dilatadas de forma poco natural daban fe de lo colocado que estaba. No sintió ningún remordimiento por lo que estaba a punto de hacer. Quizá porque se había convertido en un matón o quizá porque el tipo se lo merecía.

—Por supuesto que sí. No lo dudo. Y más después de hoy. —Sonrió de medio lado—. Pavel, deberías estar agradecido de que Bajram haya decidido mandarme a mí como tu último aviso. Dudo mucho de que Yuri fuese tan... «delicado» como yo. —Se acercó más y el olor a miedo que desprendía el cuerpo del desgraciado le entró por la nariz.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —empezó a murmurar. Antes de que

hubiese podido pronunciar el cuarto *joder*, Jan le había estrellado el puño derecho contra el pómulo. El golpe no fue muy fuerte, aun así el otro cayó al suelo, donde se hizo una bola, cubriéndose la cabeza con las manos.

«¡No me jodas! ¿Ya?», pensó con incredulidad.

—Levántate, Pavel —dijo.

El polaco lloriqueó.

Jan se pasó las manos por la nuca, exasperado. Viendo que el otro seguía en el suelo, sin moverse, se agachó y le cogió por la parte de atrás del cuello, obligándole a levantarse.

—No me hagas daño, por... por favor —gimió. Tenía la mejilla enrojecida.

«¡Por Dios! Es patético. ¿Qué cojones hago aquí con este tío?»

Le miró a la cara, obviando sus pupilas dilatadas y el reguero de saliva que le chorreaba por la comisura de su boca.

—Mira, Pavel, hazte un favor a ti mismo y págale a Bajram los veinte mil euros que le debes cuanto antes. Ten en cuenta que yo solo soy la avanzadilla. La próxima vez será Yuri el que venga. Y con él no se juega.

—¿Veinte mil euros? ¡Pe... pero si solo eran quince mil...! — balbuceó con los ojos abiertos como platos.

—Tu deuda ha aumentado por no pagar a tiempo, Pavel.

De pronto, quizá debido a las drogas que inundaban su organismo, o envalentonado por que no estaba siendo muy duro con él, el polaco se liberó y se alejó dos pasos.

—¡Ese no es el acuerdo! —gritó—. Dile a Bajram...

—No me jodas... —masculló Jan elevando la vista al techo—. Te estás equivocando, Pavel. Yo no he venido a que me des un mensaje para Bajram. He venido a *traerte* un mensaje de él.

—Pues dile...

Esta vez el puñetazo le acertó justo en el centro de la cara, haciéndole callar. La sangre le brotó a borbotones de la nariz. Comenzó a gritar.

Jan le miró sin un atisbo de lástima. Flexionó la mano que había utilizado para pegarle y se la inspeccionó con indiferencia.

—Tres días —dijo en voz baja que esperaba sonase amenazadora—. Y si no pagas, en tres días ya sabes quién vendrá a visitarte.

Pavel, que trataba de detener el flujo de sangre de su nariz con las manos, le miró durante unos segundos con los ojos llorosos. Terminó por asentir con energía.

Jan se dio media vuelta y abandonó la casa. Toda la escena no había durado más de diez minutos. Volvió a mirar a su alrededor. La calle estaba desierta.

Abrió la puerta de su coche y se acomodó en el asiento.

Había sido fácil. Muy fácil.

No por primera vez se preguntó qué habría movido a Bajram a renunciar al dinero que estaba ganando a su costa con las peleas, y a mandarle hacer esa clase de «trabajos» para los cuales ya tenía hombres de sobra. Solo podía elucubrar que el albano-kosovar, de esa manera, lo que conseguía era tenerle en plantilla y quizá en un futuro poder cobrarse de otra forma el favor que le hacía.

Se encogió de hombros. Cada vez le resultaba más sencillo, y no se sentía culpable por sus actos.

Hizo un breve y silencioso examen de conciencia.

No. Nada. Ningún remordimiento.

Diario de Oksana Novalnyova

7 de marzo – Malinovka (Ucrania)

El invierno está acabando y esta mañana hemos decidido dar un paseo. A mi prababushka cada vez le cuesta más andar y tengo que sostenerla.

Es muy mayor y tose con frecuencia. Si algún día llegara a pasarle algo no sé qué haría. Es mi sostén, mi equilibrio. Sin ella no tengo nada.

Parecía muy feliz caminando a mi lado. Insiste en que le cuente cosas de clase y yo lo hago. Sonríe y se pone muy contenta cada vez que le digo lo mucho que disfruto estudiando.

Sé que está orgullosa de mí. Y yo me esfuerzo cada día para que siga estándolo.

Después del paseo hemos vuelto a casa y nos hemos sentado en el sofá. Ella con su mantita preferida sobre las rodillas y yo a su lado. Hemos tomado té caliente y nos hemos reído viendo la televisión.

Su tos no mejora y estoy un poco preocupada. Pero ella me dice que se encuentra bien y que solo necesita descansar.

Espero que así sea.

Un mundo sin mi prababushka no sería un mundo donde yo querría estar... pero sé que no me puede durar para siempre.

Capítulo Cuatro

—Vaya aspecto de mierda que tienes.

Las palabras de Cas al abrirle la puerta, hicieron que arquease una ceja. Una cálida sensación se esparció por su pecho. ¡Cómo había echado de menos a su hermano y su estúpido humor!

—¿Así me recibes? —preguntó, entrando en el apartamento y dirigiéndose a la zona de la cocina, donde Eli estaba aliñando una ensalada.

—Hola, Jan —le saludó ella con entusiasmo, abrazándole—. Tienes buen aspecto.

Estaba tan guapa como siempre, con unos vaqueros y una blusa azul marino sin mangas. El pelo rubio recogido en una coleta le estilizaba el rostro.

—Deberíais poneros de acuerdo en el discurso, Eli —repuso él, dándole dos besos—. Por cierto esa lasaña huele muy bien.

—Es del restaurante de abajo —explicó ella con una sonrisa culpable, mirándole con afecto.

—Demasiado contacto —bromeó Cas, acercándose a ellos y apartando a Eli de su abrazo—. Ella es muy educada y no se atreve a decirte la verdad, Jan. Es muy diplomática y miente como una bellaca.

Eli se dio la vuelta y le miró con indignación. Un tono rosa había cubierto sus mejillas.

—¡Eres...! ¡Eres...!

—Sí, *Prinzessin*, ya sé lo que soy y a ti te encanta. —Cas la abrazó por el talle y bajó la cabeza para besarla, interrumpiendo así las palabras que había estado a punto de pronunciar.

Jan los observó con cierta melancolía. Esa era una de las pocas cosas que habían salido bien en el último año: la relación de su hermano con Eli. Al principio había parecido algo imposible y casi había acabado en tragedia por culpa de Till y sus acciones, que estuvieron a punto de costarle la vida a Eli;

pero el tiempo había puesto cada pieza en su sitio.

Se encaminó al sofá y se sentó. Los dos perros de la pareja, Eli y Pipi, se acercaron a él y le olisquearon la mano.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Cas.

—No. Agua o zumo, o lo que tengas sin alcohol.

El médico le había advertido que redujese su consumo de alcohol al mínimo así que hacía meses que no lo probaba. Cas se acercó y le ofreció una lata de Coca-Cola Zero.

—¿Te vale? ¿O quieres vaso?

Jan negó con la cabeza tomando el refresco.

—Elisa, vamos a la terraza a hablar —dijo Cas—. ¿Vienes?

—Empezad sin mí. Tengo que llamar a Alba. Ahora me reúno con vosotros —repuso ella sacándose el móvil del bolsillo del pantalón vaquero y haciendo un gesto vago con la mano.

El olor a mar inundó la estancia en el mismo momento en que Cas abrió la puerta corredera del balcón.

—Hemos pensado cenar aquí —dijo, comentando lo evidente, al señalar la mesa preparada para tres comensales—. Hace buen tiempo.

Jan asintió. Se acercó y apoyó los codos en la barandilla. El apartamento estaba situado en el sexto piso de un edificio en primera línea de playa, y las vistas, a aquella hora de la noche, eran increíbles. Clavó la mirada sobre un barquito que se balanceaba en medio del mar, apenas iluminado por la luz de la luna. Le gustaba estar allí, reconoció, aunque llevase mucho tiempo sin ir.

Notó la presencia de su hermano a su lado, disfrutando de su cerveza y mirándole de soslayo. Sabía que solo era cuestión de segundos que sacase el tema.

No se equivocaba.

—Habla, Jan, joder... Cuéntanos qué cojones está pasando con tu vida. —La frase sonó como un latigazo.

La brisa le acarició la cara y por un segundo deseó que Cas no estuviese allí haciéndole preguntas que no quería contestar.

—No me apetece hablar sobre el tema —repuso con aspereza.

—Pues te hemos traído aquí solo para eso —dijo Cas, y se echó a reír con cierta socarronería—. Así que no me jodas y pon de tu parte.

Jan cerró los ojos.

—Es complicado.

—Todo es complicado. Desde el mismo momento en que Till decidió comenzar a apostar y liarse con esa gentuza, todo ha sido complicado. Pero no nos puedes dejar fuera. Al menos a mí no. Soy tu hermano y siempre hemos estado juntos en todo. En lo bueno y en lo malo —se interrumpió de repente haciendo una mueca de desagrado—. Joder, tío... parece que nos estamos casando..., pero en serio, ya sabes que es así.

Jan asintió con lentitud. Sí, siempre había sido así.

Antes de que Till la hubiese cagado, habían estado muy unidos, pero las cosas habían cambiado. *Él* había cambiado. Mucho más de lo que podía contarle a su hermano. Le vino a la mente la imagen del polaco de la noche anterior. Con la mirada perdida en el infinito se acarició con suavidad los nudillos hinchados de la mano derecha. Una sombra le oscureció el semblante.

¿Cómo le iba a contar a Cas todo aquello? ¿Cómo le iba a decir que era un matón más de Bajram? Y el porqué había decidido convertirse en uno... Sin duda, su hermano trataría de impedirle que siguiese trabajando para él, que siguiera peleando. Trataría de encontrar otra solución para saldar la deuda. Pero no la había. Ya se había roto él la cabeza hacía meses. Estaba haciendo lo que tenía que hacer.

—Mira, Jan. Sé que estás metido hasta el cuello en los negocios de Bajram. Es imposible mezclarse con ese tipo de persona y que la mierda no te salpique. —Hizo una pausa—. Además, se comenta que también le sirves de... guardaespaldas de vez en cuando —concluyó en voz baja, llevándose la lata de cerveza a los labios.

Jan se aferró a la barandilla, clavándose las aristas de metal en las palmas de las manos. No le sorprendía que Cas hubiese escuchado rumores. Vivían en un pueblo pequeño de la costa mediterránea, donde todo el mundo conocía a todo el mundo. Allí no había secretos.

—No quiero involucraros —dijo al final, sin mirarle.

Cas bufó con desdén.

—Ya estamos involucrados. Así que no me vengas con esas y habla, joder.

Jan emitió una risa desganada. Si supiera...

—He venido aquí hoy porque no me has dejado otra opción —comenzó en voz baja—. Llevas semanas llamándome, pidiéndome que venga, que hablemos, que te cuente la mierda en la que estoy metido... —Se detuvo para darse la vuelta y mirarle directamente a la cara—. Lo siento mucho, pero no lo voy a hacer. No quiero que vuelvas a insistirme. Quiero encargarme de esto a mi manera. Yo solo. No necesito tu ayuda —terminó con voz fría. Le dolió ver que los ojos de Cas, tan parecidos a los suyos, mostraban una chispa de aflicción al escuchar sus duras palabras.

Pero era mejor así.

Un silencio espeso se extendió entre ellos, separándolos, alejándolos uno del otro.

—Eres un gilipollas —dijo Cas. Tenía los puños cerrados y le miraba furioso.

—Quizá. Pero esto es cosa mía —trató de zanjar el asunto.

—No te creas que te va a resultar tan fácil librarte de mí.

Jan había sabido que Cas no iba a aceptar un no por respuesta. Así era su hermano: impulsivo, espontáneo, cabezota y persistente. Pero esa vez llevaba las de perder, porque él ya había tomado una decisión y lo había hecho con todas las consecuencias.

—¿Fácil? —Soltó una amarga carcajada—. Puedes utilizar cualquier palabra para describir mi vida en este momento. Cualquiera menos fácil.

—*Shit!* —exclamó Cas golpeando la barandilla con el puño.

Se volvió a hacer el silencio. Una suave música de fondo de uno de los chiringuitos de abajo llegó hasta ellos. Era una canción de Britney Spears, la misma que había sonado en el *Dancing Queen* días atrás, cuando Jan lo había visitado. Sin poder remediarlo la imagen de la chica de Bajram acudió a su mente. Le sucedía con más frecuencia de la deseada. No podía sacarse de la cabeza cómo le había mirado en el despacho y luego en el parking.

—¿Estáis bien? —La pregunta de Eli desde la puerta los sobresaltó a

los dos.

Cas se dio la vuelta y se dirigió a ella, carraspeando.

—Sí, Elisa, estamos bien. Todo lo bien que se puede estar cuando uno tiene a un gilipollas cabezota por hermano, que cree que es el salvador del universo y que piensa que no necesita ayuda porque es invencible —añadió con profundo sarcasmo—. Sí, estamos bien.

Ella se quedó paralizada, mirándolos a ambos alternativamente. Cas se acercó y la abrazó con firmeza, depositando un beso sobre su frente. Ella correspondió al abrazo, sorprendida. Los ojos de los hermanos se encontraron por encima de su cabeza. Los de Cas brillaban enfadados, los de Jan, decididos.

Al cabo de unos instantes Eli se desasíó de Cas y se acercó a Jan. Le miraba con mucha seriedad. Se detuvo a solo un paso y alzó la barbilla. La diferencia de estaturas, la misma que tenía con Cas, lo hacía necesario.

—No tienes que contarnos nada. —Levantó la mano, haciendo callar con ese gesto a Cas que había intentado protestar—. Solo tienes que saber que estamos aquí en caso de que nos necesites —murmuró, apoyando la mano sobre el antebrazo tatuado de Jan.

Él bajó la mirada y se maravilló del contraste de esos delicados dedos sobre su musculoso brazo lleno de tinta de colores. La diminuta mano apenas cubría la figura de Ymir, el gigante de escarcha, que según la mitología nórdica había sido el primero de todos los seres vivientes.

Levantó la vista y la clavó sobre sus ojos castaños.

—Gracias, Eli —dijo con voz ronca no exenta de emoción. Sintió una punzada de envidia al pensar en la fantástica relación que tenían su hermano y ella.

—No creas que esta conversación ha acabado —intervino Cas mirándole con los ojos entornados.

—Yo creo que sí —repuso con dureza. Sabía que su hermano no estaba acostumbrado a escucharle hablar así y su mirada cargada de sorpresa se lo demostró—. No tenía que haber venido.

—¡Cas! —exclamó Eli dándose la vuelta y acercándose a él—. Déjale en paz, por favor. —Le miró suplicante, posando las manos sobre su pecho, como si ese gesto fuera a calmarle—. ¿No podemos tener una cena tranquila

los tres? —Se dirigió a Jan—. Te hemos echado muchísimo de menos. Solo queremos pasar un rato contigo.

Jan miró a su hermano. Se notaba que trataba de contenerse, a duras penas.

—Está bien —claudicó Cas al fin, relajando las manos y apoyándolas sobre los hombros de Eli—. Solo quiero decir una cosa antes de que el tema quede zanjado, bueno..., más bien un par... Quiero que sepas que estoy jodidamente enfadado contigo. Y quiero que sepas que reitero lo que ha dicho Elisa, que estamos aquí, en caso de que nos necesites. Y... —bajó la voz de manera que pareció más un susurro—, quiero pedirte que no me jodas, Jan..., no me hagas perder otro hermano.

Jan endureció la mandíbula y desvió la mirada.

—Dadme un mes más. Solo un mes.

Después de aquello nadie dijo nada durante unos segundos. El ambiente se había cargado y todos semejaban tener los nervios a flor de piel.

—Voy a buscar la lasaña —murmuró Eli al cabo de un rato. Su voz sonaba estrangulada.

Abandonó el balcón y Cas no tardó en seguirla meneando la cabeza, contrariado. Jan permaneció de pie junto a la barandilla.

«No tenía que haber venido», se dijo. Las cosas siempre resultaban más fáciles cuando no había nadie preocupándose por él. Todo era más sencillo si solo tenía que mirar por sí mismo. Volvió a fijar la vista en el barquito blanco que antes le había llamado la atención, allí solo, en medio del vasto mar, en la oscuridad.

No pudo evitar establecer la comparación consigo mismo.

Cas y Eli no tardaron en volver y terminaron por sentarse a la mesa. Cenaron en silencio, un silencio apenas roto por retazos de conversaciones insustanciales. Hablaron un poco del taller de Cas, del nuevo trabajo de Eli en el despacho de Jaime Llorens, el marido de su amiga Alba, y también del estudio de Jan. No se volvió a mencionar a Bajram, ni las peleas, ni nada por el estilo.

Pero estaba claro que Cas no podía olvidarse del tema. La mayor parte de la cena se la pasó observándole.

—Solo queremos que vuelvas a ser el de antes —exclamó de pronto,

sin venir a cuento, girando la lata de cerveza en su mano.

Jan dejó el tenedor sobre el plato y le miró con intensidad.

—Cas, seamos realistas. Ya nada va a volver a ser como antes. Ni yo, ni vosotros, ni nada... Han pasado demasiadas cosas para que eso suceda... No creo que pueda empezar de cero —terminó, taciturno.

Transcurrieron varios minutos sin que ninguno dijese nada. Eli tenía la mirada perdida en un punto del horizonte. Cas removía el contenido de su plato con el tenedor, pensativo. Él se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos.

«Solo tres peleas más y se acabó», pensó. «No más combates, no más músculos destrozados. No más Bajram, no más *Dancing Queen*. No más dolores de cabeza...» Bueno, eso era harina de otro costal. Nada ni nadie le aseguraba que después de dejar de pelear, sus jaquecas fuesen a remitir. No quería ni pensar en que quizá no fuese así, en que su condición fuera algo más... permanente... Agarró el borde de la mesa con fuerza.

Cuando abrió los ojos, al cabo de unos instantes, constató que Cas y Eli le miraban preocupados.

—Estoy bien.

Pero notó en sus expresiones que no le creían. No le sorprendió. Él tampoco se creía a sí mismo.

—¿Sabes que papá llegó ayer? —El torpe intento de Cas por cambiar de tema no surtió efecto, pero decidió fingir que sí.

—Mamá me llamó para decírmelo —repuso cogiendo su Coca-Cola y bebiendo un trago.

—Se va a quedar un par de meses, esta vez.

Jan asintió en silencio. Sus padres, aunque no estaban separados, vivían cada uno en un país. Su madre, allí en la costa. Había decidido venirse a España hacía años y montar una pequeña pastelería noruega, su tierra de origen. Su padre, por el contrario, había preferido quedarse en Alemania, donde trabajaba como médico. La relación a distancia parecía funcionarles.

—¿Y Till? ¿Se sabe algo de él? —inquirió con curiosidad.

—Poca cosa. Solo que sigue estudiando y que no ha vuelto a meterse en ningún lío desde que está allí —respondió Cas.

Desde que había pasado aquello que cambió las vidas de todos, Till se había ido a vivir a Alemania con su padre y había retomado sus estudios de medicina. El contacto con él era casi nulo. Con toda probabilidad la culpa que sentía era tan profunda que su vergüenza le había hecho alejarse de ellos. Los remordimientos debían de ser tremendos.

—Voy a marcharme —dijo de pronto. El tema de Till siempre le tornaba melancólico. Por más que lo hubiese jodido todo, era su hermano pequeño.

Sus palabras fueron acogidas con desagrado.

—¡No! Pero si no hemos tomado postre, ni café..., bueno té... —se apresuró a añadir Eli.

—Joder, Jan, pero si acabas de llegar... —Cas le lanzó una mirada cargada de desilusión.

—Estoy cansado. Agotado más bien. Me he pasado la tarde entrenando y mañana tengo un cliente a primera hora que quiere tatuarse la pierna. Tengo que dormir —se disculpó, levantándose.

Lo que había dicho era cierto; había estado entrenando más de seis horas y al día siguiente tenía que madrugar. Estaba molido. Pero la verdadera causa para marcharse no era esa, por supuesto. Necesitaba huir de esas miradas llenas de preocupación. Quería estar solo.

Cas apretó los labios pero no intentó detenerle.

Se acercó a Eli, que parecía desolada, y la abrazó con afecto. Le dio un beso en la mejilla, ignorando el brillo acongojado que había aparecido en sus ojos.

—Cuñada, esta noche te has superado a ti misma con esa lasaña —bromeó, como habría hecho el antiguo Jan, pero en los labios del nuevo Jan la broma sonó extraña y fuera de lugar.

Ella, no obstante, le sonrió con dulzura.

Cas le acompañó a la puerta. Justo antes de abrirla le agarró por el brazo y le detuvo. Le miró con fijeza, como si de ese modo fuera a hacerle cambiar de opinión.

—Haz el puto favor de contestar el teléfono. Y no vuelvas a aislarte allí en tu cabaña en el puñetero fin del mundo, joder... somos tu familia. Decidas lo que decidas y hagas lo que hagas, te vamos a apoyar.

Jan asintió, inquieto.

—Haré lo que pueda —contestó pasados unos segundos.

—Sé que algo va muy mal. Te conozco. Eres mi hermano —habló con un tinte de desesperación en la voz—. Cuando quieras hablar, aquí estoy. No lo olvides. ¿Vale?

Jan no respondió. Desvió la mirada. Quería marcharse de allí.

—Estamos en contacto —dijo, alejándose hacia el descansillo de la escalera. Mentía, por supuesto. No pensaba volver a tener contacto con su hermano hasta que no hubiera salido de todo aquello.

Cas asintió con solemnidad y algo de escepticismo antes de cerrar la puerta.

Jan se encaminó al ascensor. Se detuvo frente a él pero no pulsó el botón. Fijó la mirada sobre sus manos, abriéndolas y cerrándolas convulsivamente sin ser consciente de ello. Tenía la cabeza en otra parte.

La luz de la escalera se apagó dejándole a oscuras.

Capítulo Cinco

Oksana tenía la mirada fija en el televisor. Eran las cinco de la tarde y estaban retransmitiendo el programa de cotilleos de todos los días. No estaba prestando atención a pesar de que parecía interesada. Roman estaba sentado a su lado. Su presencia ya ni siquiera la incomodaba. Le prefería a él mil veces antes que a Ivan, *el monstruo*. Al menos, Roman jamás le había puesto la mano encima. Se había acostumbrado a que fuera su sombra y a que estuviese la mayor parte del día con ella. Bajram insistía en que era su guardaespaldas pero ella sabía que en verdad era su perro guardián.

No se encontraba bien, pero se resistía a marcharse a su dormitorio: esa odiosa habitación donde cada noche se iban creando más y más recuerdos abominables que le impedían conciliar el sueño y la ponían enferma. Prefería estar en cualquier sitio menos entre esas cuatro paredes pintadas de color vainilla, con esa horrible cama y esa lámpara de luz regulable... y esa ventana tapada por cortinas de color granate que no dejaban pasar el sol, pero que cuando no estaban echadas mostraban su realidad: los barrotes en la ventana. Al menos en el salón se respiraba un falso aire de libertad. Allí, las gigantescas ventanas que daban al cuidado jardín no tenían barrotes.

Terminó por incorporarse y dirigirse a uno de los ventanales. Sin preocuparse de si dejaba un rastro sobre el pulido cristal —ya vendría alguien a limpiarlo— apoyó la frente en él y contempló el exterior. Los colores a la luz del brillante sol mediterráneo eran una maravilla. El azul del cielo era vibrante y contrastaba de una manera dramática con el verde esmeralda del césped. Toda la escena parecía irreal, como sacada de un libro. La primera vez que había visto aquellos colores se había quedado anonadada; le habían parecido la cosa más bella del mundo. Así se había imaginado ella España cuando vivía en Ucrania: viva, resplandeciente y luminosa.

Sabiendo que Roman no la miraba —en el reflejo del cristal podía ver que estaba absorto en el estúpido programa de televisión—, se permitió un segundo de debilidad. Se llevó la mano a la boca tragando saliva con dificultad, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Puedes soportarlo...»

Esas palabras se habían convertido en su mantra personal. Resonaban en su cabeza una y otra vez, todos los días. Y era verdad. Hasta el momento había podido soportarlo. Todo.

En silencio maldijo el día en que había visto el falso anuncio que la había llevado hasta allí. ¡Ojalá nunca hubiese posado los ojos sobre él!

—¿Oksana? —La voz de su tormento particular a su espalda le hizo dar un respingo. No le había oído acercarse. Se dio la vuelta con rapidez tratando de ponerse la máscara de cordial indiferencia que siempre mostraba ante él.

—¿Sí? —susurró con una sonrisa fingida.

—¿Estás bien? —La miraba con una expresión interrogante. Se acercó y posó una mano sobre su desnudo hombro.

—Estoy muy bien —mintió. Soportó su contacto sin mover ni un músculo—. ¿Querías algo? —No era habitual que él estuviera en casa a aquella hora. Algo especial debía haber sucedido.

—Esta noche damos una cena.

Cinco palabras. Solo cinco palabras que provocaron que se le revolviere el estómago. Parpadeó, tratando de no mostrar su desagrado. Lo último que le apetecía era asistir a una cena. Estaba mareada.

—Perfecto. ¿Necesitas algo de mí?

—Solo que estés a mi lado, preciosa y callada. —Le sonrió condescendiente—. He dejado encima de la cama la ropa que tienes que ponerte. Quiero que esta noche estés impresionante. Viene gente importante.

Ella asintió.

—A las nueve en punto quiero que estés lista. Y déjate el pelo suelto. No me gusta cuando lo llevas así. —Le lanzó una mirada reprobadora a la coleta que ella lucía en ese momento. Después se inclinó y la besó en la mejilla con suavidad. Oksana cerró los ojos brevemente; la sonrisa no se había borrado de su cara en ningún momento.

Él le dirigió una última mirada antes de darse media vuelta y marcharse. A veces le parecía increíble que ese hombre de aspecto insignificante pudiera ser el jefe de una organización dedicada al

narcotráfico, la prostitución, las peleas ilegales... y sabía Dios cuántas cosas más. En su caso, el dicho de que las apariencias engañaban era más que acertado.

Volvió a darse la vuelta y a contemplar el jardín.

Ya ego nenavidela!

Odiaba el césped bien cuidado y cómo brillaba al sol. Odiaba la piscina de invitadoras aguas cristalinas con su pequeña cascada al fondo. Odiaba esa casa excesiva y fastuosa, llena de valiosos tesoros y obras de arte y barrotes en las ventanas. Odiaba tener criados que atendían cada uno de sus deseos. Y lo que más odiaba sin lugar a dudas era a él.

Lo que había dicho le vino a la cabeza. ¿Una cena? No sería la primera vez, pero cada vez estaba más harta de todo aquello. Horas de actuar como una muñequita preciosa atendiendo cada uno de sus deseos, mostrando sumisión delante de sus invitados, como a él le gustaba.

¡Lo odiaba!

Y además, ni siquiera se encontraba bien, tenía ganas de vomitar, pero de nada le iba a servir decírselo. Se llevó la mano a la boca tratando de controlar una arcada. La desolación acababa de empañarle los ojos.

Viderzhu...

* * *

A las nueve en punto descendió la escalera de mármol agarrándose con firmeza a la barandilla. No se le había pasado el malestar. Llevaba un vestido plateado que se ajustaba a sus curvas favorablemente y que dejaba su espalda al descubierto. Unos zapatos negros con un tacón imposible completaban el conjunto. Como él le había requerido, su larga melena caía suelta sobre sus hombros. Había puesto esmero en maquillarse, ya que sabía que a él le gustaba arreglada, muy arreglada.

La estaba esperando al pie de la escalera con una postura impaciente. Cuando la vio aparecer, sus labios esbozaron una sonrisa.

—Estás bella, querida —le dijo, subiendo un par de escalones para ir a su encuentro. La tomó de la mano y la besó en la mejilla. Después se apartó y la miró de arriba abajo con aprobación. Llevaba puesto un traje de chaqueta gris oscuro. Un ligero aroma a loción de afeitado le envolvía. Parecía tan... respetable.

Ella no tuvo tiempo de replicar nada. Él la cogió de la mano y la condujo al salón. En ese momento el timbre de la puerta sonó, anunciando la llegada de los primeros invitados.

Durante la siguiente media hora el elegante salón comenzó a llenarse. Habían acudido un par de concejales con sus mujeres; el abogado que le llevaba sus asuntos, que tenía un despacho en la capital y que había venido ex profeso para la cena; el dueño de un complejo hotelero de lujo; el director de un banco con su mujer y su hija; los dos arquitectos con los que había comenzado a trabajar Bajram en un nuevo proyecto; un notario y un pez gordo del Cuerpo Nacional de Policía, también con su mujer y sus dos hijos adolescentes.

Bajram había invitado a lo más selecto de la costa, al parecer.

Mientras hacía la ronda de su brazo, con una sonrisa tímida pintada en los labios y tratando de controlar las náuseas, Oksana se preguntaba cómo era posible que toda esa gente hubiera respondido a la llamada del albanoskobar. Era gente importante, muy importante. ¿De verdad no sabían en qué clase de negocios estaba metido? Lo sabían. Lo sabían y miraban hacia otro lado. Al igual que sabían que ella no era su *mujer*. Pero el dinero y el poder podían mover montañas y estaba claro que Bajram disponía de ambos en grandes cantidades.

La cena le resultó agotadora, sentada entre él, que la ignoraba y conversaba todo el rato con uno de los concejales; y la mujer del director del banco, que no cesaba de mirarla a hurtadillas con cierta envidia. Nadie le dirigió la palabra. Dado que nunca hablaba y sus rasgos denotaban su procedencia eslava, todos parecían pensar que no entendía el español. Además, el que él se dirigiese a ella siempre en ruso tampoco ayudaba a sacarlos de su error. Si era sincera consigo misma, lo prefería así. Su indisposición había ido aumentando. No sabía si era porque había comido algo en mal estado o porque estaba incubando un virus. De cualquier manera se sentía miserable.

Le miró de reojo. Llevaba ocho meses viviendo con él. Ocho meses de miedo. Desde el primer momento en que él la había visto, había mostrado un desmedido interés por ella, interés que se había acentuado al saber que era virgen. Por un breve lapso de tiempo se había considerado afortunada — dentro de su desgracia— al saber que, en contra de lo previsto, no iba a tener que trabajar en el *Dancing Queen*, y que el dueño había mostrado

predilección por ella. Pero ya la primera noche que pasó en esa casa con él le había abierto los ojos. Recordaba lo sucedido cómo si hubiese ocurrido hacía solo unos minutos...

Él había estado muy obsequioso durante la cena. La había llenado de halagos y de cumplidos, aun así ella había sido incapaz de relajarse. Se había mantenido tensa y en silencio, mirándole de reojo. Sabía lo que venía a continuación y una lágrima furtiva había rodado por su mejilla. Al ver su expresión disgustada se la había limpiado con rapidez con el dorso de la mano.

—No quiero ver ni una sola lágrima —le había dicho él entonces y le había levantado la barbilla sujetándosela entre el pulgar y el índice, escudriñando cada centímetro de su rostro. Al cabo de unos instantes la había soltado y le había hecho un gesto a Ivan, que había permanecido de pie junto a la puerta mientras ellos cenaban.

El inexpresivo ruso se había acercado.

—Vete con Ivan y espérame en la habitación. —Su voz, zalamera, le había provocado un estremecimiento.

Se había ido con Ivan, con las piernas temblorosas, tratando de contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, sabiendo que no debía derramar ni una más.

El dormitorio que le habían asignado aquella tarde cuando había llegado a la mansión estaba a oscuras. Ivan había encendido la luz, le había hecho un gesto para que entrase y después se había marchado, cerrando la puerta, y dejándola sola. Ella ni siquiera se había entretenido en admirar los muebles o la belleza de los cuadros que colgaban de las paredes. Se había sentado en el borde de la cama, y a pesar de no desearlo, había comenzado a sollozar. Había sido un llanto de esos que salían de dentro, de esos en los que uno ponía toda el alma y que no tenía sentido tratar de evitar... Había llorado por todo lo que había perdido, por la inocencia que estaba a punto de perder también y por el terror que le inspiraba su futuro.

Y así la había encontrado él minutos después, encogida sobre sí misma y con la cara hinchada por el llanto.

Llevaba una copa en una mano y un puro en la otra y se la había quedado mirando de una forma extraña, como si la viera por primera vez y ella no fuese más que un insecto llamativo. Se había acercado con una

sonrisa en la cara.

—¿Estabas llorando?

Ella había negado con la cabeza, como si el negarlo pudiera ocultar lo que era más que evidente. Su labio inferior seguía temblando.

—¿Me mientes, querida?

Había vuelto a negarlo. La mirada de él era tan fría que había sentido como si una mano helada le estrujase el corazón.

Sin quitarle la vista de encima, él había rodeado la cama y había dejado la copa sobre la mesilla. Luego había vuelto a acercarse a ella.

—No te mient...

No había podido decir más. De pronto, la había cogido por el brazo con tanta fuerza que estuvo segura de que al día siguiente tendría marcas. Se le había quedado mirando horrorizada.

—¿Has mentido, querida? —le había preguntado entre dientes. Una vena había comenzado a latirle en la sien.

Ella se había quedado paralizada, sin saber qué decir.

—Suéltame, por favor... Me haces daño —había suplicado con voz llorosa. Y otra lágrima había rodado por su mejilla.

Entonces él le había clavado los dedos en el brazo con saña, y ella había gritado.

—Nunca más vuelvas a derramar una lágrima en mi presencia —había siseado junto a su mejilla, con los ojos despidiendo chispas. Y después había hecho algo espeluznante que ella jamás iba a poder olvidar. Había acercado el puro encendido a su brazo y mirándola con fijeza lo había apagado en él.

El shock había sido tan grande que al principio no había podido ni gritar; se le había atascado la voz, pero solo un par de segundos después un alarido casi inhumano le había brotado de la garganta.

Todavía ahora, ocho meses después, podía recordar perfectamente el olor a piel quemada y el agudo dolor de la quemadura. Contuvo la necesidad de llevarse la mano a la parte interna del brazo, donde la fea cicatriz de unos tres centímetros de diámetro destacaba contra su blanca piel.

Esa había sido la primera y única vez que él la había herido; el resto

de las veces había mandado a Ivan. Oksana había aprendido a cerrar la boca, a no hacer preguntas y a soportar cualquier cosa. Y a no llorar.

—¿Oksana? —Su voz llegó hasta ella de repente. Sonaba molesto. Giró la cabeza y le miró.

Bozhe! ¡No solo molesto, sino muy enfadado!

—¿Sí, Bajram? —murmuró en voz baja.

—He tenido que repetir tu nombre varias veces para que reaccionases. Me estás avergonzando. —A pesar de que hablaba en ruso y nadie le entendía, lo hacía en voz muy baja y amenazante. A Oksana se le puso la carne de gallina. Solía emplear ese tono con ella cuando estaba pensando en castigarla. Sus ojos se llenaron de terror cuando vio cómo él le hacía una señal a Ivan.

—No hace falta que llames a Ivan —le susurró con pavor.

¡No, no, no! Solo habían sido un par de minutos de desatención, pensó desesperada. ¡No podía castigarla!

—Creo que sí hace falta, Oksana. Quizá deberías marcharte a tu habitación si te duele la cabeza.

—¡No! —exclamó aterrada. El malestar que llevaba sintiendo todo el día hizo que reaccionase de manera desproporcionada—. ¡Me voy a portar bien, me voy a portar bien...! —elevó la voz sin darse cuenta y al ver las miradas de los otros comensales sobre ella comprendió que había cometido un terrible error.

Él esbozó una sonrisa, la más fría de las sonrisas que ella jamás había visto reflejadas en su boca. Se puso de pie y la cogió del brazo con aparente suavidad, instándola a levantarse.

—Discúlpennla —se excusó mirando a los invitados—. No se encuentra bien. Está empezando con una de sus migrañas y tiene que retirarse.

Ella trató de resistirse, metiendo la pata de nuevo, ya que los ojos de él comenzaron a desprender verdaderas chispas de furia. No sabía qué le pasaba. Solía ser muy cuidadosa, pero la indisposición que sentía le nublabla el sentido común y la lógica. Terminó por incorporarse con las piernas vacilantes. Miró a los demás con una trémula sonrisa. Apenas si escuchó las palabras de ánimo que le dirigieron algunos de los presentes. La imponente

figura de Ivan surgió de la nada a su lado, súbitamente. Tratando de no tropezar, abandonó el comedor, sabiendo que todas las miradas estaban posadas sobre su persona. Justo cuando atravesaba la puerta que daba acceso al vestíbulo, escuchó a Bajram a su espalda.

—Sí, la pobre sufre de migrañas a menudo. La dejan postrada en cama durante días.

«*Viderzhu...*»

Murmurando su mantra en silencio se dirigió hacia las escaleras de mármol, seguida por Ivan. Trató de aclarar su cabeza contando los escalones. Diecisiete, un descansillo y luego cinco más. Veintidós. Temblaba tanto que tuvo que agarrarse con las dos manos a la barandilla para no caerse. Según se acercaban a su destino, la puerta blanca al final del corredor, su desazón iba en aumento. Siempre que la castigaban la llevaban a la habitación del fondo, la más alejada de toda la casa. Los ruidos de la cena habían quedado lejos, apenas se percibían.

Abrió la puerta y tanteó la pared, buscando el interruptor de la luz. La lámpara de cristal iluminó la estancia. Ella se adentró dos pasos en la habitación antes de darse la vuelta y clavar la mirada en Ivan. Sabía que no le iba a servir de nada suplicarle que no le hiciera daño. Ya había vivido esa situación con anterioridad. La primera, al día siguiente de la quemadura y de su primer encuentro sexual con Bajram. De aquel día guardaba la cicatriz de su nuca. La segunda, unas semanas después, cuando había decidido interceder por una de las chicas nuevas del *Dancing Queen*; de ese día no le había quedado ningún recuerdo, físico al menos, pero la paliza la había recluido en cama un par de semanas.

—¿Dónde vas a cortarme hoy? —A pesar de que intentó sonar cínica, no pudo evitar que la voz le temblase.

—No te voy a cortar —repuso él con indiferencia—. Solo te voy a enseñar un poco de respeto. —Hizo crujir los nudillos y Oksana contempló horrorizada cómo abría y cerraba sus enormes manos. Un puñetazo de una de esas manos podía matarla.

Un vahído la hizo trastabillar hacia atrás. No podía pensar con demasiada claridad. Se llevó la mano a la frente, la tenía empapada en sudor. Entornó los ojos y trató de concentrarse en la impresionante figura de Ivan, que la observaba, impassible.

Llevaba ocho meses viviendo en un infierno. La mitad del tiempo estaba aterrorizada y la otra mitad se odiaba por servir a Bajram y no rebelarse. Ocho meses recluida en una prisión, sin hablar con nadie, sin otra compañía que la del silencio. Con miedo a respirar demasiado fuerte por si le molestaba. Dejándose besar, acariciar y mancillar noche tras noche, mientras apretaba los dientes y aguantaba como podía. Y sin derramar ni una sola lágrima.

¿Acaso eso era vida?

No, no lo era. Tenía veinte años y ya se había muerto varias veces desde que había llegado allí. Con cierta frialdad se preguntó, mientras miraba los puños de Ivan, si no sería eso mucho mejor para ella. Y en ese instante aquel pensamiento no le resultó tan desagradable. Todos sus problemas desaparecerían. Dejaría de tener miedo las veinticuatro horas del día. Ya no volvería a despreciarse a sí misma y a la mujer en la que se había convertido. No más dolor. No más sufrimiento. ¿Por qué temer a la muerte cuando era sin duda mejor que su vida?

—Ivan —le dijo con voz firme. Había dejado de temblar—. Más te vale que me mates hoy, porque si no lo haces tú, lo haré yo misma.

Él la miró como si de pronto le hubieran crecido tres cabezas. Aparentaba estar muy sorprendido.

—No voy a matarte. Si lo hiciese, Bajram me haría cortar el cuello. —Se acercó a ella.

Ni siquiera vio venir el puñetazo. Pero sintió cómo se estrellaba en su mandíbula. Tampoco sintió dolor porque perdió el conocimiento.

Capítulo Seis

El puño se estrelló contra el lateral de su cuello, cortándole la respiración. Se echó hacia atrás velozmente, boqueando como un pez al que han sacado del agua. Gracias a Dios no le había alcanzado de lleno.

¡Joder! ¡No lo había visto venir!

«Céntrate, Jan. La estás cagando», se dijo.

Rodeó el octágono saltando, sin perder de vista a su oponente, tratando de ganar tiempo mientras se recuperaba del golpe.

El irlandés era un tío descomunal, quizá no tan alto como él mismo, pero su caja torácica era del tamaño de un roble centenario. Era sorprendente que siendo tan pesado se moviese de aquella manera. Jan no se lo había esperado y ahora estaba pagando su descuido. Inspiró y espiró un par de veces para recuperar el aliento.

El público comenzó a silbar y a gritar improperios. Estaban allí para ver espectáculo, a ser posible sangriento, y no para contemplar cómo el luchador favorito se retiraba y no atacaba. El combate había empezado hacía unos diez minutos y al contrario que en el circuito legal de MMA no había diferentes asaltos ni pausas. Se luchaba de continuo, hasta que uno de los dos quedaba tumbado en la lona. Desde el primer momento, había sido el irlandés el que más golpes había encajado y Jan había comenzado a relajarse.

Error.

Entornó los ojos calibrando sus posibilidades, buscando un punto débil en la técnica del otro. Aunque decir técnica era algo ridículo. Allí no había técnica alguna, solo la fuerza bruta y las ganas de ganar pasta. No obstante, su rival parecía tener ciertos conocimientos sobre cómo y dónde golpear para hacer el mayor daño posible. No era el primer luchador de esas características al que Jan se enfrentaba, pero si no se andaba con cuidado podía ser el último.

Y eso no estaba dispuesto a permitirlo.

«The Irish Pitbull» le miró desde el otro extremo del ring. Tenía la

típica mirada de ataque y Jan supo a ciencia cierta lo que iba a pasar a continuación. En efecto, el otro saltó hacia delante y haciendo amago de golpearle en la cara, en el último segundo se inclinó hacia la derecha y trató de darle en el costado, pero Jan lo había estado esperando y se giró para evitar el golpe al tiempo que le propinaba un puñetazo en la oreja que le mandó directo al suelo acolchado.

Se retiró sin dejar de mirar a su oponente, que se había llevado las manos enguantadas a la cabeza y gritaba como un condenado. Un reguero de sangre le brotaba del oído derecho. Era probable que se le hubiese reventado el tímpano.

El público comenzó a aullar y a patalear en los asientos. Eso era lo que habían venido a buscar: sangre.

Jan se detuvo justo al lado de la puerta por la que se accedía al octágono y comenzó a saltar alternativamente sobre una pierna y sobre otra, para no perder el ritmo, esperando. Dudaba mucho de que el otro pudiese seguir combatiendo. No, si se tenían en cuenta sus alaridos. Una rotura de esas características no siempre era grave y Jan había participado en suficientes combates como para saber que muchos luchadores seguían adelante incluso con el tímpano perforado. Pero ese no parecía ser el caso. El irlandés estaba bramando como un animal en celo y la expresión de su cara era de profundo tormento. Sí, a veces el dolor era insoportable. Trataba de incorporarse, pero se notaba a la legua que estaba desorientado y mareado. Aun así, mostrando una tenacidad extrema, se puso en pie y se aproximó zigzagueando, con la mirada turbia. Levantó el brazo izquierdo e intentó golpearle en la cara pero falló por un metro al menos.

Estaba acabado.

En esos encuentros no había árbitros, pero sí un controlador, que al darse cuenta de que uno de los combatientes estaba más muerto que vivo, accedió al ring y paró la pelea, interponiéndose entre ambos. El irlandés se echó hacia atrás y terminó por caer al suelo de nuevo, de rodillas. El controlador, un español de mediana edad que se llamaba Luis, cogió el brazo de Jan y lo levantó en el aire, provocando que el público gritase, aplaudiese y diese golpes con las sillas.

Jan «Eismann» Landvik había vuelto a ganar otro combate.

Pronto los altavoces escupieron furiosos la música irlandesa que le

servía de melodía de cabecera, ahogando todos los demás sonidos. A pesar de no ser un combate oficial y de no seguir ningún tipo de reglas, ciertas pantomimas se mantenían para agrandar al público, como el paseíllo con música a la entrada y a la salida del campeón.

«Menuda puta ironía», pensó Jan mirando al desgraciado que estaba a cuatro patas en la lona. «Derrotado por un germano-noruego que tiene como sintonía la música típica de tu país. La vida es una mierda».

Sin fijar la mirada en nada ni en nadie en particular, cumplió con el ridículo protocolo y alzó los brazos en señal de victoria. Era quizá el único luchador que no organizaba un espectáculo cada vez que ganaba. Se mantenía impertérrito y serio, como si la «fama» y la pasta le importasen un bledo.

Y así era.

Ya solo le quedaban dos peleas más.

La música seguía sonando cuando abandonó el ring. Por más que le hubiera gustado irse directo a los vestuarios e ignorar las palmaditas en la espalda y las felicitaciones del público —hombres en su mayoría—, tuvo que detenerse un par de veces y estrechar varias manos, incluso soportar el abrazo de una mujer de edad indefinida y aspecto de no haberse acostado en días. Ni siquiera pareció importarle que estuviese cubierto de sudor.

¡Cómo odiaba aquello!

Poco a poco logró desasirse de las manos y los brazos ávidos por tocarle, y se apresuró en llegar a los vestuarios. Bajram lo tenía todo bien organizado. Había montado un espectáculo digno de cualquier circuito oficial de lucha. Cobraba la entrada y ofrecía cosas que no se podían encontrar en otro sitio de aquella manera: alcohol, tabaco, drogas, apuestas y sangre. Todo bajo el mismo techo. Solo faltaban las chicas, pero para eso ya tenía el *Dancing Queen*.

Había otros dos luchadores en el vestuario que le saludaron con un movimiento de cabeza apenas perceptible. Jan correspondió de igual manera antes de sentarse en un banco. Escupió el protector bucal y se abrió las guantillas con los dientes. Despacio se retiró las vendas que cubrían sus manos y se las inspeccionó; esta vez no habían sufrido demasiado. Al contrario que su cuello. Se lo palpó con cuidado. Sí. Necesitaba el puñetero aloe vera. Otra vez.

No tardó en encontrarse bajo el chorro de agua caliente. Solo dos duchas más allí y se acabó, volvió a repetirse en silencio.

Se acabó pelear.

Se acabó trabajar para Bajram.

Se acabó ir al *Dancing Queen*.

Se acabó...

De nuevo, como llevaba sucediéndole desde hacía quince días cada vez con más frecuencia, la imagen de la chica, nítida y clara, acudió a su mente... Ese cutis blanco como la nieve..., esos labios rojos como la sangre..., ese pelo negro como el ébano..., *Schneewittchen*...

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejando que el chorro de agua le golpease directamente sobre la cara.

¿Por qué cojones no podía dejar de pensar en ella?

Diario de Oksana Novalnyova

18 de abril – Malinovka (Ucrania)

Mi querida prababushka está en el hospital. Tiene neumonía. Lleva ya dos semanas allí y no mejora. Los médicos dicen que es muy mayor y que quizá no se recupere.

Paso mucho tiempo allí con ella, pero no está consciente. Solo se ha despertado en un par de ocasiones y ni siquiera me ha reconocido.

Me dan ganas de llorar. Yo ya sabía que esto iba a suceder antes o después. Mi prababushka tiene noventa y seis años y ha vivido más que la mayoría, pero no pensaba que este momento fuera a llegar.

Tengo que prepararme para cuando llegue el día, pero no sé cómo. Mientras escribo esto siento mucha tristeza y se me llenan los ojos de lágrimas.

¿Qué voy a hacer sin ella?

Ni siquiera va a poder ver cómo me convierto en maestra como ella. Eso es lo que más pena me da. Siempre hablaba de ello, de que esa sería su mayor ilusión...

No me apetece seguir escribiendo. Tengo que ir al hospital.

Capítulo Siete

Se despertó sintiendo como si una apisonadora le hubiera pasado por encima. Tenía un dolor lacerante en la frente y notaba la cabeza a punto de estallarle. Le costaba respirar. Sentía también toda la cara entumecida e hinchada. Era probable que —guiándose por el dolor— la tuviese destrozada. Intentó abrir los ojos, pero solo consiguió que su párpado izquierdo se alzase un par de milímetros. A través de la rendija vio que la luz de la habitación seguía encendida.

Ivan le había dado una buena paliza, pero no la había matado. Estaba viva. Muy magullada, pero muy viva.

Se llevó la mano al costado, pero ya antes de tocarse sabía que tenía un buen golpe allí también. Se dio cuenta de que su vestido estaba desgarrado y colgaba hecho jirones de sus hombros. Con mucha lentitud bajó los pies de la cama y se incorporó. Gimió al sentir como si millones de agujas le traspasasen la piel. Se quedó allí sentada, como en trance. No sabía qué hacer. Tenía la mente ofuscada y el cuerpo tan dolorido que le resultaba imposible pensar o tomar una decisión.

Se puso de pie y volvió la cabeza hacia el baño. Con las piernas vacilantes se encaminó hacia allí; cada paso era una tortura. La imagen que le devolvió el espejo cuando encendió la luz fue terrorífica. No pudo controlarse. Los espasmos recorrieron su cuerpo y las arcadas la obligaron a inclinarse sobre el lavabo. No tenía nada sólido en el estómago, ya que apenas había probado la cena, y no pudo vomitar más que amarga bilis. Sollozó impotente, agarrada al borde de mármol. Las lágrimas le ardieron en los ojos y trató de contenerlas.

—*Chto delat?* —susurró—. ¡Dios mío! ¿Qué hago ahora?

Volvió a mirarse al espejo a través de la pequeña rendija que su ojo izquierdo había formado. Tenía la frente y los pómulos hinchados, y la mandíbula enrojecida. También parecía tener un corte en la ceja, y debía haber sangrado profusamente por la nariz porque tanto su rostro como su cuello estaban cubiertos de sangre seca. Tenía golpes en el pecho y en el

abdomen. Su cuerpo entero parecía la paleta de colores de un pintor, desde el azul violáceo hasta el rojo, todos estaban allí presentes.

De pronto, la realidad de su situación la golpeó con fuerza. ¡No había muerto y estaba sola en una habitación en la que no había barrotes en las ventanas! ¡Sola! Por primera vez en meses no había nadie pendiente de ella. ¡Nadie! Una peculiar excitación tomó forma en su interior. ¡Quizá pudiese escapar! ¡Quizá pudiera largarse de allí sin que nadie se enterase de su ausencia! Su mente, que hasta el momento había estado aletargada, empezó a calcular sus posibilidades con frenesí. Sabía que tenía que darse prisa. Ivan no tardaría en volver para trasladarla a su propia habitación.

Se soltó del lavabo y, renqueando, se dirigió al dormitorio. Se acercó al interruptor de la luz y la apagó. La dolorida retina de su ojo se lo agradeció. No tenía ni idea de qué podía encontrarse fuera, pero era mejor no llamar la atención sobre su persona. Con cuidado apartó las cortinas un par de centímetros. Ese dormitorio daba a la parte trasera de la casa, a un jardín apenas iluminado. Calculó la distancia que habría hasta el suelo. Quizá tres o cuatro metros. Demasiados para saltar.

No sabía qué hora era, ni si la fiesta seguía en marcha en el piso de abajo. Hasta allí no llegaba ningún sonido. Solo el silencio. Reflexionó unos instantes, pero tenía claro que debía marcharse de allí y la única vía de escape era la ventana. No podía arriesgarse a salir por la puerta y que Ivan o Bajram, o alguien la viese. No podía.

Encendió la lámpara de la mesilla y buscó con la mirada algo que utilizar en su descenso al jardín, pero la habitación estaba amueblada de forma muy espartana y sin adornos. Los únicos muebles que contenía eran la cama, las dos mesillas de frágil aspecto y una silla. Ni siquiera había sábanas, más que la que cubría el colchón. En un último y desesperado intento rebuscó en el baño, pero allí tampoco había nada. En realidad no era tan extraño; esa habitación no se usaba para ningún fin. Solo para sus sesiones de castigo, pensó con amargura.

Le dolía todo el cuerpo y estaba mareada. Lo único que quería era acurrucarse en un rinconcito y dormir. Nada más. Y sin embargo sabía que tenía que mantenerse despierta. Nunca iba a volver a tener otra oportunidad como aquella de escapar.

Apagó la luz y con determinación volvió a dirigirse a la ventana. Esta

vez apartó las cortinas del todo y la abrió. La suave brisa nocturna penetró en el dormitorio trayendo un apenas perceptible aroma a flores. Y un silencio absoluto.

Inspeccionó la fachada, buscando algo a lo que agarrarse en el descenso, pero la oscuridad y la hinchazón de sus ojos no se lo pusieron fácil. ¿Cómo iba a conseguirlo? El suelo de hierba le parecía tan lejano ahora... La libertad le parecía tan cercana y tan remota al mismo tiempo...

Un sollozo desesperado se abrió paso a través de su garganta.

«Quizá me rompa una pierna... o las dos. Pero... ¿y qué? ¿Acaso tengo otra opción?»

Se encaramó a la ventana con esfuerzo. El muslo derecho le dolía horrores y tuvo que morderse los labios para no gritar. Pero finalmente se encontró sentada en el alféizar con el corazón a punto de estallarle. Agudizó el oído, pero no se escuchaba nada. Con mucho cuidado se descolgó, agarrándose al vano. Estuvo a punto de gritar de dolor al sentir el borde del mismo clavándosele en el pecho; las lágrimas brotaron de sus ojos, pero ya había llegado muy lejos, no se iba a detener ahora. Sus brazos, a duras penas podían sostener el peso de su cuerpo, aun así se colgó de ellos. Rompió a sudar. Ya no sabía si por el esfuerzo o por el dolor. Conteniendo la respiración se preparó para dejarse caer.

«*Bozhe moy...*»

Y se soltó.

El impacto contra el césped fue brutal. Las piernas se le doblaron y cayó en una postura imposible. El dolor punzante que le atravesó el tobillo le hizo comprender que o bien se lo había torcido o se lo había roto. Ahogó un grito y se quedó allí tendida, tratando de que el aire le llegase a los pulmones sin que pareciera que le estaban clavando un cuchillo en las entrañas. Tardó unos instantes en recuperarse. Despacio se arrastró hasta el muro y se recostó contra él. Le costaba respirar; lo hizo de forma superficial y rápida pero al cabo de unos segundos se dio cuenta de que comenzaba a marearse de nuevo. Soportando la agonía que suponía cada inhalación profunda, intentó relajarse. Miró a su alrededor, pero nada había cambiado. Todo seguía en silencio. La luz de la ventana que pertenecía a la cocina iluminaba un rectángulo de césped justo a su derecha.

No podía rodear la casa. No sabía si Ivan estaría en la puerta, o si

habría alguien mirando por una ventana. Lo ideal sería desaparecer por el fondo del jardín y saltar el muro de cemento que rodeaba toda la propiedad. No tendría más de dos metros de altura. Quizá pudiese encaramarse a las tumbonas que estaban apiladas a un lado. Sabía que el esfuerzo le iba a costar horrores, pero tenía que intentarlo. No tenía más opciones. Pero ¿cómo iba a conseguir llegar hasta allí en sus condiciones?

Jadeando, se irguió agarrándose a los ladrillos de la fachada. Apoyó el pie herido en el suelo y el pinchazo fue insoportable. Se llevó la mano a la boca y ahogó un grito. Con las lágrimas borrando la poca visión que le permitían sus hinchados ojos y cojeando, avanzó pegada a la pared. Se detenía cada dos o tres pasos para coger aire. El corazón le latía con tanta furia que sintió miedo de que alguien pudiese oírlo.

Una risa rompió el silencio de la noche y Oksana se detuvo, aterrada. Contuvo la respiración, y se agachó, tratando de ocultarse detrás de una de las jardineras de terracota. Dos figuras, una femenina y otra masculina, emergieron de la parte derecha de la casa; ambas llevaban grandes bolsas negras de plástico en las manos. Reconoció la silueta de la fornida Katja, la cocinera. El otro debía de ser uno de los chicos del catering que Bajram había contratado para servir la cena aquella noche. Iban charlando en ruso. Se dirigieron al fondo del jardín, a la pequeña puerta de madera que conducía al exterior de la casa, donde se encontraban los contenedores de basura. Katja se sacó las llaves del bolsillo y la abrió; después salieron. Volvieron a aparecer con las manos vacías unos instantes después y regresaron por donde había venido.

La puerta se quedó entreabierta.

El corazón de Oksana se aceleró al darse cuenta de aquello.

¡Era demasiado bueno para ser verdad! ¡Por fin el destino parecía haberse puesto de su parte! ¡Tenía que aprovechar esa oportunidad! Probablemente no tardarían en volver con otra carga de basura. Quizá no tuviese más de un minuto.

Se incorporó con rapidez, llevándose una mano a la boca para ahogar un gemido de dolor. Tratando de ignorar los pinchazos del costado, los del tobillo, los de la pierna y los de su cabeza, atravesó el trozo de jardín que la separaba de aquella puerta, lanzando miradas furtivas sobre su hombro. La alcanzó en breve, aunque le pareció que había tardado siglos en conseguirlo.

Jadeaba por el esfuerzo. Volvió a mirar hacia atrás, aterrada, pero no vio ningún movimiento. Empujó la hoja de madera con cuidado y esta se deslizó silenciosamente. En meros segundos se encontraba al otro lado de la propiedad.

Por primera vez desde que había despertado se permitió el lujo de tener esperanza. Magullada, malherida y dolorida, sin apenas poder andar ni respirar, esbozó una débil sonrisa.

¡Libertad!

Apretando los dientes y con más determinación que nunca, se internó en el campo. No sabía cuánta distancia podría recorrer con el tobillo así, pero cuanto más se alejase de aquel lugar, mejor. En la oscuridad era muy complicado avanzar, y las ramas secas se le clavaban en las plantas de los pies dificultando sus pasos. Apenas había andado cien metros cuando tuvo que detenerse. Apoyó la espalda contra un árbol. Resoplaba del esfuerzo. Todo su cuerpo era como una gran herida abierta.

Gimió frustrada.

De pronto, a lo lejos, escuchó algo que le resultó inconfundible: el motor de un coche. Se incorporó y trató de localizar de dónde podía venir el sonido. Se dio la vuelta y a lo lejos pudo ver los faros de un vehículo entre los árboles, que al poco rato desaparecieron.

«Una carretera», pensó. «Si consigo llegar hasta ella a lo mejor algún coche para y me lleva lejos de aquí».

Haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, empezó a andar, teniendo cuidado de no tropezar. Avanzaba casi a tientas, aferrándose a los troncos de los árboles y a los matorrales que encontraba en su camino. Las ramas le arañaban los brazos y las piernas, pero su nivel de adrenalina se encontraba por las nubes y cada vez sentía menos el dolor. Ni siquiera el tobillo le molestaba tanto como antes.

No había vuelto a ver más coches, pero quizá fuera una vía poco transitada, se decía, tratando de no perder la esperanza. Nunca había salido de la casa sin ir acompañada por Roman, Ivan o Bajram, por lo que los alrededores le resultaban desconocidos.

Unos metros más allá, el bosquecillo que acababa de atravesar descendía bruscamente en pendiente a lo que en efecto era una carretera no

demasiado ancha. Oksana se detuvo con la mirada desesperanzada clavada sobre el desnivel de unos dos metros que la separaba del asfalto.

De repente los faros de otro coche aparecieron en la lejanía. Se acercaban deprisa y ella se vio obligada a tomar una decisión. Sin preocuparse demasiado por su tobillo o por el dolor que tenía en el costado, descendió por el terraplén con rapidez para no dejar escapar esa oportunidad. Quizá no se presentase otra en mucho tiempo.

Con la mirada fija en las luces que se acercaban a toda velocidad, se precipitó hacia delante, agarrándose a las ramas, que le provocaron heridas agudas en las manos. El tobillo cedió bajo su peso y terminó por caer de bruces. Rodó terraplén abajo, golpeándose la cabeza en el mismo asfalto. Pero no le importó. El sonido chirriante de los neumáticos frenando a solo un par de metros frente a ella fue música celestial para sus oídos.

Capítulo Ocho

Ese solo de violín era su parte favorita. Los acordes penetraron en sus oídos provocándole un subidón.

¡Sí! ¡Eso era música!

Se acababa de inclinar hacia delante para subir el volumen del reproductor de CD, cuando un brillo plateado apareció en la calzada a solo unos metros frente a él. Frenó de golpe, haciendo que las ruedas se bloquearan y que el coche derrapase.

—¡Joder! —masculló entre dientes. Había estado a punto de atropellar algo o a alguien, todavía no estaba seguro.

Apagó la música, y dejando el motor encendido, descendió del vehículo. Con rapidez se acercó a lo que se había interpuesto en su camino. Los faros del Jeep iluminaban la escena.

¡Era una chica!

Dejando escapar un exabrupto se arrodilló junto a la figura femenina que permanecía inmóvil. Estaba tumbada boca arriba con el pelo tapándole la cara. El brillo de su vestido plateado fue lo primero que le llamó la atención. Esa era una carretera poco transitada y no era usual encontrarse a nadie andando por allí, y menos a esas horas de la noche. Era extraño. Le apartó la melena con suavidad tratando de averiguar qué era lo que le pasaba. Él ni siquiera la había rozado con el coche.

—*Scheisse!*

La imagen que se presentó ante sus ojos le dejó helado. La hinchazón y la sangre que cubría su cara impedían reconocer sus facciones. Y no solo la cara, se percató consternado. Todo su cuerpo parecía estar lleno de golpes y magulladuras. ¿Qué cojones podía haberle sucedido? Una caída no provocaba esa clase de heridas. Quizá había sido víctima de un atropello y la hubieran dejado tirada...

Se sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros dispuesto a llamar a una ambulancia, pero estuvo a punto de dejarlo caer al suelo cuando sintió el

tacto de una pequeña mano sobre su brazo.

—¡Por favor...! ¡No! ¡No... llames a nadie! —Llegó hasta él la voz de la chica. Hablaba con mucha dificultad.

Bajó la vista y la clavó en su rostro, algo perplejo. Tenía un aspecto horrible. Quizá estuviera delirando.

—No sé qué te ha pasado pero tiene que verte un médico —repuso. Y trató de marcar de nuevo.

—¡No! Por favor... si voy a un hospital, él... él me encontrará... —A pesar de que su voz era un mero murmullo, la urgencia que destilaba penetró de golpe en el cerebro de Jan.

—¿Él? —gruñó—. ¿Algún hijo de puta te ha hecho esto?

—Por favor... No llames a una ambulancia y no me lleves al hospital. Por favor... Él me encontrará. ¡Por favor! No tengo nada roto. Solo... solo necesito descansar... —No pudo seguir hablando. Un sollozo desesperado sacudió su maltratado cuerpo.

Jan se quedó mirándola indeciso, con el móvil en la mano. Sentía una ira profunda y oscura al saber que alguien había podido hacerle algo así a una chica que parecía encontrarse en plena adolescencia. La recorrió con los ojos de arriba abajo, evaluando su estado. Quizá tuviera razón, quizá no tuviese nada roto... aun así sería mejor que un profesional le echase un vistazo.

Entonces ella comenzó a murmurar palabras en otro idioma — probablemente ruso—, y sus gemidos se hicieron más fuertes. Le soltó el brazo y se giró, adquiriendo una postura fetal allí sobre el asfalto.

Jan la observó, indeciso.

—¿Tienes familia? ¿Alguien que pueda cuidarte? ¿Alguien a quién pueda llamar? —le preguntó, preocupado, sin saber qué hacer. Se pasó la mano por la nuca con nerviosismo.

Los sollozos de la chica se hicieron más fuertes. Un *no* apenas murmurado llegó hasta él.

—*Verdammt!*

En contra de su buen juicio que le indicaba que lo mejor sería llevarla a un hospital, terminó por decidirse por lo contrario. La chica estaba aterrorizada. Parecía muerta de miedo solo de pensar que él pudiera llamar a

una ambulancia. Se guardó el móvil en el bolsillo, recriminándose el ser tan imbécil, antes de alargar el brazo y tocarle el hombro con suavidad. Ella dio un respingo.

—Te voy a llevar a mi casa —le dijo, tratando de que su voz sonase tranquilizadora—. Vivo a solo un par de kilómetros de aquí. Allí puedes descansar y recuperarte, al menos hasta que decidas que lo mejor es que te vea un médico.

Ella se dio la vuelta con mucha lentitud. Seguía sollozando, pero no de igual manera.

—Gracias... —susurró.

Jan la miró dubitativo. Estaba tan magullada que no sabía ni cómo debía sujetarla, ni si iba a poder andar hasta el vehículo. Ya comenzaba a arrepentirse de su decisión. ¡Joder!

—No sé por dónde cogerte, la verdad. Tengo miedo de hacerte daño.

Ella no respondió. Trató de incorporarse, pero una exclamación cargada de dolor emergió de su boca.

—¡Espera! —La detuvo posando la mano sobre su brazo. Estaba empapada en sudor frío—. No te muevas. Yo te ayudo.

Le pasó un brazo por debajo de las piernas y otro por detrás de la espalda con suavidad. La levantó en el aire sin dificultad. No pesaba nada. Ella se dejó hacer sin emitir ni un solo sonido. Apoyó la cabeza en su hombro y una cascada de cabello oscuro le cubrió el brazo.

—¿Te duele?

—Todo... todo el cuerpo —repuso ella en voz apenas audible—. Pero... pero no más que antes.

Jan apretó los labios, furioso. Solo el pensar que había un hijo de puta por ahí suelto que podía hacerle eso a una chica le revolvía el estómago. Se dirigió al coche con su preciosa carga en los brazos. Abrió la puerta del pasajero y la depositó en el asiento con todo el cuidado del mundo, aun así ella gimió lastimeramente.

—Debería verte un médico.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! Por favor... —Le agarró por la muñeca con más vigor del esperado. Jan bajó la cabeza y posó la mirada sobre su

blanca y delicada mano. Tenía las uñas pintadas de oscuro, aunque un par de ellas se le habían partido—. No me lleves a un hospital, por favor...

La contempló todavía reticente. Ella tenía el rostro tan deformado por los golpes, y manchado por la sangre, que no podía discernir siquiera si le estaba mirando o no.

—Está bien —dijo poco convencido, sabiendo que se iba a arrepentir de su decisión.

Se apartó y abrió la puerta trasera del Jeep. Cogió una manta de cuadros que solía llevar allí. La tapó con ella. No trató de ponerle el cinturón de seguridad. No quería hacerle daño. Además, su casa no se encontraba lejos; no tardarían en llegar. Cerró la puerta y se dirigió a su lado del vehículo. Se acomodó en su asiento y la miró una última vez antes de meter primera y quitar el freno de mano. Ella se había recostado contra el reposacabezas. Respiraba con dificultad.

Agarró el volante con fuerza, invadido por la furia y la preocupación. Entornó los ojos cuando una idea acudió a su cabeza. Tenía claro que él no era la persona adecuada para cuidar de esa chica, pero sabía a quién podía llamar. Sí. Lo haría.

Pisó el acelerador con suavidad y se puso en marcha. El desvío que llevaba a su casa estaba solo a un par de kilómetros de distancia. Lo cogió con lentitud. El estrecho camino de tierra que conducía a su propiedad era bastante irregular así que se esforzó por no ir demasiado deprisa, aun así el Jeep botó en un par de baches y él miró a su pasajera, que no emitió ni una queja.

—¿Estás bien?

—Sí... —musitó ella. Mentía, por supuesto.

Jan se maldijo en silencio por no haber arreglado antes el puñetero camino. Lo había ido dejando para más adelante. Nunca parecía tener tiempo para eso.

—Ya estamos llegando. Solo un kilómetro más y estamos allí.

Ella no contestó.

Pronto, detrás de unos árboles, la forma oscura de la pequeña casa que había comprado hacía años, apareció iluminada por los faros del coche. Era una edificación no muy grande de una sola planta, rodeada de naranjos.

Aparcó el coche justo delante de la puerta.

—Espera un momento —le dijo a la chica—. Voy a prepararlo todo y ahora mismo vengo a por ti.

No esperó a que ella contestase. Se bajó del Jeep y subió los escalones de madera del porche de una zancada. Abrió la puerta y encendió la luz. A toda velocidad atravesó el salón y se encaminó al dormitorio del fondo del pasillo, el que utilizaba como habitación para todo. Dio la luz de la lamparita de la mesilla y apartó unas cajas llenas de revistas que había en medio y el maletín con su equipo para tatuar. Retiró la colcha de la cama y comprobó con alivio que había sábanas limpias.

Tendría que valer, se dijo. Tampoco tenía nada mejor que ofrecerle.

Regresó al coche. La chica no se había movido ni un milímetro.

—Ya está —le dijo, abriendo la puerta. Ella giró la cabeza y quizá le miró. No podía asegurarlo—. Con cuidado —murmuró, retirando la manta y cogiéndola en brazos. Se maravilló de nuevo de lo poco que pesaba. Parecía tan joven... era difícil calcular su edad.

Se adentró en la casa y llegó al dormitorio. Se sentía un poco torpe con ella en brazos. La depositó sobre la cama y se incorporó. Ella no se movió; se quedó quieta, tal cual él la había dejado. Su melena negra se había desparramado por la almohada y Jan se dio cuenta de que su pelo era muy largo. La recorrió con la mirada. Tenía la piel muy blanca y todo el cuerpo lleno de golpes y arañazos. Pero era su cara lo que peor aspecto mostraba, aunque su muslo también presentaba una imagen lamentable: una mancha del tamaño de un melón empezaba a tornarse púrpura. Y tenía el tobillo hinchado. Quien la hubiera golpeado, lo había hecho de manera brutal.

—Voy a buscar algo para lavarte las heridas. ¿Estás bien? —Sin esperar a que ella le contestase la arropó con delicadeza con la colcha—. ¿Cómo te llamas? No hace falta que me respondas si no quieres —añadió al ver que ella comenzaba a respirar con agitación.

La chica pareció vacilar. Tardó en responder, pero al cabo de unos segundos lo hizo.

—Oksana.

Jan asintió. Como había sospechado antes al escucharla hablar, era rusa. Y tan joven... Se preguntó si no sería una pobre desgraciada de esas que

venían a España buscando una vida mejor, y terminaban trabajando en un prostíbulo, engañadas por la mafia, como las chicas del *Dancing Queen*... Quizá la paliza se la hubiese proporcionado su chulo.

Sacudió la cabeza. Ya tendría tiempo de hacerle preguntas. Ahora era más importante que alguien con conocimientos médicos le echase un vistazo.

—Ahora vuelvo.

Abandonó la habitación, cerrando la puerta. No tardó en sacarse el móvil del bolsillo y marcar un número. Era de madrugada, pero era una urgencia. A lo mejor la chica estaba peor de lo que decía...

—Perdona que te moleste pero tengo un problema que no puede esperar a mañana —dijo con urgencia cuando una voz somnolienta contestó la llamada.

—¿Te pasa algo?

—No, yo estoy bien. Es otra cosa. He encontrado a una chica tirada en la carretera. Creo que le han dado una paliza y se niega a que la lleve a un hospital. Está aterrada.

—¿Está ahí, contigo?

—Sí, la he traído a casa. Creo que no tiene nada roto, pero debería verla un médico, por eso te llamo.

—Voy para allá.

—Bien. Te espero.

Colgó. Había hecho lo correcto llamando y lo sabía. Si bien él tenía suficiente experiencia con golpes y magulladuras, prefería que un profesional le echase un vistazo.

Volvió al dormitorio y abrió la puerta, quedándose en el umbral.

—¿Oksana? —llamó con suavidad, pero ella se había quedado dormida. Respiraba de manera regular; su pecho subía y bajaba bajo la colcha. Quizá fuese mejor así, se dijo. La experiencia por la que debía haber pasado tenía que haber sido espantosa.

La contempló durante largo rato, pensativo. La teoría de que quizá fuese una pobre desgraciada de Europa del Este, que había llegado hasta allí engañada, se afianzó en su cabeza. Era plausible. Lo que era peculiar era el dominio que parecía tener del idioma. No cuadraba.

Suspiró con fatiga. Estaba agotado. La pelea de aquella noche no había sido fácil; y solo había deseado poder llegar a casa para tirarse en la cama. Pero el incidente de la chica había trastocado sus planes... ¡Joder! Ya podía irse olvidando de su ansiado descanso.

Cerró la puerta despacio y se fue a la pequeña cocina que lindaba con el salón. Sacó una botella de agua de la nevera y sin molestarse en buscar un vaso bebió directamente de ella, vaciándola casi de un trago. Luego se dirigió al salón y se dejó caer sobre el sofá. Meditó durante unos minutos con la mirada clavada en la pared de enfrente.

¿Qué cojones iba a hacer con la chica? Quizá tuviese que quedarse allí días...

Scheisse, Scheisse, Scheisse!

Según había creído entender en la carretera, le había dicho que no tenía a nadie a quién acudir: ni amigos ni familia... A lo mejor podía ponerse en contacto con el consulado de su país. Ellos sabrían qué hacer. Seguro que tenía familia allá en Rusia o dónde fuese. Lo que tenía claro era que él no podía ocuparse de ella.

«Deja de elucubrar. No tienes ni idea de nada y te estás montando una película tú solo», se dijo con exasperación.

En ese momento el ruido de un coche le sobresaltó. Miró la hora en el móvil. Solo habían pasado cuarenta minutos desde la llamada telefónica. Sí que se había dado prisa. Se levantó con rapidez y se encaminó a la puerta. La abrió de par en par.

Un Honda Civic plateado aparcaba justo al lado de su Jeep. La puerta del conductor no tardó en abrirse. La del pasajero también. Jan dejó escapar una maldición ahogada. Claro que él se lo había dicho a ella también. ¿Cómo no se lo había imaginado? Meneó la cabeza, resignado.

—Hola —le saludó el recién llegado, abrazándole. La mujer también se acercó y le apretó el brazo, con afecto.

—Papá, mamá... pasad... —Y se hizo a un lado, cediéndoles el paso.

Diario de Oksana Novalnyova

3 de mayo – Malinovka (Ucrania)

Le han dado el alta a mi prababushka y está conmigo en casa, pero necesita que alguien la atienda las veinticuatro horas. He tenido que dejar la universidad, al menos este semestre. Ya recuperaré las clases cuando ella esté mejor.

A veces dudo de que vaya a recuperarse del todo. Los médicos no lo creen.

Yo tampoco.

Cada vez está más delgada. Y no quiere comer apenas. Ella, que siempre ha sido una mujer fuerte, ahora parece tan frágil. Casi no se sostiene en pie, pero cuando se levanta de la cama su cabeza solo me llega al hombro. Antes era ella la que me sacaba una cabeza.

En uno de sus momentos de lucidez me ha dicho que llame a un abogado. Quiere poner en orden sus cosas, dice. He llamado y hemos quedado aquí mañana. Ojalá tenga la cabeza en su sitio y sepa quién es. La mayor parte de los días no lo sabe. A veces cree que soy su hija Elena, mi abuela. Se pasa todo el día llamándome así.

Otras veces cree que soy una desconocida y no me deja acercarme. Es tan triste que me entran ganas de llorar.

Luego están los días como hoy, que me llama Oksana y sabe quién soy. Esos días hay que aprovecharlos porque son muy escasos.

Capítulo Nueve

Se despertó lentamente sintiendo unas manos suaves que le tocaban la cara. ¡Qué sensación más agradable! Eran unas manos cálidas y delicadas, que le trajeron recuerdos de su *prababushka*. Sabía que no podía ser ella, que hacía tiempo que había muerto, pero aun así la sensación era deliciosa...

Podía escuchar voces también, de un hombre..., no, de dos hombres diferentes... y de una mujer, pero se comunicaban en un idioma que no entendía. Hablaban en voz baja y eso la tranquilizó.

Las manos abandonaron su cara y le tocaron el cuello. Notó la tibieza de un paño empapado frotándola con delicadeza y suspiró.

No sabía dónde estaba, pero le dio igual. Sentía la cabeza como si se encontrase en una nube de bienestar, como si flotase. Algo no terminaba de encajar en aquella situación, pero estaba tan cansada...

Sonrió llena de paz.

Volvió a dormirse.

* * *

En el momento en que su madre vio a la chica, tan desvalida y brutalmente apaleada sobre la cama, su instinto maternal despertó. Si de algo se había lamentado alguna vez Ebba Landvik en su vida, era de no haber tenido hijas. Ya se comportaba como una mamá gallina con Eli, que apenas la necesitaba, cuanto más con esa pobre chica.

Su padre, después de intercambiar unas cuantas palabras con él sobre cómo había encontrado a la muchacha y si había estado consciente y lúcida, se puso manos a la obra. Después de inyectarle un calmante empezó a curar sus heridas, mientras Ebba le servía de enfermera.

Él observó la escena con el ceño fruncido. No había mucho que pudiera hacer, así que dejó que sus padres se encargasen de todo y se retiró al salón. Tomó asiento en el sofá y estuvo así un buen rato con la mirada extraviada, reflexionando.

¿Quién cojones sería aquella chica y quién le habría hecho aquello?

Había estado huyendo de algo o de alguien, eso estaba claro. Pero ¿de quién? ¿De su chulo? ¿De su marido? Por la zona solo había un par de chalets de ricachones, que estaban deshabitados; sus dueños solo los ocupaban en verano. ¿Qué narices pintaba ella en medio del monte con un vestido plateado a las dos de la mañana? Era todo un misterio. Meneó la cabeza, desconcertado. Tendría que esperar a que se encontrase mejor para poder satisfacer su curiosidad y formularle todas aquellas preguntas. Y esperaba que eso sucediese cuanto antes.

Miró el móvil con impaciencia. El tiempo parecía no avanzar. Sus padres llevaban dos horas encerrados en la habitación con ella —Oksana, se corrigió en silencio—. ¿Estaría peor de lo que él había creído? Quizá tenía que haber ignorado su súplica y haberla llevado a un hospital.

Se levantó con brusquedad y se dirigió a la cocina a calentar agua para hacer té. El té siempre le calmaba. Estaba de pie frente al fuego cuando la voz de su madre a su espalda le sobresaltó.

—¿Vas a hacer té? —le preguntó.

Asintió, dándose la vuelta.

—Nos vendría bien una taza.

—¿Cómo está? —inquirió sin poder evitar que la ansiedad se dibujase en sus palabras.

—Está bien. Mejor de lo que parecía a simple vista. Ahora lo hablamos.

Se marchó dejándole solo y Jan expelió el aire que había estado conteniendo. ¡Estaba bien! Menos mal... Un problema menos.

Al cabo de unos minutos salió de la cocina con tres tazas de té en la mano. Las dejó sobre la mesa, donde sus padres ya estaban sentados. Su madre tomó una. Su padre dejó la suya intacta. Se acariciaba el mentón, meditabundo.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó al fin.

Jan no contestó. Tomó asiento al lado de su madre y contempló su té, absorto. ¿Qué iba a hacer con ella? Eso mismo se había preguntado una y otra vez desde que la había encontrado en la carretera. No tenía ni idea. Lo que tenía claro era que no se podía quedar allí.

—No tengo ni la menor idea. No quiere que la lleve a un hospital,

pero aquí tampoco puede quedarse... —repuso al fin sin levantar la mirada.

—Esos golpes de la cara son de puñetazos. La mayoría están en torno a los ojos y también tiene un corte en la ceja y en el párpado, pero no creo que su visión haya quedado afectada. Y lo del muslo es una patada..., se puede ver hasta la marca del zapato —murmuró su padre cogiendo su té y dando un largo trago.

Jan rechinó los dientes.

Verdammt Scheisse!

—No tiene ningún hueso roto. Tampoco la han violado —continuó su padre de forma profesional—. Quizá tenga alguna fisura en las costillas, aunque sin hacerle una radiografía no te lo puedo confirmar. Tiene también un tobillo dislocado. Lo demás son solo rasguños, cortes y golpes sin mayor importancia. Yo le recomendaría unos días de reposo, al menos. —Le miró con intensidad, como forzándole a tomar una decisión.

Jan apretó los puños. Odiaba sentirse presionado.

—Quizá deberías hablar con la policía —intervino su madre.

—No. No hasta que sepa con exactitud qué ha pasado —dijo, incómodo. Era cierto que deseaba librarse de ella, pero le había prometido que podría quedarse en su casa hasta que se recuperase y que no avisaría a nadie... —¿Tardará mucho en reponerse?

—No te lo puedo asegurar. —Su padre se encogió de hombros—. Unos días.

¿Unas días? ¿Qué significaba eso? ¿Dos o veinte? ¿Se podía ser más inespecífico?

«Fantástico», se dijo mordaz.

Contempló a sus padres, pensativo.

Primero a su madre, que agarraba la taza con las dos manos y que le devolvió la mirada sin pestañear. ¡Qué mujer más fuerte era!, pensó con orgullo. Incluso después de lo mucho que había sufrido con Till el año anterior, se había mantenido erguida y sin derramar una sola lágrima.

Y su padre... Su padre... Estuvo a punto de resoplar. Era la primera vez que le veía en meses y tenía mejor aspecto que la última vez. Había engordado algunos kilos, pero su cabello rubio apenas estaba teñido de gris, y

sus ojos azules seguían brillando como si se resistiesen a mostrar que ya había pasado los sesenta y cinco.

Knut Landvik era un hombre especial. Vivía separado de su mujer por más de dos mil kilómetros y solo la visitaba un par de veces al año. Era el jefe de Urología de una clínica privada en Hamburgo, y aun así, era pobre como una rata, dada su afición a donar todos sus ingresos... Jamás fue un padre convencional, más bien una figura que siempre había estado ausente..., pero ahí estaba cuando uno le necesitaba.

—Te he apuntado lo que tienes que comprar en la farmacia. Yo te dejo lo que he traído conmigo. —Su progenitor señaló un trozo de papel que había sobre la mesa. Parecía dar por hecho que la chica se iba a quedar.

«¿Acaso no?», se preguntó a sí mismo con impotencia. ¿Dónde narices iba a ir si no?

—Tú también tienes un buen golpe ahí. —Su madre se levantó y le rozó el cuello con ternura—. ¿Te has puesto aloe vera?

—Sí —le respondió, levantando la cabeza y mirándola a los ojos. Lo que vio en ellos no le gustó demasiado: preocupación. Odiaba ser la causa de su desasosiego, pero así era desde que trabajaba para Bajram—. Mamá, ya queda poco. —Al menos para que acabase el acuerdo. Lo otro, lo que de verdad le preocupaba... no tenía ni idea de cómo se lo iba a contar. Ya lo decidiría llegado el momento.

Ebba Landvik no dijo nada. Asintió.

—Será mejor que nos vayamos para que descanses. Tienes cara de estar agotado —intervino su padre, dando el último sorbo a su té—. Intenta dormir un poco y no te preocupes demasiado por ella. —Señaló hacia el dormitorio donde su «huésped» dormía—. No se despertará hasta dentro de unas horas. Si necesitas algo, *lo que sea* —enfaticó—, llámanos.

—¿Mañana trabajas? —le preguntó su madre, camino de la puerta. Era una pregunta pertinente, ya que a veces abría el estudio de tatuajes los domingos si tenía alguna cita programada.

—No. Mañana me quedo en casa todo el día. Ah..., y gracias por venir.

Su padre le abrazó.

—Para eso estamos. Poco, pero estamos —añadió con un tinte de

humor y una sonrisa que le hizo parecer veinte años más joven.

Su madre le dio un suave beso en la mejilla, abrazándole con fuerza

Se despidió de ellos en la entrada. Se quedó de pie en el porche hasta que los faros traseros del coche desaparecieron en la oscuridad. Después entró en la casa y apagó la luz del salón. Se encaminó a su dormitorio, no sin antes dirigir una última mirada a la puerta de la habitación donde Oksana dormía; estaba entreabierta. Él dejó la suya entornada también, por si acaso se despertaba y le necesitaba.

Se sentó en la cama con pesadez y se quitó las zapatillas. Conservando puestos los pantalones y la camiseta, se tumbó boca arriba. Apoyó el antebrazo derecho sobre la frente y contempló el techo. Suspiró con cansancio. Estaba exhausto y dolorido. Al menos esa noche no había hecho aparición su dolor de cabeza. Trató de dejar la mente en blanco y de conciliar el sueño. Lo necesitaba de verdad. Finalmente, el agotamiento pudo con él. Mientras la luz de un tímido sol entraba por su ventana, se quedó dormido.

* * *

Los gritos le despertaron. Al principio estaba tan desorientado que no supo dónde se hallaba ni a quién podía pertenecer aquella voz femenina. La cara de *Schneewittchen* acudió a su mente. Debía de haber estado soñando con ella..., pero eso no tenía ninguna lógica... De pronto se acordó de su huésped en la habitación de enfrente.

—¡Joder! —masculló, saltando de la cama.

En dos segundos había entrado en el otro dormitorio. La chica había tirado al suelo la colcha y se retorció en la cama al tiempo que gimoteaba y balbuceaba palabras inconexas en ruso y en español, en una mezcla imposible de descifrar. Movía la cabeza de un lado a otro con violencia, y Jan temió que se lastimase. Se detuvo en el umbral, indeciso sobre cómo proceder.

Un agudo lamento brotó del pecho de ella, sacándole de su letargo.

—Eh... —murmuró en el tono de voz más tranquilizador que pudo encontrar, acercándose a la cama—. Es un mal sueño. Aquí estás segura.

—*Net, pozhalujsta. Ne delaj mne bolno!* —sollozó ella levantando las manos y cubriéndose la cara.

—¡Mierda! —farfulló Jan, arrodillándose a su lado y agarrándola por los hombros—. Es una pesadilla. Eh... tranquila. Estás soñando.

—Si me encuentra me va a matar... —gimió.

—Nadie te va a encontrar aquí. Estás a salvo —trató él de calmarla, sin saber si de verdad le escuchaba o si seguía dormida. Le sujetó las manos con delicadeza para evitar que se hiciera daño.

Ella pareció reaccionar al escuchar su voz. Giró la cabeza en su dirección y dejó de agitar los brazos, dejándolos laxos. Los vendajes que cubrían su cara le impidieron ver sus facciones, pero el ritmo de su respiración comenzó a regularizarse. La soltó.

—Eres el hombre de la carretera —susurró ella al cabo de un rato de silencio—. El de la voz amable.

Jan no pudo evitar que sus labios se curvaran en una irónica sonrisa. Nunca nadie antes se había referido así a él.

—Sí, soy el hombre que te encontró en la carretera. Estás en mi casa. Y estás a salvo.

—Nunca voy a estar a salvo —murmuró y acto seguido comenzó a sollozar de una forma tan desgarradora que le dejó sin palabras. La miró, desconcertado. Con torpeza le apartó un mechón de pelo de la cara. Su mano, morena y grande, ofrecía un singular contraste con los blancos vendajes que le cubrían la frente. Luego le palmeó el brazo con suavidad, sintiéndose como un inepto mientras lo hacía; todos sus movimientos parecían desmañados.

—Oksana, no sé lo que te ha pasado ni quién te busca, pero ahora solo tienes que preocuparte de descansar. Necesitas dormir y coger fuerzas, y ya hablaremos sobre lo demás —le dijo, esperando que fuesen las palabras adecuadas—. Aquí estás segura, créeme. Nadie va a venir a busc...

Entonces ella hizo algo que le dejó estupefacto. Se incorporó y le echó los brazos al cuello, apoyando la cabeza en su pecho. Todo su cuerpo temblaba.

Jan tardó en reaccionar. Una mueca de desconcierto se dibujó en su rostro mientras miraba a la chica que se pegaba a él como si la vida le fuera en ello. Terminó por rodearla con sus brazos y dejó que siguiese llorando mientras le acariciaba la espalda con suavidad. Podía sentir los bordes de las vendas que cubrían su torso a través de la camiseta con la que su madre la había vestido. El trauma sufrido tenía que haber sido horrible si terminaba confiando en el primer extraño que la trataba con amabilidad. Empezó a

susurrarle palabras reconfortantes al oído. Lo hacía en alemán. No sabía por qué, pero a veces el alemán sonaba mejor.

Despedía una fragancia fresca y limpia que le resultó conocida. Recordó que le había dado a su madre su propio gel para que la asease. En él no olía así, decidió. Bajó la mirada y la clavó en sus desnudas piernas, llenas de arañazos y cardenales, y en su tobillo vendado. Tuvo que cerrar los ojos un instante, lleno de ira al ver todas aquellas señales, esas marcas de la brutalidad de alguien. Respiró hondo un par de veces para no perder la compostura.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido, cuando sus sollozos comenzaron a perder intensidad y a espaciarse. Todavía algún espasmo le recorría el cuerpo de tanto en tanto, pero pronto la sintió relajarse entre sus brazos y se dio cuenta de que se había dormido. Con mucho cuidado para no despertarla, se desasíó de sus brazos y la depositó sobre la almohada. Le acomodó el pelo para que no se le enredase. Un recuerdo fugaz de otro pelo, también negro, le asaltó. Pestañeó y se llamó al orden para concentrarse en la chica que tenía delante. Se agachó a recoger la colcha del suelo para taparla. Se la quedó mirando unos segundos, preguntándose qué aspecto tendría bajo todos esos golpes.

Dejó escapar un suspiro exasperado, antes de girarse y abandonar el dormitorio. Vaciló unos segundos frente al suyo. Le echó una mirada anhelante a su cama medio deshecha, pero era una locura tratar de dormir a esas horas, con el sol entrando a raudales por la ventana.

Bostezando, se fue a la cocina a prepararse el desayuno.

Capítulo Diez

Escuchó una voz masculina. Susurraba algo. ¿Su nombre tal vez? No estaba segura. Trató de girar la cabeza hacia la voz, pero no pudo. Estaba tan cansada... Solo quería dormir.

Sí. Alguien pronunciaba su nombre. Esa voz... Ya la había escuchado antes, ¿no? No estaba segura...

Bueno, ya respondería más tarde...

* * *

Notó el calor de una mano fuerte sobre la frente.

Después escuchó un murmullo. Era una mujer que decía algo. Alguien le respondió.

De nuevo el roce de una mano, esta vez más pequeña y suave, sobre su cara.

—¿Dónde estoy? —consiguió articular.

Quizá le respondieron, pero no podía asegurarlo.

Sentía como si estuviese flotando y su cerebro estuviera compuesto de algodón. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados y tampoco quería saberlo...

Lo mejor sería seguir durmiendo, se dijo...

* * *

Había tardado unos minutos en tomar conciencia de dónde se encontraba. Se había despertado con la mente desorientada y el cuerpo dolorido, pero al cabo de unos instantes lo recordó todo.

Estaba en casa del hombre de la voz amable. Alguien, no sabía quién —quizá él—, la había curado. Se llevó las manos a la cara y se palpó las vendas que tenía sobre los ojos y que le impedían ver. Se tocó también el cuello y luego el torso con mucho cuidado. Notó el apretado vendaje por debajo de lo que parecía ser una camiseta. Seguía costándole respirar, así que lo hizo de manera superficial.

La claridad inundaba la estancia donde se encontraba; eso podía percibirlo incluso a través de las gasas. La ventana del dormitorio debía estar abierta porque una agradable brisa le acariciaba la piel. Trató de agudizar el oído pero solo había silencio. Se revolvió inquieta. Tenía que ir al baño con urgencia. Gimiendo por el esfuerzo sacó las piernas de la cama y posó los pies en el suelo. Una superficie de madera y un pinchazo en el tobillo la recibieron.

—Ehhh... pero ¿qué haces? —La voz, que ella había catalogado en su memoria como perteneciente a su rescatador, la sobresaltó—. No puedes levantarte. —Sonaba preocupado pero también algo brusco.

—Necesito ir al baño —murmuró.

—Haberme avisado. Yo te ayudo. —De repente él parecía encontrarse a su mismo nivel y se preguntó si se habría arrodillado frente a ella. Un vago recuerdo quiso acudir a su mente, pero no terminó de materializarse.

Notó sus manos, fuertes y grandes, posándose sobre sus hombros, e incluso a través de la camiseta se percató de que irradiaba calor. Se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó él, malinterpretando su reacción.

—No.

—Bueno, a ver cómo lo hacemos. No quiero hacerte daño, así que lo mejor será que te coja en brazos. No hace falta que te agarres a mí. Sé que las costillas tienen que dolerte, así que no hagas nada. Yo me encargo de todo.

Ella asintió y, antes de lo esperado, él le había pasado un brazo por detrás de la espalda y otro por debajo de las piernas, y la levantaba en el aire. ¡Era fuerte! ¡Muy fuerte! Se sintió envuelta en un cuerpo duro como una roca. Era más que probable que un paquete de músculos adornase sus brazos y su pecho.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cuatro días.

¿Cuatro días? Le parecía imposible que hubiera pasado ese tiempo. ¿Qué había hecho? ¿Dormir todo el rato? Solo tenía recuerdos confusos e inconexos.

—Has pasado casi todo el tiempo durmiendo, la verdad —dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento. Ella tenía muchas preguntas que

hacerle, pero se contuvo.

—Te llevo al baño y te digo dónde está todo. Cuando termines me llamas y le echamos un vistazo a tus heridas. ¿Te parece bien?

Asintió una tercera vez. Al tener los ojos vendados solo podía guiarse por sus otros sentidos. El del olfato le reveló que él se había duchado hacía poco, olía a gel. Era un aroma fresco y suave; no podía precisar a qué, pero era agradable. Y su sentido del oído le confirmó lo que ya sabía, que su voz, si bien un poco áspera, era reconfortante. Arrastraba algunas letras, como si el español no fuese su lengua materna. Ruso tampoco era, habría reconocido el acento. No sabía de dónde sería, pero se comportaba con ella como si de verdad importase. Un pequeño nudo le atenazó la garganta. Era la primera vez en meses que alguien le mostraba amabilidad, y se sintió abrumada.

—A ver, justo frente a ti está el lavabo —dijo él en ese instante, depositándola en el suelo con cuidado—. A tu derecha, el retrete, y a tu izquierda hay una bañera. No creo que sea buena idea que te des una ducha, de momento —murmuró. Sonaba pensativo.

—No te preocupes. Yo me las arreglaré —repuso, agarrándose con las dos manos al borde del lavabo. Sentía la presencia de él a su espalda.

Él carraspeó. Parecía incómodo.

—Estaré al otro lado de la puerta. Si me necesitas, avísame.

—¡Espera! —le llamó al escuchar que iba a abandonar el baño—. ¿Cómo te llamas?

—Jan.

El sonido de la puerta cerrándose llegó hasta sus oídos.

Jan... Jan... No era un nombre español y le resultaba conocido. En algún sitio lo había oído nombrar, pero ¿dónde? Meneó la cabeza, aturdida.

A tientas y con mucho cuidado, tratando de no cargar el peso sobre su lastimado tobillo, utilizó el retrete y luego se lavó las manos. No se molestó en buscar una toalla para secarse, dejó que la humedad fuera desapareciendo poco a poco.

Una sacudida recorrió su cuerpo al pensar en Bajram y en cómo habría reaccionado al saber que había desaparecido. Seguro que la estaría buscando. Dudaba mucho de que fuese a renunciar a ella simplemente. Él no era de los que renunciaban. Dejó caer los hombros hacia delante. Su situación

era desesperada. No tenía dinero, no tenía papeles, no tenía nadie a quién pedirle ayuda. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Dónde iba a ir? ¿Debía acudir a la policía? No sabía si eso era lo más acertado. Bajram tenía contactos en todas partes. Recordó la cena y los invitados: abogados, notarios, políticos y policías. Un temblor la recorrió de arriba abajo. No podía confiar en nadie. Pero entonces, ¿qué podía hacer? ¿Podía confiar en el hombre que la había rescatado? Su instinto le decía que sí. Pero su instinto ya le había fallado con anterioridad.

—¿Estás bien? —La voz masculina al otro lado de la puerta le hizo dar un respingo.

—Sí —murmuró, pero se dio cuenta de que era imposible que él la hubiera oído—. ¡Sí! —dijo con voz más firme.

—¿Has acabado ya?

—Sí, ya he terminado.

La puerta se abrió.

—He pensado que a lo mejor tienes hambre. Si quieres comer algo antes de que te mire las heridas... —se interrumpió de pronto—. ¿De verdad te encuentras bien?

—No tengo hambre, la verdad —ignoró su pregunta. Por supuesto que no se encontraba bien—. ¿Tienen muy mal aspecto? —Casi era una pregunta retórica. Si las heridas lucían igual que se sentían debían tener una pinta horrorosa.

—Digamos que no vas a ganar ningún concurso de belleza —repuso él al cabo de un rato—. Pero mi padre dice que no quedarán cicatrices.

—¿Tu padre? —inquirió, confusa.

—Es médico. Es él el que te ha estado curando estos días, con ayuda de mi madre.

—Ah...

—Nadie más sabe que estás aquí. Solo ellos. —Aunque su voz sonaba tranquila había quizá un deje de impaciencia en ella—. No sé qué te ha pasado ni quién demonios te está buscando, pero aquí estás a salvo.

Ella vaciló, pero terminó por asentir.

—Tienes que comer algo. Llevas días alimentándote de sopa, así que

hoy deberías comer algo sólido —dijo en un tono que no admitía réplica—. Además, es mejor que no tomes los calmantes con el estómago vacío. Puedo prepararte lo que te apetezca.

—Está bien —repuso ella. No le iba a llevar la contraria. No tenía la mente demasiado clara y lo que él decía sonaba lógico.

—¿Tienes frío? No tengo mucha ropa que pueda servirte, pero seguro que encuentro algo —añadió.

—¿Qué llevo puesto? —le preguntó llevándose las manos al cuerpo y tocando lo que pensaba era una camiseta grande de hombre.

—Una camiseta mía —comentó y después de hacer una pausa continuó, vacilante—: Te conseguiré ropa más adecuada, no te preocupes. Por el momento tendrás que conformarte.

—Muchas gracias. Todo es perfecto —murmuró, avergonzada. Él parecía molesto. Si solo hubiese podido ver algo...

¿Cómo iba a consentir que ese hombre le comprase ropa? No tenía ni idea de cómo iba a poder pagarle todo lo que estaba haciendo por ella. Aunque tampoco tenía muchas opciones.

—Vamos. Te llevo al salón —interrumpió él el hilo de sus pensamientos, volviendo a cogerla en brazos como ya había hecho antes.

La habitación dónde la llevó olía a algo dulce, como a canela. Le resultó agradable. La depositó sobre la blanda superficie de un sofá, y con cuidado la ayudó a acomodarse poniéndole un cojín debajo de la pierna y otros detrás de la espalda. Luego la tapó con una manta liviana. Para ser un hombre tan grande se movía con mucha delicadeza, advirtió sorprendida.

—Te voy a dejar aquí para que puedas tener el tobillo en alto. Yo voy a ir a la cocina a hacer algo de comer y ahora mismo vuelvo. No hace mucho frío, pero como has tenido fiebre estos días es probable que estés destemplada, por si acaso te dejo la manta.

—¡Jan! —le llamó antes de que él pudiese alejarse—. Muchas gracias por todo esto que estás haciendo por mí. De veras.

Él murmuró algo que ella no terminó de entender. Luego escuchó sus pisadas alejándose. Se preguntó qué aspecto tendría. Ya sabía que era un hombre alto y fuerte. Guiándose por su voz, debía tener las facciones suaves y amables y ser de sonrisa fácil. Se lo imaginó con el pelo y los ojos castaños,

cálidos, como ella siempre se había imaginado a los españoles de los que tanto le había hablado su bisabuela..., pero él no era español, ¿no?

Meneó la cabeza con amargura recordando lo inocente que había sido, allá en Ucrania.

«Que su amabilidad no te confunda», se dijo. «No te fíes. Espera a ver qué pasa...»

* * *

No tenía tiempo ni ganas de ocuparse de una enferma.

Tenía que entrenar.

Tenía otras preocupaciones en la cabeza.

Tenía muchas cosas que hacer.

Y sin embargo ahí estaba, preparando té, calentando leche y haciendo una puñetera tortilla francesa. ¿Y por qué tortilla? Porque ella tenía la mandíbula bastante magullada y dudaba de que pudiese masticar algo más sólido.

Dejó escapar un suspiro exasperado mientras lo ponía todo en una bandeja y salía de la cocina. Se apoyó en el quicio de la puerta y contempló con gesto adusto a la chica que reposaba en su sofá.

Parecía tan desvalida, tan poca cosa, tan dependiente...

«Sí, es todo eso: desvalida, pequeña y dependiente... depende de ti. Ahora es tu jodida responsabilidad», se dijo sombríamente.

Y aunque ese pensamiento ya no le agobió de la misma manera que lo había hecho la primera noche, seguía sin gustarle que estuviese en su casa y que hubiera venido a invadir su ya de por sí complicada vida. Ya tenía suficientes problemas como para tener que cargar con los problemas de otro, aunque ese otro fuese una chica maltratada e indefensa.

Era el primer día que estaba despierta del todo. Los días anteriores apenas había estado consciente. Gracias a Dios sus padres habían pasado la mayor parte del tiempo allí, cuidándola, mientras él se dedicaba a hacer sus cosas. Pero tampoco podía pedirles que se ocupasen indefinidamente de ella. El que había contraído una obligación con ella era él.

Carraspeó y ella levantó la cabeza.

—Te he preparado un té y una tortilla —dijo, acercándose y

depositando la bandeja en la mesita baja que había frente al sofá. Luego cogió una silla y se sentó a su lado—. ¿Cómo prefieres el té? ¿Con azúcar? ¿Con leche?

—Con leche y con azúcar —murmuró, y Jan se preguntó no por primera vez dónde habría aprendido español. Era perfecto. Apenas un ligero acento en alguna palabra.

Le sirvió el té y le puso la taza en las manos. Tenía unos cuantos arañazos en ellas y también tres uñas rotas. Las llevaba pintadas de rojo.

La observó en silencio. Sorbía su té con mucho cuidado, quizá porque estaba muy caliente, quizá porque le dolía la mandíbula. Le recorrió el cuerpo con la mirada. El hematoma del muslo tenía mal aspecto, y como su padre le había dicho la primera noche, los contornos de un zapato de hombre se perfilaban claramente. Abrió la boca para preguntarle por ello, pero la cerró antes de que una sola palabra hubiera salido por ella. Quizá debía empezar por algo más fácil.

—¿Tienes familia? —le preguntó.

—No —respondió ella con voz apenas audible.

—¿Amigos?

—En España no.

—¿De dónde eres?

—De un pueblecito de Ucrania. —Había un tinte nostálgico en su voz.

—¿Ucrania? Creía que eras rusa.

—Bueno, en la zona de Ucrania de donde vengo se habla ruso.

—Tu español es perfecto.

—Mi *prabab*... bisabuela Clara era española.

Eso lo explicaba todo. Con toda seguridad lo habría aprendido de niña.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

Jan arqueó las cejas. Aparentaba menos. Volvió a recorrerle el cuerpo con la mirada. Era cierto que tenía curvas de mujer, reconoció. No sabía por

qué se había hecho a la idea de que era una adolescente.

—¿Quién te ha hecho esto? —No había pretendido ser tan brusco, pero la pregunta había surgido de sus labios como un latigazo.

Ella se sobresaltó. Tardó en responder. Parecía estar buscando la respuesta más adecuada.

—Un hombre que trabaja para el hombre con quien vivía —contestó con vaguedad.

—¿Ha sido tu pareja la que ha encargado que te den una paliza? —No pudo contener el asombro.

—No era mi pareja —repuso ella. Su respiración se había acelerado como si estuviese recordando algo en extremo desagradable—. Es complicado.

—Casi todo en la vida lo es —repuso con voz ronca. Estaba siendo muy críptica. En silencio maldijo las vendas que le cubrían el rostro. Hubiese sido más fácil comunicarse con ella si pudiera mirarle a los ojos.

—Tengo... miedo —musitó ella al fin. No lloraba, pero semejaba estar a punto de hacerlo.

La frase le impactó. Hacía tiempo que nada le conmovía y esa chica comenzaba a hacerlo.

—¿De quién tienes miedo? ¿Del que te ha hecho esto? —preguntó al cabo de un rato, dándose cuenta al instante de que la pregunta era absurda.

—El que me ha hecho esto no es nadie —terminó por responder—. El peligroso es el otro, el hombre al que pertenezco. El que me trajo a España. Si me encuentra, no sé qué será de mí.

¿El hombre al que pertenezco? Esa aseveración le hizo recapacitar. Quizá fuese una de esas novias por encargo que los ricachones se traían de la Europa del Este. Una de esas pobres chicas que venían esperando encontrar una vida mejor y que se encontraban con algo así... No pudo evitar recordar a la chica de Bajram y la mirada que habían intercambiado en el parking del *Dancing Queen* aquella noche. El mismo desconsuelo que se acababa de filtrar en las palabras de Oksana se había reflejado en los ojos de la otra chica.

«Parece que últimamente estoy rodeado por mujeres desesperadas que necesitan ser rescatadas. Yo no soy el salvador de nadie. ¡Joder!», pensó

contrariado. La miró. Parecía tan... tan... desamparada... Se sintió culpable por haber pensado en ella como una carga.

Se restregó la nuca.

—Ya te lo he dicho antes y te lo vuelvo a repetir ahora: aquí estás a salvo —le dijo al fin con cierta reticencia—. Nadie va a venir a por ti.

—Tú no tienes ni idea... Es un hombre poderoso.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Pero ella no parecía dispuesta a seguir hablando. Apretó los labios y se recostó contra el respaldo del sofá, agarrando la manta que la cubría con firmeza.

Jan comprendió que era inútil seguir insistiendo sobre el tema. Al día siguiente volvería a intentarlo, se dijo.

Ella no volvió a pronunciar palabra y a él le vino bien su silencio. Lo prefería. Lo cierto era que estaba acostumbrado a estar solo y el tener compañía le incomodaba un tanto.

La ayudó a comerse la tortilla e hizo que se tomase un par de calmantes. Después le retiró las vendas de la cara con cuidado y volvió a ponerle la pomada que su padre le había dado. Tanto su nariz como sus párpados estaban amoratados y no se le había rebajado la hinchazón, pero no tenía mal aspecto. Bien lo sabía él, que estaba acostumbrado a ver golpes así con frecuencia. Con sumo cuidado y más delicadeza de la que había pensado que pudiera poseer, le extendió una cantidad generosa de crema y volvió a cubrirle el rostro con gasas limpias. Ella se dejó hacer, sin quejarse.

—Estoy cansada —murmuró.

Jan se dio cuenta de que los calmantes comenzaban a hacer efecto. Con rapidez y de manera impersonal le puso pomada en los arañazos y los hematomas de los brazos y las piernas. Para cuando terminó, ella se había quedado dormida. La contempló unos segundos con sentimientos encontrados. Parecía una muñeca de trapo. Una muñeca de trapo rota y malherida. Le invadió una ola de ternura, algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Pestañeó un par de veces, sorprendido por su reacción. Terminó por inclinarse y la cogió en brazos. La llevó hasta el dormitorio y la depositó sobre las sábanas. La arropó con delicadeza y se alejó, dejando la puerta entreabierta.

En el salón, recogió el plato y la taza que ella había utilizado y los llevó a la cocina. Mientras los fregaba, analizó la conversación que habían mantenido. Si bien ella no había revelado demasiado, algo que había dicho le rondaba por la cabeza:

Es un hombre poderoso.

¿Y si el hombre poderoso al que ella se refería era Bajram? Pero apenas ese pensamiento acudió a su mente, lo descartó de pleno. ¿Qué narices iba a hacer una chica de Bajram tan lejos del *Dancing Queen* y del pueblo? No. No tenía sentido.

No. Ella debía haberse referido a otro hombre.

Diario de Oksana Novalnyova

20 de junio – Malinovka (Ucrania)

No sé si debería estar escribiendo hoy. Es quizá uno de los días más tristes de mi vida, pero este diario se ha convertido en un buen amigo, en mi confidente. Ni siquiera mis amigas entienden por lo que estoy pasando. Ellas nunca han tenido un vínculo tan fuerte con nadie como el que yo tenía con mi prababushka.

Se ha ido y no va a volver jamás.

No sé qué voy a hacer ahora. La casa parece más grande y vacía sin ella y aunque comprendo que es mejor así, que en los últimos meses lo que vivía ya no era vida, no consigo acostumbrarme a pasar por delante de su cuarto y ver su cama vacía.

Incluso echo de menos su tos ronca.

Me están esperando en el salón. Ha venido mucha gente a despedirse de ella. Era una mujer muy querida. No sé qué voy a decirles ni qué cara poner cuando me den el pésame.

Creo que tengo el alma rota.

Capítulo Once

—¿Está dormida? —preguntó una voz femenina.

—Creo que está despertándose. —Ese era Jan.

Oksana dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Por un instante al escuchar hablar a la mujer se había sentido aterrada, pero la voz de él la había tranquilizado milagrosamente.

—Estoy despierta —murmuró a duras penas. Tenía la garganta seca.

—Hola, Oksana —la saludó la desconocida.

Tenía la voz suave y dulce, melodiosa. Era joven y española. Con aprensión se preguntó quién sería. Demasiada gente sabía ya de su paradero.

—Agua —se esforzó por decir.

Al instante notó cómo las fuertes manos de Jan —las reconocía simplemente por el tacto— la cogían por los hombros y le colocaban la almohada a su espalda para situarla en una posición más erguida. Después, alguien le puso una botella de agua en la mano. Bebió varios tragos con cuidado.

—Me llamo Eli —continuó la mujer de la voz dulce—. Te he traído ropa. Espero que sea de tu talla, pero si no te sirve puedo traerte otras cosas.

—¿Quién eres? —Se dio cuenta del tono áspero de su pregunta, pero no soportaba estar a merced de tantos extraños, se sentía rara, y ¿dónde estaba Jan? ¿Por qué no hablaba?

—Perdona, Oksana —dijo él en ese instante—. Eli es la novia de mi hermano. Le he pedido que te traiga algo de ropa.

Ella no dijo nada. Aferró la botella de agua con fuerza, impotente. Odiaba ser el objeto de la caridad de tantas personas, pero sabía que no tenía otra opción. Asintió.

—Gracias —murmuró.

—No hay de qué. Te he traído cosas cómodas. Camisetas, leggins y algún vestido. Para que no tengas que usar la ropa de Jan.

—¿Ya se ha despertado?

Otra voz masculina desde la puerta la sobresaltó. Dejó escapar un pequeño grito sofocado. Pero ¿cuánta gente sabía que estaba ahí? Comenzó a respirar con dificultad, exaltada.

—Oksana. —La voz serena de Jan llegó hasta sus oídos—. No te asustes. Es mi hermano, Cas. Perdona que te hayamos avasallado así.

Sintió el peso de él sentándose en la cama, a su lado. La cogió de la mano con delicadeza. Tenía la palma áspera, callosa y cálida. No era desagradable.

—*Prinzessin*, vamos fuera —escuchó decir al tal Cas. Tenía la voz parecida a la de su hermano, aunque sonaba algo más jovial.

—Encantada de conocerte, Oksana —dijo la otra mujer, antes de alejarse. El sonido de la puerta cerrándose le indicó que habían abandonado el dormitorio.

—Perdona que no te haya avisado de que ellos estaban aquí, pero estabas durmiendo y tengo que irme. No quería dejarte sola y por eso los he llamado. Suelen ser mis padres los que se quedan contigo cuando me voy, pero hoy no podían. —Jan le apretó la mano, con firmeza, como si quisiera tranquilizarla, pero sus palabras la inquietaron aún más.

¿Irse? ¿Dejarla con esos desconocidos? El corazón empezó a latirle deprisa. De pronto se sentía aterrorizada. Y aunque la lógica le decía que era una tonta, que estaba claro que Jan no podía quedarse todo el día con ella, que tendría un trabajo al que acudir, la sensación de desamparo y tristeza que se esparció por su cuerpo fue devastadora.

—Está bien —susurró después de un rato, tratando de librarse de su mano, pero él no la dejó.

—Oksana. Tengo que irme solo un par de horas, no voy a tardar en volver.

¿Acaso era tan transparente que él sabía lo que estaba pensando? Aparentemente sí.

—Está bien —repitió, pero el ligero temblor de su voz desmintió la veracidad de sus palabras.

—Mira, es solo un tatuaje pequeño. No voy a tardar.

¿Tatuaje? ¿A qué se refería él? No entendía nada.

—Joder, perdona. No te lo había dicho. —Su voz sonaba contrita—. Soy tatuador. Tengo un estudio de tatuajes en el pueblo.

No sabía si él esperaba que ella dijese algo, quizá fuese así, pero no se le ocurrió qué. Lo que realmente deseaba pedirle: que no la dejase sola y no se marchase, le parecía tan descabellado que prefirió guardar silencio.

—Mi hermano y su novia son personas en las que puedes confiar. No quería que te despertaras y no hubiera nadie.

Ella hubiese preferido encontrarse sola, pero no dijo nada. Él había comenzado a acariciarle la palma de la mano con el dedo pulgar en un gesto inconsciente que, si era sincera consigo misma, le resultaba calmante.

—Mi padre vendrá más tarde a ver qué tal estás —añadió.

—¿Qué día es hoy? —preguntó de pronto. Tenía la sensación de que hubiese pasado mucho tiempo.

—Es viernes. Has dormido casi veinte horas de un tirón. Es normal. Son los calmantes.

Guardó silencio. Lo cierto era que no sabía qué decir. Él retiró la mano y ella estuvo a punto de alargar el brazo y volver a reclamarla. No lo hizo.

—Mira, cuando vuelva podemos cenar fuera. La temperatura es ideal. —Sonaba impaciente, como si tuviera prisa por marcharse y su actitud no se lo estuviese poniendo fácil. Se sintió abochornada. Se estaba comportando como una tonta.

«Pero ¿qué te pasa? Ese hombre te está tratando como un amigo, te está ayudando como nunca nadie lo ha hecho. Se preocupa por ti e incluso ha involucrado a toda su familia. Déjate de idioteces de niña asustada...»

—Estaré bien —murmuró, tratando de imprimir firmeza a sus palabras.

Él se levantó de la cama; no dijo nada, pero tampoco se marchó. Ella podía sentir su presencia en la habitación, al lado de la puerta. Se preguntó qué le estaría pasando por la cabeza. Con toda seguridad ya se habría arrepentido mil veces de haberle ofrecido cobijo. Era una gran carga para cualquiera.

—Si necesitas cualquier cosa llama a Eli o a mi hermano. Ellos estarán aquí hasta que yo vuelva.

Luego escuchó sus pisadas alejándose; esta vez resonaron con fuerza sobre el suelo de madera. Puede que llevase botas.

Se dio la vuelta y enterró la cara en la almohada. Tenía ganas de llorar y no sabía por qué.

* * *

Retiró la aguja que había empleado para hacer el sombreado del tatuaje que acababa de terminar, y la arrojó al pequeño contenedor de residuos peligrosos. Después desconectó la pistola de la fuente de alimentación y quitó la cinta aislante de todas las conexiones. Con mucha parsimonia, procedió a limpiar la máquina de bobinas con líquido desinfectante y luego la secó con cuidado. Esa máquina era la prolongación de su mano. Había tardado bastante tiempo en adecuarla a su gusto, en ajustar los flejes y el martillo a la velocidad y la dureza idóneas para él, y no podía permitirse ningún descuido que la descalibrase.

Le relajaba ese trabajo rutinario. Mientras se ocupaba de la limpieza podía dejar que su mente fuera donde quisiese. Y estaba claro dónde iba a ir aquel día: a su «invitada». A la chica que llevaba cinco días en su casa, y que le había hecho romper la promesa que se había hecho a sí mismo de no volver a tener contacto con su familia hasta que lo de Bajram se hubiera terminado. No le había quedado más remedio que llamar a sus padres y a Cas. Y como siempre, habían acudido al rescate, sin hacer preguntas.

Suspiró.

Llevaba solo dos horas fuera de casa y ya tenía la necesidad de volver. A pesar de saber que la había dejado en buenas manos, se sentía extraño. Sabía que ella hubiera preferido que él se quedase. Su cara —al menos lo poco que se veía de ella— y la tristeza que se había desprendido de sus palabras al enterarse de que se tenía que marchar, se lo habían dejado bastante claro. A punto había estado de llamar al cliente y aplazar la cita, pero finalmente se había decidido por lo contrario.

Por lo general, tatuar era algo que le encantaba, que le hacía sentirse en paz. Mientras la aguja iba traspasando la piel e inyectando tinta, convirtiendo meras líneas en vibrantes obras de arte, él se relajaba y se olvidaba de todo lo demás. No había sido así ese día. Estaba preocupado por

ella, debía reconocerlo. ¿Y si se quedaba dormida y tenía una de sus pesadillas? Su hermano y Eli no sabrían qué hacer, quizá la asustaran. Él sabía cómo comportarse con ella. Sabía cómo tranquilizarla.

Le necesitaba a él.

Se dio prisa en acabar. Se quitó los guantes de látex y los tiró a la papelera. Luego guardó la pistola, las tintas y las agujas en su maletín, que siempre se llevaba a casa. Se sacó el móvil del bolsillo y miró la pantalla. No tenía ninguna llamada perdida ni ningún mensaje. Eso era buena señal, ¿no?

—Yo cierro hoy —le dijo Tita, la chica con la que trabajaba, cuando salió del cuarto donde hacía los tatuajes.

—¿Tienes curro? —le preguntó.

Ella era la que se encargaba de hacer los piercings. Su cara, llena de ellos, era la mejor prueba de que era una experta.

—Sí, ahora vienen dos chicas a hacerse un labret y un septum, y luego un chico que quiere un apadravya.

Jan se detuvo en seco justo antes de coger el picaporte de la puerta.

—Me quedo, entonces —dijo con voz seca. Era verdad que Tita era de armas tomar, pero no iba a dejarla sola con un tío que venía a hacerse un piercing en el glande. Había mucho tarado suelto.

A Tita le entró la risa.

—Es Sergei —se rio, y el piercing que decoraba su frenillo quedó al descubierto.

—Ah, joder. Haberlo dicho.

Sergei era su novio, así que no tenía de qué preocuparse.

—La verdad es que no quiere que nadie se entere de que se lo va a hacer.

—Bueno, pues ya me contarás qué tal.

A ella le volvió a entrar la risa, que le siguió aun después de haber abandonado el estudio. Era afortunado de poder contar con ella. Era una gran profesional que comenzaba a iniciarse en el mundo del tatuaje también. Y desde que andaba metido en lo de Bajram la necesitaba más que nunca. Había días que ni siquiera pisaba el estudio, agotado por los entrenamientos y las peleas.

Se montó en el Jeep, que había dejado aparcado en la misma puerta, y arrancó. Comenzaba a hacerse de noche y encendió las luces. Cualquiera otro día, después de salir del estudio, se habría marchado al gimnasio a entrenar, pero estaba preocupado por Oksana. El reloj del salpicadero marcaba las ocho y diez. Soltó una maldición. Su padre le había dicho que iría sobre las ocho.

¡Joder! No quería ni pensar en cómo se sentiría rodeada por desconocidos.

«Tú mismo eres un puñetero desconocido para ella», se dijo. Pero curiosamente él no se veía así, y creía que ella tampoco le consideraba ya como un extraño.

Aceleró. Y en menos de lo previsto su Jeep alcanzaba el camino de tierra que conducía a su casa. Como había temido, el Navara de su hermano estaba aparcado en la puerta y el Honda Civic de su madre también.

Soltó un exabrupto. Apenas si había apagado el motor cuando ya se bajaba del vehículo y de un par de zancadas subía los escalones del porche y abría la puerta de par en par.

Su madre y Eli, que estaban sentadas en la mesa, le saludaron con una sonrisa. Cas leía una revista en el sofá. Casi ni levantó la vista cuando le vio aparecer. Dijo algo parecido a un *Eh*.

Jan les hizo un gesto con la cabeza, pero pasó de largo, internándose en el pasillo. La puerta de la habitación de Oksana estaba cerrada. Se paró de pronto, vacilante. Levantó el puño para llamar pero se detuvo en medio del movimiento. Estaba actuando de una manera absurda, se dijo. ¿A qué venían las prisas? No era para tanto. Pero entonces recordó cómo había reaccionado ella hacía tan solo un par de horas, cuando le había dicho que se marchaba... y no dudó más. Golpeó la puerta.

—Soy Jan —dijo en voz alta para no dejar duda de quién era el que pretendía entrar.

—Pasa. —La voz de su padre llegó amortiguada a través de la hoja de madera.

Accedió a la habitación. Ella estaba sentada en el borde de la cama mientras su padre le colocaba nuevas gasas sobre los ojos. Se agarraba con tanta fuerza a la colcha que sus nudillos estaban blancos. Jan arrugó la frente; no creía que esa reacción estuviese motivada por el dolor.

—Siento haber tardado —murmuró, acercándose y sentándose en la cama a su lado. Ella inclinó la cabeza ligeramente hacia él.

—Hemos venido un poco antes —le dijo su padre, mirándole de reojo antes de proseguir con lo que estaba haciendo—. Estoy muy contento con el progreso que está haciendo Oksana. En un par de días le quitaré los puntos y prescindiremos de las vendas. La hinchazón tardará en desaparecer, pero todo va muy bien.

Ella parecía agitada, y Jan cayó en la cuenta de que no había entendido nada de lo que su progenitor había dicho. Se apresuró a traducir sus palabras, pero ella no reaccionó según lo esperado. Seguía tensa. Bajó la vista y volvió a mirarle las manos. No había soltado la colcha. Era como si el roce de los dedos sobre su cara le resultase en extremo desagradable. Sin pensarlo, alargó su propia mano y la posó sobre la de ella para tranquilizarla. Ella se sobresaltó y se retiró con rapidez.

—Un momento. Solo un momento —le dijo su padre en un español pobre y chapurreado, cogiéndole la barbilla con suavidad y haciendo que volviese a mirarle.

Jan endureció la mandíbula. No sabía cómo actuar con ella. En ocasiones parecía necesitarle de manera desesperada y otras veces rehuía su contacto, como acababa de suceder. Al menos ya no estrujaba la colcha como si quisiera estrangularla. La había soltado, y apoyaba las manos — aparentemente relajadas— sobre el colchón. La derecha cerca de su propia mano izquierda. No pudo evitar hacer comparaciones. La de él era grande y morena, de dedos largos y fuertes, con algo de vello rubio sobre el dorso. La de ella era pequeña, más pálida y de dedos finos. Ya no tenía las uñas pintadas, advirtió.

—Listo.

Knut Landvik se incorporó y contempló su trabajo, satisfecho. Le hizo un gesto a Jan, dándole a entender que le estaría esperando fuera. Después abandonó la habitación, dejándolos solos.

Pasaron unos segundos en silencio, en los que él se dedicó a estudiarla. Llevaba puesto un pijama compuesto por un pantalón corto blanco y una camiseta rosa con ositos estampados. El pelo suelto le llegaba hasta la parte baja de la espalda. Parecía una niña.

—Siento haber tardado tanto. Espero que todo haya ido bien —dijo al

fin.

—Sí, todo muy bien. No tenías que preocuparte —respondió ella en voz baja. Había girado la cabeza y miraba en dirección contraria, y Jan tuvo dificultades para entenderla.

—Sé que esto no es fácil para ti. —Titubeante, sin saber cómo iba a reaccionar, añadió—: ¿Te incomoda que mi padre te toque?

Ella bajó la cabeza.

—Sí. No me gusta... que me toque nadie. Me desagrada —confesó al fin.

Se quedó pensativo. Se preguntó si él también estaría incluido en el lote. Hasta el momento ella no se había quejado ni le había hecho ningún comentario al respecto. Pero ¿no era lógico pensar que su tacto también le disgustaba? ¡Claro que ella no había protestado! ¿Acaso le quedaba otra opción? Dependía de él por completo.

Se levantó de la cama con el ceño fruncido.

—¿Te vas? —le preguntó ella, y un tono ansioso pareció teñir su voz.

—No —respondió con más dureza de la que había pretendido—. Voy a despedirme de ellos y ahora vuelvo.

—Bien —susurró.

Se la quedó mirando por espacio de unos segundos, antes de darse media vuelta y abandonar la habitación.

* * *

Oksana cerró los ojos detrás de las finas gasas y se acostó de lado en la cama, tratando de no cargar el peso sobre su pierna malherida. Notaba que tanto el muslo como el tobillo le dolían menos, pero todavía le quedaba un largo trecho hasta la recuperación.

Estaba exhausta. No había sido fácil soportar las últimas horas, a pesar de que le había dicho a Jan que todo estaba bien. Primero, la tal Eli había insistido en arreglarle las uñas y ella no se había atrevido a decirle que no. Había tratado de hablar con ella, haciéndole preguntas triviales y contándole banalidades, como si quisiera entablar una especie de amistad... No lo entendía. ¿Qué podía querer esa chica de alguien como ella? Se había limitado a responderle con monosílabos y a esperar con ansia a que

terminase.

Y luego habían llegado los padres de Jan.

Pero Jan no.

El padre se había puesto manos a la obra de inmediato. Ella había tratado de soportar con estoicismo el contacto de sus manos cálidas extendiéndole pomada por los arañazos y los golpes y cambiándole las vendas... pero la sensación le había resultado tan desagradable... Sabía que no tenía lógica y que él era un profesional que solo estaba allí para ocuparse de sus heridas, pero había descubierto que no le gustaba que la tocasen. Él había tratado de comunicarse con ella, de explicarle lo que estaba haciendo, pero la barrera idiomática lo había puesto difícil. Ella no hablaba alemán, y apenas algo de inglés, y él no parecía ser capaz de hilar frases coherentes en español, así que se había aislado mentalmente y se había imaginado que estaba con su bisabuela y que plantaban flores en el jardín...

Y entonces había llegado Jan.

Y ella había regresado de su mundo particular.

Era una locura, pero su presencia imponente conseguía que dejase de tener miedo. Había escuchado su voz y todo su cuerpo se había relajado. ¿Podía alguien depender tanto de una voz? Porque sin duda eso era lo que le sucedía. Él se había sentado a su lado en la cama, y había sido como si alguien hubiese encendido la luz en medio de la oscuridad. Sí, sonaba estúpido, pero así se había sentido. Después él había apoyado la mano sobre la suya y ella se había sobresaltado como una tonta y la había retirado. Se había arrepentido al instante. Y había deseado con todas sus fuerzas volver a sentir ese roce especial y tranquilizador. El único roce que no le incomodaba... que incluso le agradaba.

No entendía nada. ¿Por qué con él era diferente?

El sonido de la puerta de entrada cerrándose llegó hasta sus oídos. De pronto recordó que él iba a venir a buscarla. Se incorporó, sentándose en el borde de la cama, en la misma postura que había tenido cuando él había llegado hacía unos minutos.

Esa noche iban a cenar en el porche. Una sensación de nervios la invadió. No tenía ni idea de qué iba a hablar con él.

Capítulo Doce

No podía quitarle la vista de encima. Se había trenzado el pelo y la gruesa guedeja de cabello le caía sobre el hombro derecho. Llevaba la ropa que Eli le había traído: unos leggins negros y una camiseta rosa de tirantes, que dejaba sus brazos al descubierto. Eran quizá la parte menos maltratada de su cuerpo, solo en la zona de las muñecas presentaba arañazos y cardenales. En la parte interna del brazo derecho tenía una cicatriz circular, pero parecía ser antigua. Jan la observó largo rato con curiosidad, pero no hizo ninguna pregunta al respecto. Bajó la mirada y la posó sobre su pie, el que llevaba vendado. Lo tenía en alto, sobre un pequeño taburete. Las uñas de sus pies en forma de media luna le llamaron la atención. Eran pequeñas.

Sacudió la cabeza, molesto. ¿Desde cuándo se fijaba él en las uñas de los pies de nadie? Carraspeó y levantó la mirada. Ella no había dicho nada en la media hora que llevaban allí, y apenas había probado la comida.

Se encontraban en el porche. Había traído una mesa y un par de sillas del cobertizo y lo había dispuesto todo para que pudiesen cenar allí. La temperatura acompañaba. Había encendido velas repele mosquitos que a la vez iluminaban tenuemente la escena. El aroma del tomillo y la lavanda en plena floración flotaba en el aire. Sin pretenderlo había creado un ambiente romántico. Quizá no lo más adecuado a las circunstancias. No había sido su intención convertir la cena en el porche en una cena con toques de romanticismo; solo había querido que se relajase, se sintiese cómoda y que le contase algo más. Hasta esa noche ni siquiera había pensado en ella como mujer.

Debía estar volviéndose loco, sin embargo. Desde que había ido a buscarla a su habitación y la había visto con el pelo recogido y esa ropa cómoda, pero en extremo femenina, la representación mental que había tenido de ella había cambiado por completo. De pronto, la pobre chica golpeada por la que solo había sentido lástima se había convertido en... una mujer.

Se rascó la nuca, tratando de apartar de su cabeza esas ideas. A pesar

de que ella parecía tan relajada como un corredor de velocidad en el momento exacto en que iba a sonar el pistoletazo de salida, sabía que tenían que hablar.

—Oksana... En algún momento tendremos que hablar sobre ello — dijo al fin.

Ella dejó la cuchara sobre su plato. El puré que él se había esforzado por preparar estaba casi intacto. Después palpó la mesa hasta encontrar su vaso de agua. Bebió un par de tragos, antes de volver a depositarlo allí.

—Supongo —respondió tirante.

—Si no me cuentas más, poco voy a poder hacer por ti —farfulló con sequedad.

—¿Hacer por mí? —Ella sonaba sorprendida—. Pero si ya haces más de lo que deberías. Me has traído a tu casa. Me has cuidado y has involucrado a toda tu familia en mis problemas. Has hecho más por mí que nadie. Nunca voy a poder pagarte todo esto.

Jan la miró con las cejas arqueadas. A pesar de que ella pronunciaba todas las frases con una gran frialdad, como si todo aquello no le importase lo más mínimo, había detectado una ligera turbación en su voz. Se preguntó si realmente era tan apática o todo era pura fachada.

—¿Pagarme? No tienes nada que pagarme. Es lo que cualquier persona normal habría hecho por ti.

—Permíteme que no lo crea. No es eso lo que yo he vivido.

—Háblame de ello —volvió a insistir.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. Jan contuvo la respiración un segundo o quizá dos. Parecía a punto de claudicar.

—Mi bisabuela siempre me hablaba de España —comenzó al fin con un timbre nostálgico en la voz—. Se pasó toda la vida contándome historias estupendas sobre sus paisajes, su clima y sobre la gente..., sobre todo sobre la gente. Siempre me decía que no había personas tan cálidas como los españoles. —Algo de desconsuelo se filtró en sus palabras—. Cuando murió me vi sola y... sin dinero... La verdad, estaba desesperada..., así que cuando leí ese anuncio en el periódico en el que se buscaban chicas jóvenes para trabajar como camareras en un restaurante ucraniano que iba a abrir en

Barcelona, pensé que era mi oportunidad. Siempre fue mi sueño vivir y trabajar en España.

Jan se tensó. Podía imaginarse lo que venía a continuación y de repente no tenía ganas de escucharlo.

—Supongo que pensarás que soy una ingenua... y tienes razón. Lo era. Me creí todas y cada una de las palabras que me dijeron: que iba a ser un trabajo en el que iba a poder disfrutar de suficiente tiempo libre para poder estudiar si así lo quería; que iban a poner a mi disposición un apartamento que compartiría con otras tres chicas ucranianas; que me darían un curso para que supiera cómo desenvolverme en el local... —Emitió una carcajada llena de amargura—. ¡Qué tonta!... Lo que pasó en realidad... —se interrumpió y bajó la cabeza.

Jan le miró las manos. Se aferraba con ellas al borde de la mesa, tensa y rígida. Parecían pequeñas garras sobre las que destacaban las venas azules contra la blanca piel. Deseó poder cogérselas y hacer desaparecer esa tirantez. Vaciló. No sabía si debía hacerlo o si eso quizá la alteraría todavía más. En su familia el contacto físico era algo que se sobreentendía, y estaba tan acostumbrado a emplearlo, que no pudo resistirlo. Con toda naturalidad alargó los brazos y posó sus manos sobre las de ella.

Oksana se retiró sobresaltada, dejando escapar un gemido ahogado.

—¡Joder! —dijo él, echándose hacia atrás—. Lo siento.

—No te disculpes. Soy yo. Es que esto es tan... raro. No veo y me duele todo... y no lo esperaba... y no sé... —casi tartamudeaba.

—Voy a retirar los platos. —Se levantó con precipitación y comenzó a recoger la mesa—. ¿Quieres un té?

Ella asintió.

«Jan, eres un verdadero estúpido», se dijo. «¿Cómo cojones pensabas que iba a reaccionar? Es una chica traumatizada que no soporta el contacto físico, cuando menos el de un hombre al que no puede ver... Eres un gilipollas».

Sin volver a mirarla, entró en la casa.

* * *

En el momento en que escuchó sus pasos alejándose, Oksana se llevó las manos a la boca tratando de contener un sollozo.

Él era tan amable, tan paciente, tan atento... Había cocinado para ella, había organizado esa cena tan agradable y se había preocupado de que no le faltase de nada y se hallara cómoda, como si se sintiese culpable por haberla dejado sola esa tarde; lo cual no tenía ningún sentido. Demasiado hacía ya por ella. Y ella... ella se estaba comportando de una forma tan errática, tan absurda... Primero esa frialdad, que era más simulada y artificial que otra cosa, y luego esa exagerada reacción, apartando las manos como si su tacto le resultara desagradable, cuando no era así en absoluto.

El hablar sobre lo que le había sucedido y cómo había llegado a encontrarse en esa situación, había resultado ser demasiado. Toda la fortaleza que llevaba meses mostrando se iba derrumbando poco a poco, dejando al descubierto sus heridas más profundas. Había sentido un hondo anhelo de desahogarse con él, de contarle todo, pero esa misma necesidad de confiar en él la aterraba.

—Toma. —Su voz la sobresaltó—. Aquí tienes tu té. Con leche y azúcar. Ten cuidado porque está muy caliente.

Le oyó tomar asiento frente a ella. Esperó a que hablase, que dijera algo sobre lo que había pasado antes, pero no lo hizo. Cerró los ojos con fuerza, provocándose dolor. Era una tonta.

El silencio solo se veía interrumpido por el canto de un grillo, que se escuchaba de fondo, en la lejanía. El ambiente estaba cargado del aroma a tomillo y a otra cosa más, no supo a qué. Resultaba algo embriagador. Quizá en otro momento, en otro lugar, en otra vida esa escena se podría haber considerado romántica.

Pero ya no. No con ella como protagonista.

—Oye, respecto a lo de antes —comenzó él en voz baja—. Siento haberte asustado. Sé que no te resulta agradable que te toquen y más así, sin previo aviso.

¡No! Él había malinterpretado su reacción. Claro.

—No es eso —se apresuró a aclarar—. Ha sido la sorpresa.

—Bueno, no te preocupes. No volverá a pasar.

No la creía. Eso se notaba a la legua. Carraspeó. ¿Qué podía decir? No quería alejarle. Era la única persona en la que podía apoyarse de alguna manera. Buscó en su mente algo de lo que poder hablar que no tuviera nada

que ver con ella... ¿Tatuajes? Él era tatuador, ¿verdad? Nunca le habían interesado los tatuajes con anterioridad, y menos todavía desde que había visto a los secuaces de Bajram cubiertos de ellos... pero ese era un tema tan bueno como cualquier otro, decidió.

—¿Haces tatuajes? —le preguntó con brusquedad.

—Sí. Hago tatuajes.

—¿Te gusta lo que haces?

—Sí, me gusta lo que hago.

—¿Llevas alguno? —preguntó. Se sentía torpe e insegura teniendo una conversación normal. Hacía siglos que no tenía nada parecido.

—Sí. Algunos tengo —respondió él.

—¿Dónde? —Se imaginó que los llevaría en los hombros o en los brazos.

—En el brazo, en el hombro... en el pecho, en la cadera, en la pierna... y en otras partes... —vaciló.

—¿Tantos? —Apenas podía imaginarse tantos tatuajes juntos. Sintió curiosidad por verlos.

Como si le hubiera leído los pensamientos, repuso:

—Mi padre me ha dicho que en unos días te quitará las vendas de los ojos. Entonces los verás. —Hizo una pausa—. Bueno, no todos, pero la mayoría.

—¿Por qué todos no?

Hubo un silencio. Le escuchó carraspear.

—Algunos están en lugares íntimos... —admitió reticente.

—Oh, entiendo. —De pronto se sintió como una boba. Se sonrojó, algo poco habitual en ella. Dio gracias a las vendas que le cubrían una parte importante del rostro.

—¿Te gustan los tatuajes? —le preguntó él de pronto, como queriendo romper el momento incómodo que se había creado.

—Bueno, no especialmente..., aunque quizá me decida por hacerme alguno... —Se acarició la quemadura del brazo. Quizá un tatuaje fuese una buena idea para cubrirla y borrar el recuerdo de cómo había sido hecha. Así

no tendría que verla cada vez que se mirase a un espejo. Un rictus de amargura deformó su boca.

—Yo te lo puedo hacer. —Su voz sonaba tensa y ella se preguntó por qué sería. ¡Cómo odiaba no poder ver! Se sentía tan limitada.

—Lo pensaré —murmuró.

Después otro silencio.

—No preguntas, pero seguro que quieres saber algo sobre mí —dijo él al cabo de un rato.

Oksana tragó saliva. Estaba ansiosa por saber más cosas de él, por supuesto. Asintió.

Entonces él le contó que tenía treinta y cuatro años, y que tenía un estudio de tatuajes en el pueblo. Le habló de sus padres y de su peculiar relación, de cómo su madre había decidido venirse a vivir a España hacía más de diez años y dejar a su padre en Alemania. También habló de sus hermanos, del pequeño, Till, que vivía con su padre y estudiaba medicina. El tono de su voz pareció tornarse algo melancólico cuando se refirió a él, pero fue tan rápido que Oksana pensó que se lo había imaginado. Luego le habló de Cas y de Eli, lo que hizo con gran afecto. Le relató por encima cómo se habían conocido. La risa le teñía la voz.

Oksana no pudo evitar imaginarle con una sonrisa de dientes blancos dibujada sobre un rostro moreno, besado por el sol mediterráneo. Sabía que era una tonta, que él no era español, pero la imaginación era caprichosa y anárquica, y la suya había decidido que él era así.

—¿Sabes una cosa? —Semejaba estar sorprendido—. Has sonreído por primera vez. ¿Te hace gracia como se conocieron mi hermano y su chica?

Ella asintió. ¿De qué le iba a servir decirle que lo que le había hecho sonreír había sido imaginarle a él? De repente, un involuntario bostezo acudió a su boca.

—Soy un desconsiderado. Es tardísimo y tú debes estar agotada.

Ella estuvo a punto de protestar. ¿Desconsiderado? Nunca había conocido a nadie tan atento como él. Pero era cierto que se encontraba cansada.

—Sí, será mejor que me vaya a la cama —repuso, nerviosa. Sabía lo que venía a continuación. Él iba a cogerla en brazos. Y después de aquella

cena no sabía si su abrazo iba a resultarle tan impersonal como antes. No iba a tardar en comprobarlo.

Sintió su presencia a meros milímetros justo antes de notar sus fuertes brazos levantándola. Soltó un pequeño suspiro. Por más que se lo esperase siempre le sorprendía su fuerza. Estuvo tentada de girar la cabeza y aspirar hondo —le gustaba el olor que despedía, a limpio—, pero se contuvo. Él la llevó al baño y la dejó de pie junto al lavabo, como de costumbre.

—Estoy fuera. Cuando acabes, llámame.

También la frase era la misma de siempre.

No se entretuvo demasiado en hacer sus necesidades y en lavarse. De momento se conformaba con hacerlo de manera superficial, pero tenía unas ganas locas de darse una ducha y de lavarse el pelo. Quizá al día siguiente se encontrase mejor para poder hacerlo sola. No quería ni pensar en lo humillante que le resultaría tener que pedirle que la ayudase.

Le llamó y él no tardó en acudir. Volvió a levantarla en el aire como si no pesase más que una pluma. Parecía tan sereno, tan firme, tan fuerte... y ella se sentía tan patosa y tan ridícula...

La depositó sobre la cama con cuidado.

—¿Necesitas algo más?

—No, todo perfecto. Muchas gracias.

Escuchó sus pisadas alejándose.

—Oksana...

Ella giró la cabeza en dirección a la puerta. La indecisión había sonado en su voz al pronunciar su nombre.

—¿Sí?

—Buenas noches —lo dijo vacilante, como si hubiese querido decir algo diferente y se hubiera arrepentido en el último momento. Después se marchó.

Oksana tenía un nudo en la garganta. Un nudo que se había esforzado por hacer que desapareciera, pero que había ido aumentando de tamaño durante la cena, adquiriendo unas proporciones gigantescas y amenazando con ahogarla. Tragó saliva, algo que no le sirvió de nada.

Alargó el brazo y palpó hasta encontrar el pijama que Eli le había

comprado. A su lado también estaba la camiseta de Jan, la que había llevado puesta hasta hacía solo unas horas. No dudó sobre qué prenda ponerse para dormir. Se acostó y apoyó la cabeza en la almohada. Sin duda estaba agotada, porque solo unos instantes después caía en un profundo sueño.

* * *

La mano de ella se deslizó con suavidad por su muslo, muy lentamente. Se detuvo un breve instante justo antes de llegar a su entrepierna. Su miembro estaba erecto y pulsaba impaciente por la caricia que estaba a punto de recibir. Los dedos de ella con las uñas pintadas de rojo avanzaron unos milímetros más, provocando que un hormigueo se extendiese por su abdomen. Giró la cabeza y la miró a la cara. Los pálidos ojos azules de Schneewittchen le devolvieron la mirada.

—¿Quieres que continúe? —le susurró ella con la voz de Oksana.

—Sí —jadeó él.

—¿Estás seguro? ¿No prefieres que siga con mi boca?

Al oír aquello un calambre de excitación le recorrió la columna vertebral. Su erección se endureció todavía más.

—¡Joder! ¡Hazlo! —gimió.

Y entonces ella, sin apartar esos impresionantes ojos de su cara, inclinó la cabeza poco a poco, acercando su boca a su erguido miembro. Una cascada de pelo negro como el ébano cayó sobre su muslo. Justo en el instante en que esos labios estaban a punto de rozarle, le sujetó la nuca, enterrando la mano en su espesa cabellera y la empujó hacia abajo.

¡Qué sensación más placentera sentir su boca, ardiente y húmeda!

Cerró los ojos y gritó su nombre.

—¡Oksana!

Se despertó jadeando, confuso, bañado en sudor y con una erección impresionante. ¡Joder! El sueño le había parecido tan real... Todavía podía sentir esos labios en torno a él... ¿Por qué cojones había mezclado a las dos chicas en el sueño?

Se tapó la cara con las manos y respiró hondo, tratando de relajarse.

Entonces escuchó los gritos.

Gott!

Se tiró de la cama y en unos segundos estaba en su dormitorio. La imagen era la que ya sabía que iba a encontrar. Oksana se retorció en el lecho y gemía en ruso, como las otras veces. Y al igual que en las otras ocasiones él temió que se lastimase. Se sentó en el borde de la cama y la sujetó por los hombros, con firmeza pero con suavidad.

—Oksana, *Ich bin hier! Du bist nicht alleine* —le habló en alemán—. *Es ist nur ein Traum... ein böser Traum.*

Al escuchar su voz, ella pareció relajarse. Dejó de agitarse y balbuceó algunas palabras más en su idioma. Después se echó a llorar de una forma desgarradora, le echó los brazos al cuello y enterró la cabeza en su pecho. Aquella noche él no contaba con la ventaja de la camiseta y el roce de los labios entreabiertos de ella sobre su piel hizo que se le erizase el vello de los brazos, y que cierta parte de su cuerpo, que ya había estado alterada, también se «erizase».

Verdammt Scheisse!

Lo último que necesitaba esa chica en ese momento era un hombre con necesidades de hombre... Cerró los ojos y trató de pensar en algo desagradable... el último puñetazo que había recibido de «The Irish Pitbull» le vino a la mente. Sí, ese pensamiento era el más apropiado para un momento como ese... ahuyentó las eróticas imágenes que le rondaban por la cabeza y le hizo recuperar su férreo autocontrol.

Le acarició la espalda con movimientos circulares, sabiendo que eso siempre la calmaba. El tacto de su camiseta bajo la palma de su mano le sorprendió. Creía que Eli le había comprado un pijama. Curioso. Bajó la mirada. La chica que hacía solo unas horas no había podido soportar su contacto se aferraba a él desesperada, buscando su calor, su abrazo... La acunó durante minutos —o quizá fuese una hora— hasta que el ritmo de su respiración se tranquilizó y los sollozos fueron sustituidos por suaves suspiros. Terminó por depositarla con delicadeza sobre la almohada. Dudó un instante, pero finalmente se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente. Luego se incorporó con lentitud.

«¿Qué cojones me está pasando? Acabo de soñar que esta pobre chica estaba en la cama conmigo, bueno, ella no, era la otra... pero parecía esta... ¡Joder! Llevo demasiado tiempo sin acostarme con una mujer. Debe de ser eso...»

Se llevó la mano al pecho donde un pequeño rastro de humedad brillaba sobre su piel ¿Lagrimas? ¿Saliva?

Antes de abandonar la habitación se dio la vuelta y la contempló un par de segundos.

Scheisse!

Diario de Oksana Novalnyova

4 de julio – Malinovka (Ucrania)

Me han llamado del banco, así que he ido. El director se ha enterado de que mi bisabuela ha fallecido y quería reunirse conmigo. No ha querido decirme para qué.

Cuando he llegado me estaba esperando en su despacho y me ha dado el pésame. También apreciaba mucho a mi prababushka.

Luego me ha contado la mala noticia. Mi bisabuela vendió la casa hace meses. Los nuevos dueños quieren que la desaloje. Tengo que marcharme. También me ha dicho que no hay dinero en su cuenta, que lo sacó todo después de vender la casa.

No hay nada.

No lo entiendo.

¿Dónde han ido a parar todos sus ahorros y dónde está el dinero de la venta de la casa? El director no lo sabe.

He vuelto al piso, que ya no es el mío, caminando en una nube. Todo me ha pillado por sorpresa. Ahora no tengo ni idea de qué voy a hacer. Apenas queda dinero y solo tengo tres semanas para dejar la casa y buscar otro sitio dónde vivir.

¿Por qué está pasando todo esto?

Mi vida se ha convertido en una pesadilla.

Capítulo Trece

Estaba sentada en el escalón superior del porche con un vaso de refresco en la mano. Llevaba un vestido amarillo. Tenía los cascos puestos y movía los pies al compás de la música que solo ella podía oír. No se había dado cuenta de que él había regresado.

Acababa de aparcar el todoterreno justo delante de la casa. Sacó la llave del contacto y se la guardó en el bolsillo, pero no se bajó del coche. Se limitó a quedarse allí y a contemplarla. Apoyó la barbilla sobre el volante y —muy a su pesar— se deleitó con lo que veían sus ojos. Parecía tan tranquila y relajada como si perteneciese allí, como si *siempre* hubiese pertenecido allí. El sol se ponía y un tinte anaranjado cubría el cielo, bañando toda la escena en una luz un tanto irreal.

Cerró los ojos, pero la instantánea de la casa y la chica esperando en el porche se le habían grabado a fuego en el cerebro. Dudó de que alguna vez fuese a olvidar aquella imagen.

«Eres gilipollas», se dijo, malhumorado de pronto.

Descendió del vehículo y cerró la puerta con ímpetu, deseando llamar su atención. Lo consiguió. Ella se sobresaltó visiblemente. Se quitó los cascos de un tirón y dejó el vaso en el suelo.

—¿Jan?

—Sí, soy yo —murmuró. Se había pasado la tarde entrenando y estaba agotado. No le apetecía hablar con ella—. Estoy cansado —dijo con rudeza, acercándose sin poder quitarle la vista de encima.

La tímida sonrisa que sus labios habían comenzado a esbozar desapareció como por encanto.

—Oh. Sí, claro, claro... No te preocupes... —La decepción se filtró en su voz.

Él apartó la mirada. Debería entrar en la casa y darse una ducha. Sí. Estaba tan exhausto que eso era, sin duda, lo que necesitaba. Una ducha y tirarse en el sofá a descansar... Pero entonces, ¿por qué sus pies no se

movían? ¿Por qué permanecía quieto a su lado?

—¿Damos un paseo?

¡¿Qué?!

Ni idea de dónde narices había surgido aquella pregunta, pero había salido de su boca antes de que hubiera podido evitarlo. ¿Quería echarse atrás y retirar la oferta? Francamente no, reconoció.

—¿Un paseo? ¿Estás seguro? —Sonaba dubitativa, pero al mismo tiempo también ansiosa.

—¿Por qué no? —repuso con hosquedad.

—No parece que te apetezca demasiado —dijo—. Además con mi tobillo así, y sin ver, no creo que podamos avanzar mucho. Déjalo.

—Iremos despacio y yo te guío. —De pronto lo de dar un paseo con ella se había convertido en algo de vital importancia.

Tenían que dar ese paseo.

—Déjalo —volvió a repetir ella, negando con la cabeza—. Sé que soy un problema...

La miró de arriba abajo, deteniéndose brevemente en las curvas de sus caderas, y con cierta vergüenza recordó el sueño que había tenido hacía un par de noches. Apretó los puños y carraspeó.

—¿Y quién ha dicho que no me gusten los problemas?

* * *

Oksana estuvo a punto de soltar una exclamación sorprendida cuando sintió las manos de él agarrándola por la cintura con firmeza, y levantándola en el aire. Un segundo después la depositaba en el suelo y la soltaba, pero antes de que pudiese echar de menos su contacto, sintió la palma áspera de su mano cogiendo la suya.

—Vamos. —Le escuchó murmurar, y sintió un ligero tirón en el brazo.

Con pasos inseguros y el corazón latiéndole de manera desacompasada por lo singular de la situación, le siguió. El roce de su brazo contra el suyo era agradable y cálido, y se permitió relajarse. Él avanzaba muy despacio, en silencio.

No le entendía. A veces era tan cortés y atento con ella... y otras veces le hablaba en ese tono brusco que hacía que se sintiese como si fuera una verdadera molestia. Un problema.

¿Y quién ha dicho que no me gusten los problemas?

¿En serio había dicho eso?

—¿Te duele el tobillo? —rompió él el silencio.

—No mucho.

—Bien —se aclaró la garganta antes de continuar—. No quiero ir muy lejos, pero hay algo que quiero enseñarte.

—No sé si podré apreciarlo con los ojos vendados.

—No es necesario que veas —repuso—. Espera y lo entenderás.

Oksana asintió sin saber si él la estaba mirando o no. Siguió avanzando a tientas, notando su presencia inmensa y fuerte a su lado, dejándose llevar hacia lo desconocido por un hombre al que no había visto en su vida... De pronto se dio cuenta de algo muy importante. ¡Confía en él! Plenamente. Apenas le conocía de unos días y ya se había ganado toda su confianza.

El camino por donde avanzaban no era muy irregular; a pesar de eso, y de que él la sujetaba con mucha firmeza, ella no se atrevía a dar más que pasitos cortos, tanteando el terreno con cuidado. Él no tiraba de ella, se limitaba a avanzar despacio a su lado, dejando que ella marcara el ritmo. Poco a poco.

No habrían recorrido más de cien metros cuando la soltó y se colocó a su espalda, apoyando las manos sobre sus hombros. El calor que emanaba de él le resultó reconfortante.

—Aquí se estrecha el camino —explicó él, inclinándose. Su aliento cálido le bañó la parte superior de la cabeza.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó ella, aturdida. No comprendía nada. Notaba una tirantez poco usual en la boca del estómago y le costaba respirar.

Él dio un paso al frente, empujándola con su cuerpo. Ella extendió los brazos instintivamente, palpando el aire, pero él la sujetó por las muñecas y la obligó a bajarlos.

—No tengas miedo —le susurró. Sonaba raro, como si estuviera molesto—. No voy a dejar que te choques con nada. Solo unos metros más y habremos llegado. —Apoyó las manos en su talle y presionó con suavidad.

Oksana asintió, tratando de mostrar convicción. La sensación de esos dedos fuertes sobre la cintura no era desagradable, pero la desconcertó.

—Solo diez pasos más.

Ella, envalentonada por la seguridad que su voz le transmitía, los dio.

—Es aquí —dijo él, deteniéndose de pronto. No la soltó.

—Aquí —repitió ella como una tonta.

—Sí. Aspira hondo —le susurró a meros milímetros de su oreja, provocándole un escalofrío.

Lo hizo.

Un delicioso olor le entró por las fosas nasales y le llegó hasta la garganta. Estaba segura de poder saborearlo. Volvió a aspirar, llenándose de él de nuevo. Jamás había olido nada igual, tan intenso, tan profundo... tan fresco...

—¿Qué es? —le preguntó maravillada.

—Estamos en medio de un campo de lavanda, tomillo y romero. Crecen aquí de forma salvaje.

—Es... es intenso... y muy... no sé... no tengo palabras... Es sobrecogedor... —Había comenzado a hablar bajito, casi en susurros.

Le escuchó coger aire, y sintió a la perfección su pecho expandiéndose, pegándose contra su espalda.

—Así es como yo me sentí la primera vez que vine —contestó él—. Esta fue una de las razones por las que compré la casa. No es gran cosa a la vista, la verdad, pero resulta intenso.

Oksana podía entender muy bien que alguien se hubiera enamorado de algo así. Guardó silencio, y disfrutó de la paz que se respiraba allí. No se oía nada. Los tibios rayos de sol del final del día le calentaban el rostro apenas, y una suave y delicada brisa le acariciaba la piel, mientras el increíble aroma lo impregnaba todo.

Sí, uno podía llegar a enamorarse de aquello, decidió.

Volvió a coger aire, y a la intensa mezcla de olores se sumó otro más, inconfundible, el del hombre que tenía a su espalda. El hombre que la había guiado hasta allí sin permitir que tropezase en ningún momento.

Jan.

Mientras tanto, el sol terminaba de desaparecer en el horizonte...

Capítulo Catorce

Echó la llave de la puerta del estudio y bajó el cierre metálico. Solo eran las cinco de la tarde, pero no tenía más citas hasta el día siguiente y Tita tampoco, así que habían decidido cerrar antes y marcharse a casa. Llevaba fuera toda la mañana y tenía ganas de regresar.

Su padre le había llamado hacía un par de horas. Le había quitado los puntos y las vendas de la cara a Oksana y estaba más que satisfecho con su aspecto. No le iba a quedar ninguna secuela de los golpes, le había dicho. Y luego había añadido algo sobre su peculiar color de ojos.

Jan estaba impaciente por llegar a casa y verla sin las gasas.

Habían pasado ya unos días desde el insólito paseo hasta el campo de lavanda. No sabía qué era lo que le había impulsado a llevarla hasta allí. No había tenido nada especial en mente, pero cuando la había visto en el porche, sonriéndole, todos sus propósitos de mantenerse alejado de ella se habían ido al traste. ¡Joder! ¡Cómo había disfrutado de la experiencia! Había ido mil veces hasta ese campo, pero estar allí con ella, disfrutando del silencio mientras el sol se ponía, había resultado ser... diferente.... Desde ese día se había establecido una suerte de complicidad entre ellos. Oksana seguía negándose a hablar de lo que le había sucedido, pero sí que le había contado cosas de su país, de su familia —todos ya fallecidos— y de sus amigos. Hablaba mucho de su otra vida en Ucrania, en especial de su bisabuela, Clara, su *prababushka* como la llamaba ella. Cuando la mencionaba su voz se teñía de nostalgia.

No le gustaba verla triste pero tampoco sabía cómo hacer que sonriese. Le faltaba ese toque de comicidad que su hermano Cas dominaba a la perfección. Él siempre había sido más serio, más adusto. Pero poco a poco ella iba abriéndose, mostrándole cada vez un poquito más de sí misma. Parecía confiar en él, en especial durante las noches, cuando las pesadillas la atormentaban. Se acurrucaba entre sus brazos con abandono, dejando que él, con sus suaves caricias ahuyentase todo lo malo que la acechaba en sueños.

Admitía, algo avergonzado, que aguardaba las noches insomnes con

impaciencia. Había llegado a depender de ella igual que ella dependía de él. Era una postura un tanto egoísta, lo reconocía. Cada vez que la abrazaba y notaba cómo sus lágrimas le mojaban la piel se sentía más y más en paz consigo mismo. Y hacía meses que no había sentido nada parecido.

De pronto su semblante se oscureció, recordando que ese fin de semana tenía que volver a pelear. No sabía qué le iba a decir. Al fin y al cabo compartían una vivienda y no era estúpida. Sabría que algo raro estaba sucediendo en cuanto le viera regresar —si la suerte no le acompañaba— con algún golpe en la cara. No quería que se enterase de dónde iba y lo que hacía.

Trabajaba para un maldito proxeneta, quizá alguien de la misma calaña que el cabrón del que ella había huido. Si lo averiguaba, nunca más confiaría en él.

¿Qué podía decirle?

Las ruedas del Jeep se agarraron con firmeza a la nueva superficie de tierra. Acababa de dejar atrás el asfalto. Solo un kilómetro más y estaría en casa. Se sentía extrañamente eufórico.

«A ver cómo reacciona cuando te vea... con tus tatuajes, tu cabeza afeitada y tu nariz torcida». Sonrió de medio lado. Hacía mucho tiempo que se había aceptado tal y como era, y no le importaba demasiado lo que los demás pensasen de él. Y sin embargo tenía un curioso hormigueo en el estómago...

No había más coches en la entrada. Su padre ya se había marchado. Mejor así. Sabía que Oksana se ponía nerviosa cuando había otras personas. Aparcó justo frente a la puerta y se bajó del Jeep. Se dirigió a la casa sonriendo.

* * *

Oksana volvió a mirarse al espejo por enésima vez. Tenía los párpados y los pómulos todavía algo hinchados y amoratados, y también la nariz, pero la inflamación había descendido considerablemente desde el día de la paliza. Ya parecía ella misma y podía mantener ambos ojos abiertos. En uno de ellos le habían explotado un par de venas y tenía un raro aspecto, inyectado en sangre, pero no le preocupó; el padre de Jan le había dicho que era normal y que con el tiempo eso desaparecería. Se palpó la pequeña cicatriz que tenía sobre la ceja y descendía hasta el párpado. No era muy pronunciada; solo había tenido que darle seis puntos. Se fijó en su mandíbula;

el color púrpura que se había extendido desde el lóbulo de su oreja hasta la barbilla comenzaba a amarillear. Presionó con suavidad. Sí, todavía le dolía.

Observó el resto de su cuerpo con atención. El vendaje de las costillas seguía molestándole, pero Knut Landvik le había dicho que todavía no podía quitárselo. Quizá en un par de días. Los arañazos que se había provocado a sí misma la noche del incidente corriendo por el monte también tenían buen aspecto. No sabía qué pomada era la que le habían puesto, pero su efecto era casi milagroso. Quizá lo peor fuera el tobillo y el gran hematoma del muslo. Este sí que presentaba un aspecto desagradable. Gracias a Dios había estado inconsciente cuando Ivan le había propinado lo que parecía ser un puntapié.

«Para ser una chica que estuvo a punto de morir tienes buen aspecto», se dijo asintiendo a su propio reflejo.

Después de que los padres de Jan se marchasen, había explorado la casa con mucha curiosidad. Estaba amueblada de manera muy funcional sin adornos ni cuadros. En el salón, una estantería repleta de libros dominaba una de las paredes, un sofá de color gris, una mesa baja de madera y la mesa y cuatro sillas de comedor, también de madera robusta, completaban el conjunto. La cocina, adyacente al salón, era pequeña, pero disponía de todos los electrodomésticos de rigor: frigorífico, lavadora, lavavajillas, microondas y cafetera. Tenía una pequeña ventana que daba a la parte trasera de la casa, desde la que se podía ver un cobertizo. Los dormitorios, tanto el de él como el que ocupaba ella solo contenían la cama, las mesillas y los armarios. Todo era de madera de color marrón claro. También las paredes estaban pintadas en tonos neutros, entre blanco y beige. Y el baño tampoco decía mucho de la personalidad del dueño de la casa. Se sintió algo decepcionada. Le hubiese gustado encontrar algo más personal, que le indicase cómo era él.

Era un hogar típicamente masculino. En exceso, quizá.

Después se había sentido aventurera y había decidido arriesgarse a lavarse el pelo. Había tardado un siglo porque su melena era muy larga y poblada, pero lo había conseguido. Lo de secárselo era otro cantar, así que se lo cepilló y dejó que se secase al aire. Cojeando, abandonó el baño y se dirigió al dormitorio. Sobre la cama había dejado un vestido muy sencillo de color rojo que había encontrado en la bolsa que le llevó Eli días atrás. Se lo puso. Luego se sentó en el borde, indecisa.

Estaba intranquila, y sabía muy bien por qué. Iba a verle la cara a Jan.

Iba a poder comprobar si la imagen que se había creado en la cabeza del que consideraba su protector, se correspondía con la realidad. Tenía tantas ganas de ver cómo era...

Desde el día en el campo de lavanda todo había cambiado entre ellos, al menos así lo sentía ella. Seguía siendo un tanto brusco, pero se esforzaba por que se sintiese a gusto. No la presionaba. Dejaba que fuera ella la que marcara el ritmo de las conversaciones. Nunca antes había conocido a alguien como él. Su generosidad era abrumadora. No sabía cómo iba a poder compensarle todo aquello: la ropa, los cuidados médicos, el alojamiento... y su infinita paciencia.

Se llevó las manos al pelo, que todavía estaba húmedo y se lo echó hacia atrás.

«¡Qué tonta eres! Tienes un aspecto patético», se recordó con exasperación.

El ruido de un automóvil la sobresaltó. El corazón empezó a latirle más deprisa de lo normal. ¡Por fin iba a poder ponerle cara a Jan! Se levantó con rapidez y se dirigió a la ventana, presa de la mayor de las curiosidades. Apartó la cortina apenas unos milímetros. No quería que él la descubriese espionando. Era un comportamiento tan pueril...

Un todoterreno negro acababa de aparcar frente a la puerta. Supuso que era su coche. Se le contrajo el estómago de la emoción cuando vio cómo la puerta del conductor se abría.

¡Sí! ¡Por fin!

De pronto, la exclamación de júbilo que había estado a punto de abandonar su boca se convirtió en un estertor de puro pánico. Se llevó las manos al pecho y sintió cómo se ahogaba al reconocer al individuo que acababa de bajarse del coche.

¡No! ¡No! ¡No!

¡El matón de Bajram!

¡Su luchador!

Recordaba su fiero aspecto a la perfección, sus tatuajes y su cabeza afeitada...

¡Era él!

Bozhe!

¡La habían encontrado!

Se alejó de la ventana temblando sin control. Apenas podía respirar, le faltaba el aire. Apoyó la espalda contra la pared y trató de pensar en algo frenéticamente. ¿Qué podía hacer? ¿Dónde podía ir? Su errática mirada se posó sobre el móvil que había dejado encima de la cama. Se tiró a por él, desesperada. Le temblaban tanto las manos que no creía que fuese capaz de marcar. Quizá él no pudiese entrar en la vivienda, se dijo. Quizá le diera tiempo a llamar a Jan... pero el siguiente sonido que llegó hasta sus oídos hizo que se le helase la sangre en las venas. ¡Oh no! ¡Tenía una llave! Y estaba accediendo al interior de la casa... Se tapó la boca horrorizada con una mano mientras que con la otra agarraba el móvil con fuerza. Sin importarle el dolor del tobillo, de dos zancadas se escondió detrás de la puerta. Él no tardaría en descubrir dónde se encontraba, pero quizá consiguiese sorprenderle. A lo mejor podía salir corriendo y llamar a Jan antes de que la alcanzase. Quizá no todo estuviese perdido...

Sabía que se engañaba, pero tampoco tenía otras opciones. Si ese hombre la encontraba podían pasar dos cosas: que la matase allí mismo, o que la llevara de vuelta con Bajram... No sabía cuál de las dos cosas era peor... A lo mejor ese matón acababa con ella deprisa.

Con Bajram eso no sucedería.

Aguantando las ganas de gritar, escuchó sus pisadas acercándose; se detuvieron brevemente frente a la puerta del dormitorio. Primero entró su sombra, negra, grande, peligrosa..., luego esa sombra se hizo carne... El corazón parecía querer salirse del pecho, y temió que él pudiera oírlo de tan fuerte como latía. Apenas dirigió una mirada fugaz a la gigantesca figura de aspecto intimidante. Era tal cual lo recordaba. Amenazador, tosco, brutal... y con esos tatuajes y esos músculos desproporcionados y la cabeza rapada proclamando a los cuatro vientos lo que era: un matón a sueldo.

No lo pensó dos veces. Echó a correr. Echó a correr sin mirar atrás, con el tobillo ardiéndole como si llevase el infierno dentro. Atravesó el salón y abrió la puerta de la entrada como una exhalación. Saltó los escalones de madera que separaban el porche del terreno, y una mueca de dolor le desfiguró la cara al notar cómo su tobillo crujía inclemente. Le pareció escuchar una exclamación a su espalda, pero no se detuvo. Por el contrario,

adquirió más velocidad. Trató de buscar el número de Jan en el móvil, pero no pudo fijar la vista sobre él. Tenía miedo de mirar hacia atrás y descubrir que él la seguía. Así que no lo hizo. Apretando los dientes se internó en el campo que rodeaba la casa. Había un montículo lleno de naranjos y comenzó a correr en zigzag, esquivando los árboles.

Al cabo de solo unos segundos escuchó las pisadas a su espalda y soltó un grito de impotencia. Le faltaba el aliento y los pinchazos del tobillo se habían convertido en algo insoportable. No lo iba a conseguir y lo sabía.

Unos brazos fuertes y musculosos la sujetaron por detrás deteniendo su precario avance. Gritó.

—¡Oksana! ¡Soy yo! —La voz de Jan junto a su oído estuvo a punto de hacer que se desmayase del alivio. Se dejó caer contra su cuerpo sollozando histérica.

—¡Oh, Dios mío, Jan! ¡Menos mal! ¡Me han encontrado! Saben que estoy en tu casa... —balbuceó, sin apenas poder respirar. La carrera le pasaba factura. Se giró en sus brazos, ansiosa por verle, por mirarle a la cara y sentirse segura—. No sé c...

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando levantó la cabeza y vio quién la tenía sujeta. El horror más intenso que había sentido jamás se expandió por su cuerpo robándole la capacidad de hablar y de respirar incluso. Abrió la boca tratando de gritar, pero ningún sonido salió de ella. Cerró los ojos, pero cuando los volvió a abrir la imagen era la misma.

—Oksana —le susurró el matón de Bajram con la voz de Jan—. Soy yo...

¿Se estaba volviendo loca? Le miró con fijeza, horrorizada, y entonces se dio cuenta de que a él le cambiaba la expresión. Le vio fruncir el ceño, como si la viese por primera vez.

—¡Tú! *Schneewittchen*... —exclamó él con la sorpresa reflejada en sus duras facciones.

Al fin reaccionó. Con violencia trató de librarse de esos brazos firmes que la sujetaban. Al no conseguirlo le empujó, pero era como empujar un muro. Él no se movió ni un ápice.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —comenzó a gritar, histérica, al tiempo que le golpeaba el pecho con los puños cerrados.

—Ten cuidado. Te vas a hacer daño —trató él de calmarla, pero solo consiguió que ella gritara más fuerte y que renovase con más ahínco sus esfuerzos por liberarse.

—¡No me toques! —chilló, y con horror se dio cuenta de que le temblaba la voz y que había comenzado a llorar. Las piernas empezaban a flojearle—. ¡Suéltame! —volvió a gritar, pero ya no era un grito, sonaba más como un gemido desesperado.

Entonces él la soltó. Una expresión desolada había aparecido en su rostro, pero ella no se detuvo a interpretar lo que podía significar. Se dio media vuelta y sobre piernas vacilantes se alejó de él tropezando.

—Oksana —le escuchó decir a su espalda—, déjame que te explique...

Pero ella hizo caso omiso. Echó a correr de nuevo, con el móvil firmemente agarrado en la mano y el corazón enloquecido. No consiguió avanzar mucho. Su tobillo no daba más de sí y sus pulmones tampoco. No habría recorrido más de doscientos metros cuando tuvo que detenerse. Se apoyó contra el tronco de un naranjo y trató de recuperar el aliento, pero se dio cuenta de que aunque lo lograra no tenía dónde ir. No tenía a quién acudir. Miró el móvil. El único número que había grabado en la memoria era el de Jan.

De repente fue consciente de lo que aquello implicaba.

¡No tenía a nadie! ¡No tenía nada!

El hombre que ella había considerado su salvador, en el que había decidido confiar... era un esbirro de Bajram.

¡Jan era un esbirro de Bajram!

No entendía nada. ¿Por qué la había acogido en su casa? ¿Por qué la había ayudado? ¿Por qué había involucrado a toda su familia, incluso? No tenía sentido.

Pero de pronto un pensamiento la golpeó con fuerza. ¡Jan no había sabido quién era ella! Le vino a la cabeza su cara de sorpresa de hacía solo unos segundos, al reconocerla. Las vendas la habían mantenido oculta y a salvo hasta ese instante. Pero ¿y ahora? ¿Ahora qué?

Giró la cabeza y miró por encima del hombro por entre su pelo húmedo y enmarañado. Él seguía allí donde le había dejado. Se mantenía

quieto, con las manos en los bolsillos, observando su inútil huida. Se le quedó mirando. Todo en él resultaba amenazador, desde su cara no demasiado agraciada con esa nariz torcida, la cabeza rapada, los músculos que parecían querer estallar su camiseta ajustada y los tatuajes de colores en su brazo... hasta su rígida e intimidante postura.

Lo único conmovedor en él había sido su voz. Esa voz agradable y comprensiva que le había hecho creer que era una persona que no era. Porque Jan había resultado ser... un mentiroso. Un matón a sueldo..., un hombre sin escrúpulos... ¡Dios Santo! ¡La única persona en la que había confiado se había convertido en un monstruo, en su peor pesadilla! Un lamento casi inhumano emergió de su pecho y escapó de su boca. Se dejó caer al suelo lastimándose las rodillas con la tierra seca. Apoyó la frente contra el rugoso tronco del árbol, sin importarle que la corteza la arañase.

¿Qué importaba ya nada?

Era más que probable que tuviese los minutos contados...

Fuertes sollozos sacudieron su cuerpo.

Capítulo Quince

Habían pasado tres horas. Comenzaba a oscurecer y ella seguía tirada en el suelo, debajo de aquel naranjo. Hacía rato que había dejado de llorar. Permanecía inmóvil. Tan quieta que daba miedo mirarla.

Él tampoco se había movido del sitio. No osaba acercarse para no alterarla con su presencia, pero tampoco quería alejarse y dejarla sola. Había tenido tiempo de sobra para aclarar sus ideas mientras contemplaba impotente cómo ella se derrumbaba ante sus ojos. Para él también había sido un shock. Cuando ella se había dado la vuelta y le había mirado con esos pálidos ojos había sentido como si alguien le hubiese quitado el suelo de debajo de los pies.

¡La chica de Bajram!

La chica que le había robado el sueño durante días... era la misma que él había acogido en su casa y había cuidado y tratado de ayudar... No daba crédito. Le había sorprendido tanto descubrir que las dos eran la misma persona que se había quedado paralizado.

En el fondo lo había sabido, al menos intuido. Su propio subconsciente le había enviado aquel insólito sueño de hacía unas noches.

Cuando había entrado en su dormitorio hacía horas, y ella echó a correr, se había quedado estupefacto y había tardado unos segundos en ir tras ella. La había llamado, pero no se había detenido. Confuso, la había seguido, temeroso de que se lastimase, sin entender nada de nada. Cuando por fin la había alcanzado, se había derrumbado en sus brazos, aliviada..., hasta que le vio la cara. Él había tardado en asimilarlo, en comprender que el horror que mostraba era debido a su persona. ¡Le tenía miedo! ¡Había huido de él! Y entonces la había reconocido... y lo había entendido todo de golpe, como si una granada le hubiera estallado en el cerebro. La había soltado y había dejado que se marchase, sabiendo que no iba a poder llegar muy lejos; estaba destrozada y apenas podía andar. Él había hundido las manos en los bolsillos de los vaqueros, conteniéndose para no ir tras ella, siguiéndola con la mirada.

¿Cómo no iba a tenerle miedo?, se preguntó por enésima vez, si le

había visto en el *Dancing Queen* con Bajram. E incluso con toda probabilidad habría escuchado rumores sobre quién era y lo que hacía. Apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos.

Si solo le permitiera explicarle...

Pero ¿qué le iba a explicar? ¿Que había llegado a un acuerdo con Bajram para pagar las deudas de su hermano pequeño? Sí, eso quizá no sonara tan terrible, pero ¿y lo otro? ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo podía justificar los trabajos que hacía para él? La amargura transformó su cara.

Giró la cabeza y fijó la vista en el sol que se ponía en el horizonte. En breve anochecería y la temperatura descendería un par de grados. Volvió a mirarla. Parecía tan desvalida y tan sola, acurrucada en el suelo... No podía dejarla allí. Quizá sus heridas hubiesen empeorado. Tenía que asegurarse de que se encontraba bien.

Echó a andar en su dirección, inseguro. No tenía ni idea de cómo iba a responder cuando se acercase. Ella ni siquiera levantó la cabeza. Su espesa melena negra arrastraba por el suelo, manchada de tierra, cubriendo sus hombros y también su cara. Se arrodilló a su lado, tentado de apartarle el pelo, pero no lo hizo. Se la quedó mirando, vacilante.

—Oksana —murmuró—. Está anocheciendo.

Un leve encogimiento de hombros fue su única reacción.

—Tenemos que entrar en casa. —Volvió a intentarlo.

Esta vez ella sí pareció reaccionar. Levantó la cabeza y le miró. Como ya había sucedido hacía días en el club, los ojos azul pálido se clavaron en los ojos azul oscuro. Y como en aquella ocasión la mirada de ella estaba vacía y sin vida.

—¿Qué vas a hacerme? —le preguntó sin emoción.

Jan no supo qué contestar. Estaba atónito. Era la misma chica sin alma que él había visto aquella primera noche. Esa chica no era la Oksana de los últimos días.

—No voy a hacerte nada. Nada. Solo quiero que vengas conmigo a casa.

Ella se incorporó con lentitud, apoyándose en el tronco del árbol. Una pequeña mueca de dolor se mostró en su cara cuando cargó su peso sobre el tobillo.

Él soltó una maldición, y antes de que ella pudiera decir nada, la cogió en brazos. No protestó. Se dejó levantar en el aire, desmadejada, con la mirada fija en un punto lejano. Era como si todo le diese igual, como si hubiese aceptado su sino —un sino al parecer peor que la muerte—, y se hubiera resignado.

No habló con ella. Se apresuró en llegar a la casa y entró cerrando la puerta, que antes en su prisa se había dejado abierta, de un puntapié. La depositó sobre el sofá y fue al baño a buscar la bolsa donde guardaba la pomada y las vendas. Era metódico y su mente funcionaba mejor cuando estaba ocupada con algún trabajo mecánico, así que si tenía que hablar con ella y explicarle las cosas, prefería hacerlo mientras tenía las manos ocupadas. Lo haría mientras la curaba, decidió.

De nuevo en el salón, se arrodilló frente a ella, que no se había movido ni un milímetro. La miró a los ojos, un tanto exasperado por su apatía. Ella tenía la mirada perdida en el vacío y parecía encontrarse a kilómetros de distancia.

—Voy a vendarte el tobillo y mientras lo hago vas a dejar que te explique un par de cosas —dijo, cogiéndole el pie y cortando las vendas que se habían manchado durante su alocada carrera.

—Haz lo que tengas que hacer —repuso ella con la voz impersonal.

—¡Joder! Oksana, necesito que me escuches. Las cosas no son como tú crees.

—Nunca lo son.

Se mordió los labios para no dejar escapar un taco.

—¿Te duele? —le preguntó mientras sacaba toallitas desinfectantes de la bolsa y procedía a limpiarle la tierra del pie con mucho cuidado.

—¿Qué más te da? No creo que a *él* le importe demasiado que tenga el tobillo lastimado.

Al escuchar aquello, Jan se sintió como si le hubiesen pegado una bofetada. Detuvo lo que estaba haciendo. Claro que ella pensaba que la iba a entregar a Bajram. ¡Joder! Era lógico.

—No vas a volver con él. ¿Me oyes? Nunca más vas a tener que trabajar para Bajram —dijo entre dientes, mirándola con fijeza.

Ella arqueó las cejas, incrédula.

—¿A cambio de qué? —terminó por preguntar—. ¿Quieres echarme un polvo?

Rechinó los dientes al escucharla hablar de manera tan vulgar. No iba nada con ella.

—A cambio de nada, joder. Yo no soy así. ¿Acaso he intentado aprovecharme de ti estos días?

—No sabías quién era —contestó ella con gran seguridad—. Me tenías pena porque era una pobre muchacha desvalida que habías encontrado en la carretera. Pero ahora ya sabes quién soy. Ahora sabes que soy la chica de Bajram. Y él es tu jefe... ¡No lo niegues! —le interrumpió con más energía de la que había mostrado hasta el momento—. Te he visto en el club más de una vez. Sé quién eres y lo que haces para él.

Jan notó cómo los músculos de su cuello se tensaban, pero no dijo nada. Le vendó el tobillo. Después le limpió los nuevos arañazos que se había provocado en su huída, sacó la pomada y procedió a cubrirlos con ella. Actuaba con delicadeza, aun así se dio cuenta de que ella tenía las manos agarrotadas sobre los muslos.

—Tenemos que hablar —dijo al fin con voz grave.

—No tenemos nada de qué hablar. Solo quiero saber qué va a pasar ahora. ¿Me vas a llevar con Bajram o a partir de ahora te sirvo a ti en exclusiva? —La pregunta estaba cargada de sarcasmo, pero también de algo más que no supo identificar, quizá angustia.

Exasperado, se incorporó y se dio la vuelta. Se pellizcó el puente de la nariz tratando de encontrar las palabras adecuadas. Terminó por pasarse las manos por la nuca antes de girarse y mirarla. Por muy desvalida que le hubiera parecido allá fuera, tumbada bajo el naranjo, golpeada y sollozante, parecía haber una extraña fuerza en su interior que ahora se reflejaba en sus ojos.

—Ni te voy a llevar con Bajram ni me sirves a mí en exclusiva. —Al ver su gesto escéptico perdió un tanto los nervios—. ¡Joder, Oksana! —exclamó—. Si ni siquiera te veo como una mujer —mintió.

Ella no dijo nada. Le miraba con desconfianza.

—Te llevo a tu habitación —masculló de pronto. Quería alejarse de ella. Necesitaba pensar.

La volvió a levantar en brazos y ella se dejó hacer, aunque permaneció completamente rígida. Antes no se había dado cuenta, pero un ligero aroma a champú le entró por las fosas nasales. Tuvo que contener el impulso de cerrar los ojos y aspirar hondo... La depositó sobre la cama y se incorporó. Vaciló unos instantes.

—Voy a entrenar —dijo al fin, cortante—. Si me necesitas estaré en la parte de atrás, en el cobertizo. Grita. Te oiré.

Ella había girado la cabeza y miraba en otra dirección. Ignorándole.

Jan se dio media vuelta y abandonó la habitación. La ira le ardía en la garganta.

* * *

Oksana dejó escapar el aire que había estado conteniendo cuando ya no pudo oír sus pasos. El sonido de la puerta de entrada cerrándose de golpe le indicó que se había marchado. De pronto, toda su sangre fría y su indiferencia desaparecieron como por encanto. Suspiró, derrotada.

No sabía qué pensar ni qué creer.

Las horas que había pasado llorando tirada en la tierra no le habían servido de nada, reconoció. Lo único que había conseguido había sido un dolor de cabeza punzante y más dudas. Nada cuadraba. Estaba claro que Jan no le había dicho la verdad. No trabajaba en un estudio de tatuajes. Había intentado recordar qué era lo que sabía de él, qué había oído de los otros del club... pero solo se acordaba de que alguien había mencionado que era uno de los luchadores, que llevaba meses compitiendo y que al parecer era bueno. Le estaba haciendo ganar mucho dinero a Bajram. ¿También trabajaba sirviéndole de guardaespaldas? No lo sabía.

La imagen de matón no terminaba de encajar con el hombre que ella había conocido durante los últimos días. Ese hombre preocupado, atento, cuidadoso, tierno incluso, que se había comportado con ella como un amigo, que en ningún momento había intentado propasarse ni le había hecho ninguna insinuación estúpida... No era como los otros...

Enterró la cara en las manos y gimió con suavidad. Una amarga risa surgió de su garganta al recordar lo tonta que había sido, imaginándole con facciones bondadosas, con los ojos y el pelo castaños y una sonrisa agradable.

Bozhe! Kakaya mechtatelnitsa!

Nada más lejos de la realidad. Tenía un aspecto brutal y violento.

Su inútil carrera le había costado las últimas fuerzas que le quedaban. Notaba los párpados pesados y el dolor de cabeza cada vez más persistente. De buena gana se hubiese tomado un calmante, pero el simple hecho de pensar que tenía que llamarle y pedirle ayuda o salir del dormitorio y encontrarse con él de frente...

¡No! No quería verle.

Se giró y adquirió una postura más cómoda. Le ardían los ojos y tenía ganas de llorar, de nuevo. Después de haber pasado ocho meses sin poder derramar ni una sola lágrima, parecía que últimamente era incapaz de contenerse... A duras penas se reprimió.

Al cabo de unos minutos, vencida por el agotamiento y la conmoción, se quedó dormida.

* * *

Jan pegó una doble patada lateral al saco y se apartó. Después otra doble de rodilla con la otra pierna. Luego tres puñetazos con la mano derecha y un golpe de codo con la izquierda. Se retiró sin dejar de saltar. Volvió a repetir los golpes tratando de ser más rápido todavía. Era un pobre entrenamiento el que podía hacer allí en casa, la verdad. Si estuviese en el gimnasio, donde solía entrenar, podría haber practicado técnicas de proyección o de sumisión o de *clinch*, pero allí, en el pequeño cobertizo que había habilitado para ello, y a solas, solo podía pegarle el saco. Tampoco era mala cosa teniendo en cuenta que él era más un *striker* que un *grappler*.

¡La chica de Bajram!

Schneewittchen...

No podía dejar de pensar en ello. Le parecía descabellado y absurdo... Apenas podía creerlo. ¡Joder! ¿Quién le habría pegado tal paliza? ¿Ivan? Sí. Seguro que había sido él. Ivan era la mano derecha del albano-kosovar. Para hacer un «trabajito» de ese calibre, Bajram habría recurrido a Ivan, sin duda. Una furia asesina le embargó y volvió a concentrarse en el saco.

Ivan. Un puñetazo.

Bajram. Una patada.

Ivan. Un puñetazo.

Bajram. Una patada.

Y siguió tirando patadas y golpes de rodilla con salvajismo, sin pausa, con la mente ofuscada. ¿Qué podía hacer él?, se preguntaba una y otra vez. ¿Qué podía hacer él con Ivan y con Bajram?

Verdaderamente nada. *Nada.*

Rugió con fiereza.

Tenía un combate al día siguiente y no se había preparado como era su costumbre. Había de reconocer que era la primera vez que iba a enfrentarse a alguien sin estar listo, ni física, ni psicológicamente. Y se jugaba mucho. Se jugaba demasiado. No podía perder ni una sola pelea. Atacó el baqueteado saco de cuero con energía. El sudor bañaba todo su cuerpo y comenzaba a perder el resuello, pero no pensaba regresar a la casa. No todavía. Aún no había sonado el clic en su cabeza, ese que le indicaba que ya era suficiente, que ya no podía seguir adelante. Su cerebro no había alcanzado ese punto rayano en el agotamiento absoluto. Soltó un gruñido animal y volvió a golpear el saco con todas sus fuerzas, haciendo que este se bambolease de manera violenta de la cadena que colgaba. Lo frenó con las manos, enfundadas en guantillas de entrenamiento, y apoyó la frente sobre él cogiendo aire.

«Ya. Ya has descansado bastante», se dijo al cabo de unos breves segundos.

Estaba a punto de apartarse y golpear de nuevo, cuando los gritos desde la casa hicieron que se le pusieran los pelos de punta. Echó a correr, sin preocuparse de ponerse las zapatillas, sin siquiera quitarse las guantillas, maldiciendo por lo bajo el no haber estado más pendiente, el haber estado tanto tiempo fuera. Su necesidad le golpeó en la cara según se acercaba y los gritos crecían en intensidad.

En solo unos instantes había abierto la puerta de par en par y sin molestarse en encender ninguna luz había atravesado el salón y el pasillo y se encontraba junto a su cama. Al igual que las otras veces, Oksana lloraba y gritaba agitándose con violencia. Se desembarazó de los guantes abriendo el velcro con los dientes y los tiró al suelo. Se sentó en el borde de la cama, la cogió por los brazos y la incorporó para poder abrazarla con más comodidad. Sus movimientos eran rápidos y precisos; sabía lo que ella necesitaba. La

acunó contra él y el sudor de sus cuerpos se mezcló. Ella seguía sollozando pero ahora lo hacía casi en silencio.

Oksana solía dejar la lámpara de la mesilla encendida y esa noche también lo había hecho. Bajó la mirada y la posó sobre su rostro, ya sin vendas, mitad iluminado, mitad en sombras. Tenía las mejillas empapadas en lágrimas y le temblaba el labio inferior. No pudo resistir la tentación. Levantó la mano y con el dedo índice se lo perfiló con suavidad. Ella dejó escapar un ligero suspiro y su aliento bañó la yema de su dedo. Él aguantó la respiración.

—Jan —murmuró.

Él se quedó muy quieto. Sus ojos recorrieron cada milímetro de su cara con avidez, tratando de descifrar algún pequeño gesto que le diese una pista de si dormía o estaba despierta. Ella hundió la cabeza en su pecho como si buscara el calor de su cuerpo y se acurrucó contra él.

Dormía.

Había pronunciado su nombre en sueños, con toda claridad...

¿Qué significaba eso?

Esa noche se quedó junto a ella más tiempo del habitual. Largo rato después de que hubiera dejado de sollozar y durmiese profundamente, él seguía allí sentado, en el borde de su cama, contemplándola y escuchando su respiración regular, rompiéndose la cabeza sobre cuál debía ser su siguiente movimiento.

Diario de Oksana Novalnyova

16 de julio – Malinovka (Ucrania)

Ya sé dónde ha ido a parar todo el dinero de mi bisabuela. Lo he descubierto rebuscando entre sus cosas. He encontrado todo, el contrato de compraventa de una casa y fotos. Al principio no podía entender cómo había podido invertirlo todo en una urbanización, pero también había una carta a mi nombre. Ha sido triste leerla sabiendo que ella ya no está conmigo. En la carta decía que esa maravillosa casa que ha comprado es para mí y que ha invertido todo el dinero en un fondo de ahorro a mi nombre.

Lo ha hecho todo por mí.

Lo triste es que mi pobre prababushka ha invertido todo su dinero en papel mojado. La sociedad cooperativa que construía la urbanización no existe y la compañía de seguros con la que abrió el fondo de ahorro, tampoco.

Lo bueno es que ella jamás se va a enterar de que la estafaron.

Llevo días llorando, desde que me he enterado de lo que ha pasado en realidad. Solo me queda una semana para irme de esta casa y todavía no he encontrado trabajo. No tengo ni idea de cómo voy a poder pagar un alquiler en otro sitio.

Ayer vendí la televisión y el lavavajillas. Hoy vienen a ver el sofá y la cama de matrimonio.

Mi bisabuela decía que en España había un dicho: Dios aprieta pero no ahoga... Pues yo estoy totalmente asfixiada ya...

No sé qué hacer...

Capítulo Dieciséis

Tenía que marcharse y Oksana no se lo estaba poniendo fácil. Había permanecido todo el día encerrada en su habitación y a pesar de que él había intentado en varias ocasiones hablar con ella, se había negado a escucharle. Era frustrante. Tampoco había querido probar bocado ni tomar los calmantes.

Se paseó nervioso por el salón. Miró la hora en el móvil. No podía esperar más. Si no salía ya, llegaría tarde. Maldijo en silencio. Era la primera vez que iba a un combate con esa intranquilidad. Ya era suficiente, se dijo. Ya le había cedido todo el espacio posible. Se acabó. Con la determinación brillándole en la mirada, se dio la vuelta y se encaminó a su dormitorio. Golpeó la puerta con el puño sin miramientos.

No obtuvo respuesta.

—Oksana, espero que estés presentable porque voy a entrar —dijo enfadado, y antes de poder arrepentirse agarró el picaporte y abrió la hoja de madera de par en par.

Estaba sentada en la cama. Llevaba puesto un vestido verde de tirantes y se había recogido el pelo en una coleta. Ni siquiera le miró, y esa actitud apática le molestó sobremanera. Parecía importarle un bledo que él hubiera invadido su privacidad.

—Tenemos que hablar antes de que me vaya.

—No hay nada de qué hab...

—Sí que lo hay —la interrumpió con más violencia de la que había pretendido—. Tengo que marcharme. Esta noche peleo.

Ella arqueó las cejas pero no dijo nada. Se encogió de hombros y ni siquiera le miró.

—Muy bien. Si esto es lo que quieres —repuso con frialdad. Se giró y miró por la ventana. Afuera apenas si se distinguían los contornos de los naranjos en la oscuridad—. No sé a qué hora volveré. Las noches de pelea suelen ser imprevisibles. Además, después me voy a pasar por el *Dancing Queen* a ver si puedo enterarme de algo.

Un gemido ahogado a su espalda le hizo darse la vuelta. Ella parecía haber reaccionado. Se había incorporado y respiraba con agitación.

—Mira, sé que ahora mismo no confías una mierda en mí. Yo tampoco lo haría si fuese tú, pero no tienes más opción que creerme. Te guste o no, estamos los dos metidos en esto.

Ella dio un paso al frente y abrió la boca como si fuese a protestar, pero pareció cambiar de opinión en el último segundo. Le miró, expectante.

—En caso de que me pase algo quiero que llames a mi hermano. —Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el papel donde había apuntado el número de Cas—. Él se ocupará de ti.

—Pero... —Los ojos de ella se abrieron llenos de pánico, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Es poco probable que eso suceda, pero en esta mierda donde estoy metido uno nunca sabe. —Le tendió el papel—. Cógelo y no dudes en llamarle. Cógelo —insistió al ver que ella no se movía.

Terminó por hacerlo. La mano le temblaba, se percató él. ¡Maldición! No tenía tiempo para hablar con ella y tranquilizarla. Tenía que irse. Dio un paso al frente invadiendo su espacio y ella dio un paso atrás. Le miró con una mezcla de miedo y de algo parecido a la preocupación.

—Oksana —comenzó en voz baja, tratando de emplear un tono tranquilizador. Posó las manos sobre sus hombros, casi esperando ser rechazado, pero ella se mantuvo quieta—. Todo va a salir bien. Voy a volver y vamos a intentar sacarte de esta. Ya sé que no es fácil de creer y que las pruebas hablan en mi contra, pero yo también he llegado a este mundo por los motivos equivocados —vaciló—. No soy un santo, pero tampoco soy el demonio que tú crees que soy.

Ella recorrió su cara con la mirada como si estuviese buscando alguna pista de que lo que él decía era mentira.

—¿Vas a ir al *Dancing Queen*? —preguntó con un hilo de voz al cabo de unos instantes de silencio. Su acento se hacía más evidente cuando se ponía nerviosa.

—Sí. Voy a dejarme caer por allí.

Ella asintió, pero no dijo nada más. Bajó la cabeza y posó la mirada en algún lugar entre su cintura y sus pectorales. Él decidió arriesgarse. Con

delicadeza le levantó la barbilla con el dedo índice de la mano derecha.

—Cuando vuelva tenemos que hablar, Oksana. Es importante. Necesito saberlo todo. No puedes seguir escondiéndote en esta habitación, pretendiendo que soy el malo malísimo y que te voy a entregar a los lobos en cuanto te descuides. —Hizo una pausa—. Tú sabes que no es así... ¡Joder!... En el fondo sabes que solo quiero ayudarte... Confía en tu instinto y olvídate de lo que has visto. A veces las cosas no son como parecen..., nada es tan sencillo.

Ella le escuchaba sin mover un músculo, sin apartar la mirada tampoco. Se humedeció el labio inferior con la lengua y Jan la soltó y se apartó de ella con precipitación. ¡Joder! La intimidad que se había creado entre ellos había hecho que un escalofrío le recorriese la espalda. Se rascó la nuca y evitó mirarla.

—Volveré cuanto antes —dijo con la voz forzada, y antes de que ella pudiera objetar nada, había abandonado el dormitorio, el salón y la casa, a gran velocidad, como si estuviese huyendo de algo...

* * *

La confusión en la que se encontraba su cerebro hizo que se quedase paralizada un par de segundos sin saber qué hacer a continuación. El ruido del motor de su coche la trajo de vuelta. Se acercó a la ventana y vio los faros traseros del todoterreno alejándose en la oscuridad. Se quedó allí hasta que el vehículo desapareció por completo. Le zumbaban los oídos por la excitación. Se esforzó por ignorar la escena que acababa de tener lugar entre ellos y se concentró en lo que verdaderamente importaba. Se había pasado el día esperando que él abandonase la casa y la dejara sola.

Iba a registrar la vivienda de arriba abajo tratando de encontrar respuestas.

Empezó en su dormitorio. No sabía qué era lo que estaba buscando: información, alguna pista que le indicase quién era él en realidad... algo... Abrió el armario y revisó su ropa. Casi todo eran vaqueros, pantalones de deporte, camisetas y cazadoras, aunque también había un traje que parecía nuevo. Metió la mano en todos los bolsillos, pero no halló nada. Después revisó los cajones de las mesillas. Encontró una caja de metal y se sentó en la cama a inspeccionar su contenido. Había fotos. En casi todas aparecía Jan junto a los que debían ser sus hermanos. No pudo evitar comparar a los tres.

Eran altos, rubios —probablemente, si Jan no se afeitase la cabeza también lo sería— y guapos, al menos atractivos. Incluso Jan, a pesar de sus rudas facciones sonreía de una manera encantadora.

Le sorprendió.

Sacudiendo la cabeza, guardó las fotos y siguió con el registro. En el suelo junto a la cama había un maletín de color plateado. Pesaba bastante. Lo abrió, excitada. Al ver el contenido, arqueó una ceja, perpleja. Había una máquina de acero, botes de tinta de diversos colores, agujas y otras cosas que no supo identificar. Eran utensilios para tatuar. Entonces no le había mentado cuando le había dicho a qué se dedicaba. Cerró el maletín, confusa, y lo volvió a poner en su sitio. Recorrió la estancia con los ojos y no encontró nada más. No había más muebles dónde mirar.

Se dirigió al salón. Estaba tan espartanamente amueblado como el propio dormitorio. Se encaminó a la estantería que cubría toda la pared. En la parte izquierda, aparte de un equipo de música, solo había libros de todo tipo, desde novelas en formato bolsillo hasta manuales y guías deportivas, incluso álbumes de fotos. Sacó uno al azar con curiosidad manifiesta y lo abrió. La imagen de un jovencísimo Jan con pelo y una nariz perfecta la saludó desde la primera página. Abrió los ojos, sorprendida. Se acercó a la mesa y tomó asiento sin poder apartar la mirada. El chico de la imagen se parecía muchísimo al joven que ella había visto en la otra foto, al hermano pequeño. Pero este era Jan, sin duda. Esos ojos solo podían ser de Jan. Tenía los ojos... bonitos. Estaba desnudo de cintura para arriba y no presentaba los músculos que tenía ahora, ni tampoco los tatuajes. Estaba cubierto de sudor y aunque parecía agotado, una gran sonrisa curvaba sus labios. Una sonrisa espléndida y feliz. Se señalaba con el dedo índice el aparatoso cinturón de cuero y metal que llevaba a la cintura. Debía de haber ganado una competición, aventuró Oksana. Había visto algún que otro combate de lucha por la tele y sabía que esos cinturones se los entregaban a los ganadores.

«Así que esa es la razón por la que pelea para Bajram..., hace años se dedicaba a eso...», dedujo.

Pasó la hoja y más fotos similares fueron apareciendo. En algunas estaba él solo, en otras, acompañado por su hermano —¿Cas?— y un adolescente desgreñado. También aparecían sus padres.

Ese chico sí que tenía el rostro acorde con la voz agradable que ella

había asignado a su apuesto rescatador. Se preguntó qué habría sucedido para que hubiese cambiado tanto... para que hubiera terminado trabajando para Bajram. Si se guiaba por las fotos no encajaba en el perfil.

Volvió a dejar el álbum en su sitio. Acarició el lomo de los otros, pero desechó la idea y siguió registrando el resto de la estantería, pero ya no lo hacía con la misma dedicación. Estaba pensativa. En un cajón encontró un sobre con dinero. Lo sacó y lo contó. Había ochocientos euros en billetes de cincuenta. No era una gran cantidad, pero suficiente como para sobrevivir un par de días. Vaciló. Tenía un móvil. Podía llamar a un taxi y marcharse de allí. Irse a... a... ¿adónde? Dejó escapar un pequeño suspiro exasperado. Eso, ¿adónde? Sin documentación —su pasaporte estaba en posesión de Bajram—, sin conocer a nadie, con unos míseros billetes en el bolsillo y sin saber en quién podía confiar... Ni siquiera se atrevía a ir a la policía.

Volvió a dejar el sobre en su sitio. Siguió buscando en el resto de cajones y estantes, pero su actitud había cambiado. Se mordió la parte interna de la mejilla, insegura. Ya ni siquiera sabía qué narices estaba haciendo. Encontró unas cuantas facturas en otro cajón a nombre de Jan Landvik. El apellido parecía noruego. Al menos en eso tampoco había mentido.

Por fin, en el último cajón descubrió un portátil. Se lo llevó a la mesa y se sentó frente a él. Lo encendió. Quizá necesitase una contraseña para entrar, reflexionó. Pero no, la pantalla se iluminó sin problemas. No parecía que Jan tuviese mucho que ocultar, la verdad; había dejado su portátil sin contraseña a su alcance. La conexión a internet también funcionaba. Lo primero que hizo fue buscar su nombre. Aparecieron unas cuantas entradas. Sí, había sido luchador hacía años en Alemania, como las fotos del álbum ya le habían mostrado. También había una página web de un estudio de tatuajes: *El quinto pecado*, que le mencionaba. Pinchó sobre ella y vio un par de fotos en las que aparecía él, tatuando. El maletín del dormitorio ya le había mostrado su equipo de tatuar y el verle allí, en lo que parecía ser su estudio, la convenció del todo. Cerró el portátil y apoyó los codos en la mesa y la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

Meditó sobre lo que había sucedido en el dormitorio, sobre lo que él le había dicho...

Ya sé que no es fácil de creer y que las pruebas hablan en mi contra, pero yo también he llegado a este mundo por los motivos equivocados.

Quizá debía escucharle y no juzgarle tan a la ligera. Le parecía chocante que alguien como Jan hubiera acabado metido en todo aquello. Todo lo que había encontrado indicaba que no le había mentido. Dejó vagar la mirada por la mesa y sus ojos se posaron sobre el trozo de papel donde él le había apuntado el teléfono de su hermano. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había dejado ahí. Alargó la mano y lo cogió. Lo miró sin verlo. Una frase comenzó a resonar en su cabeza con insistencia.

En caso de que me pase algo quiero que llames a mi hermano. Él se ocupará de ti.

Se le puso la carne de gallina. Había estado tan ocupada con sus propios pensamientos y desconfiando de él, que no se había dado cuenta del verdadero significado de aquellas palabras y de por qué le había dejado ese papel.

¡Podía no regresar!

—No... —murmuró en voz alta. El sonido de su propia voz la sobresaltó—. Claro que va a volver. No puede ser de otra manera. Tenemos que hablar... —Un tinte desesperado se había colado en sus palabras—. No seas tonta. Es solo una pelea y él ya ha peleado antes, ¿no? Lleva tiempo metido en esto..., no es un principiante.

Pero no pudo evitar pensar en lo otro que había dicho, que después de la pelea iba a ir al *Dancing Queen* a tratar de averiguar algo, a hablar con Bajram...

No, no, no... no podía pasarle nada... Abrió el portátil y se fijó en la hora que aparecía en la pantalla. Era pasada la medianoche. Hacía por lo menos un par de horas que se había marchado...

Estrujó el papel en la mano deseando no tener que hacer uso de él.

Capítulo Diecisiete

Por segunda vez aquella noche su espalda golpeó contra la lona acolchada del octágono. Antes de que el capullo del holandés le pudiese atrapar con una técnica de sumisión y hacerle una montada, se retorció como una anguila y consiguió zafarse y ponerse en pie de nuevo.

El cabrón de su contrincante, que ni siquiera era un *striker*, había conseguido propinarle dos buenos golpes, uno en la cabeza a la altura de la sien, y otro en la cadera. Y le había derribado dos veces ya. Si seguía así de idiotizado y no estaba más atento iba a terminar muy mal. Se apartó de un salto y mordió con fuerza el protector bucal al sentir un pinchazo en la cadera. El otro no le dio tregua, se abalanzó sobre él tratando de colocarle un *takedown* bastante sucio, pero él hizo un *sprawl*, plantando las piernas firmemente sobre el suelo y echando el cuerpo hacia delante para evitar ser derribado de nuevo. Consiguió apresarle la cabeza debajo del brazo e intentó hacerle la guillotina, pero el hijo de puta logró escapar de una manera casi imposible.

Estaba exhausto. La pelea duraba ya casi veinte minutos y los efectos se manifestaban de manera muy patente en su agotado cuerpo. Los gritos y silbidos del público llegaban a él distorsionados por el pitido que el golpe en la sien le había provocado en el oído. Trató de alcanzar a su oponente con una patada entre las piernas. Era un golpe no reglamentario en los circuitos, pero allí todo valía. El alcance de su pierna era bastante impresionante, de unos ciento quince centímetros, y estuvo a punto de acertar blanco a pesar de que el otro trataba de guardar las distancias. No obstante, en el último segundo el holandés hizo un giro y el golpe terminó por aterrizarle en el muslo, sin provocar un gran daño.

¡Mierda!

No iba a resistir mucho más. Le pesaban todos y cada uno de sus treinta y cuatro años como si llevara treinta y cuatro rocas cargadas a la espalda. Y el holandés de los cojones parecía tan fresco como una lechuga. Claro que no tendría más de veintidós o veintitrés años.

No tenía ni idea de donde narices había salido el puño y de cómo había podido colarse por su guardia, pero de pronto notó el trallazo en plena cara. El dolor le agujereó el cerebro y la sangre comenzó a manar a borbotones de su ya maltrecha nariz. Trastabilló hacia atrás, atontado, hasta que su espalda encontró la red externa del ring. Soltó un exabrupto entre dientes. Esperaba que no se le hubiera roto la nariz de nuevo; ya le habían extraído una gran parte de cartílago en la última operación.

El idiota del holandés, en vez de rematarle, que era lo que hubiese hecho él sin dudarle un instante, se encaramó a la red y jaleó al público, como si se considerase el vencedor del combate.

«Sí. Es un veinteañero estúpido», pensó Jan con ironía al tiempo que agitaba la cabeza para despejarse.

En un segundo se había aproximado al chico por la espalda, en otro le había hecho una proyección tirándole al suelo, y en otro más se había sentado sobre él a horcajadas, haciéndole una montada. Tres segundos y era suyo. Metódicamente comenzó a golpearle con toda la potencia de sus puños —que no era poca— en la cara, en el cuello y en los hombros... Por más que el otro intentó zafarse y defenderse, ya era tarde. La fuerza de las piernas de Jan le mantenía sujeto al piso como si tuviese la espalda cubierta de pegamento.

Imposible escapar de la lluvia de golpes de Jan «Eismann» Landvik.

La sangre del muchacho pronto salpicó la lona y un último golpe sobre la tráquea le hizo darse cuenta de que ya no había nada que hacer. Comenzó a golpear el suelo con la palma de la mano, rindiéndose. Jan, al ver el gesto, se incorporó con el hielo en la mirada. No disfrutaba pegando a alguien así, pero era lo que tocaba. Si el holandés le hubiera derribado a él, habría hecho exactamente lo mismo.

Ignorando a Luis, que se había acercado a levantarle el brazo y proclamarle campeón, se acercó donde había dejado su toalla. Tenía que colocarse la nariz, que le dolía horrores. No era la primera vez que realizaba ese procedimiento y sabía que debía hacerlo cuanto antes. Se la sonó con la toalla, tratando de no soltar un gemido. Luego se llevó las manos a la parte superior y haciendo un triángulo con ellas las arrastró lentamente hacia abajo, hasta que sin lugar a dudas supo que el tabique estaba en su sitio. Ahora solo tenía que ponerse hielo y tomarse un analgésico.

Salió del ring entre aplausos, vítores y gritos. Soportó como pudo las

palmaditas en la espalda y las felicitaciones de rigor. ¡Joder! Estaba aturdido... El dolor de cabeza que no le había visitado durante días comenzaba a hacer su aparición. El golpe en la sien no le había sentado nada bien. Ya podía irse olvidando de pasar por el *Dancing Queen* aquella noche. No podía ir en ese estado.

Solo quería irse a casa...

Quizá, si tenía suerte, Oksana le curase sus heridas, pensó con sarcasmo.

* * *

Eran las dos de la mañana y toda ella era un puro manojito de nervios. No sabía si era normal que él tardase tanto, si las noches de pelea se alargaban hasta las tantas o si se había entretenido en el *Dancing Queen*. No recordaba qué hora era cuando le había visto en el club aquella noche hacía semanas. Había estado tentada de llamarle, pero se había contenido. Quizá le molestase en un momento inoportuno.

Durante la agonizante espera había buscado a Bajram en internet. No había mucha información sobre él, apenas un par de entradas en las que se le mencionaba como el dueño de un bar: el *Capricho* y de un pub: el *Rock and Stars*. También había una noticia bastante nueva en la que aparecía su nombre como uno de los inversores de una torre de apartamentos. No había podido encontrar nada más. Estaba claro que le gustaba el anonimato; dedicándose a lo que se dedicaba tampoco era de extrañar. Frustrada, había apagado el ordenador y había ido a la cocina a prepararse un sándwich, aunque tenía los nervios tan a flor de piel que apenas había podido comer dos bocados.

Los últimos minutos estaban resultando los peores. Había apagado la luz y estaba sentada en el sofá, en la oscuridad. Su mente se había empeñado en conjurar imágenes siniestras sobre lo que podría haberle sucedido a Jan en la pelea o después en el club. Se imaginaba su cuerpo cubierto de sangre sobre la lona de un ring... y luego volvía a verle tendido en el suelo del despacho de Bajram, también cubierto de sangre. Quizá el albano-kosovar había averiguado quién la había ayudado y había ordenado a Ivan que se deshiciese de él... Le entraban sudores fríos de solo pensarlo...

Volvió a mirar la hora en el móvil. Eran las dos y cinco. Nunca el tiempo había pasado tan despacio. Se prometió a sí misma que si a las dos y

cuarto no había sabido nada de él, le llamaría.

La luz de los faros de un coche iluminó la estancia e hizo que su corazón estuviera a punto de detenerse. Se acercó a la ventana. Soltó un suspiro aliviado al ver su vehículo. Se alejó y trató de recuperar la compostura antes de acercarse a la lámpara de pie que había junto al sofá y encenderla. El salón se bañó en una suave luz ameloconada.

La puerta se abrió y ella se dio la vuelta dispuesta a saludarle con cierta frialdad. No deseaba que él supiese que había tenido el corazón en un puño durante su ausencia. Pero el *hola* que había estado a punto de murmurar nunca llegó a materializarse. Al ver su cara se llevó la mano a la boca, espantada.

—Sí, ya sé que no estoy muy atractivo, pero no creo que haya una gran diferencia con mi aspecto anterior —dijo con hosquedad, cerrando la puerta a su espalda. Evitaba mirarla.

—¿Qué ha pasado?

Él tenía la nariz hinchada y la parte inferior de los ojos comenzaba a amoratarse. También su sien presentaba un bulto de tamaño considerable.

—He sido demasiado lento —respondió al tiempo que se encogía de hombros.

—¿Quién te ha curado? —le preguntó viendo que llevaba algodones en los orificios nasales.

Soltó una carcajada desagradable. Se dirigió a la mesa y tiró la mochila sobre ella. Se movía con dificultad, no como solía hacerlo.

—El doctor Landvik, me temo. El doctor Jan Landvik —repuso señalándose a sí mismo con los pulgares. Seguía sin mirarla. Estaba actuando de una forma muy rara.

Ella arqueó las cejas. Vaciló unos instantes pero finalmente se dio la vuelta y se dirigió al baño. Abrió el armario de debajo del lavabo y sacó la bolsa donde Jan guardaba las vendas y las cremas que utilizaba para curarla. Regresó al salón. Él estaba de pie con las manos apoyadas sobre la mesa y la cabeza baja.

—Ven —murmuró, haciendo un gesto hacia el sofá—. Déjame que le eche un vistazo.

La miro con sorpresa, pero no dijo nada. Con lentitud y algo

renqueante se acercó.

—¿Vas a hacer de enfermera? —le preguntó, y se dejó caer pesadamente sobre el sofá. Una mueca de dolor asomó a su cara.

—¿Tú qué crees?

Él no respondió. Se recostó contra el respaldo y cerró los ojos. Parecía extenuado. Se le quedó mirando, algo indecisa. Si era sincera consigo misma no sabía por dónde empezar.

—No he ido al *Dancing Queen* —dijo él de pronto con un tinte culpable en la voz—. No estaba en condiciones de hablar con nadie, como ves...

—Ahora no te preocupes por eso —repuso ella.

Dudó un instante, pero terminó por ir a la cocina. Regresó con una fuente de cristal llena de agua caliente y un paño, que dejó en la mesita.

—Voy a lavarte primero. Espero no hacerte mucho daño.

Él resopló.

—No te preocupes demasiado. La nariz ya me la he colocado yo antes. Además, no es la primera vez.

Ella no dijo nada. Se sentó en la mesa baja frente a él, justo entre sus piernas. Mojó el paño en el agua jabonosa y con mucho cuidado procedió a lavarle los restos de sangre que presentaba su cara. Él no movió ni un músculo, pero un pequeño gemido se escapó de sus labios al primer contacto.

—¿Te hago daño?

—No —respondió tajante. Seguía con los ojos cerrados—. Más bien lo contrario —añadió con voz ronca.

Oksana siguió frotando con cuidado, delineando con el paño todos los contornos de su rostro. No se detuvo en la hinchada nariz, también le acarició la frente, las mejillas y la barbilla, consciente de que no era necesario, de que allí no había manchas de sangre que limpiar, pero fascinada por esas duras facciones, que aun relajadas, parecían cinceladas en piedra. Su mano se detuvo a meros milímetros de sus labios. Eran más carnosos de lo que parecían a simple vista. De pronto deseó no tener ese paño húmedo en la mano y poder rozar con sus dedos desnudos la curva de su boca.

Se incorporó con brusquedad, como si de pronto se hubiera dado

cuenta de lo que había estado pensando. Se aclaró la garganta, nerviosa. Él ni siquiera había abierto los ojos, ignorante de que ella había estado a punto de hacer una estupidez. ¿Qué narices le pasaba? ¿Estaba tonta?

—Voy a quitarte los algodones. No quiero hacerte daño —murmuró. Le temblaban las manos y dejó el paño a un lado.

Él abrió los ojos y los clavó sobre los suyos. Le brillaban de una manera casi imposible.

—Déjalo. Yo lo haré.

Ella no protestó, se echó hacia atrás y le miró fijamente, con el pulso alterado. Él se inclinó hacia delante y sin apartar la vista se quitó los sangrientos algodones de la nariz, dejándolos después sobre la mesa.

—¿Está rota?

—Probablemente —repuso él.

—Debería verla un médico.

—Sí, debería —respondió en voz baja. Seguía con la mirada fija en su rostro en sus ojos. La bajó hasta sus labios y ella se dio cuenta de que se le dilataban las pupilas. Un curioso calor se expandió por todo su cuerpo. Controló el impulso de lamerse los labios con nerviosismo.

—Voy... voy a... ponerte algo de crema antiinflamatoria...

—Sí. Hazlo.

Casi a tientas rebuscó en la bolsa y halló el tubo de pomada. Con dedos inseguros lo abrió. Desvió la mirada, cortando de golpe el nexo invisible que se había creado entre ellos...

—Cierra los ojos —susurró, y su voz sonó invitadora y sexi..., seductora incluso. Se mordió los labios, mortificada; ella no había pretendido eso.

Él la obedeció. Cerró los ojos y se acercó todavía más a ella. Oksana contuvo el aliento. Sin dejar de mirarle se puso un poco de crema en el dedo índice y con mucha suavidad comenzó a extenderla por la parte superior de su nariz, por sus pómulos y por su sien. Él entreabrió los labios y dejó escapar un pequeño suspiro placentero.

Ella retiró la mano como si se hubiera abrasado con un hierro candente y se echó hacia atrás, apartándose de él todo lo que pudo, que no era

mucho.

—Creo... creo que ya... ya está —tartamudeó. Cerró el tubo de crema y, carraspeando, trató de encontrar su voz normal, la apática y fría—. ¿Algún golpe o herida más?

Él vaciló. Parecía querer decir algo pero negó con la cabeza.

—El resto ya puedo yo.

—No seas tonto —dijo ella chasqueando la lengua. Se irguió y le miró con severidad—. Vamos, Jan. ¿Dónde más?

—En serio, no es para tanto. Dame la crema y ya lo hago yo —trató de convencerla. Sonaba ¿incómodo?

—No seas cabezota —insistió ella, más decidida que nunca a seguir adelante.

Él resopló y giró la cabeza hacia un lado, como si estuviese luchando consigo mismo.

—Está bien —murmuró al fin—. Es un golpe en la cadera.

Oksana pestañeó dos veces antes de responder.

—Entonces es mejor que te tumbes en tu cama. Yo voy a limpiar esto. Ve tú y ahora voy yo —habló con firmeza, como si el hecho de tener que embadurnarle la cadera no le importara lo más mínimo, cuando en realidad el corazón le daba saltos en el pecho.

Él entornó los ojos y sus facciones se endurecieron de pronto, y ella se preguntó por qué. ¿Acaso el roce de sus manos le resultaba tan desagradable?

—Perfecto —dijo, y se incorporó con cierta dificultad. Sin volverse a mirarla se encaminó hacia su dormitorio, cojeando.

Oksana le observó partir con una mezcla de aprensión e inquietud. Se sentía rara cerca de él. Ya le había sucedido antes, el día que la llevó a pasear hasta el campo de lavanda. Nunca antes le había pasado eso, que un hombre la dejase sin aliento, la convirtiese en un mar de nervios... Hacía solo un par de horas había pensado en él como un vulgar matón y ahora... ¿eso? No lo entendía.

Lo recogió todo con rapidez y se internó en el pasillo. Contó hasta diez en silencio delante del dormitorio. La puerta estaba entornada y dudó

sobre si llamar o no. Agarrando con demasiada fuerza el tubo de pomada, terminó por golpearla con vigor, de manera que se abrió lentamente.

—Puedes pasar. —Escuchó su voz amortiguada, y cuando entró se dio cuenta de que tenía la cara enterrada en la almohada.

Se detuvo en el umbral y estuvo a punto de dejar caer el linimento al suelo. Un *casi-del-todo-desnudo-muy-musculoso-muy-tatuado* Jan yacía sobre la cama. Solo una pequeña toalla blanca le cubría las caderas y el trasero. Estaba tumbado boca abajo con los brazos doblados y las manos debajo de la cabeza, que levantó para poder mirarla.

—Estoy preparado —dijo en un murmullo.

«Pero yo no», pensó ella.

—Tienes muchos tatuajes —soltó con aspereza. La verdad era que se había quedado sin palabras. Jamás había visto algo parecido.

—Unos cuantos. ¿No te gustan?

Titubeó antes de contestar. ¿Le gustaban? Francamente no.

—No mucho —repuso acercándose a la cama.

—Eso es porque no los has visto bien. Son una obra de arte.

—Si tú lo dices... —Tenía que esforzarse por mantener la compostura y no mirarle embobada. Se sentó en el borde de la cama, su cadera casi rozando la de él—. ¿Dónde es? ¿Dónde te han golpeado? —preguntó con fingida indiferencia.

La expresión de su cara cambió de repente.

—Oksana, si esto te resulta incómodo no hace falta que lo hagas —le dijo con voz ronca—. Puedo ocuparme...

— Necesitas mi ayuda y aquí estoy —le interrumpió ella, cortante—. Tú hiciste lo mismo por mí.

Él no volvió a insistir. Enterró la cara en la almohada.

—¿Es esta la cadera? —preguntó.

Agarró el borde de la toalla y la apartó. Más tatuajes quedaron al descubierto. La dejó caer al descubrir que también su glúteo estaba completamente cubierto de tinta. Recriminándose en silencio su reacción, volvió a cogerla y la colocó de tal manera que le cubriese el trasero y que

solo la cadera quedara desnuda. Le temblaba la mano.

—Sí, es esa. —Sonaba tirante.

Abrió el tubo de pomada y se esparció una generosa cantidad en la mano. Sin pestañear apenas la posó sobre la piel de colores. Los músculos de él se tensaron bajo su palma.

—¿Te duele?

—No. —Su voz llegó hasta ella, estrangulada.

Comenzó a extenderla con cuidado. La sensación de esa piel cálida y suave le provocó un agradable calor en la palma de la mano. Alzó la mirada y se percató de que él no la miraba, así que se relajó un tanto. La curiosidad pudo con ella y se inclinó para distinguir mejor los contornos del tatuaje que estaba masajeando. Parecía un guerrero, pero la tenue luz de la lámpara de la mesilla no dejaba apreciarlo con claridad.

Él gimió y ella retiró la mano, sorprendida.

—¡No! No te retires..., sigue... —la instó él con voz ahogada.

—¿Te alivia? —Ella continuó con el suave masaje.

Él tardó en contestar.

—Sí... sí, me alivia... —repuso, aunque el tono de su voz parecía más de sufrimiento que de otra cosa.

Siguió unos minutos más. De vez en cuando, él soltaba algún jadeo y ella trataba de no presionar demasiado. Si era sincera consigo misma estaba disfrutando del masaje más de lo que debería. Se limitaba a frotar solo la zona que él le había indicado, pero no podía evitar que sus ojos le recorriesen de arriba abajo una y otra vez. Se deleitó con su atlética espalda parcialmente tatuada y con sus fuertes muslos; solo el derecho tenía tatuajes. Pero sin duda, su mirada se detuvo más de lo necesario sobre su trasero, apenas cubierto por la toalla. Jamás había visto algo así al natural. Y menos todavía había podido disfrutar de un tacto semejante: duro pero suave... Era como acariciar una estatua de bronce que hubiese estado al sol... Una experiencia insólita y fascinante a la vez.

Estaba deslumbrada y al mismo tiempo llena de desconcierto.

¿Por qué el tocarle le resultaba tan placentero cuando hasta el más mínimo roce de otros le incomodaba? Y ¿por qué había decidido confiar en él

después de haber descubierto que no había sido del todo sincero con ella?
¿Acaso se le había olvidado para quién trabajaba?

No tuvo oportunidad de seguir divagando. Un suave ronquido llegó hasta sus oídos. Se había quedado dormido. Retiró la mano con lentitud y cogió la toalla para volver a cubrirle.

Pero no pudo resistirse...

Sintiendo cómo le ardía la cara y lanzándole furtivas miradas de reojo, levantó la pieza de tela y admiró su trasero. Aspiró hondo. El glúteo que no estaba tatuado era fuerte y musculoso y el otro era... increíble. El tatuaje que lo cubría representaba la cabeza de una mujer con un casco alado. Era tan realista que se sintió tentada de pasar el dedo por los contornos... ¿se atrevería a hacerlo?

No.

Sí.

Acarició con suavidad las alas del casco, el cabello rubio ensortijado y los pómulos de la bella imagen. Era perfecta...

Él se estremeció de repente... y ella se apartó con rapidez dejando caer la toalla. Se levantó con precipitación, horrorizada por su comportamiento. Abandonó el dormitorio a toda velocidad, como si una jauría de perros furiosos fuera en pos de ella.

Capítulo Dieciocho

Se desperezó con lentitud, con la sensación de haber soñado algo muy agradable. Su mano vagó hasta su entrepierna y se acarició con suavidad. Tenía una erección de caballo, y hacía tiempo que no le pasaba eso. Se agarró con firmeza y disfrutó de su propio contacto, todavía en un estado de semiinconsciencia...

De repente ciertas imágenes se agolparon en su mente como si alguien se las hubiera arrojado con saña y premeditación. La vergüenza le invadió al recordar, y la erección, que hacía un momento le había parecido algo maravilloso, se redujo de forma considerable. Se incorporó y abrió los ojos, sobresaltado.

—¡Ahhhh! —jadeó al sentir el dolor en diferentes partes de su cuerpo.
«¡Joder!»

Se dejó caer hacia atrás y se tapó los ojos con el antebrazo, emitiendo un gemido. Rememoró la escena de la noche anterior, algo alterado. Ya en el salón, cuando Oksana había comenzado a curarle y a limpiarle la sangre de la cara con el paño húmedo, había sentido cómo comenzaba a disparársele el pulso. Y luego, mientras le extendía la crema con las manos desnudas... se había imaginado que giraba la cabeza y le besaba la palma de la mano... Ni siquiera el irritante dolor de cabeza había podido evitar que se excitase. Había deseado que ella le tocara... Sentir la suavidad de sus manos sobre su piel...

La sangre volvió a acumularse entre sus piernas y soltó un nuevo gemido sofocado. Trató de pensar en otra cosa, en algo desagradable, pero no pudo evitar acordarse de la delicadeza de sus manos tocándole la cadera..., y del mal rato que había pasado tratando de ocultar cómo su miembro se había mantenido erguido durante todo el procedimiento. Apenas si había podido soportarlo. Se había mordido los labios y enterrado la cara en la almohada, aguantando estoicamente su delicioso contacto. Había decidido fingirse dormido..., y entonces había llegado lo peor. Oksana le había tocado el trasero con extrema suavidad; apenas había sido un roce de sus dedos como el aleteo de una mariposa.

Se había estremecido de placer...

Y ella había huido.

Se había quedado allí, tumbado sobre una erección tan dura como una piedra, maldiciéndose en silencio por ser tan débil... Gracias a Dios los calmantes habían hecho su efecto y no había tardado en quedarse dormido.

«Hace demasiado tiempo que no te acuestas con nadie», escuchó su propia voz dentro de su mente.

La última vez había sido hacía un año o así, un rollo de una noche con una inglesa, si mal no recordaba. En la habitación del hotel de ella. Y después nada más. Los últimos meses había estado tan ocupado con los entrenamientos y con todos los problemas que tenía en la cabeza que se había olvidado del sexo, al menos del sexo compartido. El sexo consigo mismo era algo que practicaba con asiduidad.

Y algo que iba a tener que practicar esa mañana, al parecer.

Resopló.

Con cuidado para no lastimarse se levantó de la cama. Cogió el móvil que había dejado en la mesilla la noche anterior y miró la hora. ¡La una! Pero ¿cómo cojones había dormido hasta tan tarde? ¿Y ella? ¿Dónde estaba ella? A toda prisa se puso los pantalones de deporte y abandonó el dormitorio. El sonido de alguien trajinando en la cocina llegó hasta sus oídos. Se dirigió hacia allí.

Oksana estaba de espaldas a él buscando algo en el armario superior. Llevaba el pelo recogido en una coleta informal y vestía unos leggins negros y una camiseta blanca ajustada. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo y terminaron por posarse sobre el extremo de su coleta, que se balanceaba sobre las firmes curvas de su trasero. Su miembro, que aquella mañana parecía incontrolable, se levantó de nuevo.

Scheisse!

Con todo el sigilo del mundo se alejó de puntillas y buscó refugio en el baño. Cerró la puerta con cerrojo y apoyó la frente sobre la hoja de madera.

«Joder, Jan..., estás salido, tío...», se recriminó. Que su simple silueta le hubiese hecho reaccionar así no tenía ningún sentido. No estaba acostumbrado a que le sucediera eso. Tenía un autocontrol admirable y — supuestamente— nervios de acero.

Se miró en el espejo y se concentró solo en su aspecto, ahuyentando cualquier otra idea ridícula que su mente pudiera albergar. Ignorando la nariz hinchada y los ojos amoratados, su mirada sombría se posó sobre el bulto que tenía en la sien.

Otro puto golpe en la cabeza.

Las palabras del neurólogo volvieron a resonar en su mente:

“... ETC. Encefalopatía traumática crónica... También conocida como demencia pugilística o alzheimer precoz... Una enfermedad poco conocida. No tiene un diagnóstico real... Puede producirse por golpes recibidos en la cabeza de forma repetitiva... Hay estudios que relacionan esa condición con algunos deportes de contacto. A largo plazo puede provocar pérdida de la memoria, irritabilidad, dificultades para concentrarse, conducta impulsiva, inestabilidad emocional, problemas en la visión, agresión, depresión, demencia... Los primeros síntomas son los dolores de cabeza... No hay tratamiento. No hay cura...”

Cerró los ojos.

Recordó a Jens Vogel, su antiguo entrenador, que había sido un magnífico luchador en su juventud. Se acordaba perfectamente de sus cambios de humor, de su comportamiento errático y agresivo en los últimos años. Había comenzado a beber, a tomar pastillas, y a contar por ahí que oía voces... Había caído en una depresión y finalmente se había suicidado, arrojándose desde la décima planta de su edificio. Eso había ocurrido hacía años, cuando Jan ya vivía en España y no tenía mucho contacto con él, pero el mundo de las artes marciales era un mundo pequeño, y los rumores se habían propagado. *ETC.*

Verdammt!

¡Y el puñetero especialista no había sido capaz de encontrar el origen de sus jaquecas...! Bufó. No tenía sentido atormentarse por algo que no podía cambiar. Era demasiado tarde. Las cartas ya se habían repartido y a él le había tocado jugar con esas. Haría lo que pudiese para ganar la mano con la suerte que le había caído.

Solo un combate más y se acabó.

Sacudiendo la cabeza se quitó el pantalón. Ni siquiera sus lúgubres pensamientos habían conseguido que su erección desapareciese del todo. Se

encaminó a la bañera, dispuesto a solucionar el problema. Reguló el agua y dejó que el chorro le cayese sobre la nuca. La paliza de la noche anterior le había dejado entumecido y tardó más de lo necesario en enjabonarse. Con ansiedad se rodeó el pene con la mano derecha y comenzó a masturbarse. Un gemido ahogado rebotó contra las paredes de azulejo, pero pronto lo sustituyó por otro menos sofocado. Sabía que el ruido del agua corriendo asfixiaría cualquier otro sonido, así que se dejó llevar.

Apoyó la mano izquierda contra la pared, dejó caer la cabeza hacia delante y se concentró en satisfacerse a sí mismo. El recuerdo de Oksana, acariciándole, acudió a su cerebro y por más que trató de pensar en otras cosas, conjurar imágenes de otras mujeres que había visto en series de televisión o revistas, ella regresaba una y otra vez, ocupando su imaginación. La vio como la había visto hacía un rato en la cocina: con su magnífico cuerpo enfundado en esos leggins ajustados..., o como la vio aquella primera noche, con el vestido azul marino y el pelo recogido en un moño... Fantaseó con el roce de sus manos sobre su piel y se figuró que la mano que le tocaba era la suya.

Para su desgracia y vergüenza se excitó aún más.

Incrementó el ritmo, desistiendo de arrojarla de su imaginación. Con su nombre estallándole en los labios como un gemido, alcanzó el clímax. Un clímax extraño en el que se entremezclaron el placer y la culpabilidad. Los espasmos recorrieron su cuerpo y apoyó la frente contra la pared, sintiéndose miserable. Se engañó por unos segundos, pensando que ese momento de debilidad había sido algo único y que ya, una vez saciado su deseo, no volvería a suceder nada parecido.

Mentira.

Con la mandíbula apretada, cerró el grifo y abandonó la bañera. Se secó superficialmente y luego se enrolló la toalla a la cadera. Se dispuso a abandonar el baño y a enfrentarse a ella. Tenían mucho de qué hablar.

* * *

No estaba muy segura de si él tendría hambre o no. Aun así había preparado comida como para un batallón. Era la primera vez en meses que podía hacer algo semejante, y después de no haber pegado ojo en toda la noche, había decidido levantarse temprano y ponerse a cocinar. Al menos así había mantenido la mente ocupada con algo que no fuese lo que había

sucedido la noche anterior. *Bozhe!* ¡Se había comportado de una manera vergonzosa! ¡Le había inspeccionado el culo! Le sudaban las manos cada vez que pensaba en ello. Y lo peor no era lo que había hecho, sino cómo se había sentido haciéndolo...

Escuchó el grifo del agua caliente y se tensó. Le iba a resultar difícil poder mirarle a los ojos; aunque gracias a Dios, la noche anterior él había estado dormido y no se había enterado de nada.

Se inclinó y olisqueó el *borsh s pampushkami* que había preparado. Olía muy bien. Había intentado elaborarlo como lo hacía su *prababushka*, pero le faltaban ingredientes; aun así desprendía un apetitoso aroma. Inspeccionó la fuente de los *yablochnie oladji*. También tenían buen aspecto. En otro tiempo había sido una buena cocinera. En otro tiempo y en otra vida... La nostalgia la invadió. La última vez que había cocinado un buen *borsh*, su bisabuela todavía vivía... Se perdió un rato en el pasado..., pero terminó por llevarse la mano a la frente y se la frotó con nerviosismo, como si ese gesto pudiera borrar ingratos recuerdos.

El sonido del grifo hacía tiempo que había cesado y Oksana se preguntó dónde estaría Jan. Aunque temía el encuentro, por otro lado deseaba enfrentarse a él y ver si lo que había sentido la noche anterior había sido un mero espejismo o de verdad existía cierta atracción física... Además, había muchas cosas de las que tenían que hablar... Él tenía que explicarle cuál era su papel en toda aquella historia...

Se alisó la camiseta con nerviosismo y se percató de que le había caído una gota de algo rojizo a la altura del estómago. Con un ademán de fastidio se dirigió a su dormitorio para cambiarse.

No llegó tan lejos; solo hasta la mitad del pasillo. Él acababa de salir del baño y solo una toalla, parecida a la de la noche anterior, le cubría las caderas. Se detuvo en seco, al verle. Sus traidores ojos se clavaron en su pecho, donde una fina capa de vello rubio brillaba por las gotas de agua que se habían adherido a ella. La mitad derecha también estaba cubierta de tatuajes... Difícil apartar la mirada, aun así lo hizo. Elevó la cabeza y le miró a la cara.

—Buenos días —dijo él —, aunque casi mejor diría tardes. Tenías que haberme despertado antes. —Estaba serio.

Ella le contempló largo rato sin decir nada. Se fijó en que la

hinchazón de su rostro no era tan terrible como había parecido la noche anterior.

—¿Te encuentras bien? —La pregunta abandonó su boca con sequedad y al ver su gesto hosco, en silencio se maldijo por ser tan desagradable.

—Estoy bien. Mejor de lo que pensaba —carraspeó y apartó la mirada—. Muchas gracias por ocuparte de mí anoche. Estaba hecho polvo.

—No hay de qué. Era lo que necesitabas.

—Sí, cierto.

Un insólito mutismo los envolvió a ambos. La escena estaba cargada de tensión. Oksana abrió y cerró las manos, confusa. Fijó la mirada en su cuello, que debido a la diferencia de alturas le quedaba algo por encima de su propia cabeza. No se atrevía a mirar más abajo. Su casi desnudo cuerpo le resultaba demasiado desconcertante. Él también parecía inquieto, se percató. Respiraba más rápido de lo habitual. Alzó la vista. Sus esquivos ojos se clavaban en un punto por encima del hombro derecho de ella.

—Voy a...

—¿Tienes...?

Ambos comenzaron a hablar al mismo tiempo. Un suave esbozo de sonrisa apareció en los labios de él. Ella estuvo a punto de imitarle, pero se frenó.

—Lo siento —se disculpó sin saber por qué lo hacía—. ¿Qué ibas a decir?

—Solo que voy a cambiarme y que ahora mismo salgo —repuso él haciendo un gesto con la cabeza.

De repente Oksana se dio cuenta de que estaba delante de la puerta de su dormitorio, cerrándole el paso. Se apartó casi de un salto, azorada. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba idiotizada.

—He preparado algo de comer —dijo—. No sé si tendrás hambre...

—De lobo —exclamó él dando dos pasos hacia la puerta; antes de atravesarla se detuvo y la miró—. Muchas gracias, Oksana.

Ella asintió. No pudo evitar aspirar hondo cuando pasó a su lado. Olía bien. Una cosa estaba clara: la atracción física que había sentido por él la

noche anterior no era ningún espejismo.

Se cambió rápidamente de camiseta, y mientras le esperaba, puso la mesa. Sacó servilletas de papel y cubiertos, una botella de agua y dos vasos. Sirvió el *borsh* en dos boles y colocó la fuente de los *oladji* en el centro. No era una comida excesivamente frugal, y le había llevado toda la mañana hacerla. No estaba familiarizada ni con su cocina ni con algunos ingredientes. En fin, él tendría que conformarse.

«¿A quién pretendes engañar? En el fondo estarías encantada de que le gustase lo que has preparado».

Suspiró con desaliento. Era cierto. No sabía qué había cambiado desde el día anterior pero tenía la ridícula necesidad de agradarle. ¿De impresionarle tal vez? No, eso no. No quería ir por ese camino.

—¡Qué bien huele! —Escuchó su voz a su espalda. Se giró con rapidez y le vio en la entrada del salón. Se había puesto unos vaqueros cortos y una camiseta negra.

—No es nada especial. Solo *borsh* y *oladji* —repuso, haciendo un gesto vago con la mano.

—Seguro que está estupendo. —Se encaminó a la mesa y esperó a que ella se acercase para tomar asiento—. Tiene buen aspecto.

—Es una sopa de pan y verduras —le explicó—. No tenía todos los ingredientes pero creo que es aceptable.

Él sumergió la cuchara en el bol sin muchos remilgos y probó la sopa. Ella le observaba expectante.

—¡Está buenísima! —exclamó levantando la mirada. Parecía sorprendido.

Ella estuvo a punto de sonreír, satisfecha, pero se aclaró la garganta un par de veces y no lo hizo.

—Eso son *oladji* rellenos de manzana. —Señaló la fuente que había dejado antes en el centro—. Espero que te gusten.

—¿Tú no comes?

—Sí, claro. —Cogió su cuchara y comenzó a comer, pero en el fondo no tenía hambre. Le miraba a hurtadillas, complacida en exceso al ver sus rudas facciones suavizadas por el placer que le estaba proporcionando *su*

comida.

—Cocinas muy bien —rompió él el silencio al cabo de un rato.

—Me enseñó mi bisabuela —aclaró con algo de nostalgia.

—Creía que era española.

—Sí, pero se fue muy joven a Ucrania, bueno a Rusia, y fue allí donde aprendió a cocinar.

De nuevo se hizo el silencio, solo interrumpido por el sonido de las cucharas en los boles. Finalmente Oksana no pudo resistirlo más. Tenía tantas dudas y tantas preguntas que hacerle que sentía que si no comenzaba ya, se ahogaría con todas ellas agolpándose en su garganta.

—¿Por qué trabajas para Bajram? ¿Por qué luchas para él? —Retiró la sopa a un lado y apoyó los codos sobre la mesa. Le miró fijamente.

Él, que había estado a punto de llevarse la cuchara a la boca, se detuvo. La dejó en el bol y lo apartó también. Suspiró con cansancio. Parecía reacio a hablar.

—Hace un año, mi hermano pequeño, Till, contrajo deudas de juego con gente que no debía. Era más dinero del que podíamos pagar... —vaciló—. Fue Bajram el que cubrió la deuda a cambio de que pelease para él por un periodo de un año. Ese es el trato... Y el año está a punto de expirar.

Oksana le escuchaba en silencio. Sí, eso explicaba lo de las peleas, pero ¿acaso no hacía más cosas para él?

—Pero también trabajas para él de otra manera ¿no?

—Sí —repuso sin mirarla.

—Pero... ¿por qué? —le cuestionó alzando la voz—. No lo entiendo...

—No es fácil de entender.

—Entonces...

—Entonces... Nada. —Levantó la mirada y ella se dio cuenta de que el azul de sus ojos se había oscurecido—. Llegué a un nuevo trato con Bajram hace unos meses. A cambio de hacer unos «trabajos extra» para él, podría librarme de tomar parte en algunas peleas.

Oksana se le quedó mirando sin saber qué decir. Había algo que él no

le contaba. Y se preguntó qué sería. Trató de leer su rostro, pero permanecía impassible.

—Comprendo... —murmuró, pero no lo hacía. No comprendía que alguien como él hubiera accedido a entrar en ese mundo.

—No creo que lo entiendas. Ni yo mismo lo hago..., pero es igual. No puedo cambiar nada de lo que ha sucedido. Las cosas son como son y yo soy quien soy... —Hizo una breve pausa y rechinó los dientes. Los ojos le brillaban de una forma inusual—. Si no te hubiera conocido todo sería mucho más fácil, ¿sabes? —Se llevó las manos a la cabeza y elevó la mirada al techo—. Cada vez que te miro y veo las señales en tu cara... Solo pensar que trabajo para el hombre que te hizo eso... *Scheisse!*

Oksana nunca le había visto así. No había elevado la voz ni nada por el estilo, pero la tensión que agarrotó sus hombros y sus brazos era evidencia suficiente de lo alterado que estaba. Cogió el vaso de agua, pero lo volvió a depositar en la mesa al darse cuenta de que estaba temblando. Respiró hondo un par de veces antes de volver a mirarle.

—No fue él el que me hizo esto. Fue Ivan. Tampoco sé si Bajram le ordenó que fuese tan salvaje o se le fue de las manos... Las otras veces no fue tan duro... —susurró al fin.

Un rugido surgió de la garganta de Jan, al tiempo que las venas se le hinchaban en el cuello. Al parecer el hombre calmado y paciente también era capaz de perder la calma y la paciencia.

Oksana se levantó precipitadamente, temerosa de que él dijera o hiciera algo que derrumbase el muro protector de indiferencia que se esforzaba por mantener erguido frente a ella.

—Voy a preparar té para tomar con los *oladji*.

Y huyó a la cocina.

Capítulo Diecinueve

Jan inspiró y espiró varias veces con los ojos cerrados tratando de calmarse. El escuchar de los labios de ella que no era la primera vez que recibía una paliza, y a manos de Ivan, nada menos, le había llenado de rabia. ¡Joder! ¡Él se relacionaba con Ivan! Hablaba con él; habían bromeado alguna vez, incluso... Una sensación amarga y desagradable se esparció por su cuerpo. Esperó unos segundos mirando la silla que ella había dejado vacante. Se había marchado tan deprisa que su servilleta se había caído al suelo. Se levantó y la recogió. La estrujó entre sus manos, irresoluto, pero finalmente tomó una decisión.

La arrojó sobre la mesa y fue tras ella.

Estaba de espaldas y tenía las manos apoyadas en la encimera. Todo su cuerpo semejaba estar en tensión, desde sus suaves y delgados hombros hasta sus pies, descalzos como los de él mismo.

No tenía ni idea de qué podía decirle. Parecía tan frágil en ocasiones y tan fuerte en otras. Se sentía un poco perdido.

—Creo que si el agua sigue hirviendo de esa manera va a desaparecer del todo —dijo, y nada más hacerlo se arrepintió de sus palabras; habían sonado ridículas.

Ella se dio la vuelta y le miró. No estaba sorprendida, parecía haber sabido que él se encontraba a su espalda.

—Tienes razón —murmuró. Y apartó el cazo del fuego, apagándolo después. Volvió a mirarle y sus labios se curvaron en una tímida sonrisa.

—Me gusta cuando sonríes —musitó él en voz baja, acercándose.

Se puso seria, de repente.

—No he tenido muchos motivos para sonreír últimamente, la verdad —lo dijo sin especial amargura, expresando una realidad.

—Cuéntamelo —dijo él en voz queda.

Ella levantó la mirada y el dolor que vio reflejado en sus ojos le

atravesó como un puñal. En un impulso alargó la mano y le acarició la mejilla.

Ella no se apartó.

—Es mucha carga para ti. ¿Por qué no la compartimos? Mírame. —Se señaló a sí mismo con la otra mano—. Yo soy fuerte —trató de bromear—, podré con ello...

Una chispa apareció en sus ojos. Seguía sin apartarse, dejando que la mano de él acunase su mejilla.

—Supongo que ya es hora. Este momento tenía que llegar —susurró resignada.

—Sí.

Un silencio para nada incómodo siguió a esta palabra.

Entonces comenzó a hablar. Allí de pie, en su cocina, le contó todo. Con voz fría e impersonal le relató cómo había llegado a España hacía ocho meses para encontrarse con que el trabajo que le habían ofrecido no existía, y cómo había terminado por aterrizar en el *Dancing Queen*. Hablaba sin dramatismos.

—Supongo que puedo considerarme afortunada de no haber acabado como las otras y de que Bajram se fijase en mí.

Él apretó la mandíbula. Retiró la mano de su cara y la cogió de la muñeca con suavidad, animándola a proseguir. Hubiese deseado abrazarla, pero no quería tentar a la suerte.

—Aunque la verdad, no creo que mi suerte haya sido mucho mejor que la de ellas. Bajram es... peculiar —murmuró con la vista fija en el vacío—. No le gusta ver llorar a nadie. —Su mirada se detuvo apenas unos segundos en la quemadura que tenía en el brazo.

—¿Eso te lo hizo él? —le preguntó, aun a sabiendas de que la respuesta iba a ser afirmativa.

—Eh... sí. La primera noche... —susurró con amargura—. Luego ya no volvió a hacerme nada, nunca. Mandaba a Ivan para ocuparse de eso.

—¿Tienes más quemaduras? —barbotó. La furia iba creciendo en su interior, adquiriendo proporciones descomunales.

—No, a Ivan le gusta más emplear cuchillos, o... sus puños. —Torció

la boca en una pálida imitación de una cínica sonrisa.

Jan la soltó. Ella se mantenía impertérrita a su lado, como si todo aquello que le estaba contando le hubiera sucedido a otra persona.

—¿Dónde? —No añadió más, pero ella pareció saber a qué se refería.

—En sitios donde no se viese. Aunque a veces se le iba la mano y tenía que pasar tiempo oculta en mi habitación hasta que desaparecían las marcas. Esta es de la última vez que lloré. —Se dio la vuelta y se levantó la coleta. En la base del pelo tenía una fea cicatriz de al menos diez centímetros de longitud, que comenzaba justo detrás de su oreja y bajaba hasta su nuca.

Verdammt!

Jan sintió cómo si una mano helada le estrujase el corazón. Alargó el brazo y rozó los bordes irregulares de la cicatriz con la punta de sus dedos. Ella se retiró con brusquedad y se giró de nuevo, soltándose el pelo.

—Lo siento —susurró él. Cerró la mano y la apretó contra su muslo.

—Ya no volví a llorar más —siguió ella, como si la escena no hubiese tenido lugar—. Y luego hubo otras cosas, otras veces... La peor paliza que recuerdo fue porque decidí interceder por una chica... Era de mi región y tan joven... —Cerró los ojos como si el recuerdo fuera demasiado doloroso para ella.

—¿Qué pasó? —le preguntó en voz muy baja.

Un visible estremecimiento atravesó su cuerpo. Se abrazó a sí misma y bajó la mirada al suelo.

—Bajram me utiliza para hablar con las chicas más... difíciles, las que se oponen, las que causan problemas... —La voz se le quebró—. Esa chica nunca hubiera podido aceptar esa vida, no iba a soportarlo..., era frágil. Se lo dije. Le dije que la dejase en libertad, que no la forzase... —Meneó la cabeza—. No me escuchó. Mandó a Ivan a darme una lección, y esa pobre chica... desapareció... Así, sin más... Yo tardé un par de semanas en... recuperarme. Después de eso ya no volví a llevarle la contraria jamás —concluyó con la mirada perdida en el infinito.

—Joder, Oksana..., me dejas... —se interrumpió. Antes le había dicho que era fuerte y que podían soportar la carga juntos, ahora ya no lo sabía. Ella sí que era fuerte, desde luego, para haber pasado por todo aquello y seguir tan entera—. Me dejas... No sé ni qué decir... Es increíble que

después de todo por lo que has pasado..., estés aquí y que te mantengas en pie... Eres fuerte.

—¿Fuerte? No te equivoques, Jan. He sido débil muchas veces. —Le miró fijamente—. La noche en que me encontraste... Esa noche tomé una decisión... Si las cosas hubiesen acabado de otra manera, había decidido ponerle fin a todo, ¿sabes? Ya no podía más... —Su voz se había convertido en apenas un murmullo—. Quería que todo terminase...

Al escuchar aquello, aun a riesgo de ser rechazado, dio un paso al frente y la cogió entre sus brazos, deseando poder borrar toda esa pena que ella arrastraba consigo. Se puso tensa, pero no le rechazó. Se dejó abrazar e incluso correspondió al abrazo con algo de timidez. Apoyó la frente en su pecho y le rodeó la cintura con los brazos. Él aspiró hondo y la fragancia de su cabello le penetró en las fosas nasales. Una ternura increíble, que jamás había sentido por nadie, le inundó. A lo mejor se había vuelto loco pero tenía la necesidad de ser *alguien* para esa mujer que había estado a punto de morir y que se había salvado casi por casualidad. Quería ser su protector, su cuidador, su salvador, su amigo, su persona de confianza...

No se atrevía a pensar más allá.

—Ah... *Schneewittchen* —murmuró contra su pelo, apenas un suspiro.

El abrazo duró demasiado y a la vez demasiado poco. Reticente, pero seguro de que hacía lo correcto, la soltó.

—Hay que denunciarle —dijo. No podía pensar en Bajram sin que la bilis le acudiese a la garganta. ¡Hijo de puta!

Una carcajada sarcástica llegó a sus oídos y la miró, sorprendido. Ella agitaba la cabeza con energía.

—No soy imbécil. En el mismo momento en que ponga un pie en comisaría, él lo sabrá. Tiene amigos importantes dentro de la policía.

Jan no contestó. Tenía sentido. Bajram llevaba años dedicándose a toda clase de negocios, lícitos e ilícitos, y nunca nadie había podido probar nada.

—Lo siento —dijo ella, inflexible—. Ahora que tengo una mínima esperanza de poder tener una vida normal no quiero arriesgarme. No quiero acabar como esa pobre chica desaparecida, quizá muerta.

Jan siguió guardando silencio. No iba a presionarla en ese instante. No quiso recordarle que no le iba a resultar nada fácil vivir una vida normal si Bajram estaba tras ella. Ya lo hablarían más adelante, cuando no estuviese tan exaltada.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Ella le miró sin pestañear.

—Lo sé.

Y entonces levantó la mano y la posó sobre su mejilla con suavidad, dejándole sin palabras. Su dedo pulgar incluso recorrió el contorno de su labio inferior, desconcertándole aun más. Tuvo que contenerse para no inclinar la cabeza y besar ese suave dedo... Dio un paso atrás. Ella se miró la mano, aturdida, como si el gesto la hubiera sorprendido a ella misma también.

—El té —carraspeó él, rompiendo la intensidad del momento.

Ella le miró sin comprender, pero de pronto parpadeó varias veces seguidas.

—El té. Cierto.

Prepararon té juntos. Después se lo tomaron acompañado por los *oladji*. No volvieron a mencionar a Bajram, ni al *Dancing Queen*, ni ninguna otra cosa que pudiera ensombrecer la conexión que se había establecido entre ellos. El resto de la tarde pasó en un suspiro. Hablaron de nimiedades, de música, de películas, de sus comidas favoritas, de lo que preferían hacer cuando estaban solos...

Jan se descubrió mirándola absorto en más de una ocasión. Según transcurría el tiempo y ella se iba sintiendo cada vez más a gusto en su compañía, parecía florecer. Le brillaban los ojos y sonreía con más frecuencia.

Y él se sentía cada vez más atraído hacia ella, como una polilla por la luz.

Se hizo de noche. Cenaron un par de sándwiches en amigable silencio, con música irlandesa de fondo. Llegó el momento en que ella comenzó a bostezar y Jan comprendió que debían acostarse, aunque hubiese deseado que ese extraño día no llegase a su fin. Tenía la sensación de que algo había sucedido entre ellos. No se atrevía a conjeturar nada. Era una mera

locura pensar que podía sentirse atraída por él, pero sí que se había establecido un singular vínculo entre ellos. Se habían hecho... amigos.

Lástima que en su fuero interno él deseara algo más.

Se despidieron en el pasillo y ella le regaló una de esas sonrisas increíbles que él había comenzado a atesorar como algo precioso y único, y que hizo que su corazón bombease más sangre de la necesaria. Con cierta emoción contenida a la que todavía no le había puesto nombre, la siguió con la mirada mientras desaparecía en su dormitorio.

Ya en su habitación se despojó de la camiseta y de los pantalones, quedándose en calzoncillos. Se tumbó en la cama y no se molestó en taparse. No hacía frío. Pasó revista a la conversación que habían mantenido en la cocina y sintió cómo la ira volvía a dominarle. No pensaba decirle nada a ella, pero había tomado una decisión. Todavía no sabía cómo, pero Bajram iba a pagar por todo lo que había hecho.

Se lo juró a sí mismo.

Ese fue su último pensamiento coherente. Después debió de haberse quedado dormido porque lo siguiente que supo fue que ella estaba gritando.

Se tiró de la cama de un salto y fue a su cuarto. Se retorció en la cama, llorando desconsolada. Le partía el alma verla así. Esa mujer que por el día era tan fuerte y parecía poder con todo, por las noches se convertía en una criatura indefensa y desvalida. Se sentó a su lado, como hacía siempre, y la abrazó, sintiendo su cuerpo agitado contra su pecho. Ella volvía a usar su camiseta.

—*Du bist nicht alleine. Ich bin ja da...* —le murmuró al oído, esperando que se calmase, al tiempo que le acariciaba el pelo con dulzura.

Se sentía enorme a su lado. Y no por su tamaño...

Se sentía enorme porque ella le necesitaba, porque buscaba cobijo en él, aunque fuera de manera inconsciente, y él podía dárselo... La meció con suavidad hasta que sus sollozos cesaron.

—Jan...

Él levantó la cabeza levemente, pensando que dormía y que había vuelto a pronunciar su nombre en sueños. Pero esta vez se equivocaba. Ella tenía los ojos muy abiertos, brillantes por las lágrimas... y le miraba.

—Oksana —musitó con la sorpresa reflejada en la voz. No sabía si

apartarse o si quedarse.

—Estoy despierta —susurró; su cálido aliento le rozó la mejilla. Controló el impulso de inclinarse unos centímetros y tomar posesión de sus labios.

¡Dios, qué labios!

—Ya lo veo —Su voz, casi inaudible. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que ella podría escucharlo, sin duda.

Se miraron. Una lágrima furtiva rodó por su mejilla y terminó por deslizarse dentro de su boca. Esa boca...

Gott!

El pulso de Jan se aceleró y una parte de su cuerpo sobre la que él ya no parecía tener control alguno reclamó su atención.

—Será mejor... que me vaya.

—¡No! —exclamó ella agarrándose a su cuello casi de una manera desesperada. Como si se hubiera dado cuenta de su atrevida reacción, aflojó los brazos, pero su mirada estaba cargada de súplica—. Quédate conmigo —le rogó.

Jan gruñó ahogadamente.

—Está bien —dijo ella tratando de apartarse, malinterpretándole—. Si no quieres, no pas...

—Sí quiero, Oksana —la interrumpió, no permitiendo que se alejase—. Me quedo. Claro que me quedo.

Ella no dijo nada, solo le miró con esos ojos casi transparentes llenos de algo que no supo identificar.

Apretando los dientes y rezando para que no se diera cuenta de su erección, se recostó en la cama. Ella se acomodó a su lado, apoyando la mejilla sobre su hombro y pasándole un brazo por encima del estómago. Él la rodeó con sus brazos y descansó la barbilla sobre su cabeza.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—No —respondió en un suspiro. Su respiración le hizo cosquillas en el vello del pecho.

Aun así se inclinó y cogió la sábana que ella había tirado al suelo. La

echó por encima de ambos. Después apagó la luz de la mesilla sumiendo el dormitorio en la oscuridad.

—Jan.

—Dime.

—¿Tengo pesadillas con frecuencia?

—Todas las noches.

—No lo recuerdo... ¿Todas las noches te despierto?

—Sí.

—¿Y todas las noches vienes aquí?

—Sí.

Pasaron unos minutos en los que el silencio solo se vio interrumpido por las suaves respiraciones de ambos.

—¿Qué significa *Schnee...wittchen*? —le costó pronunciarlo.

Scheisse!

Se sintió ridículo. Cerró los ojos.

—Significa Blancanieves.

—¿Blancanieves? —susurró ella.

—Sí —respondió con sequedad.

De nuevo transcurrieron varios minutos sin que ella dijese nada y él pensó que se había dormido.

—¿Me parezco a Blancanieves? —preguntó al fin en un murmullo.

Él suspiró.

—Sí.

De nuevo el silencio.

—Jan.

—Dime.

—Muchas gracias, por todo...

«Si supieras lo que me apetece hacer ahora mismo, no me las darías...», fue lo que pensó.

—Duérmete —fue lo que dijo en cambio, estrechándola con más

firmeza.

Ella se relajó y se pegó más a él. Se puso rígido. Esperaba poder dormirse en algún momento aunque no lo creía posible. Su presencia le intoxicaba. Su olor flotaba en el ambiente y el roce de su piel hacía que se le pusiera la carne de gallina. Un suave suspiro escapó de su boca y llegó hasta sus oídos haciendo que toda la sangre se agolpase en su entrepierna.

¡Qué delicia y qué agonía tenerla entre sus brazos...!

Cerró los ojos y se dispuso a pasar la peor noche de su vida.

Diario de Oksana Novalnyova

19 de julio – Malinovka (Ucrania)

Hoy he ido a la biblioteca a preguntar si querían los libros. Algunos son antiguos de verdad y aunque me da pena desprenderme de ellos, tengo que hacerlo. Mi amiga Irina me ha ofrecido que me quede con ella mientras encuentro otra cosa y en su apartamento apenas hay sitio, así que tengo que deshacerme de casi todo.

He buscado en el periódico digital las ofertas de empleo. No hay gran cosa. En Malinovka no hay trabajo. Pero he encontrado un anuncio que me ha emocionado. Es una oferta de empleo para trabajar en España. Buscan chicas que hablen español para trabajar en un restaurante ucraniano en Barcelona. He enviado mis datos. Con suerte quizá me llamen. No es exactamente lo que yo había imaginado, me hubiera gustado ir como profesora, con la carrera terminada, pero si no hay nada mejor estoy dispuesta a aceptarlo. Nunca he sido camarera, pero aprendo rápido. Ojalá me tengan en cuenta.

No quiero seguir viviendo aquí sin mi bisabuela. Sé que mi futuro está en otro sitio.

Cruzo los dedos para que me llamen.

Capítulo Veinte

Llevaba un rato despierta, pero no quería moverse. No quería despertarle. Clavó la mirada en su mentón, que comenzaba a mostrar una incipiente barba rubia. Elevó la vista y se percató de que su cabeza también necesitaba un afeitado. Controló las ganas de pasar la mano por allí, la necesidad de saber cómo se sentiría ese corto vello al tacto.

Su amplia caja torácica, bajo su mejilla, subía y bajaba con regularidad. Con mucho cuidado, levantó la cabeza unos milímetros y aprovechó el instante para observarle con detenimiento. Durante la noche, él o ella, uno de los dos, había vuelto a tirar la sábana al suelo y el cuerpo masculino, apenas cubierto por unos calzoncillos grises, se mostraba en todo su esplendor a la luz del amanecer que entraba por la ventana.

Oksana contuvo el aliento. Los músculos que con anterioridad había catalogado como desproporcionados le parecieron bellos. Incluso en reposo destacaban de manera notoria. Los tenía por todas partes: en el pecho, en el abdomen, en los brazos, en las piernas... Se preguntó cuántas horas entrenaría al día para poder tener un cuerpo semejante. Parecía una de esas figuras talladas en mármol que solo se veían en los museos o en los libros de Historia. Pero su piel era cálida, muy cálida; podía sentirla al tacto bajo la palma de su mano que apoyaba sobre su estómago.

Sus ojos descendieron y...

¡Oh! *Bozhe!*

Estuvo a punto de soltar una exclamación de sorpresa, pero se mordió la lengua a tiempo. Sí, él era «abundante» por todas partes, decidió, con la mirada fija sobre su erguido miembro que la tela de sus bóxers apenas podía contener.

A veces le resultaba difícil ver a Jan como un hombre de carne y hueso, con las necesidades de un hombre. En cierta forma le había idealizado en su mente y a ratos le veía como un héroe, como alguien inalcanzable..., otras veces como era el caso, tenía muy presente lo que era: un ser humano con las debilidades y características de un ser humano.

Jan era un hombre que tenía una erección.

Y ella era una mujer que en ese preciso momento notaba cómo el ardor se extendía por su vientre.

Cerró los ojos y durante unos segundos fantaseó con que él se despertaba y sin más preámbulos se tumbaba encima de ella y la aplastaba con su peso, para luego atrapar su boca con la suya en un beso húmedo, largo y profundo, mientras su miembro se hundía entre sus piernas...

Abrió los ojos horrorizada y apretó los muslos, como si así pudiera controlar la humedad que acababa de mojar su ropa interior. ¡No podía ser cierto! Algo debía ir mal en su cabeza. Tenía que estar loca para imaginarse algo así después del infierno que había vivido... ¿Excitarse de esa manera?... ¡No! ¡No podía ser!

No pudo seguir pensando ya que él se movió. Levantó la vista para encontrarse con sus ojos azules, abiertos, observándola. Los hematomas que se habían formado a su alrededor no le restaban ni una pizca de atractivo. ¿De verdad había pensado ella en algún momento que no era guapo?

—Buenos días —murmuró, y su voz, esa voz que desde el primer día la había conquistado, terminó por darle el golpe de gracia. Un suave gemido brotó de su boca.

Él se la quedó mirando sin decir nada durante unos segundos. Semejaba encontrarse dubitativo, pero finalmente pareció tomar una decisión.

—*Scheisse!* —susurró justo antes de girarse y echarse sobre ella, aplastándola con su peso. Después, antes de que ella hubiera podido reaccionar, la besó.

Oksana se quedó sin respiración al sentir esos labios sobre los suyos. Eran suaves, más suaves de lo que ella había esperado, y no reclamaban ni exigían, solo besaban con delicadeza, acariciaban... ¿Cómo resistirse a ellos? Entreabrió los suyos y le dejó que profundizase el beso. Su fantasía hecha realidad, pensó al sentir su cuerpo duro como el acero sobre ella, y el contorno de su erección justo entre sus muslos. Exactamente como lo había imaginado. Se excitó. Sus manos le acariciaron los brazos y subieron a enroscarse a su cuello... Dejó escapar un jadeo que murió en la cálida boca de él...

De pronto, y como si le hubiera picado un escorpión, se apartó de ella

murmurando algo que no consiguió entender. Se incorporó y se quedó de pie junto a la cama, dándole la espalda, con todo su cuerpo en tensión. Oksana sintió como si le hubieran echado un cubo de agua fría por encima de la cabeza. Se le puso la carne de gallina y se apresuró a coger la sábana del suelo y a taparse con ella, sintiendo cómo la humillación y la vergüenza la invadían.

—Lo lamento. No tenía que haberlo hecho —se disculpó él en voz baja, y después abandonó la habitación de dos zancadas.

Oksana se cubrió la cara con las manos. ¡Qué estúpida era! Estaba claro que en cuanto se había dado cuenta de a quién estaba besando se había arrepentido. Una cosa era ayudar a una pobre muchacha apaleada..., otra muy distinta liarse con la chica de un hombre tan peligroso como Bajram, pensó con amargura y cierto cinismo. Quizá no le resultase fácil, pero tenía que aceptar las cosas tal y como eran.

Ella era mercancía dañada... y él era... Jan.

¿Jan y ella?

Imposible.

* * *

Se miró al espejo de encima del lavabo y meneó la cabeza, abochornado. No podía creerse lo que había hecho. Había perdido la razón. Pero es que le había parecido tan apetitosa, tan suave, tan cálida..., que no había podido resistirlo.

«Du bist so ein riesen Arschloch!»

Se había aprovechado de que estaba medio dormida para avasallarla y echársele encima para robarle un beso... y... ¡Menudo beso! ¡Joder!

Su pene, duro como el acero, convulsionó, recordando la maravillosa sensación de haberla tenido debajo durante unos gloriosos segundos.

«Jan, haz el favor de pensar con tu otra cabeza», se amonestó. Pero sabía que era una batalla perdida. Sabía que iba a meterse en la ducha y que se iba a masturbar fantaseando con ella, al igual que había hecho el día anterior. Lo sabía.

La cercanía de Oksana comenzaba a volverle loco, y el haber pasado la noche con ella no había servido precisamente para apartarla de sus cada vez más lujuriosos pensamientos. Tenía que contenerse. ¡Dios!

Ella era una chica a la que le habían destrozado la vida y que tenía un duro camino que superar. Era joven, inteligente y preciosa... Y él le sacaba catorce años, estaba amargado y tenía más bagaje a la espalda de lo que cualquier mujer podría soportar. Sin contar con que era más que probable que no tuviese futuro...

No podía pensar en ella como mujer. Tenía que controlarse.

Se agarró con fuerza al borde del lavabo y jadeó. No sabía si iba a poder conseguirlo. Oksana hacía que le hirviese la sangre.

Se desembarazó de los bóxers y se metió en la bañera. Ni siquiera esperó a que el agua estuviera caliente. El chorro helado sobre los hombros le hizo rugir de la impresión, pero ni eso consiguió que su erección disminuyese. Poco a poco el agua comenzó a salir a una temperatura más adecuada. Apoyó la espalda contra la pared, cerró los ojos y deslizó la mano derecha por su cuerpo empapado hasta que llegó donde quería llegar. Suspiró de placer al primer contacto.

Se agarró el pene con firmeza y se imaginó, al igual que el día anterior, que era su mano la que le tocaba, la que le acariciaba. Primero con suavidad, después con más energía. Comenzó a gemir, cada vez más excitado.

Su cuerpo suave pegado al suyo...

Su aliento acariciándole el pecho...

Su mano masajeándole...

La imaginación pudo con él, y mientras seguía apoyado contra la pared, con todo el cuerpo en tensión, masturbándose a gran velocidad, se figuró que era su boca la que le tenía entre sus labios...

La que le succionaba...

La que le lamía...

La que le besaba ahí...

¡Joder!

El orgasmo le sobrevino casi por sorpresa, como una explosión. Jadeante y exhausto dejó que el agua se llevase la prueba de lo que acababa de suceder. Después enterró la cara en las manos y meneó la cabeza soltando una maldición ahogada.

* * *

Ninguno de los dos había mencionado lo sucedido a primera hora en el dormitorio, y Oksana comenzaba a relajarse por fin horas después. Él llevaba todo el día desaparecido. Por la mañana se había marchado a su estudio murmurando una disculpa, y después, cuando regresó, habían comido casi en silencio. Él ni siquiera había hecho un comentario sobre la tortilla de patata que ella había intentado hacer y con la que había fracasado. Demasiada patata pocos huevos, al parecer.

Estaba anocheciendo y había vuelto a escabullirse hacía horas, para entrenar, le había dicho. Ella se había pasado toda la tarde navegando por internet para no tener que romperse la cabeza pensando en lo imbécil que era. Había buscado la dirección del consulado. Quizá pudiese ir allí a intentar solucionar el tema de su pasaporte. También había recabado información sobre universidades en España. Si de algo estaba segura era de que no quería volver a Ucrania. Exceptuando un par de amigos que había dejado atrás, después de la muerte de su bisabuela no había nada a lo que regresar. Todavía no tenía claro cómo iba a enfocar su vida a partir de ese momento. No había querido admitirlo delante de Jan y tampoco ante sí misma, pero sabía que no tenía futuro mientras Bajram siguiese buscándola. Aunque consiguiera escapar de alguna manera, era ridículo pensar que iba a poder llevar una vida normal, siempre teniendo que mirar por encima del hombro con miedo a que él la encontrase en cualquier momento.

Además, estaba el tema de las otras chicas. Olga, en especial. Había tratado de olvidarse de ella y de las demás y de concentrarse en sí misma. En ese mundo uno no podía pensar en los otros, la lástima y la compasión no existían. Pero poco a poco se descubría sintiéndose culpable. Quizá estuviese en su mano ayudar a las demás a escapar de esa vida...

Apoyó los codos sobre la mesa y cerró el portátil. «Ni siquiera sabes cómo narices vas a poder salir de esta tú misma y te estás preocupando por las otras... Eres idiota».

La puerta de la casa se abrió a su espalda. No se giró. Sabía que era él. Tenía una manera característica de moverse.

—Voy a ducharme y a afeitarme —dijo, conciso, y sus pasos se alejaron hacia el pasillo.

Oksana frunció el ceño. Era cierto que la situación de la mañana no

había resultado demasiado cómoda para ninguno de los dos, pero tampoco podían estar esquivándose y sin hablarse. Era absurdo. Las últimas horas le habían servido para darse cuenta de que por mucho que ese hombre la atrajese —además de no tener mucho sentido—, era más la necesidad que tenía de él como confidente y amigo.

Le necesitaba.

Las cosas no podían quedar así. Tenían que hablar. Y mejor antes que después. Escuchó el grifo del agua caliente y se mordió el labio, vacilante. Esperó unos cuantos minutos contando en silencio. ¿Cuánto tiempo podía tardar una persona en darse una ducha? Se levantó de la silla y se limpió una mota imaginaria del vestido que llevaba. Esta vez era de flores, de tirantes y bastante amplio. Se sentía muy liviana con él, aunque quizá se debiese a que por primera vez se había quitado los vendajes del torso. Ya apenas le dolía al respirar y se había convencido de que no los necesitaba.

Sus pasos la dirigieron al baño. El agua de la ducha seguía corriendo, pero él no había cerrado la puerta, así que no dudó en acercarse. Estaba a punto de entrar, cuando la imagen que se presentó ante sus ojos le hizo darse cuenta del terrible error que estaba cometiendo.

Jan seguía duchándose y la mampara de la bañera era transparente.

Se llevó las manos a la boca y contuvo la exclamación de sorpresa que brotó de su garganta. Estaba invadiendo su privacidad y lo sabía, pero era como si una singular fuerza retuviese sus piernas en el sitio, como si hubiera echado raíces en el suelo y ni un terremoto pudiera moverla de allí.

Bozhe!

Le miró con los ojos muy abiertos, recreándose en toda esa desnudez que se encontraba a escasos metros de distancia. Él le daba la espalda, y una cascada de agua jabonosa caía por sus hombros y su columna vertebral, desembocando en su increíble trasero y haciendo que su morena piel cubierta de tinta brillase de una manera muy apetitosa. Oksana posó la mirada sobre el tatuaje de su glúteo derecho, el de la mujer con el casco alado. Recordó la sensación de esa suave y firme piel bajo su mano y tragó saliva.

Él comenzó a darse la vuelta y ella se apartó de un salto del umbral de la puerta, con el corazón latiendo como un loco en su pecho. Apoyó la espalda contra la pared, en el pasillo, con las piernas temblorosas.

Nunca había sido una de esas mujeres que se fijaban en los tipos musculosos, más bien al contrario, siempre le habían gustado más los chicos desgarbados con pinta de intelectuales..., por eso, que el físico de Jan la atrajese de aquella manera la dejaba estupefacta. No lo entendía. Se parecía demasiado a Ivan..., a la clase de hombre que ella había aprendido a odiar durante los últimos meses. Debería asquearle, pero no era así.

El sonido del agua cesó y ella agudizó el oído. Él acababa de abandonar la bañera. Dudó. No sabía qué hacer. ¿Marcharse? ¿Encararse con él? Se frotó los párpados, tratando de ganar tiempo o de borrar su sensual imagen de su cerebro..., no estaba segura. Esperó un rato más. Finalmente hizo lo que verdaderamente quería hacer: apartarse de la pared y volver al baño.

Él estaba de pie frente al lavabo con el torso descubierto. Solo llevaba puestos unos pantalones negros de deporte, que se le habían deslizado hasta la parte baja de la cadera, dejando al descubierto sus abdominales inferiores que formaban una V perfecta. Tenía una parte de la cabeza cubierta de espuma de afeitar y una maquinilla desechable en la mano. Había levantado el brazo y una mueca ¿de dolor? asomaba a su rostro. Cuando la vio aparecer bajó el brazo con una muda interrogación en los ojos.

—Déjame que te ayude —dijo ella en voz baja, sabiendo que quizá estuviera cometiendo una equivocación, pero incapaz de no hacerlo.

* * *

Jan la miró de arriba abajo. Llevaba un vestido de flores, unas zapatillas rosas de cordones y el pelo suelto sobre los hombros. Su cara, cada vez menos hinchada, mostraba una expresión de fría determinación.

Estaba guapa. Muy guapa.

Vaciló. Dejar que ella le tocara no le iba a traer más que complicaciones y lo sabía, pero por otro lado, se había agotado tanto pegándole al saco y tenía los brazos tan doloridos por la sesión de entrenamiento, que pensar que podía delegar el afeitado en ella, le resultaba de lo más tentador. Ni siquiera la ducha que acababa de darse había conseguido relajarle los músculos. Además, estaba tan cansado que dudaba de que su sugerente cuerpo pudiera excitarle. Al menos no en ese momento. Decidió ser egoísta.

Se encogió de hombros y le tendió la maquinilla.

—Siéntate —le indicó ella, cogiéndola. Le señaló la pequeña banqueta que había al lado del lavabo.

—¿Has hecho esto antes? —le preguntó, tomando asiento. Nada más hacerlo se percató de su error. Su cabeza había quedado a la altura de sus pechos y ella se posicionó justo entre sus piernas abiertas.

«¡Dios, esto no voy a poder aguantarlo!», se dijo cerrando los ojos.

—No, pero no puede ser muy difícil, ¿no? Si te hago daño me lo dices. ¿Por qué te la afeitas? —añadió, curiosa.

—Me gusta. Empecé a afeitármela hace un par de años y al final me pareció lo más cómodo. Además, desde que peleo es mejor así. —Hizo una pausa—. Al no haber reglas el pelo es un inconveniente. He visto cómo algunos luchadores se arrancan mechones.

—¡Qué barbaridad! —dijo en voz apenas audible.

Comenzó a rasurarle en medio de un tenso silencio. Lo hacía de forma suave pero precisa, con la mano que no manipulaba la cuchilla apoyada sobre su cráneo. Él se dispuso a soportar el delicioso martirio que suponía que sus manos le acariciasen de aquella manera. Claro que había sido un gilipollas. Cada vez que abría los ojos podía ver sus senos que, sin el vendaje, se bamboleaban libremente apenas cubiertos por la fina tela del vestido a solo unos centímetros de su cara.

Verdammt!

—Sí que te hacía falta —murmuró ella pasándole la mano con suavidad por la parte que todavía no había afeitado—. Pinchas.

Eso ya fue demasiado para él. Dejó escapar un gruñido.

—¿Te he hecho daño?

—No —farfulló levantando la mirada.

Ella le observaba muy concentrada, como si estuviese admirando su trabajo. Se apartó para coger más espuma de afeitar y le embadurnó la otra parte de la cabeza.

«De nuevo la tortura», se dijo con impotencia, volviendo a cerrar los ojos.

En efecto. ¿Cómo era posible que algo tan prosaico como un afeitado se hubiera convertido en algo tan erótico? Escuchó la respiración irregular de

ella y se preguntó si la situación también le estaría afectando como a él. ¡No! ¡Estupideces! Eran imaginaciones tuyas.

Trató de relajarse, de pensar en lo agotado que estaba, pero no le sirvió de nada. El roce de la falda contra sus piernas, el imaginar que ella no llevaba más ropa interior que unas bragas debajo de ese vestido, y el sentir esas manos acariciándole de esa forma... Era demasiado intenso.

Le rodeó para poder rasurarle la nuca y él sintió —o se imaginó, ya no estaba seguro— la pesadez de sus senos acariciándole la espalda. Apenas pudo contener el gemido que se formó en su pecho.

—Te hago daño —dijo ella, deteniéndose de pronto. Su voz llegó hasta él algo ahogada, como si tampoco le resultase fácil respirar.

—¡No! —exclamó.

Se plantó frente a él. Tenía los ojos entornados y los labios apretados.

—No mientas, Jan. Estás tenso. Si no te hago daño, entonces, ¿qué es? ¿Tan desagradable te resulta que te toque? Solo quería ayudarte, pero si no soportas siquiera el roce de mis manos... —Tiró la maquinilla en el lavabo y dio un paso atrás, dispuesta a irse.

Pero él fue más rápido. La agarró con firmeza por las caderas y no dejó que se alejase. Ella parecía sorprendida por su reacción.

—¿Que no soporto el roce de tus manos? —inquirió él con incredulidad—. ¿Eso piensas? ¿Que no me gusta que me toques? —Dejó escapar una carcajada carente de humor—. Joder, Oksana... No tienes ni idea...

Ella le miraba sin comprender, tratando de buscar una explicación en su rostro.

—¿Por qué narices te crees que trato de alejarme de ti? Dime. ¿Qué estúpida idea se te ha metido en la cabeza? —Hundió los pulgares en la suavidad de su vientre y pudo notar a la perfección el borde de sus bragas a través de la tela del vestido.

—No lo sé —dijo ella entre dientes.

—¿No lo sabes?

—Supongo que te atraigo, pero que preferirías que no fuera así... por... por Bajram, por quién soy... —Ella irguió los hombros. En sus ojos

había aparecido una chispa de decepción que trató de ocultar con rapidez.

—Joder, eres... tonta. Y yo más —musitó antes de atraerla hacia sí y apoyar la frente entre sus pechos.

Ella se envaró. Le agarró por los antebrazos y trató de apartarle, pero él no se lo permitió.

—Me alejo de ti porque no quiero asustarte —comenzó en voz baja y serena—. Hace meses que no he estado con ninguna mujer y que no he sentido ningún deseo por nadie, ¿sabes? Y tú... De pronto llegas tú, rota y maltratada... —se interrumpió unos instantes, tratando de ordenar las palabras—. Y yo lo único que puedo hacer es pensar en ti y... masturbarme a escondidas en el baño como un adolescente... —Respiró hondo antes de alzar la mirada—. Oksana, no quiero hacerte daño, pero tengo tantas ganas de ti que... me asusta. No quiero lastimarte.

Ella se había quedado quieta y había dejado de resistirse. Parecía paralizada.

—La noche que te vi en el *Dancing Queen* algo hizo clic en mi cabeza. No sé qué fue, no sé si fue tu actitud o tu mirada, pero algo pasó. No he podido dejar de pensar en ti... —hablaba deprisa, temiendo que le interrumpiese de un momento a otro.

Ella le agarró los brazos con fuerza. Le observaba con perplejidad.

—El recogerte aquella noche en la carretera —aunque no sabía que eras tú— fue para mí como una forma de expiar mi culpa. Pensé que si no podía ayudar a la chica del *Dancing Queen*, al menos iba a ayudar a alguien —bufó con sarcasmo, incapaz de apartar la mirada de su cara—. No creo en las casualidades, Oksana, así que cuando descubrí que tú y ella erais la misma chica..., pues supongo que pensé que era el destino que te había puesto en mi camino... —suspiró—. He intentado resistirme, luchar contra esto... —Hizo un gesto ambiguo con una mano, señalándolos a ambos—, pero no he tenido mucho éxito.

Cerró los ojos y volvió a sujetarla firmemente por las caderas, apoyando otra vez la cabeza en su pecho, sintiendo la curva de su seno contra su mejilla. Podía escuchar cómo se le había desbocado el corazón. Reflejo del suyo propio.

—¡Joder! Se supone que tú eres la chica a la que tengo que salvar, la

chica a la que tengo que cuidar..., y no la mujer con la que sueño, la mujer a la que quiero poseer... —Esto lo dijo en voz muy baja, casi inaudible, haciendo gala de una contención admirable—. Después de todo por lo que has pasado, lo último que necesitas en tu vida es a un tío como yo...

A pesar de que pensaba que abrazarla era un error colosal, no pudo evitar deleitarse con su firme cuerpo pegado a él. No recordaba otro momento más perfecto que aquel... Probablemente iría al infierno, se dijo.

—Jan —murmuró ella. Todavía tenía las manos apoyadas en sus antebrazos. Le miraba con los ojos muy abiertos, desconcertada. Movía la cabeza a un lado y a otro, como si no terminase de creer lo que él acababa de decirle—. No soy de porcelana, ¿sabes? No me voy a romper —concluyó en voz baja.

Él creyó haber oído mal. ¿En verdad estaba diciendo lo que él creía que estaba diciendo? Ahondó en la expresión de su cara, ansioso por que ella siguiese hablando, pero no lo hizo. Se limitaba a mirarle. Eso sí, sus manos habían comenzado a moverse en dirección a sus hombros, con mucha parsimonia, como si estuviese perfilando todos y cada uno de sus músculos. Se le puso la carne de gallina.

De pronto, el sonido estridente de su móvil rompió la intensidad del momento. Dejó escapar un exabrupto y la soltó. Se puso en pie y se sacó el móvil del bolsillo. Le echó un vistazo a la pantalla.

—Es Bajram —dijo, mirándola con gravedad.

Una expresión alarmada desfiguró su rostro.

Al darse cuenta de lo que la mención de ese nombre había provocado, la agarró suavemente por la muñeca y la atrajo hacia sí; ella trató de resistirse, pero él no se lo consintió. La abrazó con fuerza, sintiéndola temblar contra su cuerpo.

—No digas nada —le susurró al oído.

Aceptó la llamada.

—Dime.

—Hola, Jan. Pensaba que te ibas a pasar el sábado después del combate a cobrar. —La voz del albano-kosovar era tan impersonal como siempre.

—Sí, es que estaba hecho una mierda. Me fui directo a casa.

—¿Tienes un rato ahora? Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. Un trabajito que quiero que hagas para mí. Además, así te pago lo que te debo.

—Claro.

—Estoy en el *Rock and Stars*. Pásate y lo hablamos.

—En media hora estoy ahí.

Colgó y se guardó el móvil. La conversación había sido como siempre, concisa y directa, sin embargo una extraña sensación se le fijó en la boca del estómago. Bajó la mirada y la posó sobre ella, que se aferraba a su talle. Había alzado la barbilla y parecía esperar una explicación. Aunque había dejado de temblar, estaba pálida. La abrazó con más fuerza, todavía.

—¿Vas a ir al *Dancing Queen*? —le preguntó con un hilo de voz.

—No. Está en el *Rock and Stars*.

—¿Qué quiere?

—Dice que quiere hablar conmigo de algo —dijo con vaguedad. No quiso ser demasiado explícito—, y además quiere pagarme mi parte de la pelea del sábado. Suelo pasarme por allí después de los combates a cobrar... —Hizo una pequeña pausa y la soltó—. Voy a intentar averiguar qué está pasando.

Ella le miró con angustia. De pronto volvía a parecer la chica desvalida de hacía unos días.

—Ten mucho cuidado con él, Jan. Es un hombre muy peligroso.

—Lo sé. Le conozco.

Ella negó con la cabeza, bruscamente.

—No, no le conoces como yo... —Una expresión desesperanzada asomó a su semblante.

—No te preocupes, Oksana. Tendré cuidado. No voy a tardar en volver.

Ella se limitó a mirarle sin decir nada.

La contempló con pesar. Le molestaba sobremanera tener que dejarla sola, pero lo de Bajram tenía prioridad y ambos lo sabían.

—Está bien. —Se echó el pelo hacia atrás, fingiendo una indiferencia

que el temblor de sus manos desmentía.

Jan se la quedó mirando, indeciso, durante unos segundos. Terminó por darse la vuelta y abandonar el baño. Fue a su dormitorio y se vistió. Cogió el móvil, la cartera y las llaves del coche y se dispuso a marcharse. Cuanto antes averiguase algo, antes sabrían a lo que atenerse.

Ella le esperaba en medio del salón, inmóvil, con la mirada extraviada.

—No tardo nada en volver, ¿vale? —Se acercó a ella.

—Sí. —Se irguió y le miró con fingida serenidad.

—Todo va a ir bien. Todo —le aseguró. Y sin poder controlarse, la agarró por la nuca con fiereza y aplastó sus labios contra los de ella. El beso fue corto, áspero y un poco salvaje, pero le reconfortó sobremanera.

La soltó y se encaminó a la puerta. Se giró una última vez antes de salir.

—Espérame.

Oksana se llevó la mano a los labios y asintió casi imperceptiblemente.

Capítulo Veintiuno

No tardó más de quince minutos en recorrer un trayecto que solía hacer en media hora. La carretera estaba despejada, lo que le permitió concentrarse y repasar la conversación que había tenido con Bajram por teléfono. Sus palabras le resonaban en la cabeza una y otra vez:

Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. Un trabajito que quiero que hagas para mí.

Un trabajito para Bajram.

Después de lo que le había hecho a Oksana, el único trabajito que deseaba hacer para él era clavarle un cuchillo hasta la empuñadura en el cuello y ver cómo la sangre manaba a borbotones, hasta que no quedase en él ni un hálito de vida. Pero su egoísmo natural y sus ansias de supervivencia deseaban escuchar qué tenía que proponerle. Quizá tuviese un encargo para él con el que poder negociar su última jodida pelea. Le daba igual qué trabajito fuese, la verdad. Cualquier cosa sería mejor que tener que combatir de nuevo.

Aparcó en una calle lateral y descendió del vehículo con rapidez. Estaba impaciente por averiguar qué estaba sucediendo.

—Tranquilo, Jan —se dijo en voz alta, aprovechando que la calle estaba desierta—. No pierdas los nervios ahora. Ya llegará tu momento. —Se detuvo un instante haciendo crujir sus nudillos. Vio su reflejo en el escaparate de una tienda de ropa, a esas horas cerrada. Un tío con el pelo rapado, tatuado y musculoso le devolvió una mirada cargada de odio. Nunca antes había tenido tanto aspecto de matón como en ese momento. Y en cierta medida le gustó. A veces, en la vida, uno tenía que dejar de ser el bueno para ser... otra cosa.

El *Rock and Stars*, donde su propio hermano Till había trabajado de camarero, no estaba tan lleno como de costumbre. Quizá porque era pronto, quizá porque era un día de diario. Jan saludó al portero con un gesto y accedió al local, atravesó las dos salas en las que unos cuantos veinteañeros bailaban y bebían, y se dirigió al fondo. Bajram también tenía allí un despacho. Él y Cas ya habían estado en él el año anterior, cuando fueron a

pagar la deuda de Till.

Justo delante de la puerta estaba Ivan, y Jan sintió cómo se le contraían las entrañas. No pudo evitar mirarle las manos. ¡Hijo de puta! *Esas manos eran las que le habían propinado la brutal paliza a Oksana.*

«En cuanto pueda te voy a destrozar», pensó.

A solo un par de metros del ruso se detuvo. La falta de luz había ocultado hasta ese momento la herida de al menos quince centímetros que comenzaba en su sien y le bajaba hasta la barbilla. Jan se preguntó si ese habría sido el castigo recibido por haberla dejado escapar.

El inexpresivo rostro de Ivan se animó al verle y sus diminutos ojos oscuros brillaron interesados.

—Jan —inclinó la cabeza hacia un lado—, te está esperando. —Le miraba con una sonrisa torcida.

A duras penas se tragó las ganas de matar y asintió. El comportamiento del ruso, al menos su reacción, no le gustó ni un pelo. Desvió la mirada y esperó a que el otro le abriese la puerta. El despacho del *Rock and Stars* poco tenía que ver con el del *Dancing Queen*. Era mucho más pequeño y funcional. Solo contenía una mesa, detrás de la cual se sentaba Bajram, un par de sillas y varias estanterías con archivadores.

—¡Qué bueno verte! —le saludó al verle entrar con una sonrisa que no alcanzó sus ojos—. Siéntate, siéntate —le dijo, obsequioso.

En el momento en que abrió la boca, Jan supo a ciencia cierta que algo andaba mal. Su instinto hizo que se pusiera alerta. No había sido lo que Bajram había dicho, pero sí cómo lo había hecho. La actitud de Ivan debería haberle dado una pista de que algo no iba bien.

¡Lo sabían!

¡No tenía ni idea de cómo se habían enterado, pero lo sabían!

¡Y había dejado a Oksana sola en su casa!

Se le heló la sangre en las venas. Un ruido a su espalda le hizo darse la vuelta. Ivan había entrado en el despacho tras él y cerraba la puerta con cerrojo. Tenía una expresión vigilante y malévolas en la cara. Jan rechinó los dientes y se maldijo en silencio por haber caído en la trampa. Giró la cabeza y clavó la mirada en el anodino rostro del albano-kosovar. Sus ojos chispeaban iracundos; era quizá la primera vez que Jan veía alguna reacción en el

usualmente frío «hombre de negocios».

—Sabes que es mía, ¿verdad?

Si había tenido alguna duda, esa pregunta acababa de despejarla. Se mantuvo en silencio mostrando una calma que en verdad no sentía. Bullía por dentro, pensando en qué estaría sucediendo con Oksana en ese momento.

—No has hecho bien en ocultarme que la tenías tú, ¿sabes? Llevo semanas buscándola, preocupado por ella... —se detuvo, acariciándose la barbilla— Y de pronto me entero de que uno de mis propios hombres la está escondiendo. ¿Te puedes imaginar la decepción?

—No soy uno de tus hombres —barbotó. Mentalmente calculaba sus posibilidades de salir de allí con vida. Estaba claro que Bajram no se andaba con chiquitas. La puerta que Ivan bloqueaba era la única salida del despacho. La situación parecía desesperada.

—Por supuesto que lo eres, Jan. Eres uno más.

—Por un corto plazo de tiempo.

El otro se echó a reír.

—¿Eso crees? Engañaate a ti mismo si quieres. Pero desde la noche que acudiste a mí suplicando que te diese «trabajo», te has convertido en uno de mis chicos —enfaticó—. Has estado trabajando para mí como los otros, guardándome las espaldas y yendo a cobrar mis deudas. Esperaba un poco más de lealtad —le dijo con la voz fría como el hielo.

Jan no respondió. Se limitó a mirarle tratando de que no se percatase de la vena que había comenzado a latir furiosa en su cuello, o de cómo habían empezado a sudarle las manos.

—Él sí que me es fiel —dijo Bajram señalando a Ivan.

—Ya he visto lo que hace tu perro fiel —escupió Jan sin poder contenerse.

—Sí, a veces se le va de las manos. —Hizo una pausa muy efectiva—. Pero ha sido gracias a él que hemos podido llegar hasta ti, ¿sabes? Vio tu coche en la carretera aquella... desafortunada noche. Lamentablemente hemos tardado más de lo que pensábamos en averiguar que era tuyo. En fin, Ivan ya ha... pagado por su error. Y Oksana es... Bueno, a veces necesita un recordatorio para no salirse del camino.

Jan gruñó.

Bajram soltó una carcajada.

—Ya sé que os habéis encariñado... Ha sido muy tierno ver vuestras fotos... No me esperaba de ti que fueses tan... dulce —pronunció la palabra en un tono despectivo, y Jan cerró los puños tratando de contener la ira que crecía a pasos agigantados en su interior.

—Aunque claro, la pobre estaba tan magullada... —Miró a su guardaespaldas al decir esto—. Muy mal Ivan, muy mal... —Desvió la mirada y volvió a posar sus ojos sobre él—. No te preocupes. En breve estará como nueva y podrás follártela en condiciones.

Jan no pudo controlarse más. Soltando un bramido, que salió desde lo más profundo de su ser, se abalanzó sobre Bajram, pero Ivan no tardó ni un segundo en echársele encima. Sintió el peso del ruso sobre la espalda mientras el borde de la mesa se le clavaba en las costillas. Por un instante se quedó sin aire, pero no tardó en recuperarse. Se retorció y le agarró el brazo con firmeza, dispuesto a partírselo si era necesario, pero un clic metálico justo a la altura de su sien le dejó paralizado. Era un sonido peculiar, que solo había escuchado en las películas. Giró la cabeza y se encontró con el cañón de una pistola apuntándole directamente a la frente.

—Nos vamos a tranquilizar todos y vamos a hablar como adultos, ¿verdad, Jan?

Bajram le miraba imperturbable. El arma parecía una prolongación de su brazo. Durante un segundo, y de manera incongruente, la mente de Jan estableció la comparación de esa pistola y su propia pistola de tatuajes, la que había equilibrado para que se acoplase a su mano a la perfección.

Ivan le soltó y se alejó. Y él se incorporó ignorando el arma.

—La próxima vez que me toques, asegúrate de terminar conmigo, porque te prometo que si no lo haces, seré yo el que acabe contigo —dijo entre dientes, dirigiéndose al ruso con los ojos oscurecidos por la cólera.

Bajram volvió a proferir una sonora carcajada.

—Es gracioso eso que dices. Muy gracioso. —Dejó la pistola encima de la mesa y se sentó de nuevo. Se cruzó de brazos y le recorrió de arriba abajo con esa mirada calculadora que Jan ya conocía—. Luego te explicaré por qué tiene tanta gracia, pero centrémonos primero en Oksana... Para mí se

ha convertido en una decepción. No ha sido tan buena amante como pensaba, la verdad. Después de la primera noche y de que me entregase su virginidad, perdió parte de su encanto.

Jan cerró los ojos durante un brevísimo instante. ¿Virgen? ¡Maldito hijo de puta! El simple hecho de imaginarse a Bajram forzando a Oksana hacía que la bilis le subiese a la garganta. Respiró hondo un par de veces. No le convenía perder los nervios en una situación como aquella. Sus ojos se posaron sobre el oscuro y amenazante cañón del revólver. No, no le convenía.

—Bueno, Jan. Ya que pareces haberle cogido tanto cariño a esa chica, a lo mejor podemos llegar a un acuerdo...

Todos sus sentidos se pusieron alerta. ¿Qué narices estaba diciendo? ¿Llegar a un acuerdo por Oksana? La situación era muy similar a la que él ya había vivido con anterioridad hacía meses, cuando aceptó luchar para salvarle el pellejo a Till.

—¿Qué propones? —preguntó. Le resultaba odioso hablar de ella como si fuera una mercancía, pero para Bajram todo eran negocios, incluso las personas. Principalmente las personas.

—¿Qué estás dispuesto a darme?

Jan no se detuvo a pensar demasiado. La imagen de Oksana siendo maltratada por el animal que tenía a su espalda se coló en su cerebro. ¿Qué estaba dispuesto a dar? Mucho. Todo. Cualquier cosa, con tal de no volver a ver a la dulce chica que le esperaba en casa como la había visto hacía semanas en la carretera.

No vaciló.

—Tú pide —escupió.

—Veo que sí te importa bastante. Más de lo que esperaba... —Sonrió—. En fin, hablemos claro. Estos meses me has hecho ganar una bonita suma de dinero. Estoy muy satisfecho por lo que has logrado. —Se inclinó hacia delante y habló en voz más baja, como si le fuese a hacer una confidencia—. Pero en tus últimos combates no has sido tan bueno como antes. Te pesan los años, Jan. Cada vez te cuesta más derrotar a esos chicos. Es normal. Vienen llenos de mierda, de estimulantes y anfetaminas, de cocaína..., se creen invencibles y son muy jóvenes..., ¿verdad?

Jan le escuchaba en silencio. No sabía adónde quería ir a parar, pero

tenía razón en sus aseveraciones. Cada vez le resultaba más difícil mantenerse en pie en el ring, cada vez los golpes dolían más y le costaba más recuperarse. Estaba mayor para seguir luchando..., y lo sabía. Ambos lo sabían. Además, cada vez que se subía al octágono lo hacía con temor de que fuese la última vez, de que el siguiente golpe fuese el que acabase con él. Se había vuelto más prudente, más reflexivo a la hora de pelear. Era menos temerario, arriesgaba menos... porque sabía que tenía más que perder.

—No creo que puedas seguir el ritmo mucho tiempo más. Estás acabado.

«Más acabado de lo que crees», pensó con cierta amargura, pero no dejó que ese pensamiento se reflejase en su cara. ¿Qué cojones quería de él? Si ya no le servía como luchador. ¿Qué le iba a exigir a cambio de Oksana?

—Pero... he tenido una idea. —El rostro del albanos-kosovar se iluminó como si fuera la mañana de Navidad y él un niño pequeño deseando abrir sus regalos—. Quizá ya no me sirvas para ganar, pero sí puedes servirme para perder... Es fácil, Jan. Solo tienes que dejarte dar una paliza en el ring y caer en el momento en que yo te lo diga. Imagina: Jan «Eismann» Landvik, el imbatido campeón de los últimos meses, destrozado sobre la lona. —Un brillo malicioso asomó a sus ojos—. Un único combate, apostando en tu contra, y puedo ganar muchísimo dinero.

Las palabras le penetraron con mucha lentitud en el cerebro, se abrieron paso en su mente y le llegaron hasta lo más profundo del alma. Una pesada niebla le nubló la vista.

Un único combate en el que tenía que dejarse masacrar a cambio de la libertad de Oksana.

—Si acepto, ¿qué garantías tengo de que a ella no le pasará nada? —preguntó con frialdad, sin dejar traslucir que todo su interior estaba en llamas.

—Si quisiese hacerle daño a Oksana ya se lo habría hecho. Hace días que os observo en vuestro nidito de amor. —Se rio—. Podéis seguir con vuestra maravillosa aventura y jugar a las familias el tiempo que queráis. Me da igual. Oksana ya no me supone ningún peligro. ¿Por qué crees que te he citado aquí y no en el club?

Eso mismo se había preguntado él durante el camino, pero no le había dado mucha importancia. Quizá tendría que haberlo hecho.

—El *Dancing Queen* ya no existe. Ha cerrado... Así de simple. — Chasqueó los dedos en el aire y una sonrisa apareció en su cara—. Se ha trasladado de lugar. Ya no hay chicas. Ya no hay nada.

Jan frunció el ceño. Bajram se había asegurado de que aunque Oksana fuese a la policía y le acusase de algo, no se pudiese demostrar nada.

—Quiero su pasaporte y su visado —exigió.

—Y los tendrás. Cuando hayamos terminado nuestros «negocios» te los entregaré. Solo tienes que luchar una única vez más para mí y dejarte ganar, y habremos terminado. Fácil.

Nada era así de fácil y Jan bien lo sabía. Era obvio que había una pega en algún sitio y la cara de Bajram, con esa expresión de gato que se ha comido al canario, lo dejaba bastante claro.

—El combate tendrá lugar el fin de semana que viene. Y quiero que te mantengas en pie al menos quince minutos para hacerlo interesante. No me vale que salgas al ring y te dejes caer al primer golpe.

—¿Quién será mi oponente?

Ya sabía la respuesta.

Los labios de Bajram se curvaron en una amplia sonrisa.

—Por eso me hacía gracia lo que has dicho antes, ¿sabes? Eso que le has dicho a Ivan. Él va a ser tu rival.

Desde el momento en que el otro le había hecho esa propuesta con el brillo malicioso en los ojos, había sospechado algo así. Para Bajram no era solo una cuestión de dinero, era una cuestión de honor. Jan tenía que pagar lo que el otro consideraba una traición. Quería verle destrozado, a sus pies. ¿Qué mejor manera de conseguir eso que haciéndole perder contra Ivan? El ruso era un monstruo, medía unos cuantos centímetros más que él y probablemente pesase también unos veinte kilos más de puro músculo. Además de ser diez años más joven. Jan no le había visto luchar nunca, pero sí le había visto entrenando en alguna ocasión en el gimnasio y sabía que era muy rápido —algo poco usual en un hombre de su envergadura—, y que tenía buena pegada.

Notó un movimiento a su espalda y giró la cabeza. Ivan le contemplaba con una sonrisa beatífica en el rostro.

—Todavía puedes echarte atrás —dijo Bajram con un tono

asquerosamente comprensivo—. Ivan es mucho Ivan, y a lo mejor Oksana no es tan importante... Si no estás de acuerdo no hay ningún problema. Ahora mismo llamo a los chicos que vigilan tu casa y arreglado.

No tardó ni una milésima de segundo en tomar la única decisión posible.

—Habrà combate y será como tú quieras —dijo de manera sosegada.

—¡Fantástico! —El albano-kosovar se incorporó, cogió la pistola y se la guardó en la parte trasera de sus pantalones. Sonriendo, como si hubieran efectuado una transacción comercial satisfactoria, siguió hablando—. Después del combate te daré los papeles de Oksana. Un trato es un trato, al fin y al cabo. En un par de días te llamo y tratamos los pormenores del asunto. Ivan, acompáñale hasta la salida.

—No necesito que me acompañe —escupió.

—Como quieras —Bajram le hizo una seña a Ivan, que descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

—¿Y el resto de mi deuda? —preguntó antes de darse la vuelta. De eso no habían hablado y no quería dejar ningún cabo suelto que más adelante quizá le estallase en la cara.

—Sinceramente..., después del combate del sábado no sé si podrás seguir siéndome útil para algo. —Pronunció estas palabras mirándole con fijeza. No sonaba siquiera amenazador. Parecía constatar un simple hecho—. Me lo pensaré.

Jan rechinó los dientes. Estaba claro que Bajram opinaba que Ivan le iba a destrozár... Y era más que probable que eso fuera lo que sucediese... No insistió más. Estaba ansioso por salir de esa habitación y alejarse de allí cuanto antes. Se dio la vuelta y atravesó el umbral de la puerta empujando al ruso sin contemplaciones. Sin detenerse a mirar atrás, atravesó el pub a toda velocidad, abriéndose paso a codazos y empellones. Ya en la calle, y mientras se dirigía al coche, sacó el móvil del bolsillo y llamó a Oksana. Una aterradora premonición tomó forma en su mente cuando ella no cogió el teléfono después de tres tonos. Estaba punto de colgar y volver a marcar, cuando escuchó el clic.

—¿Sí?

Era su voz. Estuvo a punto de dejar caer el móvil al suelo debido al

alivio.

—¿Estás bien? —le preguntó sin aliento.

—Sí, yo estoy bien. ¿Qué ha pasado? ¿Tú estás bien? —Sonaba ansiosa y él comprendió que la había asustado.

—Sí, sí. Yo estoy muy bien. No tardo nada en llegar. Espérame — trató de hablar con tranquilidad, pero hasta él mismo se dio cuenta de que no lo estaba consiguiendo.

—Claro —murmuró ella.

—No... no tardo nada en llegar —repitió, y colgó. Al guardarse el móvil en el bolsillo del pantalón descubrió que le temblaba la mano.

Tenía que llegar a casa cuanto antes y verla, para convencerse de que de verdad se encontraba bien. Un sudor frío había comenzado a cubrirle la frente al pensar que ella estaba allí sola, vigilada por los hombres de Bajram.

Verdammt!

Se montó en el Jeep de un salto y como si le persiguiesen los demonios, arrancó y salió del hueco quemando ruedas.

Capítulo Veintidós

La última hora se le había hecho eterna, dando paseos de un lado a otro del salón, intentando reprimir la ansiedad que su ausencia le provocaba. Y su llamada telefónica no había servido para aplacar sus temores, más bien todo lo contrario. Tenía el presentimiento de que algo había sucedido, algo malo. Estaba segura. Jan había sonado distinto, como si no fuese él mismo. Nunca le había escuchado hablar tan angustiado.

¿Y si Bajram le había hecho algo? ¿Y si había descubierto que la había ayudado? Meneó la cabeza con energía tratando de ahuyentar esas absurdas ideas. No tenía sentido. Si Bajram hubiese descubierto algo, Jan no la habría llamado diciendo que todo iba bien, ¿no?

«Quizá le hayan coaccionado a llamarte», dijo una vocecita alarmada dentro de su cerebro.

—¡No! —exclamó—. Jan jamás habría accedido a hacerlo. — Escucharse a sí misma diciendo aquello en voz alta la convenció.

Se dirigió a la puerta de la casa y la abrió de par en par. La oscuridad la recibió. Casi no se distinguían los contornos de los naranjos que había enfrente. La luna en su cuarto creciente parecía una sonrisa blanca y fantasmagórica en el cielo negro. El canto del grillo, al que ya se había más que acostumbrado, llegó hasta sus oídos. Todo parecía tranquilo. Dio unos pasos y apoyó las manos en la barandilla de madera.

El sonido de una rama seca partiéndose hizo que todos sus sentidos se agudizasen de repente. Se llevó la mano al pecho, como si ese gesto pudiera frenar sus enloquecidas palpitaciones. Oteó la negrura sin ver nada.

«Seguro que ha sido un conejo», se dijo, poco convencida.

Entonces vio algo que la aterrorizó. Un puntito de luz anaranjada destacó en medio de toda aquella oscuridad a unos metros de distancia. Lo reconoció sin dudar. Era la punta de un cigarrillo encendido. Y de nuevo el mismo ruido de ramas secas aplastadas.

Alguien merodeaba por allí. ¡No estaba sola!

Se dio la vuelta y entró en la casa con precipitación. Cerró la puerta y echó la llave. Apoyó la espalda contra la hoja de madera y miró a su alrededor frenéticamente, sin saber qué hacer. Las cortinas de las ventanas no estaban echadas y desde el exterior se podía ver todo el interior de la vivienda. ¡Gracias a Dios la habitación estaba a oscuras! No había encendido la lámpara porque la luz todavía le irritaba los ojos y prefería la penumbra. Aun así, estaba segura de que su silueta había sido visible para los que estuviesen ahí fuera, vigilándola.

¿Serían hombres de Bajram? ¡Claro! ¿Quién si no?

Se agachó y avanzó a gatas tratando de ofrecer el menor blanco posible. Se deslizó hasta que alcanzó el sofá y se ocultó tras él. Le temblaban las manos y respiraba entrecortadamente. Se sacó el móvil del bolsillo y miró la hora; solo habían pasado diez minutos desde que había hablado con él.

Le llamó.

«Por favor, por favor, por favor, coge el teléfono», rogó en silencio mientras escuchaba los tonos de llamada.

—¿Qué sucede? —Su voz, ansiosa, al otro lado de la línea, hizo que casi rompiese a llorar.

—¡Jan! —susurró con rapidez—. ¡Hay alguien ahí fuera! ¡Creo que son hombres de Bajram!

—Vete al baño y enciértrate allí. —Su voz, de pronto fría como el hielo, hizo que a ella misma se le congelase la sangre en las venas—. Estoy a punto de llegar. No cuelgues y habla conmigo.

Agarró el móvil con firmeza y se levantó, dirigiendo miradas furtivas hacia las ventanas. Se encaminó al baño con rapidez y cerró la puerta con cerrojo. No encendió la luz, dejando que la pantalla del teléfono fuese la única fuente de iluminación. El débil reflejo de su cara asustada en el espejo la recibió.

—¿Estás en el baño? —La voz de él llegó desde muy lejos.

—Sí —respondió ella volviendo a pegarse el móvil a la oreja. Estaba sin aliento, como si hubiese recorrido una gran distancia, cuando lo único que había hecho había sido avanzar unos pocos metros—. ¿Qué está pasando, Jan?

—No va a pasar nada, Oksana. Todo está bien.

—¿Quién hay ahí fuera? —insistió ella. A pesar de que él sonaba muy tranquilo, algo estaba sucediendo y quería saber qué.

—Cuando llegue a casa te lo explicaré todo —repuso él.

—Por favor, Jan. No me dejes así. Dime qué está pasando —murmuró suplicante. Se sentó en la banqueta en la que solo horas antes había estado sentado él mientras ella le afeitaba la cabeza, y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Oksana, ¿confías en mí?

—Sí —respondió sin vacilar. Por supuesto que confiaba en él.

—Entonces espera a que llegue a casa. Te contaré todo.

—Está bien —susurró.

Pero no estaba bien. Nada estaba bien. Había alguien ahí fuera y él se comportaba de manera extraña. Subió los pies a la banqueta y se abrazó las rodillas.

—Sé que estás asustada, pero no va a pasar nada. Créeme. —Sonaba muy convincente, pero ella no pudo evitar emitir un pequeño gemido—. ¿Recuerdas la tarde que te llevé al campo de lavanda? —le preguntó con insistencia.

—¿Estás tratando de distraerme?

—Sí.

—Pues no lo estás consiguiendo.

—Pon de tu parte.

—Está bien —susurró.

—¿Recuerdas aquella tarde? —volvió a repetir él.

—Sí.

—Quiero que cierres los ojos y te imagines que estás allí de nuevo.

Oksana meneó la cabeza. ¿Cómo iba a imaginarse eso cuando en lo único en lo que podía pensar era en la presencia de aquellos hombres fuera de la casa?

—Jan, esto es absurdo.

—Hazlo.

Soltando un suspiro cargado de escepticismo, cerró los ojos e intentó acordarse de aquella tarde.

—Quiero que pienses en aquel día y trates de recordar lo que sentiste. El sol se ponía y soplabla una ligera brisa... ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —murmuró.

Y en efecto, lo hacía. Los tibios rayos de sol le habían calentado la cara y la brisa le había acariciado la piel.

—¿Recuerdas la paz que se respiraba allí? —La voz de él se había tornado más aterciopelada, más ronca...

—Sí... —suspiró ella. Se acordaba muy bien del sosiego que había sentido. La calma que la había embargado...

—No se oía nada. Solo el sonido de nuestras respiraciones. ¿Lo recuerdas?

Todo. Lo recordaba todo. Se acordaba de su presencia imponente a su espalda, sujetándola por el talle y haciendo que se sintiese segura. Ese había sido el día en que había sido consciente de que confiaba en él.

—Inspira hondo y trata de recordar cómo olía, Oksana. Era algo intenso y profundo y lo envolvía todo...

Lo hizo, inspiró hondo, y el recuerdo de aquel aroma impregnó su mente e inundó su nariz, como había ocurrido aquella tarde. El potente y masculino olor de él también se hallaba inextricablemente asociado a aquella experiencia, al menos su subconsciente se lo trajo a la memoria, mezclado con todos los demás.

—¿Lo recuerdas? —La voz al otro lado del teléfono era apenas un susurro.

—Sí... —jadeó.

—¿Recuerdas también que yo estaba ahí, contigo? ¿Que te guie hasta allí y que no te solté ni un solo segundo?

—Sí.

—Estaba allí, protegiéndote, sosteniéndote, haciendo que te sintieses segura...

—Sí —contestó, presa de la emoción.

—Pues piensa que ahora también estoy contigo, Oksana. Protegiéndote, sosteniéndote y haciendo que te sientas segura.

Un sonido, mezcla de sollozo y gemido, le brotó del pecho al escuchar esas palabras. Se llevó la mano a la frente y se mordió el labio inferior, abrumada por todo aquello que él decía.

Un ligero roce en la puerta del baño le hizo dar un respingo.

—Soy yo, Oksana. Estoy aquí. Ábreme.

Soltando una exclamación ahogada dejó caer el móvil al suelo y se abalanzó sobre la hoja de madera. Con las manos agitadas recorrió el pestillo y abrió la puerta de par en par. Su figura se recortaba en el umbral.

—¡Jan! —gimió.

—Ven aquí —susurró él, agarrándola por los hombros y atrayéndola hacia sí. La pegó contra él y enterró las manos en su pelo. Ella se abrazó a su cintura con desesperación—. *Gott!* Estaba preocupado —masculló, y antes de que ella pudiese contestar, se inclinó y comenzó a besarla.

Oksana se abandonó al beso —a los besos—, que resultaron ser ásperos y desordenados. Sintió los labios recorriendo su boca, sus mejillas, la punta de su nariz, su frente y el nacimiento de su pelo, para volver a acabar en su boca... devorándola. Toda la preocupación, la ansiedad y el miedo que había sentido en los últimos minutos quedaron borrados por el calor de esa boca y de esas manos contra su piel...

—Estaba jodidamente preocupado por ti —murmuró él, irguiéndose y acunándole el rostro entre las manos. La oscuridad en el pasillo le impidió descifrar la expresión de su cara.

—¿Quiénes son esos hombres, Jan? —preguntó ella casi sin aliento—. ¿Son hombres de Bajram? ¿Sabe que estoy aquí?

—Sí.

Solo una palabra, un monosílabo que hizo que la garganta se le estrechase. Trató de coger aire, pero de repente le resultó imposible. Una sensación de ahogo la dominó.

—¡Escúchame! —le ordenó él de manera apremiante—. Escúchame con atención.

Su voz mostraba una fría determinación, que de alguna forma la

tranquilizó.

—He llegado a un acuerdo con él por tu libertad, Oksana. Esos hombres de ahí fuera no van a hacerte nada.

—¿Có... cómo? —balbuceó ella—. ¿Un acuerdo? ¿Un acuerdo por mi libertad? ¿Por qué? ¿Cómo? —Se apartó bruscamente. No entendía nada. ¿Bajram había aceptado algo así? ¿A cambio de qué?

—Ven conmigo —dijo él cogiéndola de la mano.

Ella dejó que la guiase hasta el salón mientras que miles de preguntas se le amontonaban en la punta de la lengua. Él la soltó y se dirigió a las ventanas a cerrar las cortinas. Luego encendió la lámpara de pie que había junto al sofá y la miró. Una arruga de preocupación se había formado justo entre sus cejas.

—La noche que te encontré en la carretera, Ivan nos vio —comenzó él a hablar—. No pudo asociar el coche conmigo al principio, pero supongo que empezaron a atar cabos y terminaron por descubrir que estabas aquí. Los hombres de Bajram llevan días vigilando la casa.

Ella se tensó, pero esperó a que él continuase.

—Ha cerrado el *Dancing Queen* y ha trasladado a las chicas.

Oksana soltó una exclamación ahogada. La imagen de la pobre Olga acudió a su cabeza.

—Pero... pero ¿por qué?

—Para que en caso de que decidieras ir a la policía no tuvieras ninguna prueba, supongo.

—¿Y no le hubiera resultado más fácil venir a por mí? Si sabía dónde estaba... No entiendo nada... —murmuró.

—Ahí es donde entro yo en juego, parece ser...

—¿Tú?

—Bajram es... ¿cómo lo diría? —Una expresión oscura le nubló las facciones—. Un hombre de honor, por muy disparatado que suene eso. Y considera que le he traicionado ayudándote a ti. Para él es más importante que yo pague por mi traición que recuperarte a ti.

Ella se estremeció. Aquello sonaba cada vez peor.

—Hemos acordado que te dejará en paz y me devolverá tu pasaporte y tu visado. No tienes que volver a tener miedo.

Oksana arqueó las cejas, estupefacta.

—¿A cambio de qué? —le preguntó.

—Tengo que luchar una última vez para él y se acabó —repuso él, dándole la espalda. Los músculos de sus hombros se mostraban rígidos bajo la tela de la camiseta.

—¿Luchar para él? Pero... no entiendo..., eso es algo que ya haces...

—Bueno, esta vez será diferente...

Oksana frunció el ceño. ¿A qué se había comprometido?

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —le preguntó con la voz tirante. Al ver que él no respondía, se acercó y le puso la mano sobre la espalda. Él se tensó todavía más—. Jan, dime qué le has prometido.

—Me he comprometido a perder. A dejarme ganar.

No podía ser tan simple. Nada era tan simple con Bajram. Una idea terrorífica y descabellada comenzó a tomar forma en su mente. No podía ser... Le agarró de la tela de la camiseta con energía y trató de que se diese la vuelta.

—Jan, mírame —le instó con urgencia—. ¡Mírame! —casi gritó, agarrándole del brazo con las dos manos y tirando de él con fuerza.

Él se dio la vuelta. Su mirada era sombría.

—Ya te estoy mirando —le dijo en voz baja con una calma perturbadora.

—¿Con quién vas a luchar? ¿Quién va a ser tu oponente? —Sonaba histérica y lo sabía, pero tenía el funesto presentimiento de que conocía la respuesta a su pregunta.

—Ivan.

¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

¡Ivan! ¡No, no, no! No tenía ni la menor duda de que destrozaría a Jan en el ring. ¡Ivan era un monstruo! Se llevó la mano a la boca y comenzó a negar con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra.

Él la miraba en silencio sin decir nada.

Trazó un camino con sus ojos, desde la frente arrugada por la inquietud, pasando por su nariz, todavía hinchada, y sus pómulos amoratados, deteniéndose brevemente en su boca, la boca que la había besado hacía solo unos minutos. ¿Por qué parecía tan tranquilo?

Siguió negando con la cabeza, andando hacia atrás, hasta que el sofá detuvo sus erráticos pasos.

—No... —La palabra surgió de su boca, mezcla de gemido y sollozo —. No, no, no, no... ¡No!

Él se acercó; al menos sus pies se movían en su dirección. Pero ella cada vez le veía más lejos.

—Oksana —le oyó murmurar.

—No, no, no, no... —seguía diciendo, incapaz de articular otra palabra que no fuera esa.

Entonces sintió sus manos agarrándola con suavidad por las muñecas, tirando de ella, y sus brazos envolviéndola, y su aliento junto a su mejilla. Y se aferró a él buscando su calor y la seguridad que transmitía... Enterró la cabeza en su pecho y sollozó.

Capítulo Veintitrés

Cerró los ojos y apoyó el mentón sobre su cabeza. Trató de amortiguar los temblores que recorrían su cuerpo con el suyo propio, de absorber su tristeza..., pero las lágrimas no cesaban de brotar de sus ojos mojándole la camiseta. Se limitó a abrazarla sin saber muy bien qué decir, esperando que fuese ella la que marcara el ritmo. Si necesitaba llorar, que lo hiciera.

—No quiero que te enfrentes a Ivan. —Su voz, susurrante, apenas llegó a sus oídos.

«Yo tampoco quiero enfrentarme a él. Y menos de esta manera», pensó, pero no dijo nada. En igualdad de condiciones las cosas serían diferentes. Pero ¿así? ¿Sabiendo que no podía defenderse?

—No te preo... —comenzó a decir, pero entonces ella se apartó con rudeza y le miró con los ojos empapados y brillantes por el enfado.

—¿Que no me preocupe? No vuelvas a decirme eso, Jan... ¿Cómo no voy a preocuparme sabiendo que te vas a dejar dar una paliza por mí? —le tembló la voz pero continuó—. No puedes... —exclamó, esta vez con más firmeza.

—Ya está decidido —repuso con agotamiento.

—Pues échate atrás. Llama a Bajram y dile que te lo has pensado mejor.

Él dejó escapar una risa sarcástica.

—Eso es una estupidez.

—Tiene que haber otra cosa que podamos hacer —sugirió ella, desesperada.

—No hay nada. —Negó—. ¿No lo entiendes? Él no va a aceptar otra cosa que no sea verme humillado, destrozado, a sus pies. Así de simple. Y tú lo sabes, Oksana.

Ella le miró con intensidad.

—No puedes enfrentarte a Ivan —repitió, pero su voz carecía de convicción—. No por mí. No por mí...

—Vamos, hago esto con frecuencia —dijo él con mucha tranquilidad, tratando de quitarle hierro al asunto. Dio dos pasos y se situó justo frente a ella, que tuvo que levantar la cabeza para mirarle a la cara—. Es otro combate más —mintió—. Y después serás libre.

—Pero ¿a qué precio? —gimió ella, llevándose las manos a la cara y tapándose la. Dejó caer los hombros hacia delante, derrotada.

—Déjame a mí pagar ese precio —le dijo, volviendo a abrazarla. Ella no le devolvió el abrazo, pero tampoco le rechazó. Al menos ya no lloraba.

Le levantó la barbilla con los nudillos para poder verle la cara. No pudo evitar recrearse en sus facciones. Las marcas de los golpes cada vez eran menos evidentes. La recordó como la vio aquella noche en el despacho de Bajram, con ese cutis blanco e inmaculado, esos labios rojos, esos ojos tan particulares y su pelo negro y brillante... Le había robado el sueño durante días, metiéndose en su cabeza y reclamando un lugar allí... Y lo peor de todo no era que hubiese encontrado su sitio dentro de su mente, al parecer también se estaba abriendo paso con toda rapidez camino de su corazón. Solo hacía unas semanas que la conocía y ya estaba dispuesto a arriesgar su vida por ella. ¿Qué decía eso de él? Que estaba completamente loco, sin duda. Tenía muy claro que Ivan iba a tratar de destrozarle, a infligirle el mayor daño posible. También sabía que los daños podían ser irreparables...

Y aun así, estaba muy seguro de la decisión que había tomado. Esa chica se merecía ser libre. Y él le iba a conseguir su libertad.

—No quiero que te hagan daño —susurró ella en ese instante.

—Más daño me haría que tuvieses que volver con él —dijo entre dientes.

Una gruesa lágrima rodó por su mejilla y él se la limpió con el pulgar.

—Lo siento —murmuró.

—¿Qué sientes?

—Esto... —Apartó la mirada—. Llorar... Me he pasado los últimos meses sin poder hacerlo y ahora parece que no puedo parar...

—Oksana, yo no soy Bajram —le dijo algo molesto—. Lloro todo lo que quieras. Destrózate los ojos llorando si es lo que necesitas. Y no vuelvas

a pedir perdón por nada.

Ella volvió a mirarle. Le temblaba el labio inferior.

—Ya sé que no eres Bajram. —Levantó la mano y le delineó la forma de la ceja con la punta de los dedos, luego bajó por su sien, su pómulo, su mejilla y su mentón, para terminar dibujando el contorno de su boca—. Tú eres especial —dijo. Su mirada había seguido el trayecto de sus dedos.

Jan, que había contenido la respiración durante la breve exploración, la dejó escapar ahora. Después apresó su mano, la que ella había utilizado para acariciarle y la besó en la parte interna de la muñeca, con muchísima suavidad. ¿Eran imaginaciones suyas o una sacudida acababa de recorrerle el brazo? No pudo precisarlo, además ella se apartó de pronto y se alejó unos metros, dándole la espalda. La miró, aturdido. ¿Qué era lo que había dicho hacía un segundo?

Ya sé que no eres Bajram. Tú eres especial.

Si ella supiese... Se le oscureció la mirada al pensar en los encargos que había hecho para el albano-kosovar. Recordó las expresiones llenas de miedo en las caras de los individuos a los que había tenido que intimidar... por orden de Bajram...

—¿Cuándo es la pelea? —La repentina pregunta le trajo de regreso a la realidad.

—El sábado.

—¿Este sábado? —Ella se dio la vuelta y le miró sorprendida—. ¡Pero si solo faltan cinco días! No vas a tener tiempo para recuperarte... —La preocupación oscureció sus facciones.

—No tengo que recuperarme mucho para perder —dijo mordaz.

Ella guardó silencio.

—Y ¿qué va a pasar después? —murmuró al cabo de un rato.

—¿Después de la pelea? Bajram se ha comprometido a entregarme tu documentación. Serás libre para hacer lo que quieras.

—¿Confías en él?

—No —respondió tajante—, pero como te he dicho antes, es un hombre de honor. A su manera, pero lo es. Y si se compromete a algo, lo cumple. Además, has dejado de ser un peligro para él.

Ella asintió lentamente, parecía estar procesando la información. Volvió a mirarle durante unos segundos, en silencio.

—¿Qué va a pasar con las otras chicas? —A pesar de que la pregunta la hizo en voz alta, parecía estar preguntárselo a sí misma.

—No tengo ni idea. Quizá ya las haya sacado del país... Esto es demasiado grande para nosotros... —repuso, pasándose la mano por la frente con un gesto fatigado.

—Tienes cara de cansado —le dijo ella de pronto.

—Estoy agotado, la verdad.

No había sido consciente de ello hasta que ella no lo había mencionado. Pero de pronto notaba cada centímetro de su cuerpo dolorido, en parte debido al entrenamiento, pero principalmente por la tensión vivida durante la reunión con Bajram y el posterior trayecto a casa en coche.

—¿Quieres comer algo o prefieres acostarte?

—Prefiero lo segundo, sin duda.

—Entonces yo también me voy.

Parecía indecisa, como si estuviese esperando algo; finalmente se dio la vuelta y se dirigió hacia el pasillo. Él la siguió con la mirada.

«No lo hagas», se dijo. «No lo hagas».

Pero lo hizo.

—Oksana —la llamó. Ella se detuvo y le miró por encima del hombro.

—Sí. —El monosílabo surgió de sus labios mitad afirmación, mitad pregunta.

—Duerme conmigo esta noche —dijo de forma abrupta. La vio coger aire y llevarse la mano al pecho.

—Jan... no sé... no sé si... puedo... si estoy... —le temblaba la voz.

—No. No me has entendido —la interrumpió él—. No quiero acostarme contigo... Bueno sí, claro que quiero acostarme contigo. No soy gilipollas... —añadió, arqueando una ceja—. Pero esta noche solo quiero que duermas en mi cama, conmigo. Quiero abrazarte y hacerte sentir segura.

Podía engañarla y engañarse a sí mismo diciéndole que lo hacía por

ella, para que se sintiese protegida, pero el que lo deseaba era él. Esa era la cruda realidad. Había pasado tanto miedo por ella en las últimas horas que lo que más necesitaba era sentir el calor de su cuerpo entre sus brazos. Y sí, sabía que había sonado como un imbécil. Pero le dio igual.

—Está bien —respondió ella en voz baja. Y se marchó en dirección al dormitorio.

Jan se quedó quieto unos instantes. Aun a sabiendas de que los hombres de Bajram estaban ahí fuera, vigilando la casa, se permitió relajarse por primera vez en horas. Ella estaba a salvo.

Y así iba a seguir.

Se llevó los dedos a las sienes y se las frotó con suavidad. Una incipiente jaqueca comenzaba a manifestarse. Eso era lo último que necesitaba. Se dirigió al baño y se tomó un par de pastillas, esperando que el dolor no fuese a más.

Ella le esperaba en su habitación. Había ignorado el pijama que Eli le había comprado y volvía a llevar puesta una de sus camisetas con el logotipo de su estudio de tatuajes. No pudo evitar mirarla de arriba abajo con cierta satisfacción.

—Te queda mejor que a mí —señaló, y ella le devolvió una trémula sonrisa.

Se dio la vuelta y se quitó las zapatillas, los vaqueros y la camiseta. Podía sentir su mirada clavada sobre su espalda. Parecía como si el ambiente se hubiera enrarecido. Se giró y la descubrió mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿Te incomodo?

—No —respondió ella apartando la vista.

—¿Quieres que me ponga una camiseta? —No quería hacerlo, le resultaba incluso ridículo, pero si era lo que ella deseaba...

—No.

—¿Prefieres irte a dormir a tu habitación? —le preguntó al ver cómo la incertidumbre cubría su rostro.

—No —replicó. Esta vez un gesto de su cabeza acompañó al monosílabo.

Jan se la quedó mirando. Quizá todo estuviese sucediendo muy deprisa para ella, se dijo. Para él, demasiado despacio. Si por él fuera ya la habría atrapado entre sus brazos y se la habría comido a besos... la habría arrojado sobre la cama y se habría tumbado sobre ella...

Sí. Demasiado despacio.

Se acercó y la abrazó, dejando que su cuerpo se acoplase al suyo. ¿Cómo era posible que encajasen de aquella manera tan impecable? Cada hueco, cada montículo, cada curva... todos encontraban su lugar y se ensamblaban a la perfección.

—Quería darte... las gracias también... por lo de antes... —musitó ella. Su aliento le hizo cosquillas en el cuello.

—¿Lo de antes? —le preguntó sin entender.

—Sí, por cómo me has tranquilizado por teléfono. No sé cómo sabías que ese recuerdo había sido tan importante para mí.

«Joder, porque para mí también lo fue», pensó.

Pero no dijo nada. La empujó hacia la cama y ella se dejó empujar. En breve ambos se encontraban tumbados, él boca arriba, y ella acurrucada a su costado. De alguna manera, todos los problemas y todas las preocupaciones desaparecían cuando ella se pegaba a él de ese modo y se abandonaba a su abrazo. Hasta la migraña se había esfumado como por encanto. Dejó escapar un suspiro cansado. Tenía tantas cosas en qué pensar, tantas cosas que planear..., pero ya se preocuparía al día siguiente. Extendió el brazo y apagó la luz de la mesilla. Ella había apoyado la mano en su pecho y quizá sin ser consciente de ello le acariciaba con suavidad. Una profunda paz le invadió. Paz que se vio interrumpida por las siguientes palabras que surgieron de su boca.

—Jan, quiero contártelo todo —susurró ella, como si la oscuridad y los momentos que habían compartido antes la hubiesen animado a tomar una decisión.

Él no le contestó, se limitó a abrazarla con más fuerza.

—Cuando vivía en Ucrania no me preocupaban demasiado los chicos, ¿sabes? —comenzó, titubeante—. Solo tenía una meta: estudiar mucho para convertirme en maestra, como mi bisabuela. Mis padres murieron cuando yo era niña y fue ella la que me crio. Solo deseaba que estuviese orgullosa de mí.

Así que me mantenía al margen de citas y de tonteos. Y no es que fuese una niña inocente y tonta... bueno, al final resultó que sí. —Su voz se cargó de amargura.

Jan la escuchaba en silencio. No sabía muy bien dónde quería ir a parar.

—Cuando Bajram se enteró de que yo no era muy experimentada... en fin, creo que eso fue lo que le hizo decidirse por mí... Eh... —vaciló—. Yo era... era virgen.

—No tienes que hablar de esto, si te incomoda, Oksana —le dijo, tratando de tranquilizarla.

—No. Quiero hablar de esto contigo. Es importante.

Él volvió a guardar silencio. Le acarició la espalda con lentitud a través de la tela de la camiseta.

—La primera noche no fue tan terrible, en realidad —hablaba tan bajito que él tuvo que esforzarse por entenderla—. Fue la noche que me quemó en el brazo... y luego todo sucedió tan deprisa... Se tumbó encima de mí y... lo hizo... —suspiró—. Me dolió, pero comencé a pensar en casa y en mi bisabuela... y lo... soporté.

Todo su cuerpo se envaró al escuchar aquello. Tuvo que morderse las ganas de levantarse y liarse a golpes contra algo. ¡Dios! La mano de ella se cerró y él la rodeó con la suya propia, tratando de transmitirle confianza, seguridad... No sabía qué.

—Lo peor vino después, en realidad...

Él cerró los ojos. No deseaba oírlo.

—Le gustaba que le esperase todas las noches tendida en la cama, sin ropa. Sin moverme. Sin taparme... A veces... le tenía que esperar durante horas en la misma posición. —Las frases murmuradas le iban saliendo forzadas... como si se le escapasen del alma—. Cuando él llegaba no me dejaba cerrar los ojos... Tenía que mirarle todo el tiempo... Tampoco podía emitir ningún sonido... aunque... aunque me hiciese daño.

Jan sintió un calor abrasador en el pecho, producto de la ira. Trató de controlarse, de aguantar estoicamente mientras ella le relataba el horror por el que había pasado. Pero no sabía si iba a poder conseguirlo.

—A veces no venía en toda la noche, pero yo no podía moverme, por

si acaso entraba en cualquier momento en la habitación... Tampoco podía dormirme... Otras veces venía pronto y acababa deprisa. Esas eran las mejores noches... Podía descansar al menos unas horas después de... eso. — Hizo una pausa y suspiró. Su agitada respiración le bañó la clavícula, haciendo que se le pusiera la carne de gallina—. Estaba tan cansada, Jan... tan cansada... Creía que no iba a haber otra vida para mí..., que eso iba a ser así para siempre.

Si antes ya había pensado que ella era una mujer fuerte, sus palabras murmuradas y cargadas de angustia solo habían conseguido reafirmar la opinión que tenía de ella. Esa mujer era admirable...

La besó en el pelo.

—Estar aquí contigo es como un soplo de aire fresco, Jan. Es como si hubieses abierto una puerta a... algo. No sé... No tengo ni idea de lo que es..., pero no quiero dejar de vivirlo. Quiero estar ahí... —se le quebró la voz—. Ni siquiera sé si me entiendes. No quiero decepcionarte.

—¡Dios! ¿Decepcionarme?

No pudo contenerse más. Tener a aquella mujer entre los brazos, confesándole todo aquello le desarmaba, le dejaba desnudo completamente. Se giró con cuidado, echándose parcialmente sobre ella. Con la mano que tenía libre delineó los contornos de su cara como ella había hecho antes con él, en el salón. Se percató de que tenía las mejillas húmedas

—Son muchas las emociones que me inspiras, Oksana, pero ¿decepción? Jamás. —Fue tajante—. Y te prometo una cosa... Nunca, nunca más vas a tener que pasar por todo eso que pasaste —continuó con fiereza—. Te doy mi palabra. ¿Me entiendes?

—Sí —murmuró ella.

—¿Y me crees?

—Sí —volvió a murmurar.

Entonces se inclinó y depositó un beso sobre sus labios. Breve y dulce.

—Y ahora, déjame que te abrace. Duérmete entre mis brazos, *Schneewittchen*... Déjame ser tu príncipe azul, al menos por esta noche. — Soltó una carcajada ronca y cargada de ironía—. En cierto modo me siento como si hubiese rescatado a la princesa.

Ella no respondió, pero se acurrucó a su lado y se dejó abrazar. Y él la agarró con firmeza. Suspiró por dentro. Sentía el alma pesada y notaba cómo las cosas se le iban de las manos. Pero, joder, ¿acaso no se merecía él también un soplo de aire fresco?

Diario de Oksana Novalnyova

25 de julio – Malinovka (Ucrania)

¡Han contactado conmigo!

Quieren conocerme. Están interesados en mí por mi dominio del español, eso dicen en su email. Esta tarde tengo una entrevista en una cafetería con una señora Lorena Gómez. Va a venir a Malinovka a verme.

¡Estoy muy excitada!

Tengo que planear qué ropa ponerme para causarle buena impresión. La verdad es que no tengo muchas cosas, pero Irina y yo somos de la misma talla y me ha dicho que puedo elegir lo que quiera de su armario. A veces no me toman en serio por mi aspecto y odio que sea así. Sé que soy llamativa y no me gusta que me juzguen por mi físico. Creo que voy a ponerme un vestido oscuro. Y me recogeré el pelo para parecer más profesional.

Quizá me den el trabajo y quizá en España pueda ganar suficiente dinero para poder seguir estudiando. Volveré a la universidad y seré maestra...

Sé que soy tonta por hacerme ilusiones, pero es la primera cosa buena que me pasa en meses.

Capítulo Veinticuatro

Habían transcurrido cuatro días desde la fatídica noche en que Bajram había llamado a Jan. La misma noche en que él le había pedido que durmiese con él y ella había aceptado. No había vuelto a abandonar su cama. Dormían juntos todas las noches y amanecían juntos todas las mañanas. Era perfecto. Oksana apenas se atrevía a pensar en el día siguiente, el día del combate... Sabía que ese día cambiaría su historia para siempre.

Jan se pasaba los días enteros entrenando en el cobertizo. No había querido volver al gimnasio y dejarla sola. Ella se sentaba en un taburete al lado de la puerta, apoyaba los codos en las rodillas y la barbilla sobre las manos, y le miraba golpear el saco una y otra vez, con las piernas, con los brazos..., dejándose la piel hora tras hora hasta que terminaba empapado en sudor y completamente exhausto. De vez en cuando levantaba la cabeza, y cuando la veía allí mirándole, le sonreía. Y esas sonrisas, tan parecidas a las sonrisas que ella había visto en el álbum de fotos, le llegaban al corazón.

Quizá él había bromeado aquella noche diciendo que quería ser su príncipe azul, pero ¿de qué otra manera podía verle ella? Por supuesto que lo era. Sí. Tatuado, con su aspecto feroz y su cabeza afeitada, pero sin duda, su príncipe azul.

Acababa de llevarle un vaso de zumo al cobertizo y se había quedado en el umbral, contemplándole. Tenía las piernas inmóviles y la espalda brillante de sudor, mientras golpeaba el saco con energía. Le devoró con los ojos, sin hablar. Sabía que él la había oído llegar y también sabía que no iba a dirigirle la palabra hasta que no hubiese acabado con su serie. No deseaba interrumpirle, así que se mantuvo en silencio, aunque el hecho de quedarse allí quieta era debido a otra razón más egoísta. Ver su poderoso físico en acción, aun concentrado y controlado pero un poco salvaje, era algo que atesoraba en su interior. Con cada movimiento se podían apreciar los músculos de su ancha espalda expandiéndose y contrayéndose, al igual que los de sus bíceps y tríceps. Usualmente la fuerza que Jan irradiaba la dejaba sin aliento, y mucho más en momentos como ese. Verle de aquella manera le permitía entrever una mínima parte del ser humano que se ocultaba tras toda

esa contención de la que él hacía gala.

No podía evitar preguntarse si cuando hiciese el amor, se asemejaría a ese hombre fuerte y poderoso que era cuando entrenaba.

Se sonrojó, como todas las veces que ese pensamiento acudía a su mente, y huyó sin esperar a que él se diese la vuelta y la saludase. Se llevó las palmas de las manos a las mejillas, tratando de controlar el rubor que se extendía por ellas. *Kakaya ya bila dura!*

Comenzó a andar meneando la cabeza. Meditaba sobre las posibilidades que se abrían ante ella. Las posibilidades que gracias a Jan iba a volver a tener. ¡Iba a poder vivir! ¡A recuperar su vida! No tenía grandes sueños, eran más bien pequeños, pero eran suyos, y por primera vez desde hacía meses se permitía creer de verdad en ellos.

Se matricularía en la universidad.

Buscaría un trabajo.

Y un apartamento pequeñito en... Sí, eso, ¿dónde?

Su mirada se ensombreció. No quería marcharse muy lejos de la zona. No quería marcharse muy lejos... de él. Se metió las manos en los bolsillos del vestido y golpeó una piedra con la punta de la zapatilla. Se detuvo de repente con la mirada clavada sobre el suelo de tierra seca.

¿Estaba loca al imaginarse que había algo entre ellos? No. No lo creía. Ella sentía algo por él y estaba segura de que él también sentía algo por ella. Quizá era pronto para ponerle nombre, pero estaba ahí, en cada gesto, en cada mirada, en cada roce, en cada palabra. Y además, ¿acaso no iba a perder un combate por ella? Apretó los labios con fuerza. Iba a dejar que Ivan le diese una paliza *por ella*... Por más que había tratado de convencerle de que todo aquello era una locura, él estaba muy decidido y ni siquiera aceptaba hablar del tema. Odiaba pensar en lo que podría suceder al día siguiente.

Siguió andando y sus pasos la llevaron hasta el campo de lavanda. Él había tenido razón aquel día cuando le dijo que a simple vista no parecía gran cosa. El estrecho caminito por el que se llegaba hasta allí estaba rodeado de arbustos y matorrales, la mayoría en flor, con colores que iban desde el suave malva hasta el morado más chillón. Todo crecía sin orden ni concierto, descuidado y salvaje. Tenía también cierto encanto. Cerró los ojos y aspiró hondo. El intenso olor volvió a cautivarla igual que había sucedido

entonces... Y sin embargo era diferente. Echaba algo de menos.

Le echaba de menos a él.

Abrió los ojos y bajó la cabeza. Era inútil tratar de negar la realidad. Él estaba ahí, todo el rato, en cada nuevo recuerdo, en cada instante...

Se dio la vuelta dispuesta a marcharse, pero apenas había avanzado unos metros cuando una figura le cortó el paso. Levantó la mirada con la sonrisa dibujada en los labios, esperando ver a Jan, pero la sonrisa se le quedó congelada en la cara al percatarse de que el que estaba frente a ella era Ivan.

—Hola Oksana —le susurró.

Se llevó las manos al cuello, horrorizada, sin poder apartar la vista del hombre que la observaba de arriba abajo con una mueca burlona. Se echó hacia atrás, trastabillando. Terminó por tropezar y se cayó. Se hizo daño en las manos al apoyarlas en el suelo para aminorar el golpe.

—Vámonos, Ivan —dijo otra voz, también en ruso. Buscó a su propietario con la mirada. Era Yuri. Se encontraba justo detrás de Ivan.

—Solo quería saludar —repuso el gigantesco ruso, esbozando una sonrisa que no pretendía ser agradable—. No deberías haberte alejado tanto de la casa... Oksana —pronunció su nombre como si fuera una amenaza y dio un paso en su dirección.

—¡No te acerques! —gritó ella, histérica.

—Pero si solo quiero ayudarte a levantarte.

—Déjala en paz, Ivan, y vámonos —volvió a decir Yuri. Parecía nervioso.

—No voy a hacerle nada.

—Bajram ha dicho que no nos acerquemos a ellos.

—No voy a hacerle nada —repitió, pero su voz se había tornado siniestra. Avanzó otro paso más hacia ella—. Mira lo que conseguiste con tu huida —casi escupió señalándose la cara y la fea cicatriz que la desfiguraba.

Oksana se le quedó mirando con los ojos muy abiertos. Le temblaban tanto las piernas que dudó que fuese capaz de levantarse. Se echó hacia atrás, arrastrándose por el suelo, tratando de alejarse de él. Pero él siguió avanzando hacia ella, mirándola con odio.

—A ti a lo mejor no puedo tocarte, puta. Pero a tu novio le voy a destrozár mañana en el ring —dijo entre dientes, volviendo a dar otro paso y otro más.

Oksana abrió la boca y volvió a gritar.

* * *

Jan terminó su serie y se dio la vuelta esperando ver a Oksana sentada en el taburete, pero se había marchado. Se quitó las guantillas y se acercó a coger el zumo que ella había dejado en la mesa junto a la puerta, lamentando que no le hubiera esperado. Estaba a punto de llevarse el vaso a los labios, cuando un agudo grito femenino rompió el silencio y congeló su movimiento.

No se detuvo a pensar. Con el corazón palpitando de manera desproporcionada, debido a la ansiedad, arrojó el vaso al suelo y echó a correr sin preocuparse de las piedras y de las ramas secas que se clavaban en las plantas de sus pies desnudos. El grito había venido del campo de lavanda. En solo unos segundos lo había alcanzado. La imagen que se presentó ante él le hizo rugir de cólera. Oksana estaba en el suelo, e Ivan se inclinaba amenazadoramente sobre ella. No vaciló. Se lanzó contra el ruso y le apartó de un violento empujón. La ira que le recorría por dentro era tan grande que todo su cuerpo comenzó a temblar, mientras avanzaba hacia delante, dispuesto a atacar.

—¡Hijo de puta! —bramó.

Y antes de que Ivan se recuperase del sorpresivo ataque, le había estrellado el puño contra el cuello. Ni siquiera sintió dolor en la mano a pesar de lo brutal del golpe. Tenía la adrenalina por las nubes y la furia ciega hacía que un velo rojo le oscureciese la mirada.

Ivan no llegó a caer. Soltando improperios en su idioma y echando chispas por los ojos trató de abalanzarse sobre él.

—¡Quietos!

Yuri, cuya presencia le había pasado inadvertida a Jan, apareció de repente entre ambos. Sujetó a Ivan por los brazos, que rugió como un animal y trató de liberarse. Pero Yuri también era una mole de hombre y aunque el otro parecía descontrolado como una fiera salvaje, echando espuma por la boca, logró detenerle. Le dijo algo en ruso, de manera apremiante, mientras le agarraba la cara con ambas manos intentando que le mirase. Finalmente Ivan

despegó los ojos llenos de odio de la cara de Jan y miró a su compañero, como si acabase de reconocerle.

Jan, todavía temblando por la tensión, se dio la vuelta y se acercó a Oksana, que seguía en el suelo y contemplaba la escena con una expresión horrorizada en la cara. Sabía que debía tener un aspecto feroz y brutal, y lo último que deseaba era que ella le tuviese miedo. La recorrió ávidamente con la mirada, tratando de asegurarse de que el hijo de puta no le había hecho nada.

—¿Estás bien? —le costó pronunciar las palabras. Salieron entrecortadas de su boca.

—Sí —murmuró ella.

Temblaba como una hoja y le miraba con los ojos muy abiertos, como si no pudiese creer lo que acababa de ver. Él le tendió la mano, enfundada en las vendas que le protegían los nudillos, y ella la tomó sin vacilar. La ayudó a levantarse.

—¿Te ha hecho algo? —Le acarició el brazo con la punta de los dedos.

—No... no.

Asintió imperceptiblemente. Después la colocó a su espalda, escudándola con su cuerpo, y se encaró con los dos rusos. Yuri se había posicionado delante de Ivan y tenía una expresión conciliadora. Levantaba las manos en el aire como queriendo disculparse. A Ivan, por el contrario, le ardían los ojos de furia y parecía dispuesto a seguir adelante con el enfrentamiento.

—Solo tienes que decirlo y el combate puede ser aquí y ahora, Ivan. Y no voy a jugar a perder, tenlo por seguro —espetó Jan entre dientes. La cólera se filtraba en cada una de sus palabras.

—Eso no va a ser necesario. Ya nos vamos —dijo Yuri en tono calmado.

—No quiero volver a veros cerca de la casa —repuso Jan con voz desafiante—. ¿Me habéis entendido?

No hubo respuesta, pero Yuri hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y cogió del brazo a Ivan, que tras unos segundos de resistencia, escupió al suelo y se dio media vuelta también, no sin antes volver a dirigirle

una mirada cargada de odio.

Los observó alejarse, mientras sentía la presencia asustada de ella pegada a él. Le había agarrado por el talle y apoyado la mejilla sobre su espalda, sin importarle que estuviese empapado en sudor. Cuando por fin desaparecieron de su vista, tras un recodo del camino, su cuerpo, que hasta ese momento se había mantenido tenso y duro como una roca, comenzó a relajarse. Se permitió el lujo de respirar.

—Ya se han ido —dijo.

Ella no respondió, pero pareció calmarse al escucharle decir aquello. Le acarició los brazos brevemente antes de darse la vuelta y mirarla con fijeza. Estaba más pálida de lo habitual.

—¡Joder! Cuando te he oído gritar... —La agarró por la nuca y acercó su frente a la de ella—. *Gott!* Creía que...

—Estoy bien —dijo ella con voz temblorosa.

Sí, estaba bien. No había pasado nada. Aun así él se negó a soltarla. Permaneció unos segundos más en esa posición con los ojos cerrados, respirándola.

—Vámonos a casa —murmuro al cabo de unos instantes. Le pasó el brazo por encima del hombro, pero lo retiró bruscamente—. Estoy sudando, te voy a empapar.

—Me da igual —repuso ella acercándose. Él vacilo, pero finalmente volvió a pasarle el brazo por encima de los hombros y echó a andar.

—No vuelvas a alejarte de la casa. No van a hacerte nada, pero no quiero que te asusten —añadió con una expresión sombría, recordando la imagen de Ivan inclinándose sobre ella... ¡Maldito hijo de puta!

—Se me olvidó que estaban por aquí —dijo ella, agarrándose a su cintura con firmeza.

—No voy a entrenar más hoy. Voy a descansar —dijo él con determinación—. Me lo merezco. ¿No crees?

—Sí, te lo mereces —susurró ella.

La miró de reojo. Llevaba puesto el mismo vestido amarillo de aquel día que la trajo hasta allí por primera vez. ¿Casualidad? El sol se reflejaba en su pelo y en su cara, iluminando sus facciones de una forma casi irreal y

hermosa... Le hubiera gustado decirle algo bonito, pero sintió que le faltaban las palabras.

—Estás preciosa, ¿lo sabes? —dijo al fin, pero el adjetivo se quedaba corto para expresar la realidad.

—No me siento preciosa.

—Pues lo estás. —Miró hacia otro lado y contempló la lavanda, pensativo y más emocionado de lo que estaba dispuesto a admitir—. Podrías llevar un saco puesto y aun así harías que se me removiesen las entrañas.

Ella no dijo nada, pero él notó cómo se tensaba. La miró. Ella le sonreía con timidez, y una ola cálida se expandió por su pecho.

—Creo que es lo más bonito que nadie me ha dicho jamás —repuso en voz muy baja, antes de apartar la mirada y dirigirla a la lavanda, como había hecho él. Se había sonrojado.

* * *

No habían vuelto a hablar del episodio con los rusos, pero sabía que ella seguía afectada. Su nerviosa sonrisa y sus ademanes inquietos la delataban. Se le había ocurrido que quizá ver viejos álbumes la distrajesen. Era media tarde y llevaban un rato sentados en el sofá, ojeando algunas fotos. La escena resultaba tan hogareña que era casi ridícula, pero Jan estaba disfrutando al máximo de la chica que tenía entre sus brazos y que apoyaba la cabeza en su hombro. Demasiado quizá...

—¿Y este es tu hermano pequeño? —le preguntó ella en ese instante señalando con el dedo a un adolescente Till.

—Sí, ese es Till.

—Os parecíais muchísimo. —Pasó la página y señaló una foto en la que aparecía él, con quince años menos, bastante más pelo y una nariz perfecta—. ¿Cuántos años tenías aquí?

—Diecinueve. —Bajó la mirada y contempló la imagen con cierta nostalgia—. Acababa de ganar el campeonato regional y habíamos salido a celebrarlo.

—Pareces tan... feliz —susurró ella acariciando el rostro del retrato con el dedo índice—. Tu sonrisa es hermosa. —Levantó la vista y le miró. El dedo que había empleado para tocar la foto, de pronto estaba sobre sus labios, recorriéndolos con una dulzura extrema—. Ahora no sonrías así, al menos no

con frecuencia.

Él atrapó su mano y se la llevó a la mejilla disfrutando de su suavidad y calidez. Sus miradas se entrelazaron, se fundieron... y una placentera sensación le envolvió. Se aclaró la garganta.

—¿Por qué lo dejaste? Lo de luchar, digo. Si te hacía tan feliz...

Tardó unos segundos en responder.

—Cuando mi madre decidió venirse a vivir a España y nosotros nos vinimos con ella, la cosa se complicó algo. Aunque seguía dentro de la Asociación y estaba en el circuito de lucha, al principio me resultó un poco difícil encontrar un buen gimnasio y un buen entrenador por aquí, por la zona. —Se rio, recordando aquellos días—. No te imaginas el desastre en que se convirtieron mis entrenamientos sin entender el idioma... Me tuve que poner las pilas y aprenderlo rápido. —Hizo una pausa y luego suspiró—. En fin, las cosas no salieron como yo esperaba. Estaba en ese momento en que para ser un profesional tenía que viajar y pasar mucho tiempo fuera de casa... Pero tampoco podía dejar a mi madre sola, encargándose de todo. Digamos que... mi hermano Till comenzó a hacer las tonterías típicas de un crío de su edad.

Recordó lo descontrolado que había estado y cómo había necesitado la mano firme de un padre —no del suyo, que la mayor parte de las veces ni siquiera sabía que existían—, o de alguien que le guiase. En aquel momento no había habido nadie más que él para ocuparse de aquello.

—Decidí dejarlo y centrarme un poco más en mi familia —terminó. Sonaba ridículo resumir en una sola frase la decisión que le había costado meses tomar y que había cambiado su vida por completo.

Ella le escuchaba en silencio, con la frente arrugada. Él levantó la mano y se la alisó. ¿Por qué de repente parecía tan reflexiva?

—Así que —dijo al cabo de unos segundos—, dejaste algo que amabas para ocuparte de tu familia... Eso es muy noble, ¿sabes?

—Tampoco es para tanto —repuso. Ella le miraba con algo semejante a la veneración, y se removió incómodo en el sofá—. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Ella arqueó las cejas con escepticismo y soltó un suave bufido.

—Yo no lo veo así. Eres... una buena persona...

¿Buena persona? ¿Buena persona? Sí, quizá lo había sido..., pero ¿ahora? Después del último año muchas cosas habían cambiado. *Él* había cambiado.

Ella cerró el álbum que mantenía sobre las rodillas y se acurrucó contra su costado, subiendo las piernas al sofá.

—¿Por qué no tienes televisión? —La curiosidad vibraba en su voz, como si el no tener un televisor fuese la cosa más sorprendente del mundo.

—Me aburre.

—¿Y qué haces cuando estás solo? ¿Para entretenerte?

—Escucho música..., leo... No sé... Entreno...

Ella guardó silencio.

—¿Por qué solo llevas la mitad del cuerpo tatuada? —le preguntó al cabo de un rato.

—No hay una razón especial. Me gusta. Es una cuestión de estética, aunque dentro de nada y si quiero seguir tatuándome tendré que empezar con el lado izquierdo. Ya apenas tengo sitio.

Se miró la pantorrilla. Allí estaba el último tatuaje que se había hecho hacía cosa de año y medio. Representaba a Yggdrasill, el gran fresno, cuyas poderosas ramas separaban los cielos de la tierra y cuyo tronco constituía el eje del universo, según la mitología nórdica. Todos sus tatuajes tenían algo que ver con ella.

—Algunos son muy llamativos —murmuró ella con cierta turbación.

Él la miró con los ojos entornados. ¿Por qué ese azoramiento repentino? De pronto le vino a la cabeza lo que había sucedido aquella noche en la que le había masajado la cadera. ¿Estaría recordando cómo le había inspeccionado debajo de la toalla? El pensar en aquello hizo que toda la sangre de su cuerpo fuese a parar a su entrepierna. Se retorció inquieto.

—Tengo algunos muy interesantes, verdaderas obras de arte, como ya te dije.

—¿Qué significado tienen? —le preguntó.

—¿Cuál?

—No sé... todos...

—Dime uno y te lo digo.

—Este —dijo, señalando su pectoral.

—Es Heimdall, el hijo de Odín. Era el dios de las olas y de la luz. Aquí está representado haciendo sonar su cuerno Gjallarhorn, anunciando la llegada de Ragnarok.

Ella le miró cómo si hubiese hablado en chino y él emitió una breve risa.

—¿Y este? —Le tocó el vientre con mucha delicadeza y a él se le puso la carne de gallina. ¿De quién había sido la grandiosa idea de no ponerse camiseta? Ah, sí, suya.

—¿Ese? Ese anciano que toca el arpa es Brage, dios de la música y la poesía. También era hijo de Odín.

—Algún día me harás un tatuaje a mí —murmuró ella.

Él la abrazó con más fuerza sin saber qué decir. Le costaba pensar en el futuro, en otro día que no fuese el presente. Quizá no tuviesen más día que aquel. Quizá esa fuese la última vez que pudiesen estar juntos. Quién sabía lo que podía pasar después de la pelea...

—¿Quieres que ponga música? —le preguntó ella.

—Yo la pongo. —Se incorporó con rapidez—. ¿Qué quieres escuchar?

—A Elvis —respondió sin pensarlo ni un instante.

Él la miró sorprendido y sonrió de medio lado mientras se dirigía a la estantería. Eso sí que no se lo había esperado.

—Creo que tengo algo de Elvis. Vas a tener suerte.

—Perfecto.

Encontró el CD y lo puso. Pronto, la canción *Love me tender* inundó la estancia. Y mientras se daba la vuelta y la miraba, allí sentada en su sofá, en su casa, en su vida... tomó una decisión.

Una decisión egoísta.

¿Acaso no se lo había ganado? ¿No se merecía un respiro? Pues esa chica era su respiro, decidió. Quizá breve, pero *suyo*... al menos por el momento.

Oksana era su premio...

* * *

—Baila conmigo.

—¿Cómo? —Le miró extrañada.

—Baila conmigo —volvió a insistir.

¿Iba en serio? Él tenía un gesto persuasivo y le tendía la mano. Sí, parecía ir en serio.

—No se me da muy bien bailar —trató de excusarse.

—Yo te guío.

—Pero...

—Baila conmigo. —Su voz había adquirido un tono apremiante y sus ojos la contemplaban con cierta urgencia.

Finalmente, y con cierta timidez, se puso en pie y le cogió la mano. Él tiró de ella y la pegó contra su cuerpo, sujetándola con firmeza por la cintura. La parte superior de su cabeza apenas le llegaba a los hombros. De pronto no supo qué hacer con los brazos.

—Abrázate a mí —le susurró él al oído, como si le hubiese leído los pensamientos.

Lo hizo. Entrelazó los dedos detrás de su cuello y apoyó la mejilla en su pecho. Él comenzó a moverse con cierta languidez, sin seguir el ritmo que marcaba la canción; solo se mecía y la mecía con él. Cerró los ojos y dejó que la música y su contacto la embriegasen. Sus brazos firmes la envolvieron y su aliento le bañó la sien, apenas. Aspiró hondo y dejó que su olor, ese olor tan masculino y tan de él, la llenase. Un suave suspiro escapó de su boca...

En sus brazos se sentía tan especial... tan única...

Pero entonces la canción terminó.

—Se ha acabado —murmuró con pesar, mirándole.

—Da igual. Ahora empieza otra —musitó él sin soltarla. Sus ojos se habían oscurecido y tenía las pupilas dilatadas.

En ese instante, los primeros acordes de una preciosa melodía emergieron del equipo de música. Era una de sus canciones favoritas de Elvis. *Can't help falling in love*. A pesar de no entender la letra, siempre le

había resultado especialmente conmovedora. Jan empezó a moverse con lentitud, de nuevo, arrastrándola con él. Podía sentir la dureza de su cuerpo contra el suyo... Sus muslos, sus caderas, su pecho, sus brazos... Y sus ojos recorriéndole el rostro y deteniéndose en su boca. Entonces, y de manera inesperada, comenzó a cantar en voz baja.

—*Shall I stay... would it be a sin... if I can't help... falling in love with you...*

Su timbre era ronco y profundo y ella le escuchó cautivada, incapaz de apartar la mirada de sus labios, que se movían al unísono con la letra de la canción, mientras un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—Tradúcemela —le pidió con voz entrecortada.

Él no se hizo de rogar. Sin dejar de moverse y mirándola con mucha intensidad, comenzó a recitar:

—*Tan seguro como que un río fluye hacia el mar, querida así es... algunas cosas están destinadas a suceder... Toma mi mano, toma mi vida entera también...*

Ella tragó saliva, completamente seducida por el momento, por la música, por su cercanía... Entonces él se inclinó y a meros milímetros de sus labios le susurró:

—*Ya que no puedo evitar enamorarme de ti...*

Sí, era solo una canción y esas palabras eran de Elvis y no de Jan, aun así, él las había pronunciado de una manera tan... real. Y seguía mirándola con tanta emoción, y su boca estaba tan cerca...

Cerró los ojos.

Entonces sintió sus labios sobre los suyos. La besó. Una vez. Dos veces. Tres veces. Con suavidad.

Después se apartó.

—Duerme conmigo esta noche.

Oksana abrió los ojos conteniendo la respiración, sabiendo que aquella noche el verbo dormir no significaba solo eso. Y a pesar de que no había sido una pregunta, ella respondió:

—Sí.

Diario de Oksana Novalnyova

28 de julio – Malinovka (Ucrania)

La entrevista ha ido muy bien. La señora Gómez, aunque ella insistía en que la llamase Lorena, es una mujer muy guapa y elegante, con clase. Ha venido con un hombre algo estirado, también español, aunque él apenas ha hablado. Me ha hecho muchas preguntas, sobre todo le interesaba saber por qué quería emigrar a España y yo le he dicho la verdad, porque estoy sola y porque siempre ha sido mi sueño.

El restaurante que quiere montar en Barcelona va a ser un restaurante de lujo y necesita chicas con buena presencia. No le importa demasiado que no tenga experiencia como camarera. Dice que nos darán un curso antes de empezar a trabajar.

Al principio estaba nerviosa y creo que hasta he tartamudeado, pero luego todo ha ido perfecto. Mi español es muy bueno, lo sé. He tenido la impresión de que les había gustado.

Ojalá me llamen.

Capítulo Veinticinco

Apenas podía creerse que estuviera sucediendo, y sin embargo así era. Había sido ella misma la que había dicho *sí*.

Habían dejado el equipo de música encendido y la inconfundible voz de Elvis los siguió hasta el dormitorio. Contempló la cama con cierta aprensión y le miró de reojo. Una oleada de inseguridad la invadió. ¿Qué sabía ella realmente sobre cómo complacer a un hombre? Él parecía tan seguro y tan decidido en ese momento que se acobardó. Le soltó la mano.

Él se dio la vuelta y la miró.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —se apresuró a responder. No se atrevió a subir la mirada más allá de su cuello—. Es solo que...

—Ven aquí —murmuró sin dejar que ella siguiese hablando. Volvió a cogerla de la mano y la atrajo hasta que sus cuerpos se rozaron. Después le levantó la barbilla con los nudillos—. No tengas miedo.

—No tengo miedo, Jan... Es solo que... no sé si voy a... —se detuvo, tratando de encontrar las palabras correctas. Él la miraba de una manera tan intensa que le dio un vuelco el corazón—. Creo que no voy a estar a la altura —dijo al fin.

Una sonrisa deslumbrante se instaló en los labios de Jan. Le sujetó el rostro con ambas manos.

—Es probable que el que nunca esté a tu altura sea yo —dijo justo antes de besarla.

Su boca se posó sobre la de ella y a pesar de que no era el primer beso que intercambiaban, le pareció que sí. Cerró los ojos y se abandonó a la caricia de sus labios, ya que eso fue: una suave caricia. Era curioso que un hombre de su tamaño pudiera besar de aquella manera tan delicada. El contraste de esa suavidad con la fuerza que emanaba de su cuerpo resultaba apabullante. Su lengua le recorrió el labio inferior y ella dejó escapar un gemido. Deslizó las manos por su talle y le abrazó, deseosa de estar más

cerca de él.

—Llevo soñando con hacer esto muchas noches, muchas... —dijo él contra su boca.

Oksana no pudo hacer otra cosa más que asentir, aturdida. Con timidez sacó la punta de su lengua y se encontró con la de él, que jadeó y le soltó la cara para cogerla con firmeza por la cintura y apretarla contra sí. Su erección se le clavó en el estómago y ella se envaró, sin ser consciente de que lo hacía, pero él sí pareció percatarse de ello. Levantó la cabeza y la miró.

—No tenemos por qué hacer esto, Oksana.

Ella cerró los ojos un instante para volver a abrirlos llenos de determinación.

—Quiero hacerlo, Jan. Quiero que sea contigo. —No se atrevió a ser más clara. A pesar de que no era su primera vez, en cierto modo sí lo era. Esperaba que la entendiese, a pesar de su parquedad.

Él pareció haber comprendido, porque asintió. Aflojando su abrazo pero sin soltarla del todo se sentó en el borde de la cama, colocándola entre sus piernas. Ella apoyó las manos en sus hombros y le miró con cierta curiosidad.

—Vamos a ir a tu ritmo. —Deslizó las manos hasta sus caderas y, apoyando la frente en su pecho, aspiró hondo—. Me encanta cómo hueles. Toda la casa huele a ti... Es intoxicante... y delicioso...

Las vibraciones de su voz contra su cuerpo la hicieron estremecer. Se pegó más a él y le acarició el suave cráneo, deleitándose con el jadeo que él expelió. Notó su cálido aliento contra su esternón y en silencio deseó que él girase la cabeza para poder sentirlo contra alguno de sus senos, que notaba pesados y sensibles. Pero él no lo hizo, se retiró y alzó la vista. Sus ojos, que ella había catalogado como «bonitos», la taladraron.

«¿Bonitos? ¿Solo bonitos? ¿En qué demonios estabas pensando? Son hermosos», se dijo, sin poder apartar la mirada. Eran de color azul profundo y tenía las pestañas largas y de un tono rubio oscuro.

—Quiero tocar cada centímetro de tu cuerpo con mis manos —musitó, y ella sintió cómo si una llama hubiese prendido en el centro exacto de su ser.

Y sin más preámbulos él comenzó su recorrido, fijando como punto

de partida sus desnudas pantorrillas. Oksana se agitó al sentir las palmas de sus manos sobre la sensible y delicada piel. Inició un lento ascenso, deteniéndose brevemente en la curva de sus rodillas, para seguir subiendo sin apenas pausa por la parte trasera de sus muslos. En ningún momento apartó los ojos de su cara. Ella fue consciente de que la humedad se extendía entre sus piernas, temblorosas, y bajó la mirada. No pudo evitar fijarse en el bulto pulsante dentro de sus pantalones.

—No te preocupes por eso —susurró él, dándose cuenta de dónde miraba—. Deja que ese sea mi problema. Tú solo... relájate.

Acto seguido posó las manos sobre sus glúteos, cubiertos por las finas bragas de encaje. Ella soltó un gemido sofocado, notando cómo su ropa interior se empapaba todavía más. Se revolvió inquieta. ¿Relajarse? ¿Cómo iba a relajarse si él la acariciaba de aquella manera?

—Jan —balbuceó.

—Dime, Oksana, ¿no quieres que siga? —Su voz era pura seducción.

Ella sacudió la cabeza con brusquedad y luego asintió con vehemencia. ¡No! ¡Sí! ¡Por supuesto que quería que siguiese!

—Si algo te incomoda, dímelo y paro —murmuró él, y movió sus manos unos centímetros. De pronto sus dedos la acariciaron justo ahí, entre las piernas, a través del tejido de sus bragas.

—¡Ah! —exclamó, cerrando los ojos y apoyándose pesadamente contra él. Las piernas le flojearon. Pero él se retiró de repente y dejó de tocarla. Volvió a sujetarla por el talle. Ella abrió los ojos y le miró, insegura.

—Llámame imbécil —dijo con voz áspera—, pero necesito saber que tú deseas esto tanto como yo. Sé que no lo has tenido fácil en los últimos meses... Necesito que estés segura... ¿Tú quieres esto tanto como yo?

Oksana tenía problemas para concentrarse en lo que él estaba diciendo. Ella era la primera sorprendida de estar tan excitada. Sentía todo su cuerpo en llamas, ardiendo... Jamás había experimentado algo parecido, y descubría que esa fascinante sensación le encantaba y la asustaba al mismo tiempo. El pensar en seguir adelante con Jan... Él era tan... Jan era...

No tenía palabras.

—Sí, lo quiero tanto como tú —confesó al fin.

—Pues vamos a hacerlo bien.

Le cogió el bajo del vestido y lo fue levantando poco a poco, hasta que la tela cubrió sus ojos y ella ya no pudo ver su mirada cargada de fuego. Creyó sentir el suave roce de sus labios sobre su abdomen, pero fue algo tan ligero, que pensó que se lo había imaginado. En cuanto la prenda ya no fue un obstáculo, buscó sus ojos, ansiosa. La miraba con una mezcla de deseo contenido y admiración. Se sintió expuesta ante él, apenas cubierta por sus diminutas bragas.

—Me dejas sin aliento... Eres preciosa —susurró, estrechándola con firmeza. Ella sintió su torso duro y firme pegado a su cuerpo. Sus enormes manos le abarcaban toda la espalda.

Se derritió al escucharle decir aquello. Apoyó la mejilla sobre su cabeza y le acarició los hombros, cerrando los ojos. Estaba abrumada por todo lo que él le hacía sentir... Cada palabra que pronunciaba le llegaba directa al corazón. Se le habían llenado los ojos de lágrimas y tuvo que parpadear para ahuyentarlas.

—¿Te he dicho antes que quería tocar cada centímetro de tu cuerpo con mis manos? Pues acabo de darme cuenta de que lo que en verdad quiero hacer... es recorrerlo con mi boca.

Nada más decir esto, comenzó a depositar pequeños besos en el valle de sus pechos, para después desviarse ligeramente hacia la derecha y con una delicadeza agónica besar su seno una y otra vez, terminando por rozar con su boca su erecto pezón.

—¡Jan!

El nombre se le escapó, mitad exclamación mitad jadeo. Se aferró a él con desesperación, ávida por más caricias como aquella, y él no se hizo de rogar. Daba la sensación de que solo deseaba complacerla. Siguió besándola de aquella manera tan íntima, pasando de un pecho al otro, empleando los labios y la punta de su lengua apenas. Ella se retorció inquieta entre sus brazos. Sentía como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se hubieran concentrado en los trozos de piel que él besaba. Un escalofrío de placer le recorrió la espalda, y luego otro y otro...

Su propia reacción la asustó. Le empujó, apartándole unos centímetros. Él levantó la cabeza y la miró con una expresión interrogante.

—¿Quieres que pare? —jadeó. Su voz sonaba ronca por la excitación.

—Es... es demasiado... para mí —susurró—. Es todo... tan... nuevo...

Él se echó hacia atrás y la contempló pensativo. Una arruga se marcaba entre sus cejas. Ella se sintió como una estúpida. ¿Qué había hecho? Había roto un momento precioso, un momento perfecto... Se abrazó a sí misma, sintiéndose más desnuda que antes. Pero su siguiente movimiento la sorprendió. Se inclinó, le desanudó los cordones de las zapatillas y se las quitó. Cuando volvió a levantar la vista la miró con tal calidez que ella pensó que se le derretiría el corazón.

—Ven. —La cogió de ambas manos y tiró de ella con suavidad—. Déjame que te abrace. —Se tumbó en la cama y la arrastró consigo. Ella se tendió a su lado.

—Siento ser tan tonta, pero...

No la dejó continuar. Le puso el dedo índice sobre los labios y le regaló una de esas sonrisas increíbles.

—Está bien. Solo déjame que te toque y que te bese... ¿Podrás soportarlo? —Un toque de humor se filtró en sus palabras.

Ella asintió. Estaba algo tensa, pero trató de relajarse.

—Me llena de rabia pensar que alguien ha podido hacerte esto —comenzó él, delineando con los dedos las marcas de color violáceo que teñían sus costillas. Su caricia era sutil—. Y esto. —Le rozó el esternón—. Y esto. —Su mano subió y se detuvo justo al lado de su clavícula. La miró fijamente a los ojos—. Nunca más, Oksana. ¿Me oyes? Nunca más.

—Lo sé —dijo ella.

Después hundió la cara en el hueco de su cuello y le pasó un brazo por la espalda, pegándola a él como si quisiera que ella le traspasase. Mientras, con su mano libre trazó el contorno de su figura. Se detuvo en la parte externa de su seno y ella notó cómo el calor invadía de nuevo el centro de su cuerpo. Contuvo la respiración, pero él siguió con su avance, pasando por su costado, su cadera y bajando hasta su muslo, donde la marca del golpe que había recibido todavía era muy evidente. Allí sus dedos la acariciaron de una forma tan ligera que apenas los sintió sobre su piel. En ningún momento levantó la cabeza, seguía depositando suaves besos en el nacimiento de su cabello, debajo de su oreja... sobre la fea cicatriz que el cuchillo de Ivan le

había causado.

Cerró los ojos, avergonzada. Avergonzada por... por todo.

Por todas sus noches con Bajram.

Por tener cicatrices en el cuerpo.

Por haber soportado todo aquello.

Por que Jan no iba a ser el primero...

Un lamento ahogado se escapó de sus labios y él la miró con intensidad.

—No te avergüences, Oksana—susurró él. Y cuando ella trató de huir de su mirada inquisitiva, girando la cabeza, él le sujetó el rostro con la mano, impidiéndoselo—. Eres preciosa. Perfecta. Y *mía*. Solo *mía*. De nadie más. *De nadie más* —enfaticó.

¿Cómo era posible que él siempre supiese qué decir? Tamaña declaración de posesividad tenía que haberla aterrado después de todo lo que había experimentado durante los últimos meses, y sin embargo, cuando era Jan el que le hablaba en esos términos no le producía ningún miedo, por el contrario, le resultaba curiosamente tranquilizador. Terminó por asentir. Y él la besó. Esta vez empleando también su lengua y sus dientes.

—No sé qué hacer —murmuró contra su boca, jadeante.

Él levantó la cabeza y sonrió. Las arruguitas que se formaron en torno a sus ojos la fascinaron.

—Nada. No quiero que hagas nada. Solo disfruta...

Y volvió a dibujar el contorno de su boca con su lengua. Ella se abandonó al exquisito contacto, gimiendo. Juntó los muslos buscando... algo... No sabía bien el qué. Pero él sí parecía saber qué era lo que buscaba, porque mientras la besaba comenzó a acariciarla exactamente donde más parecía necesitarlo. Su mano le rodeó un seno y sus dedos índice y pulgar le pellizcaron el pezón con suavidad.

—¿Te gusta? —le preguntó él sin apartar su boca de la de ella.

Oksana apenas pudo gemir su asentimiento.

—Bien. Espero que esto también te guste —susurró. Y deslizó la palma de su mano por sus costillas y su abdomen hasta llegar justo al borde de sus bragas. Pero no se detuvo allí. Se posó suavemente sobre su monte de

Venus y presionó.

Ella se agitó sin poder evitarlo. ¡Sí! ¡Eso era lo que necesitaba! Volvió a apretar los muslos, aprisionando su mano entre ellos. Tenía el pulso acelerado y respiraba con dificultad. Le miró con los ojos muy abiertos, expectante.

Él retiró la mano poco a poco y ella dejó escapar un gemido de protesta que fue sustituido por uno de sorpresa al sentir cómo sus dedos apartaban el suave tejido y se deslizaban dentro de la prenda. En el momento en que alcanzó su objetivo se detuvo y la miró con los ojos brillantes. Ella notó cómo su erección se endurecía aún más contra su muslo.

—He soñado con este momento durante días, ¿sabes? Cada vez que cerraba los ojos te imaginaba entre mis brazos, temblando de deseo...

Acompañó a esas palabras de un suave pero insistente movimiento de sus dedos, provocándole una sacudida en el estómago. Notó la callosa palma de su mano frotándose contra su clítoris y suspiró. Le miró. Él tenía un gesto de profunda concentración mientras seguía tocándola. Se mordió los labios al sentir cómo hundía un dedo dentro de ella muy despacio. Luego lo retiró. Volvió a hacerlo un par de veces, escudriñando su rostro al mismo tiempo.

—¡Jan! —gimió.

—No sabes lo que me haces cuando te oigo pronunciar mi nombre mientras noto cómo te empapas cada vez más —jadeó él—. Me había imaginado que sería así, Oksana... pero ¡joder! la realidad es mucho mejor... Esto es... perfecto...

Un calor asfixiante se esparció por su cuerpo al escucharle decir aquello. Notaba su sexo hinchado, sensible... y distinto.

Él introdujo dos dedos dentro de ella y los movió de una forma pausada e increíblemente sensual. Luego los sacó lentamente y los empleó para rodearle el clítoris. De vez en cuando la yema de uno de ellos la rozaba justo ahí, en el centro, y ella se tensaba. Contuvo la respiración y se agarró a la sábana con fuerza. Cerró los ojos. Había comenzado a arder por dentro y por fuera. Todo lo que estaba sintiendo se había amplificado por mil con esa suave intrusión de sus dedos en su interior. Nunca antes había experimentado algo parecido. Sí, quizá una vez que tuvo fiebre alta y el calor había escapado de su interior para romper por todos sus poros... Exactamente así era como se sentía: febril y sofocada.

No tuvo tiempo de seguir analizando sus percepciones ya que él se volvió más osado, más enérgico, y sus dedos más audaces, más insistentes. Si antes solo se había limitado a acariciarla con delicadeza, ahora el contacto se hizo más íntimo, más continuado... Más firme y rápido...

Una increíble y desconocida sensación se formó en la parte baja de su vientre, un calor abrasador que comenzaba justo en el centro mismo de su femineidad y que se propagaba por todo su cuerpo. Con los ojos abiertos por la sorpresa, emitió un gemido ahogado al sentir cómo su sexo se contraía y se expandía y las convulsiones la sacudían. Clavó los talones en el colchón y se puso rígida. De pronto hasta su cerebro pareció ser absorbido por esa vorágine de la que estaba siendo presa. La cara de él se desdibujó y cerró los ojos, aturdida. La intensidad del momento fue tan avasalladora que un sollozo se escapó de su garganta.

—Te tengo —murmuró él, y la estrechó entre sus brazos.

Ella enterró la cabeza en su pecho y lloró, desbordada por los sentimientos.

Capítulo Veintiséis

La música seguía sonando en el salón. El CD había vuelto a empezar desde el principio y Elvis cantaba *Love me tender* de nuevo.

La abrazó, dejando que sollozase y que sus lágrimas le empapasen el pecho. Si eso era lo que ella necesitaba, eso era lo que iba a tener. El orgasmo había sido intenso; y si cómo él sospechaba había sido el primero para ella, no le sorprendía en absoluto que estuviese tan conmocionada. Había sentido su cuerpo vibrando sin control y el calor abrasador que había hecho que toda su piel se cubriese de rubor. También había visto el miedo a lo desconocido brillando en sus ojos.

Le besó la parte superior de la cabeza con suavidad. ¡Dios! ¿Cómo era posible que alguien fuera tan frágil y tan fuerte al mismo tiempo?

Notó su erección, demandando atención contra la pierna de ella, y trató de controlarla. No era el momento más adecuado para pensar en sí mismo; ella necesitaba tiempo para asimilar lo que le acababa de suceder. Pero su miembro iba por libre. No tenía demasiados sentimientos. Actuaba por instinto. Él, sin embargo, era el rey de la contención, como había demostrado. Muriéndose por poseerla, por hundirse dentro de ella, por sentir las paredes calientes de su sexo envolviéndole..., había decidido que eso podía esperar y que ella era la verdadera protagonista del momento. Y no se arrepentía en absoluto. Es más, lo volvería a hacer mil veces.

Bajó la mirada. No podía verle la cara pero se la imaginó con los ojos cerrados y las mejillas húmedas, con los labios entreabiertos y temblorosos... y una oleada de ternura le inundó... ¿Qué demonios le sucedía con esa chica? Había llegado a su mundo para ponerlo patas arriba, para meterse debajo de su piel, para sacudirle el alma... La estrechó con más fuerza y recordó los besos, y cómo había recorrido su cuerpo con sus manos y su boca... La vio de nuevo retorciéndose al ritmo de sus caricias...

Gott!

Su entrepierna se irguió desafiante, pero apretó los dientes y lo ignoró.

Se separó de ella apenas lo suficiente para poder verle la cara. Sus ojos, grandes, húmedos y... sí, llenos de vida, perforaron los suyos.

—Jan... —musitó. No parecía capaz de decir nada más.

Él levantó la mano y le limpió las lágrimas de las mejillas con la punta de los dedos.

—A veces es intenso —le dijo.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro.

—Lo ha sido —murmuró—. Nunca antes... La verdad... es la primera vez que...

—Así es como debería ser siempre —la interrumpió él con vehemencia.

—He... he cerrado los ojos... —dijo ella de repente. Una curiosa expresión había aparecido en su cara.

Él la miró sin comprender muy bien a qué se refería, pero entonces cayó en la cuenta y recordó lo que ella le había contado sobre sus noches con Bajram. Una furia inmensa y espesa le inundó.

—Joder, Oksana —masculló, sujetándole la cara firmemente con la mano. Estaba enfadado y trató de controlar el tono de su voz para no alarmarla—. Conmigo puedes tener los ojos cerrados, abiertos..., estar en silencio, gritar, llorar o hacer lo que te venga en gana. ¿Lo entiendes? Lo que tú quieras...

Ella asintió con lentitud. Su cuerpo, que se había tensado, se relajó visiblemente, y sus ojos perdieron la chispa preocupada que había aparecido en ellos. Él la abrazó, odiando verla tan vulnerable y perdida, tan insegura... Maldijo en silencio. Ojalá que los recuerdos que acababan de crear juntos pudieran borrar todo lo sucedido con Bajram.

Después ambos guardaron silencio, mientras Elvis seguía sonando de fondo. Él cargó el peso sobre los brazos para no aplastarla y el movimiento hizo que su miembro se rozase con su muslo. Ella bajó la mirada y contuvo el aliento al ver la forma de su erección apenas contenida por el pantalón de deporte.

—Ignóralo —dijo él.

—¿Ignorarlo? —Ella se removió nerviosa, apartándose unos

centímetros. Hasta el momento Jan había tratado de pasar por alto su casi total desnudez, pero de pronto, su cuerpo quedó al descubierto. Sus pechos eran perfectos, ni muy grandes ni muy pequeños, con areolas rosadas y los pezones enhiestos de un color parecido al de las fresas... Se le hizo la boca agua y su pene comenzó a vibrar descontrolado.

Ella volvió a mirarlo, absorta. Con mucha lentitud y no exenta de curiosidad, acercó la mano a su ingle, pero él la detuvo agarrándola por la muñeca. Solo pensar que pudiese tocarle, había hecho que el pulso se le disparase.

—¡No!

Le miró, perpleja.

—¿No quieres? —le preguntó con la voz entrecortada.

Él dejó escapar una carcajada irónica.

—¡Pues claro que quiero!

—Entonces, ¿por qué me has detenido?

No supo qué decirle. Eso. ¿Por qué la había detenido? La miró tratando de averiguar qué se le estaría pasando por la cabeza, pero su expresión no delataba nada. Al fin, le soltó la mano.

—Muy bien —claudicó, y se echó sobre la espalda, cruzando los brazos por detrás de la cabeza—. Soy todo tuyo —dijo fingiendo una indiferencia que para nada sentía.

Ella le miró a la cara unos segundos. Parecía insegura. Alargó la mano, pero la volvió a retirar.

—No tienes por qué hacerlo —susurró él sin apartar la mirada.

—Quiero hacerlo —murmuró. Su voz sonaba algo más decidida.

—Entonces, haz conmigo lo que quieras... —dijo entre dientes, sabiendo que la frase había sonado estúpida.

Ella se incorporó y apoyó el codo sobre el colchón, de manera que su melena le cayó sobre el hombro y Jan no pudo verle la cara. Dudó sobre si cerrar los ojos y dejarse sorprender por su caricia, o mantenerlos abiertos y permanecer vigilante. Finalmente los cerró. Trató de relajarse.

«Tampoco es para tanto», se dijo. «No es la primera vez que una mujer te toca ahí».

Pero cuando sintió su mano posándose sobre él, no pudo evitar tensar todo su cuerpo. Ella le recorrió desde la base hasta la punta, apretando ligeramente. Se mordió los labios conteniendo el gemido que había estado a punto de emitir y abrió los ojos. Parecía concentrada en su caricia y eso le resultó todavía más excitante.

—Es... es... impresionante —dijo ella.

—No puedo quejarme —dijo con cierta sorna, haciendo gala de todo su autocontrol. Ella seguía recorriendo toda su longitud, al parecer maravillada por su tamaño y consistencia.

—¿Cómo te gusta que te toquen? —preguntó con cierta timidez.

—Como tú lo estás haciendo —dijo, dando un respingo al sentir que ella presionaba con más fuerza.

Ella giró la cabeza y le miró. Tenía las pupilas dilatadas por el deseo.

—¿En serio? —La inseguridad se filtraba en sus palabras.

—Créeme. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Puedo... puedo quitarte el pantalón? —le preguntó casi sin aliento, con las mejillas arrojadas.

Al oír aquello todas las alarmas se dispararon en su cerebro, pero ¿qué narices había estado esperando?, ¿que ella le tocara un rato por encima de la ropa y luego irse a cenar algo? Estaba claro adónde iba a conducir todo aquello. Ella parecía quererlo..., y él se moría por llegar hasta el final.

—Sí.

Ella no esperó más. Se sentó en la cama y agarrándole la cinturilla de los pantalones, tiró hacia abajo. Él elevó la pelvis para facilitarle la operación. En el mismo instante en que su erección quedó libre, la contempló fascinada y soltó un gemido, mezcla de sorpresa y de algo más. Alargó la mano y con mucha lentitud la rodeó. Apenas era una caricia, pero cuando reaccionó vibrando frenéticamente, se retiró con precipitación. Él se tragó la exclamación de placer que había estado a punto de brotarle de la garganta.

—Ven aquí —murmuró, en cambio, tirando de ella y obligándola a acostarse a su lado.

—Pero... —trató de protestar—. Tú estás... necesitas... —se interrumpió, bajando la mirada.

—No te preocupes por eso —le dijo él, alzándole la barbilla con los dedos—. Déjame que te abrace. Quiero sentirte toda entera, pegada a mí. — Su mano descendió hasta el borde de sus bragas—. ¿Puedo?

Ella asintió, casi sin aliento. Y él se las bajó hasta las rodillas. Ella hizo el resto, desembarazándose de ellas con las piernas.

La abrazó con firmeza, recorriéndole la espalda de arriba abajo con las manos, deteniéndose en sus nalgas y oprimiéndolas con suavidad, atrayéndola hacia sí y sintiendo cómo su erección se hundía entre sus suaves muslos. No quiso ir más allá y, enterrando la cara en su cuello, como había hecho antes, se limitó a aspirar profundamente. ¿Cómo cojones olía tan bien?

—Todas estas noches que llevamos durmiendo juntos, en el fondo no he podido dejar de imaginarme algo así. De desear que no hubiese ropa entre nosotros y que tu cuerpo y el mío se pegasen el uno al otro. Yo respirándote y tú respirándome... ¿Suena tonto? —Soltó una risa ahogada.

—No, para nada —murmuró ella contra su mejilla. Su aliento caliente le hizo cosquillas.

—Abrazarte así es... perfecto... —Y era cierto. Por más que su miembro tratase de llamarle la atención y de que su necesidad de hundirse dentro de ella fuera grande, estaba disfrutando de ese abrazo sobremanera. Y si ella necesitaba algo más de tiempo...

«*Scheisse*, Jan, eres un blando. Tienes a una chica desnuda entre tus brazos, en tu cama... Y no a cualquier chica..., a Oksana, la mujer con la que llevas soñando desde el primer día en que la viste... y ¿te limitas a abrazarla? El último golpe que te diste en la cabeza debió de ser fatal».

—¿Jan?

—Dime.

—¿Y si yo quiero más? —murmuró ella empujándole del pecho.

La miró. Parecía tan seria, que se rio.

—Entonces te doy más.

—¿Ahora? —le preguntó destilando inseguridad.

—Cuando tú quieras —le dijo, justo antes de inclinarse y depositar un beso sobre sus labios.

—Entonces lo quiero ahora.

Jan sintió cómo el corazón le latía de forma desacompasada.

—Pues ven aquí... —Se giró y se tumbó sobre ella.

—Tengo... tengo un poco de... miedo —le confesó con la mirada huidiza.

—¿Temes que te haga daño?

—No, eso no. Tengo miedo de no ser suficiente..., de no ser lo bastante... interesante para ti...

La miró con fijeza. ¿No ser lo bastante interesante para él? No podía estar más equivocada.

—Te voy a contar un secreto —le dijo en voz baja—. Soy yo el que está aterrado. Tengo pánico de que de pronto te despiertes de este sueño en el que parece estar inmersa, y de que te des cuenta de quién soy..., de que abras los ojos, me mires y de pronto digas... pero ¿qué narices hago yo con el tipo este? —La última pregunta la hizo aflautando algo la voz, tratando de imitarla y el rostro de ella se iluminó con una sonrisa.

—*Durachok* —murmuró.

—¿Eso significa algo malo? —La besó.

—Significa idiota.

—Sí. Un poco... Y ahora..., déjame que te conquiste...

Y la volvió a besar. Ella entreabrió los labios y le dejó que explorase el interior de su boca con su ávida lengua. Se pegó más a él, si es que tal cosa era posible, e imitó sus movimientos con su propia lengua, volviéndose intrépida.

Jan sabía cómo complacer a una mujer. A pesar de que en los últimos meses había vivido en celibato, se había acostado con suficientes miembros del sexo femenino como para saber lo que les gustaba y lo que no. Pero con Oksana estaba un poco perdido. Se sentía torpe y desmañado, como si todas sus habilidades en las artes amatorias se le hubieran olvidado. No le había mentado cuando le había dicho que estaba aterrado. No era la clase de mujer con la que se solía acostar... y además, no tenía ni idea de qué iba a suceder al día siguiente. Si era sincero consigo mismo hubiese preferido tener la certeza de que eso que estaba empezando con ella era solo el principio de algo más.

Estaba loco por ella. Totalmente seducido, chalado, chiflado, pillado...

Sí. Había terminado por aceptarlo.

Mientras seguía besándola deslizó una de sus manos hasta su sexo. Rozó con suavidad el breve triángulo de rizos negros antes de sumergir sus dedos en ella. Al igual que antes, estaba más que preparada para él. La sintió temblar entre sus brazos. Abandonó su sexo e inclinándose hacia un lado abrió el cajón de su mesilla y sacó un preservativo. Rasgó el envoltorio con los dientes y, a tientas y con una sola mano, se lo puso. No quería dejar de mirarla. Ella tampoco había apartado los ojos de él ni un instante.

—¿Estás preparada para volverte loca por mí? —bromeó. El saber que ella deseaba lo mismo que él le hizo sentirse ligero, exultante, eufórico... Jadeó y sus alientos se mezclaron.

—Sí —repuso ella sin pestañear. Sus labios estaban hinchados y enrojecidos por sus besos y le pareció una de las imágenes más eróticas que había visto jamás.

Con cuidado y sin apartar la mirada de su cara, situó su erección justo entre sus muslos. Ella se abrió para él, facilitándole el acceso, demostrándole una confianza que le desarmó y le dejó sin aliento.

Él no dudó. Centímetro a centímetro fue entrando en su calor, sintiendo como poco a poco las paredes ardientes de su sexo se ceñían en torno a él. Un gruñido animal se escapó de su garganta. Ella le miraba con los ojos muy abiertos y la respiración jadeante. Tenía el rostro enrojecido, dando fe de su excitación. Él bajó la mirada y contempló su miembro desapareciendo dentro de ella. Siguió empujando con cuidado hasta que se hundió en ella hasta la raíz. Una sensación indescriptible se expandió por su interior.

«Gott! Es ist perfekt! Was für ein tolles Gefühl! So muss man sich im Himmel fühlen...»

La miró. Ella parecía igual de satisfecha que él.

—¿Ya te has vuelto loca por mí? —le preguntó.

—Ya lo estaba antes... —le temblaba la voz.

—Todo este esfuerzo ¿para nada? —dijo él entre dientes con una ceja arqueada. Le costaba coordinar palabras con todo ese calor rodeándole.

—Yo no diría eso...

Él no dejó que siguiera hablando; volvió a tomar posesión de su boca y comenzó a moverse, lentamente. Entrando y saliendo una y otra vez, sin incrementar el ritmo. Depositando suaves besos sobre sus labios, sus mejillas, sus pómulos, sus ojos, su frente... Respirándola, dejando que su esencia femenina le penetrara en el cerebro, le invadiese, le marease...

—Jan —suspiró ella en un par de ocasiones. Le tocaba el pecho de manera algo torpe, pero incluso esas inexpertas caricias a él le resultaron perfectas.

—Oksana —fue su respuesta. Su nombre se le deslizaba en la boca como si fuera algo precioso, único, una palabra llena de significado...

Siguió moviéndose en su interior. Lo hacía de manera lenta, restregando todo su cuerpo contra el de ella, sintiendo sus pechos llenos y turgentes contra sus propios pectorales, y la suavidad de su vientre contra la dureza del suyo. Ella arqueó el cuello, echando la cabeza hacia atrás y él aprovechó el instante para morder la pálida curva que había entre su hombro y su garganta, con suavidad extrema. La sintió estremecerse debajo de él y jadeó, excitado.

No aumentó el ritmo en ningún momento, recreándose en sentir toda aquella piel sudorosa contra la suya. De vez en cuando alzaba la vista y la contemplaba con los ojos brillantes por la pasión. Estaba maravillado por la increíble compenetración que existía entre ellos. Ella se aferraba a sus hombros con un gesto de deleite, como si nunca antes hubiera experimentado nada igual. Y era probable que así fuese... Pero lo curioso era que toda la situación le resultaba nueva a él también, se percató, cautivado.

Notó cómo su sexo se contraía y siguió con sus rítmicos y seductores movimientos. El cuerpo de ella se tensó debajo del suyo. Se le endurecieron los pezones y un tono rosado cubrió su pálida piel. Abrió la boca como queriendo emitir algún sonido, pero lo único que salió de ella fue su nombre seguido de un sollozo. Cerró los ojos y las lágrimas rodaron por sus mejillas, de nuevo.

—Te tengo —volvió a susurrarle como ya había hecho antes, e inclinando la cabeza recogió la humedad que resbalaba de sus ojos con sus besos. Ella se abrazó a él, temblando.

Cerró los ojos. Acompañado por los espasmos del sexo de ella, se

dejó llevar. Dejó que el clímax le arrollase, le engullese... le poseyese... Con su nombre en los labios se derramó dentro de ella, de una manera intensa, profunda y vehemente, pensando que ese había sido el mejor orgasmo de su vida.

* * *

Abrió los ojos y parpadeó, tratando de despejar los últimos vestigios de sueño de su mente. La lámpara de la mesilla bañaba el cuerpo de Oksana en tonos ocres. Le daba la espalda y estaba encogida. Su espesa melena negra se desparramaba sobre la almohada. Una oleada de calor recorrió su cuerpo al recordar lo que había pasado en esa cama hacía solo unas horas. Se incorporó y alargó el brazo, tanteando el suelo hasta dar con su pantalón. Sacó el móvil del bolsillo y vio que eran las tres de la mañana. Lo dejó en la mesilla y apagó la luz. La luna entraba por la ventana iluminando apenas la femenina silueta desnuda. Apoyó la cabeza en su brazo y se dedicó a contemplarla.

No iba a engañarse pretendiendo que lo que había sucedido entre ambos había sido algo insignificante. No era estúpido. Había sido algo especial. Más que eso. Había superado cualquier expectativa. Sus ojos recorrieron las suaves curvas de su cuerpo con algo parecido a la... ¿veneración? Quizá estuviese loco de remate, pero tenía claro que si lo estaba, era por ella. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía nada igual por nadie? Mejor dicho, ¿había sentido algo así por alguien alguna vez? No. Apenas se conocían y sin embargo tenía la sensación de que lo sabía todo sobre ella y ella todo sobre él.

¿No era extraordinario que a veces, *alguien* pudiese llegar a la vida de otra persona y arramblara con todo con una fuerza devastadora, dejándole a uno expuesto y vulnerable...? Ese *alguien*, en su caso, se llamaba Oksana y era preciosa, inteligente y encantadora, y se encontraba a un metro escaso, durmiendo en su cama, agotada por haberse entregado a él hacía solo un par de horas.

No tenía ni la menor idea de qué iba a suceder al día siguiente, pero se permitió soñar un instante. Soñar con que esa chica era *suya*... Soñar con despertarse así todos los días, con ella en su cama, en su vida.

¡Joder! Sí. Era un sueño, pero qué sueño...

Sin duda se merecía algo mejor que él, pensó con fiereza, pero alargó la mano y la posó sobre su torneada cadera con posesividad. Ella murmuró

algo en sueños y se echó hacia atrás, buscando su contacto. La atrajo hacia sí y la envolvió con su cuerpo, estrechándola entre sus brazos. Apoyó la frente contra su nuca y se sintió el hombre más poderoso del mundo.

«Si solo fuera posible... si fuera mía...»

Poco tiempo después se quedó dormido.

* * *

Abrió los ojos. Se sentía extrañamente arropada y con rapidez se dio cuenta del porqué. Jan la rodeaba con sus brazos desde atrás, envolviéndola en una suerte de caparazón cálido y protector. Nunca antes se había sentido tan segura. Frotó la mejilla contra su brazo y cerró los ojos de nuevo, acurrucándose contra él. Después de tantos meses de despertarse cada mañana sobresaltada y llena de miedo, ese amanecer a su lado le resultaba maravilloso.

Desde la muerte de su bisabuela se había sentido tan perdida, tan desesperada y tan sola... Como si le hubiesen arrancado el alma de cuajo y en su lugar no hubiese habido nada más que vacío. Y había sido ese vacío el que le había hecho soportar el horror. En ocasiones se había preguntado cómo era posible que no se hubiera roto. La respuesta era obvia: no había nada que romper. Cuando aceptó el falso trabajo y se vino a España, ya no era ella, era solo una cáscara vacía. Y había sido a esa cáscara vacía a la que Bajram había forzado aquella primera noche, a la que había herido una y otra vez. Había sido a esa mujer sin alma a la que Ivan había maltratado.

Hacer el amor con Jan le había supuesto recuperar un trocito de esa alma que ella pensaba que ya no tenía. Había sido una experiencia mágica. Él había sido tan tierno y tan generoso, y al mismo tiempo tan fuerte, tan protector, tan apasionado... Había conseguido que se sintiese querida, y también más audaz, más entera... más ella misma.

Las imágenes de la noche anterior acudieron a su memoria y estuvo tentada de darse la vuelta y abrazarle, besarle, pegarse a él y decirle una y mil veces lo feliz que la había hecho. No obstante el pudor la hizo contenerse. ¿Qué pensaría él si se comportase como una loca impulsiva, saltándole al cuello? Probablemente eso mismo: que estaba chiflada. Aun así no pudo evitar que el corazón hiciese cabriolas en su pecho y que se le cortase la respiración al recordar las sensaciones que él había provocado en ella. ¿Quién podía haberse imaginado que alguien con su aspecto pudiera ser el hombre

más tierno sobre la faz de la tierra? Una sonrisa se dibujó en su cara. Se había comportado de una manera tan... tan especial... No podía siquiera pensar en todo lo sucedido sin que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Inclinó la cabeza y contempló el tatuaje de su antebrazo. Se trataba de un hombre de hielo. Estaba hecho con diferentes tonos de tinta azul y le pareció muy bello, visto de cerca. Depositó un ligero beso sobre él. Jan no se inmutó. Estaba dormido. Podía escuchar su respiración profunda a su espalda y sentir su aliento contra su omoplato.

No quería ni pensar en el combate que iba a tener lugar en unas horas. Solo quería que ese día terminase cuanto antes para que Jan y ella pudiesen empezar a vivir una vida normal, lejos de Bajram, lejos de ese mundo... Se permitió soñar por un instante con esa vida que le esperaba y deseó que fuese cerca de él.

«Si solo fuera posible... si fuera mío...»

Cerró los ojos y le acarició el brazo con suavidad, inmersa en sus más que descabelladas fantasías. Con una sonrisa en los labios se quedó dormida mientras el amanecer entraba por la ventana.

Diario de Oksana Novalnyova

29 de julio – Malinovka (Ucrania)

¡Tengo el trabajo! Me acaban de llamar para decírmelo.

A pesar de que la tristeza me sigue embargando, estoy esperanzada. En solo dos meses estaré en España, como mi bisabuela hubiera deseado. La señora Gómez, Lorena, tiene contactos y ellos se van a encargar de conseguirme un visado en regla.

Tengo tantas cosas que preparar en este tiempo...

A veces cuando una puerta se cierra, se abre una ventana.

Capítulo Veintisiete

Jan se asomó por la ventana cuando oyó el motor de un coche. Era el Navara de Cas. Le había llamado hacía un par de horas y le había citado en su casa para informarle de lo que estaba sucediendo. No quería dejar a Oksana sola durante el combate, ni tampoco después.

Se dirigió a la puerta y la abrió de par en par. Su hermano se bajaba del vehículo en ese instante. Había venido solo. Era inusual, Eli solía acompañarle a todas partes.

—Eh, Jan —le saludó Cas, pasando por su lado y accediendo a la vivienda.

—Hola, ¿y Eli? —Jan cerró la puerta.

—Ha quedado con Alba.

—¿Quieres una cerveza?

—Ya voy yo a por ella —repuso Cas, desapareciendo en la cocina.

Jan se sentó en el sofá y le esperó. Dirigió una mirada nerviosa hacia el pasillo. Oksana estaba en el baño. Esperaba tener suficiente tiempo para hablar con Cas a solas antes de que ella se uniese a ellos.

—¿Dónde está Oksana?—Cas salió de la cocina con una lata de cerveza en la mano y se sentó en una silla. Le miró directamente a la cara.

—Está en la ducha —dijo Jan—. No creo que tarde en salir.

Ambos guardaron silencio durante unos segundos.

—Mira Jan, antes de que digas nada, tengo algo que contarte —dijo Cas, de pronto—. El sábado pasado fui a verte pelear —le soltó.

Jan no dijo nada, pero rechinó los dientes con tanta fuerza que se hizo daño.

—No deberías haberlo hecho —dijo, enfadado. Hacía meses, cuando empezó a tomar parte en los combates, le había pedido a su hermano que se mantuviera al margen y que ni se le ocurriera acercarse por allí.

—Lo sé. Y lo siento —le dijo, aunque no parecía sentirlo en absoluto

—. Pero no podía dejar las cosas así. La verdad..., me sentía fatal.

Jan arqueó las cejas, perplejo.

—¿Tú te sentías fatal? ¿Y eso qué tiene que ver con que hayas ido a ver una pelea?

—*Fuck!* Me sentía fatal porque tengo la puta sensación de haberte dejado en la estacada con todo este tema. Sí, sí... —Le hizo un gesto con la mano viendo que le iba a interrumpir—. Ya sé que quedamos en que tú te ibas a encargarte de todo, pero joder... No puedo evitar pensar que te estás comiendo todo el marrón y que yo me voy de rositas. Yo estoy de puta madre y tú estás hecho una mierda.

—Sigo sin comprender qué tiene todo esto que ver con que hayas ido a verme pelear.

—¡Pues que ya no pienso quedarme al margen! *Shit!* No tenía que haberte hecho caso hace meses cuando me convenciste de que me mantuviese alejado de todo esto. Y menos todavía cuando estuviste en casa la última vez —hablaba con acaloramiento. Incluso se levantó con ímpetu, tirando la lata que había dejado encima de la mesa y derramando su contenido. Soltó un taco.

Jan guardó silencio. Su hermano era tan apasionado y vehemente como él era calmado y contenido. Esperó a que se le pasase el arrebató; no solían durarle demasiado. Y así fue. Al cabo de un par de minutos, Cas fue a la cocina y salió llevando unas servilletas de papel. Recogió la cerveza, se sentó y después le miró.

—El hijo de puta del holandés casi pudo contigo —dijo.

A Jan se le escapó una risa carente de humor.

—Bueno, la diferencia está en el «casi».

—¿La tienes rota? —Señaló su nariz.

—Sí.

—*Fuck!*

—A eso también sí —intentó bromear.

—¿Te la ha visto un médico? —le preguntó con preocupación, ignorando su torpe tentativa de quitarle hierro al asunto.

—No —respondió elevando la mirada al techo. Sabía lo que iba a

venir a continuación.

—¡No me jodas, Jan! Al menos deberías haber dejado que te la viese papá. Aprovéchate de que una vez en su vida está por aquí cuando le necesitamos —lo dijo sin acritud, todos aceptaban que Knut Landvik fuese más que peculiar—. ¿Quién te ha curado?

—Yo... —vaciló antes de continuar— y Oksana.

Cas se echó hacia atrás en la silla, haciendo que esta crujiese lastimeramente. Se pasó los brazos por detrás de la cabeza y emitió un pequeño silbido.

—Oksana... —dijo, tratando de indagar en su rostro, pero Jan permaneció impertérrito—. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. Casi recuperada del todo.

—¿Ya sabes quién es?

—Sí. Ya sé quién es —dijo sin levantar la mirada.

—¿Y? ¿Hay algo que podamos hacer por ella? ¿Alguien a quién podamos avisar? ¿Familia, amigos...?

—No realmente.

—¿No realmente? —Su voz sonaba confusa—. Eres poco explícito, joder... —De repente la intranquilidad se filtró en sus palabras—. Jan... ¿quién es?

Clavó los ojos en los de su hermano, que brillaban alarmados.

—Es la chica de Bajram —soltó.

Cas abrió la boca como si fuera a decir algo para, acto seguido, volver a cerrarla. Todo su cuerpo semejaba estar en tensión.

—¿Me estás diciendo que tienes en tu casa a la chica del tío con el que tenemos una deuda? ¿Ese tío para el que trabajas? —Cada pregunta sonaba como un disparo—. ¿En serio me estás diciendo que le estás dando cobijo a la novia del tío más peligroso de la zona?

—Eso parece.

Cas guardó silencio. Parecía estar intentando asimilar todo aquello. Le miró con los ojos entornados.

—¿Y qué va a pasar ahora? —inquirió con gravedad—. ¿Vais a ir a la

policía? ¿Va a denunciar a Bajram? ¿Fue él quien le dio la paliza?

—La paliza se la dio uno de sus hombres, por orden suya. —Jan trató de controlar la ira que le dominaba cada vez que pensaba en Ivan—. La situación se ha complicado un poco para ella... para nosotros... —añadió.

Cas le miró sin comprender.

—Bajram sabe que he sido yo el que la ha ayudado. Ha desmantelado el *Dancing Queen*, que era el único sitio por donde Oksana podía pillarle, así que no hay nada que denunciar. No hay ni una sola prueba. —Hizo una pausa—. He llegado a un acuerdo con él.

—¡No me jodas, Jan! —exclamó Cas poniéndose de pie de nuevo y comenzando a andar de un lado a otro del salón—. ¡Otro puto acuerdo con Bajram!

—Sí —contestó Jan con sequedad—. Me va a entregar el pasaporte y el visado de Oksana a cambio de una última pelea en la que tengo que perder.

Cas se detuvo y le miró con intensidad.

—No me gusta un pelo eso que estás diciendo —dijo con un tono de voz ronco y tenso.

—Pues es lo que hay, y ya he aceptado los términos. La pelea es esta noche y mi oponente es el tipo que le hizo eso a Oksana. Solo tengo que aguantar quince minutos en el ring y se acabó —concluyó con firmeza. Se puso de pie y se encaró con su hermano que le miraba furioso—. Va a apostar en mi contra para sacarse una buena suma de dinero.

—*Fuck!* Jan..., pero ¿qué cojones has hecho? ¿No había otra puta alternativa? ¿No podías ayudarla a huir o algo? O yo que sé... —se interrumpió de repente y le miró con fijeza—. Ella te importa... —susurró con asombro.

Jan no dijo nada, pero tampoco desvió la mirada.

—¿Ella te importa? —insistió. Ahora sí que parecía una pregunta.

—Me necesita.

—No te he preguntado eso.

—Pero esa es mi respuesta.

—¡No me jodas! —bufó, escéptico—. ¿Y cuándo deje de necesitarte? Entonces, ¿qué?

Jan, que hasta el momento se había mantenido imperturbable, suspiró y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—Ella y yo estamos juntos en esto. —Levantó la cabeza y miró a su hermano con una expresión indescifrable en el rostro.

—*Shit!* —exclamó Cas con incredulidad—. Tío... te estás pillando por ella. Me recuerdas a mí mismo el año pasado... cuando lo de Elisa.

Jan no protestó. Si Cas supiera... si supiera que el tiempo verbal correcto no era *estás pillando*, sino *estás pillado*... Era un hecho.

—Mira, Cas. Por eso te necesito. Necesito que te encargues de ella si a mí me pasa algo...

—¡Ni se te ocurra decir eso, cabrón! —Levantó el dedo en señal de advertencia—. ¿Qué cojones te va a pasar?

Jan volvió a mirar hacia el pasillo. Sabía que Oksana podía aparecer en cualquier momento y no quería que se preocupase más de lo que ya lo hacía.

—Escúchame porque no tenemos tiempo. Los hombres de Bajram llevan una semana vigilando la casa, y todavía siguen ahí fuera. No se nos han acercado porque yo he accedido a luchar contra Ivan esta noche —hablaba en voz baja, pero muy rápido—. Bajram me llamó ayer para decirme que enviaría los papeles de Oksana a mi estudio por mensajero mañana a primera hora, siempre y cuando cumpla con mi parte del trato.

—Joder... —Cas se pasó la mano por la nuca mirando a su hermano con la alarma reflejada en sus facciones.

—No me interrumpas —le advirtió Jan—. No quiero dejar a Oksana sola aquí esta noche. Quiero que tú y Eli os ocupéis de ella. Ni siquiera sé cuándo podré regresar yo —añadió sombríamente—. Supongo que terminaré en el hospital —dijo. No quiso ser más explícito. No iba a contarle a su hermano que quizá su estancia en el hospital se alargase más de lo previsto. O que incluso se convirtiese en una estancia indefinida, si no era capaz de controlar a Ivan. Apartó ese siniestro pensamiento de su mente y se concentró en Cas, que parecía a punto de romper algo.

—¡No me puedo creer que esto esté pasando de verdad! —barbotó. Se llevó las manos a la frente—. ¡No me jodas!

—Necesito que te ocupes de ella —le dijo Jan en tono apremiante—.

No tiene ni idea de lo jodida que puede ser esta noche. No creo que sea consciente de verdad de lo que puede pasar. —Agarró a su hermano por el antebrazo con firmeza, haciendo que este le mirase—. ¡Joder! Cas, te necesito. Dime que te vas a ocupar de ella.

—¡Por supuesto que lo voy a hacer! —Se alejó y le dio la espalda. Apoyó los puños sobre la puerta de la entrada y soltó una maldición.

—Ni se te ocurra pegarle un puñetazo a mi puerta —le dijo Jan con voz calmada.

Cas se dio la vuelta y le miró, perplejo.

—¿Cómo puedes tomártelo así? —meneó la cabeza.

—He tenido toda la semana para prepararme y aceptar lo inevitable.

—Podías haberme llamado antes.

Jan no dijo nada. Sí, quizá su hermano tuviese razón. Tendría que haberle llamado antes, pero si era sincero consigo mismo no había querido prescindir ni un solo segundo de la compañía de Oksana. Había querido apurar cada minuto con ella hasta el límite. Ese mismo día había sido el ejemplo perfecto. Habían pasado la mayor parte del tiempo en su cama, conociéndose, explorándose, acariciándose, besándose...

Queriéndose...

—Hola.

La voz de ella a su espalda le hizo girarse. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo. Llevaba un sencillo vestido de flores y tenía el pelo recogido en una trenza. ¡Qué preciosa era!

—Hola —la saludó Cas—. Soy su hermano. No nos habíamos visto hasta ahora. La última vez tenías los ojos... vendados. Tienes muy buen aspecto.

Ella esbozó una tímida sonrisa e hizo una breve inclinación de cabeza. Pero sus ojos apenas miraron a su hermano, le buscaron a él.

«Mi *Schneewittchen*...»

Cada vez le costaba más pensar en Oksana sin un adjetivo posesivo delante de su nombre, o llamarla con la palabra con la que mentalmente se refería a ella.

Mía.

Ignorando la mirada sorprendida de su hermano, se acercó, le pasó un brazo por encima de los hombros y la pegó a su costado, dándole después un beso en la sien.

Capítulo Veintiocho

Oksana miró a Cas con curiosidad. Era alto, igual de alto que Jan. También era rubio y tenía los ojos azules. Llevaba el pelo bastante corto y la sombra de una barba le cubría el mentón. Era guapo. Muy guapo. Giró la cabeza y contempló a Jan de reojo. Sí, Cas era guapísimo, decidió, pero Jan era... perfecto. Poseía una belleza de la que su hermano carecía, esa que no se apreciaba a simple vista, pero que estaba ahí. Además, Jan era *suyo*. Una insólita sensación de posesividad se expandió por su cuerpo. Le abrazó con más fuerza.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí —respondió.

No era cierto. Temía el momento en que él desapareciese por la puerta a enfrentarse con el monstruo. Llevaba todo el día tratando de no pensar en ello, haciéndole creer que estaba tranquila, pero en el fondo era un manojito de nervios.

—Voy a llamar a Elisa —dijo Cas, sacándose el móvil del bolsillo—. Le voy a pedir que se acerque cuando acabe.

Abrió la puerta de par en par y abandonó la vivienda. La luz crepuscular entró en la estancia. Anocheecía y el cielo se había teñido de naranja.

—Preferiría estar sola —dijo ella.

—No voy a dejarte sola aquí.

—Pues déjame ir contigo —le rogó, como ya había hecho cientos de veces aquel día.

—No —le respondió, al igual que todas las veces que ella le había insistido—. Bajram estará allí. No quiero que tengáis ningún contacto. No quiero que te vea. No quiero que le veas tú a él.

—No quiero que estés solo —musitó ella.

—No te preocupes por mí. Es algo que ya he hecho muchas veces.

Estoy acostumbrado.

Oksana se soltó de su abrazo y se encaró con él. Su instinto le decía que no le decía toda la verdad, que había algo que le ocultaba. Sintió una punzada de decepción en el corazón. Después de todo lo que habían compartido, ¿por qué no confiaba en ella?

—Hay algo que no me cuentas, Jan.

Él la agarró por los hombros con firmeza y el calor de sus manos la penetró hasta los huesos.

—Oksana, te cuento lo que importa. Importa que después de esta noche vas a ser libre. Libre de hacer lo que quieras con tu vida —le dijo con voz solemne.

—Yo solo quiero estar contigo —susurró.

Él se la quedó mirando, sin decir nada. Se le habían oscurecido los ojos.

En ese instante Cas regresó, rompiendo el momento íntimo que se había creado entre ellos. Jan la soltó y se dio la vuelta. Ella se sintió perdida, de pronto, sin el contacto de sus manos sobre su piel.

—¿Viene Eli?

—Sí, luego vendrá. —Cas cerró la puerta de la vivienda a su espalda, dejando los últimos vestigios de luz fuera. Se los quedó mirando. Parecía querer decir algo, pero no lo hizo.

—Voy a preparar té —dijo ella, comprendiendo que Cas probablemente deseara decirle algo a solas a Jan. Se dirigió a la cocina.

Le temblaban las manos, advirtió, mientras ponía agua a calentar.

No era de extrañar. Llevaba unos días viviendo como en un sueño. Unos días en los que Jan y ella habían dejado la realidad a un lado para sumergirse en esa historia de... lo que fuese... Se habían aislado del mundo exterior y habían sido solo ellos. Pero de pronto, la realidad había vuelto de golpe, sin previo aviso, como una bofetada en la cara, sacándolos de la breve ficción donde se habían refugiado. El sueño se había acabado.

Apoyó las manos en la encimera y clavó la mirada en el agua hirviendo. Las burbujas reventaban cuando salían a la superficie, al igual que la burbuja en la que ellos habían vivido. También había explotado.

La realidad era fea y cruel. En ella había dolor. Y miedo.

Y monstruos que hacían daño...

Pero en esa realidad también había un hombre que estaba dispuesto a jugarse la piel por ella. Y ese hombre necesitaba que ella fuese fuerte. Respiró hondo un par de veces, tratando de encontrar esa fortaleza en su interior.

«Jan me necesita».

Regresó al salón llevando una tetera y tres tazas sobre una bandeja. Jan y Cas estaban junto a la puerta. Cas estaba pálido y tenía la mirada acongojada. Su actitud no dejaba presagiar nada bueno. Cada vez estaba más segura de que Jan le ocultaba algo. Hizo de tripas corazón y tragó saliva. Jan se dio la vuelta y la miró. Se mostraba muy sereno, todo lo contrario a su hermano.

—Déjame que te ayude —le dijo, acercándose.

—No hace falta. Yo puedo. —Le dirigió una pequeña sonrisa. Dejó la bandeja sobre la mesa.

Se miraron en silencio.

—Tengo que irme —dijo él, cogiéndole la mano.

—¿Tan pronto? Pero... pero si el combate no es hasta dentro de unas horas... —El nerviosismo se filtró en sus palabras.

—Necesito ir antes y prepararme.

—Está bien —respondió, sabiendo que eso era lo que él necesitaba escuchar. Realmente hubiera deseado gritarle que no se marchase, que no la dejase sola.

Él le tomó el rostro con las manos. La miró de una forma muy particular, recorriéndole la cara de arriba abajo con ojos inquietos, como si quisiera memorizar sus facciones.

—Todo va a ir bien —le susurró.

Y en ese instante ella se dio cuenta de que él mentía.

—Te esperaré despierta —le dijo, y se abrazó a su talle, apoyando la mejilla en su pecho, ratificando con sus palabras la mentira que él deseaba hacer pasar por verdad. Su corazón palpitaba fuerte y tranquilo, no como el de ella, que se había desacompadado y amenazaba con querer salirse del

pecho.

—Sí, espérame despierta —musitó él y ella notó su aliento sobre su frente. Se aferró con firmeza a su camiseta y levantó la cara. Sus ojos se encontraron un segundo antes de que él se inclinase y la besase.

Ella se abandonó al beso y a la fuerza de sus brazos. Sus labios eran cálidos y firmes, y sabían a promesas, a esperanza y a futuro, pero también a despedida, a tristeza y a desesperanza. Y a pesar de que su abrazo era apasionado y sólido, y dentro de él se sentía como en casa, notaba una desesperación y urgencia en él, que le provocó incertidumbre.

Quería romper a llorar, gritar como una histérica..., pero cuando sus bocas se separaron y sus miradas volvieron a entrelazarse, lo único que pudo hacer fue regalarle una sonrisa temblorosa.

—Te estaré esperando. —No lo había pretendido pero las palabras abandonaron su boca en un tono suplicante. Se aclaró la garganta—. Te estaré esperando —repitió. Esta vez con más determinación.

Él asintió. Una mueca sombría se dibujó en su semblante. Pareció querer decir algo más, pero apretó los labios con firmeza, la soltó y se dio la vuelta. Cogió su bolsa de deporte, que había dejado en el suelo junto a la puerta, y miró a su hermano de reojo, que había permanecido en silencio mientras se despedían. Abrió la puerta y salió al exterior. Cas le siguió. El sol casi se había puesto del todo y solo una pequeña franja dorada destacaba en el horizonte. Se giró una última vez, con la mano en el picaporte, y la miró.

Ella contuvo el aliento. Su figura se recortaba en el umbral de la puerta, al trasluz. Absorbió su imagen con avidez. Sus vaqueros azules, su camiseta negra..., la tinta de colores que adornaba su brazo... Todo en él era sobriedad y contención. No pudo distinguir su expresión.

Entonces él cerró la puerta y ella se quedó sola, en el salón de su casa, donde solo hacía unas horas habían bailado, abrazados. Se dejó caer en el sofá. Sentía las piernas como si fuesen de gelatina. Enterró las manos entre los muslos.

Al cabo de un rato se oyó el motor de un coche; segundos después la puerta volvió a abrirse. Levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la de Cas.

—Tengo la sensación de estar dejándole en la estacada —murmuró él pasados unos segundos.

—Ve con él —repuso ella—. No debería estar solo.

Cas dejó escapar un bufido.

—No puedo.

—¿Por qué? —Sonaba desesperada.

—Le he prometido que me quedaría aquí contigo. Que cuidaría de ti.

—Él te necesita más que yo.

—No lo entiendes, Oksana. —Se acercó y se detuvo frente a ella—. Lo que más necesita mi hermano es saber que *tú* estás a salvo. Eres importante para él.

Ella se levantó y le miró a la cara. Sus ojos se parecían a los de Jan. Sintió un pinchazo en el corazón.

—Él es importante para mí también —susurró—. Muy importante. Así que... dime la verdad, Cas. ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué me ha mentado?

Él la miró con la impotencia reflejada en sus facciones.

—Si lo supiera... A mí también me ha mentado. Al menos no me lo ha dicho todo. Algo más está pasando y no sé qué es. Joder, yo sé cómo es mi hermano... y algo no va bien... No conozco al tío ese contra el que tiene que luchar esta noche, pero...

—Yo sí —respondió ella en voz baja—. Es un monstruo. Va a tratar de destrozarle, y no solo porque Bajram lo quiera así... Es cruel, es un sádico. —Se estremeció sin poder evitarlo.

—*Verdammt!* —masculló él, dándose la vuelta y llevándose las manos a la cabeza.

—Lo siento. —Se llevó la mano a la boca tratando de controlar un sollozo—. Lo siento muchísimo. Siento haber metido a tu hermano en...

—*Gott!* No te disculpes. —Él se giró y se acercó a ella. La cogió por los brazos y la miró con mucha intensidad—. Mi hermano es mayorcito y sabe dónde se mete. No es culpa tuya. Créeme. Le conozco bien. Él es muy capaz de tomar sus propias decisiones... y de sacrificarse por las personas a las que quiere... Lleva toda su puta vida haciéndolo —suspiró—. Así es Jan.

Ella le miró sin demasiada convicción. Por supuesto que se sentía responsable por todo lo que estaba sucediendo. Si él no la hubiera rescatado

no estaría metido en ese lío.

—Es curioso —dijo él, soltándola y alejándose—. Me recuerdas a... bueno, es una tontería...

Ella levantó la vista. Cas la observaba con detenimiento.

—Cuando éramos niños teníamos un libro de cuentos. Recuerdo que nos encantaba. Mi madre nos lo solía leer... Te pareces muchísimo a una de las ilustraciones...

—Blancanieves —musitó ella.

—¡Exacto! ¿Cómo lo...? —Sus cejas se arquearon mostrando sorpresa.

—Tu hermano me llama *Schneewittchen* —le costó pronunciarlo.

—La madre que... —se interrumpió—. Será cabrón...

Ella arqueó las cejas.

—Tú no lo entiendes porque hace poco que le conoces, Oksana, pero mi hermano jamás ha mostrado interés por ninguna mujer, más allá de lo... obvio. —Una sonrisa torcida apareció en su boca—. Y a ti te llama *Schneewittchen*... —Hizo una pausa—. Hay una graciosa historia asociada a Blancanieves y a mi hermano. Cuando era un crío, no sé, quizá tendría seis o siete años, se prometió a sí mismo y a mí —profirió una carcajada—, que cuando fuese mayor se casaría con la chica del cuento... con *Schneewittchen*... ¡Increíble! Parece que el pedazo de cabrón vaya a cumplir su promesa...

—Eso es ridículo —murmuró ella.

—Puede ser, pero te llama *Schneewittchen*... —dijo, pensativo, sin quitarle la vista de encima.

¿Una promesa? ¡Qué estupidez! Meneó la cabeza con energía. ¿Qué narices hacían hablando de un cuento de hadas, cuando Jan se acababa de marchar para enfrentarse a Ivan?

—En fin, ahora solo podemos esperar —dijo él, dirigiéndose a la mesa—. ¿Por qué no tomamos un té y me cuentas algo sobre ti mientras tanto?

Le miró, confusa. No tenía ganas de hablar sobre sí misma. No mientras la preocupación la mantenía en tensión, pero el estar en silencio

pensando en Jan no iba a hacer que el tiempo transcurriese más deprisa.
Suspiró y le siguió.

Capítulo Veintinueve

La nave estaba llena hasta los topes incluso a esa hora tan temprana. Al parecer se había corrido la voz de que Jan «Eismann» Landvik se iba a enfrentar a Ivan Sokolov, y la expectación y las apuestas se habían disparado. A pesar de que el ruso no solía participar en las peleas de Bajram, tenía un nombre. Era conocido en el mundillo. En Rusia había sido un peso pesado en los combates ilegales.

Jan había aparcado donde siempre y se había dirigido al vestuario, ignorando a la gente que se congregaba en la entrada, que había tratado de hablarle e incluso de hacerse fotos con él. Haciendo honor a su sobrenombre de hombre de hielo, había pasado de largo sin dirigirles ni una sola mirada.

Los vestuarios estaban desiertos. Esa noche solo iba a tener lugar un único combate: el suyo. Jan arrojó la bolsa de deporte sobre el banco de madera y comenzó a prepararse física y mentalmente para lo que estaba a punto de llegar. Dejó la mente en blanco, como hacía siempre antes de una pelea y, haciendo ejercicios de respiración, se quitó la ropa. Se puso los ajustados pantalones deportivos y se vendó las manos. Llevaba tanto tiempo haciéndolo solo que no necesitaba ayuda de nadie para conseguir una protección perfecta. Después sacó las guantillas y el protector bucal de la bolsa y los dejó a su lado sobre el banco.

Con los ojos cerrados, repasó los movimientos de Ivan, al menos los que él conocía y que había visto durante sus entrenamientos. Tenía los brazos muy largos, así que solía mantenerse a distancia y golpear al adversario desde lejos. El plexo solar y la cabeza eran sus objetivos favoritos. Costase lo que costase, tenía que mantener la guardia alta para minimizar el impacto de sus golpes y que todos aterrizasen por debajo del cuello. No quería ni pensar en lo que un trallazo del puño de Ivan en la cara podía significar para él. La única ventaja con la que él contaba era que tenía más fuerza y un mayor alcance con las piernas y sabía que podía infligirle daño real con sus patadas.

Una cosa tenía más que clara, si tenía que aguantar quince minutos sobre el ring de pie, no los iba a pasar como un imbécil sin soltar ni un solo

golpe. No pensaba ponérselo fácil al ruso. Se iba a defender hasta el último segundo..., luego ya se dejaría caer sobre la lona en el momento preciso.

Su mente, caprichosa, pensó en Oksana. Allí, en ese vestuario y a solas consigo mismo, podía reconocer sin tapujos que nunca antes había sentido algo parecido por ninguna mujer. La quería en su vida. Rememoró las imágenes de la noche pasada junto a ella y sintió la calidez expandiéndose por su pecho.

Un sexto sentido le advirtió de que no estaba solo. El aire había cambiado a su alrededor. A pesar de que no había oído ni un solo ruido, sabía que había alguien más en el vestuario.

—Estás muy relajado, Jan. —La voz de Ivan a solo un par de metros de distancia le hizo abrir los ojos. Lo hizo con lentitud.

El ruso había tomado asiento frente a él y le miraba sonriente. Jan no reaccionó. Quizá apretó con más fuerza el borde del banco de madera, pero nada más. No pensaba darle a Ivan la satisfacción de verle alterado. Le recorrió de arriba abajo con la mirada para terminar con la vista clavada sobre la cicatriz que afeaba su cara. Después cerró los ojos y le ignoró, cosa que no pareció agradar demasiado al otro.

—No vayas de Eismann conmigo —bufó con enfado—. Los dos sabemos que te encantaría partirme la cara por haberle hecho eso a tu chica. Aunque técnicamente no era tu chica, era de Bajram.

Jan no se inmutó.

—¿Quieres saber cuántas veces le he puesto la mano encima? —Dejó escapar una risa—. ¿Sabes cuántas veces me he aprovechado de que estaba inconsciente para hacer con ella lo que quería?

Jan sintió un hormigueo en los dedos de las manos. Sabía que Ivan solo deseaba provocarle, sacarle de sus casillas, y que con seguridad estuviese mintiendo, aun así no pudo evitar imaginarse a una Oksana inmóvil sobre una cama mientras el ruso la manoseaba. Una sensación de ahogo le invadió.

—Tiene la piel suave... y ese pelo tan sedoso... y esas tetas tan firmes... —El tono de voz de Ivan se tornó más ronco y almibarado, como si estuviese recordando alguna experiencia muy agradable—. Y es tan estrecha que apenas si podía follármela...

Jan abrió los ojos de golpe; despedían chispas de furia, y un rugido parecido al de un animal brotó de su pecho. A punto estuvo de levantarse, de abalanzarse sobre el otro y estrellarle el puño contra la cara, pero una diminuta parte de su cerebro que todavía pensaba con claridad le hizo detenerse.

Ivan se echó a reír de manera estentórea. Echó la cabeza hacia atrás y las risotadas sacudieron su cuerpo.

—Sacarte de quicio es más fácil de lo que pensaba—dijo, mirándole con malicia.

Jan le contempló en silencio. Sabía que todo era una pura provocación, pero le costaba dominarse cuando el nombre de Oksana estaba en juego. Todo su autocontrol desaparecía.

«No seas estúpido», se dijo. «Eso es lo que quiere. Verte perdiendo los papeles para tener ventaja sobre ti. Sabe que no se lo vas a poner fácil en el ring».

—Es muy triste, ¿no Ivan? —murmuró.

—¿Qué cojones dices? —le preguntó el otro. Se había puesto de pie y se estaba quitando la ropa.

—Pues que es una pena que solo puedas ganar esta noche porque yo tengo que perder.

Ivan arrojó la camiseta al suelo. Los tatuajes de su torso quedaron al descubierto. Eran rudimentarios y algunos estaban casi borrados; nada que ver con los de Jan, artísticos y cuidados.

—Puedo machacarte en cualquier momento —espetó.

«Es probable», pensó Jan. Con su tamaño y su fuerza, y siendo diez años más joven, era casi seguro que el ruso saliese vencedor en un combate justo. Pero le miró con las cejas arqueadas y chasqueó la lengua.

—Bueno, nunca lo sabremos, ¿verdad? Siempre nos quedará la duda.

A Ivan se le había borrado la sonrisa de la cara. Tomó asiento y comenzó a vendarse los nudillos con gran precisión, como Jan había hecho unos minutos antes. El silencio se extendió entre ellos. Apenas separados por un estrecho pasillo y por un abismo de ira se miraban de vez en cuando a los ojos. Ivan ya no parecía tener ganas de broma, todo lo contrario, mostraba un gesto agrio y tirante. Jan permanecía impertérrito e inmóvil, deseando llegar

al ring cuanto antes para poder soltarle unos cuantos golpes al cerdo que tenía frente a él, y liberar así el picor que le recorría las extremidades.

En la nave el ambiente se había caldeado. Los gritos, los aplausos y los silbidos llegaban hasta el vestuario apenas contenidos por las paredes. Los altavoces escupiendo música rock a todo volumen hacían retumbar incluso el suelo. Nunca antes el escándalo había sido tan grande. Esa noche Bajram iba a forrarse, sin ninguna duda, pensó Jan taciturno. Seguramente vería el combate desde el piso de arriba, desde la pequeña sala con paredes de cristal que había al fondo de la nave. Desde allí podía observarlo todo y a todos, como un rey a sus súbditos.

—¿Estáis preparados? —Luis asomó la cabeza por la puerta—. Ivan, tú sales primero. En cinco minutos. —Y se marchó.

El ruso se puso de pie y se alejó unos metros, tirando golpes al aire. Jan le observó en silencio. La envergadura de sus brazos era impresionante. Con seguridad más de dos metros con los brazos extendidos, de punta a punta de cada mano. Él no llegaba a los ciento noventa centímetros. Analizó sus movimientos, tratando de encontrar algún punto débil, algún fallo, pero el cabrón parecía perfecto. No solo su radio de alcance era poco común; se movía con una increíble rapidez, y si se tenía en cuenta la velocidad a la que sus puños cortaban el aire, tenía también una potencia extraordinaria. Tiró dos patadas y unos cuantos golpes de rodilla y Jan entornó los ojos. Quizá esa fuese su única desventaja, aunque tampoco podía precisarlo. Unos cuantos golpes al aire no demostraban nada.

Ivan se dio la vuelta y le descubrió mirando.

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves, *Eismann*? —El sobrenombre lo dijo en tono despectivo.

Jan se limitó a pestañear. Ivan era un bravucón sin inteligencia y con la boca demasiado grande. Físicamente quizá le superase, pero mentalmente no podía medirse con él. Cogió las guantillas y se las puso ajustándose el velcro. Después se levantó y comenzó a saltar para hacer que sus músculos entrasen en calor.

El ruso se acercó a él y le miró con fijeza.

—Nos vemos ahí fuera, Jan. Ya sabes lo que tienes que hacer. Que no se te olvide... Quince minutos. ¿Aguantarás? —Se echó a reír, luego cogió sus guantillas y con una sonrisa burlona en los labios abandonó el vestuario.

En ese instante los primeros acordes de *Eye of the Tiger* de Survivor llegaron hasta él.

«No me jodas. ¿La música de *Rocky*? Eso sí que es un puto cliché», pensó.

Comenzó a lanzar golpes al aire, como el otro había hecho antes.

Los vítores y aullidos se hicieron más potentes, señal de que Ivan acababa de hacer acto de presencia.

Tiró dos puñetazos con la derecha, luego otros dos con la izquierda. Volvió a saltar y luego pateó el vacío con todas sus fuerzas. Sabía que tenía una buena pegada con la pierna derecha. Si podía alcanzar a Ivan en la rodilla quizá se la partiese.

«Si tengo que morir, moriré matando, ¿no?» Una risa desagradable surgió de su pecho.

El volumen de la música aumentó.

Giró la cabeza a los lados tratando de relajar la tensión que siempre se le fijaba en el cuello. Sabía que le quedaban meros segundos antes de tener que salir a esa mierda de nave y enfrentarse a Ivan.

A jugarse la piel por ella.

Por Oksana...

Estaba haciendo lo correcto. Ella se merecía eso y más.

La canción terminó bruscamente y el público comenzó a gritar de manera ensordecedora. Coreaban su apodo: *Eismann, Eismann*. Su melodía comenzó a sonar. *The Rocky Road to Dublin* de The Pogues. El volumen de los gritos creció en intensidad.

«Joder, *Schneewittchen*... Esto va por ti».

Y abandonó los vestuarios con un gesto sombrío en el rostro.

* * *

Oksana volvió a mirar el móvil.

—Solo han pasado dos minutos desde la última vez —le dijo Cas desde la mesa—. El tiempo no va a pasar más deprisa porque mires la hora con tanta frecuencia.

Ella dejó escapar un suspiro. Sabía que él tenía razón, desde luego,

pero ¿qué otra cosa podía hacer si no? Habían pasado un par de horas desde que Jan se había marchado y ella tenía los nervios a flor de piel. Al principio había hablado con Cas, le había contado un poco sobre su pasado y sobre su vida en Ucrania, pero él no había tardado en darse cuenta de que ella tenía la cabeza en otro sitio y no le apetecía hablar, y la había dejado en paz.

—¿Por qué no lees o escuchas música o algo? —sugirió él. Estaba frente al portátil. Oksana no tenía ni idea de qué era lo que estaba haciendo.

Se levantó del sofá y se dirigió a la estantería. No quería poner música. Quizá fuese una tonta, pero el escuchar música en ese salón era algo que solo quería hacer con Jan, y no con su hermano. Acarició los lomos de los libros del estante superior. La mayoría estaban en alemán, pero había un par de novelas en español. Se entretuvo leyendo los títulos. No los conocía.

Trató de no pensar demasiado en lo que pudiese estar sucediéndole a Jan en esos momentos, pero era imposible. Las imágenes de la crueldad de Ivan no se le iban de la cabeza. Y las palabras que le había dicho el día anterior en el campo de lavanda, tampoco.

A ti a lo mejor no puedo tocarte, puta. Pero a tu novio le voy a destrozar mañana en el ring.

Se estremeció solo de pensarlo. Agitó la cabeza con energía, como si así fuese a ahuyentar esos horribles pensamientos.

—¿Cuándo viene Eli? —le preguntó a Cas.

No es que tuviese especial interés en que su novia les hiciese compañía; la única vez que habían hablado, había tenido los ojos vendados y se había sentido incómoda en su presencia, pero quizá le sirviese de distracción.

—Tiene que estar a punto de llegar —repuso él sin levantar la vista de la pantalla.

Siguió recorriendo los libros con la punta de los dedos. Se detuvo de nuevo sobre los álbumes de fotos. Los había visto todos, aunque uno pequeño al fondo de la estantería le llamó la atención. Ese no. Lo sacó y se fue con él al sofá. Se lo puso en el regazo y lo abrió. Lo que vio en la primera página le hizo sonreír involuntariamente. Eran fotos de dos niños pequeños. Dos niños muy rubios y con los ojos muy azules. Jan y Cas, pensó. No eran en blanco y negro, pero tenían ese aire de fotos antiguas con mucho encanto.

—Cas, mira lo que he encontrado —le llamó. Él levantó la vista—. Es un álbum de fotos de cuando erais pequeños. —Y se lo tendió. Al hacerlo, un sobre blanco que debía encontrarse entre las páginas, cayó al suelo. Oksana se levantó y lo cogió. Estaba a punto de ponerlo sobre la mesa, pero el logotipo que aparecía troquelado y el nombre de Jan sobre él, le hicieron detenerse. Lo miró, intrigada.

—¿Qué es eso? —le preguntó Cas, acercándose.

—No sé. Creo que es de un hospital —murmuró ella.

—Déjame verlo. —Lo cogió y sacó varias hojas dobladas del interior.

—¿Es importante? —preguntó.

Él no contestó. Se había quedado absorto leyendo el contenido. Desechó la primera y la segunda página con rapidez y se detuvo en la tercera. Tenía un gesto de profunda concentración.

Oksana le observaba preocupada. Según pasaban los segundos sin que él dijera nada su nerviosismo iba en aumento.

—¿Qué es eso, Cas? —volvió a preguntar.

—Son unas pruebas y un informe médico. De un neurólogo.

No dijo nada más, y Oksana estuvo a punto de zarandearle para que siguiese hablando. Le miró fijamente a la cara como si en sus facciones pudiese encontrar las respuestas a todas las preguntas que danzaban en su cabeza. Le vio ponerse pálido. Sus ojos se movían inquietos leyendo con rapidez. Las hojas de papel comenzaron a temblar en sus manos. Las sujetó con más firmeza y pasó páginas con cierta agresividad.

Oksana tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué pone? —La voz le salió estrangulada por la angustia. Se acercó más a él y le agarró por el antebrazo.

Él levantó la mirada. La aflicción que vio reflejada en sus ojos le cortó la respiración.

—Es... es... —No siguió. Le entregó las hojas.

Oksana las agarró con fuerza. Clavó la vista en la primera página, pero allí solo aparecían los datos más obvios. El nombre, la edad, peso, altura, dirección... Pasó a la siguiente hoja. Más datos irrelevantes: enfermedades anteriores y fracturas previas...

Pasó la página.

El paciente acude mostrando síntomas de cefalea recurrente.

Se solicitan pruebas para descartar posibles lesiones craneales.

Pasó otra página. Resultados de pruebas.

Un TAC. Punción lumbar. Análisis. Electroencefalografía.

Un galimatías de datos y de cifras que no consiguió entender.

Pasó la página y se centró en la última.

Basándonos en su historial de lesiones y la práctica continuada del paciente (más de diez años en este caso) de un deporte de contacto donde los golpes en la cabeza son comunes y las contusiones habituales, es presumible pero no concluyente que sus jaquecas se puedan deber a algún tipo de encefalopatía. Basándonos en los últimos estudios neurológicos, y aunque sea prematuro aventurarlo, no se descarta la posibilidad de una futura Encefalopatía Traumática Crónica (ETC), aunque resulta del todo imposible efectuar un diagnóstico.

Dado que el tratamiento es sintomático, en caso de que aparezcan otros síntomas, y a medida que lo vayan haciendo, se irán tratando con fármacos o terapias específicas. Se recomienda que lleve una vida sana, que haga dieta, que no consuma alcohol ni tabaco, y que evite en la medida de lo posible practicar deportes de contacto que pudieran desencadenar una conmoción cerebral y por tanto empeorar su actual estado de salud.

Se recomiendan revisiones periódicas cada seis meses.

Las palabras se desdibujaron en sus retinas y se dio cuenta de que era debido a las lágrimas que le empañaban la mirada.

Le temblaban tanto las manos que las hojas se le cayeron al suelo. ¿Jan estaba enfermo? ¿Jan tenía una enfermedad provocada por lesiones en la cabeza? No entendía nada... Miró a Cas, que se agarraba al borde de la mesa y parecía haber envejecido veinte años, de pronto.

—¿Qué... qué es encefalopatía traumática crónica? —preguntó con la voz rota.

—No sé mucho sobre eso pero lo suficiente. En alguna ocasión lo hemos hablado, Jan y yo. Su antiguo entrenador se suicidó debido a que padecía esa... enfermedad, al menos es lo que se comenta. Es degenerativa y

está asociada a ciertos deportes como el boxeo o el fútbol americano. Se produce debido a repetidos golpes en la cabeza... —No la miraba y hablaba en voz baja, entre dientes—. Pero no hay un diagnóstico exacto al parecer. Ni tampoco tratamiento. Creo que no hay unos síntomas muy claros ni signos visibles..., pero una vez que aparece... es irreversible.

Oksana sintió cómo si alguien le hubiera pegado un puñetazo en pleno pecho. Le faltó el aire y se le nubló la vista al comprender lo que las palabras de Cas implicaban. ¿Jan había ido a un combate a exponerse a recibir un golpe en la cabeza que podía ser fatal? A pesar de que los médicos le habían dicho que no se arriesgase, ¿había decidido ir a pelear? Abrió la boca para gritar, pero solo un gemido sofocado surgió de su garganta. Se llevó las manos al cuello, sintiendo cómo se ahogaba.

¡No, no, no! ¡Dios Santo!

—Cas —consiguió murmurar al fin, casi sin voz—. Tenemos que parar la pelea.

Él la miró, desolado.

—Es demasiado tarde —susurró, frotándose los ojos.

—¡No digas eso! —gritó ella, incapaz de creer que eso que él decía fuese cierto—. Si salimos ahora mismo nos dará tiempo a llegar. Hay que evitarlo... hay que hacerlo... —Se acercó a él y le agarró del brazo—. ¡Por favor! —le imploró.

Los ojos de él brillaron indecisos.

—Vamos —terminó por decir.

Oksana se dio la vuelta y abrió la puerta de la casa de par en par. De pronto parecía como si sus pies tuviesen alas. No esperó a ver si él la seguía, pero escuchó sus pasos apresurados a su espalda.

Mientras ella se acomodaba en el asiento y se abrochaba el cinturón, él llamó a Eli y le dijo que se fuera a casa, que ya le explicaría lo que había sucedido más adelante. En solo un par de minutos abandonaban la propiedad por el camino de tierra. Oksana se agarró al salpicadero tratando de amortiguar los baches. Cas conducía a gran velocidad. Le miró de reojo. Tenía los ojos fijos en la carretera.

—No crees que lleguemos a tiempo, ¿verdad? —le preguntó con un hilo de voz.

—No —repuso él sin mirarla—. Pero si no intentamos parar esta locura no me lo voy a perdonar jamás.

Ella guardó silencio. No se atrevía a pensar en que quizá fracasasen y no llegasen. En que Ivan pudiera... ¡No!

—*Shit!* —exclamó Cas de repente golpeando el volante con la mano—. Joder, Jan, joder... ¿Por qué cojones no nos has dicho nada? —Había un tinte desesperado en su voz.

—Todo esto es culpa mía —murmuró ella, abrazándose a sí misma.

—No te mortifiques más, Oksana —dijo él.

Apartó una mano del volante y le palmeó el muslo con un gesto tranquilizador que lo único que consiguió fue que a ella se le volvieran a llenar los ojos de lágrimas.

«¿Por qué has hecho esto, Jan? ¿Por qué?», se preguntó en silencio mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. «Tenías que habérmelo dicho. Podíamos haber encontrado otra solución... ¿Por qué, Jan?»

Debía haber hecho la pregunta en voz alta porque la voz de Cas, respondiendo, la sobresaltó.

—Oksana, está claro por qué —suspiró—. Quizá no te lo haya dicho, pero todas sus acciones lo demuestran. Mi hermano te quiere, joder...

Diario de Oksana Novalnyova

23 de septiembre – Kiev (Ucrania)

Estoy agotada. El viaje ha sido extenuante.

Esta mañana me ha recogido un coche en la puerta del apartamento de Irina. Aunque está contenta por mí, está triste porque ya no vamos a volver a vernos, al menos en un futuro próximo. Nos hemos despedido entre lágrimas. Le he prometido que le escribiría en cuanto llegase.

Hemos partido a las seis de Malinovka. Solo yo iba en el coche, con un conductor que no me ha dirigido la palabra en todo el viaje. Mejor así. He podido pensar mucho sobre mi futuro y hacer planes. Hemos parado por el camino para recoger a otra chica, en Poltava. Se llama Tatiana y su español es igual de bueno que el mío.

Después de diez horas de viaje, finalmente hemos llegado a Kiev. En el aeropuerto nos estaba esperando Lorena con nuestros visados y otras tres chicas más, Svetlana, Marina y Anna. Todas ellas son de la capital. Y todas ellas son guapísimas. La idea que tenía en la cabeza de destacar demasiado se ha esfumado cuando las he visto.

Ahora, mientras las otras chicas hablan entre ellas y esperamos a embarcar en el avión, yo estoy escribiendo en mi diario, quizá sea la última vez que escriba algo en suelo ucraniano. En siete horas estaré en Barcelona.

Sé que me espera lo desconocido, pero no tengo miedo.

Capítulo Treinta

Jan miró el reloj digital que colgaba del techo al fondo de la nave. Solo habían transcurrido seis minutos. Seis minutos y él se sentía como si un obús le hubiese reventado. Hacía apenas cuarenta segundos que un cabezazo de Ivan le había partido la ceja izquierda, y la sangre que manaba de la herida se le metía dentro del ojo y le impedía ver con claridad. En cualquier combate legal la pelea se habría detenido para que un profesional competente detuviese la hemorragia. No en ese.

El público parecía extasiado ante la sangre. Habían aullado como posesos al ver el tremendo cabezazo y todavía más al ver el rojo líquido brotando de su ceja.

Ivan era un monstruo. Una máquina de luchar perfectamente engrasada, sin un puto punto débil a la vista. Todavía no había conseguido acercarse lo suficiente a él para poder propinarle un golpe en condiciones. Sin embargo, el ruso ya había conseguido alcanzarle un par de veces, a pesar de su férrea defensa. Volvió a intentarlo en ese momento tirándole un golpe de rodilla, pero por una vez Jan fue más rápido y consiguió apartarse a tiempo.

Tenía que aguantar como fuese. Como fuese. Quince minutos. Y solo quedaban nueve. Ocho y medio, en realidad. Apretó los dientes y se echó hacia atrás al tiempo que trataba de limpiarse la sangre de la cara con el antebrazo.

Ivan rodeó el ring, sonriendo. Era una sonrisa macabra y horrenda debido al color negro de su protector bucal. Jan le siguió con la mirada, alerta. El brillo malicioso de sus ojos oscuros le avisó del momento exacto en que iba a atacar. Disparó el puño, buscando un agujero en su guardia, pero esta vez le salió el tiro por la culata. Falló; y Jan aprovechó la oportunidad para pegarle un rodillazo brutal en el muslo. El ruso torció la cara de dolor y perdió el equilibrio ante lo inesperado del golpe. Cayó de rodillas sobre la lona. A pesar de que no tardó en levantarse, Jan no pudo evitar sentir cierta satisfacción, que apenas duró un segundo. Un rugido animal surgió de la garganta de Ivan, que se abalanzó hacia delante y trató de apresarle entre sus

fuertes brazos con una táctica de agarre. No tuvo éxito, y Jan se zafó, pero descuidó su defensa y pronto notó el impacto del otro sobre el hombro, provocándole una descarga eléctrica que le comenzó en el cuello y descendió a lo largo de todo su brazo. El ardor fue intenso.

Verdammt!

¡Se había lesionado el plexo braquial! No era la primera vez que le sucedía algo así, y a pesar de que solían ser lesiones leves cuyo dolor se pasaba en cuestión de minutos, el brazo se le acababa de quedar paralizado. Inútil.

Fuck! Fuck! Fuck!

Miró el reloj de reojo. Nueve minutos. Quedaban seis de sufrimiento.

El hijo de puta del ruso estaba impecable. Y él tenía la cara llena de sangre y un brazo inmovilizado. Lo sentía colgando a su izquierda, como un miembro muerto y molesto a su lado.

Los gritos del público que al principio del combate habían coreado su nombre una y otra vez, ahora coreaban el nombre de Ivan en pleno paroxismo de violencia.

«Aguanta, Jan», se dijo. «Es por Oksana». Quizá fuese una tontería, pero pensar en ella le dio fuerzas.

Volvió a apartarse con rapidez, frustrando un nuevo ataque de Ivan, que le observaba con un brillo asesino en los ojos. Jan trató de golpearle con la rodilla en el muslo, como había hecho antes, pero esta vez el ruso estaba preparado y no pudo alcanzarle. ¡Joder!

No podía utilizar el brazo izquierdo. Y el derecho tampoco; era la única barrera defensiva de la que disponía en ese momento, lo único que, aparte de su rapidez de reflejos, le protegía la cara y la cabeza. Se echó hacia un lado con precipitación al ver un puño acercándose peligrosamente a su cara. Le pasó rozando la oreja con una potencia increíble. Si le hubiera alcanzado de lleno le habría partido la mejilla, sin duda.

Resopló. Estaba exhausto. Física y mentalmente.

Cuatro minutos todavía.

Ahora el público volvía a gritar su nombre. «Menuda fidelidad», pensó con sarcasmo.

Vio cómo Ivan le dirigía una mirada al reloj y su expresión cambiaba.

«Acaba de darse cuenta de que solo le quedan cuatro minutos para lucirse», reflexionó Jan con toda rapidez.

Y no se equivocaba. El ruso, rugiendo como un animal, se le tiró encima. Más de cien kilos de puro músculo, como un tanque Panzer VI de la Segunda Guerra Mundial, masivo, compacto y mortal. El impacto le arrastró hasta la red y le dejó sin respiración. Ivan, viéndole atrapado, aprovechó su ventaja para comenzar a usar sus puños. Le golpeó con brutalidad en el costado izquierdo, el que tenía más desprotegido. Jan rechinó los dientes aunque lo único que quería era aullar de dolor.

El cuerpo sudoroso del ruso le tenía clavado contra la malla.

Los puñetazos le estaban destrozando.

La gente gritaba como loca.

El reloj marcaba doce minutos.

Sin pensar demasiado levantó la rodilla y la estrelló contra la entepierna del otro, que se encorvó sobre sí mismo y dejó escapar un gemido. Entonces, aprovechando su debilidad, le estampó la frente contra la boca. El dolor que se propagó de un extremo a otro de su cabeza fue suficiente como para provocarle náuseas, pero al menos había conseguido que Ivan se apartase.

Este bramaba y rugía como un poseso. Había estado a punto de caer de rodillas sobre la lona al recibir el rodillazo entre las piernas, pero se mantenía en pie. Sangraba por la boca y ni siquiera el protector bucal había servido para protegerle lo suficiente de la brutal colisión con la frente de Jan. Lo escupió al suelo, junto con lo que parecían ser restos de piezas dentales.

Jan miró el reloj de reojo. Trece minutos y medio. Uno y medio para poder infligirle más daño a Ivan. Aprovechó que se encontraba aturdido por el ataque anterior, y se abalanzó sobre él. Incluso con su brazo inútil, con la sangre que le impedía ver y el dolor de cabeza persistente, sabía que si se lo proponía podía aterrizar algún buen golpe más. El ruso le había subestimado.

Con una furia intensa y ardiente brotándole de los ojos, le propinó un puñetazo en el abdomen que Ivan no pudo esquivar, y un rodillazo en la parte externa de la rodilla que le hizo recular hasta la puerta del ring.

El momento de la verdad se acercaba y Jan sabía que acababa de

jugársela. Quizá todo hubiese resultado más fácil si se hubiera limitado a defenderse, a no golpear, pero el odio visceral que sentía contra Ivan por todo lo que le había hecho a ella había tomado el mando.

Ivan no tardó en recuperarse. Con la boca destrozada y sangrante y los ojos llenos de ira, se dirigió hacia él, pero no le embistió. Se limitó a colocarse en posición de ataque.

Catorce minutos y cincuenta segundos.

Jan se preparó mentalmente para lo que estaba a punto de llegar.

El público volvía a gritar como loco. Ya ni siquiera podía reconocer si coreaban su nombre o el nombre del otro. Qué más daba.

Catorce minutos y cincuenta y cinco segundos.

Ivan miraba el reloj a hurtadillas, igual que él lo hacía. Esperaba su momento. Sabía que en el instante en que Jan cayese sobre la lona podría hacer con él lo que quisiera. Al menos durante unos segundos, antes de que Luis accediese al ring y le proclamase campeón de aquel combate.

Quince minutos.

«Se acabó», pensó Jan.

Aunque en el fondo sabía que ese era el momento en que todo empezaba.

Descuidó su guardia.

El puño de Ivan se estrelló contra su pómulo, impulsándole la cabeza hacia atrás y tirándole al suelo. Cerró los ojos viendo las estrellas. ¡Dios, eso había dolido! Su espalda dio contra la lona. Solo un segundo después sintió el peso del ciclópeo ruso sobre él haciéndole una montada. Se resignó. Las cosas podían haber acabado de otra manera, quizá...

«Es por ella. Es por ella», se decía a sí mismo una y otra vez.

Los puños de Ivan comenzaron a impactar por todas partes. En su cara, en su plexo solar, en su costado... A través de la niebla que comenzaba a empañar sus ojos pudo ver a Luis accediendo al interior del ring.

«Deberías darte más prisa», pensó su cada vez menos lúcido cerebro con un toque de macabra ironía. «Quizá cuando llegues sea tarde...»

De repente, un grito femenino penetró en sus oídos. Era una voz que hubiese reconocido en cualquier parte. Giró la cabeza apenas y la vio. Se

agarraba a la red con desesperación. Una mueca de horror deformaba sus bellas facciones y tenía el rostro empapado en lágrimas. Gritaba algo...

«Quizá ya he perdido el conocimiento. Debo estar soñando. Oksana está en casa, con Cas...»

—*Alles wird gut...* Todo va a salir bien... —murmuró.

Un golpe en las costillas le hizo cerrar los ojos y ella desapareció de su vista.

—¡Jan! ¡Jan! ¡Por Dios! —La escuchó gritar de nuevo.

Ella era tan dulce, pensó, aturdido. Era tan especial y se merecía tantas cosas... Abrió los ojos y la miró de nuevo. ¡Qué guapa estaba! Y parecía tan real, tan cercana... Si estiraba la mano podría tocarla...

¡Qué estupidez! Ella solo estaba en su imaginación.

Ivan no daba tregua y mientras la lluvia de puñetazos caía sobre él, una loca idea se afianzó en su cabeza... Quizá ese era el fin... *Qué mejor manera de morir que teniendo su imagen delante de él.* Una enorme paz le invadió. Dejó de sentir dolor por un breve instante. Sus ojos buscaron los de ella.

—Oksana —musitó.

Fue lo último que dijo antes de que un violento y certero golpe sobre la mejilla le hiciera perder el conocimiento.

* * *

—¡Jan! ¡No! ¡No! —Se había quedado afónica de tanto gritar, pero seguía haciéndolo mientras Cas trataba de impedir que accediese al interior del ring sujetándola con firmeza por el talle.

—¡Espera, Oksana! Por ahí no podemos pasar —le gritó él tratando de hacerse oír por encima del clamor de la gente.

Ella le ignoró. Solo tenía en mente poder llegar hasta Jan. Poder arrodillarse a su lado. Poder tocarle aunque solo fuese un segundo. Comenzó a sollozar a gritos, presa de la histeria. El cuerpo de Jan yacía inmóvil a solo un par de metros de ella, al otro lado de la malla, cubierto de sangre. El tipo que había entrado en el ring hacía unos segundos, había apartado al ruso, le había tomado el pulso y después le había ignorado, dejándole solo.

Ivan se vanagloriaba de su victoria con los brazos en alto mientras el

público aplaudía y gritaba de manera ensordecedora. Oksana no pudo evitar estremecerse al ver su sonrisa sanguinolenta. Sus ojos se clavaron en el descomunal y triunfante ruso y después descendieron para posarse sobre el cuerpo desmadejado de Jan. Sintió cómo si la estuviesen desgarrando por dentro.

Trató de liberarse de los brazos que la mantenían sujeta, arañando, golpeando...

—¡Suéltame, Cas! —gritó. Pero él no le hizo caso. Se giró y le miró a la cara. Estaba pálido y apenas podía contener la tensión de sus músculos.

—¡Espera, joder! ¿No ves quién está ahí? —Señaló a su derecha.

Oksana miró hacia dónde él miraba y vio a Yuri, a Roman... y a Bajram, que formaban un muro infranqueable justo delante de los cuatro escalones que llevaban al ring. Había estado tan centrada en lo que pasaba con Jan que no había visto al albano-kosovar, que la observaba con una fría sonrisa en la cara. Se le revolvió el estómago del miedo, pero la otra emoción era más fuerte. La preocupación que sentía por Jan era mucho más intensa que todo el terror que pudiese inspirarle *él*. Le lanzó una mirada encendida y cargada de odio..., no por lo que le había hecho a ella, sino por todo lo que le había hecho a Jan.

—Por favor... —exclamó, volviendo a mirar a Cas—. ¿No ves que está solo? —se le quebró la voz.

Cas desvió la vista hacia el cuerpo inerte de su hermano, luego la contempló a ella y después a Bajram, que acababa de ponerse en movimiento y se dirigía hacia ellos, seguido por sus dos secuaces. La ira le brillaba en los ojos y su respiración era errática. Parecía estar calculando las opciones que tenían de llegar hasta Jan antes de que alguien se lo impidiese.

—*Fuck!* ¡Ve tú! —Y la soltó, colocándose de tal manera que cubrió su retirada con su cuerpo, impidiendo que Bajram o cualquiera de los otros dos pudiesen ir tras ella.

Oksana no dudó ni un segundo. Se abrió paso a codazos a través de la gente que se había concentrado junto a la puerta del ring para felicitar a Ivan, al campeón. Los cuerpos le impedían avanzar, pero ella estaba determinada a llegar hasta Jan, costase lo que costase. Recibió un golpe en la espalda que estuvo a punto de hacer que cayese al suelo, pero se agarró con firmeza a la red y se mantuvo de pie. Los estridentes gritos penetraban en sus oídos,

atontándola. No obstante apretó la mandíbula y continuó. Justo delante de ella estaba la puerta y en ese mismo instante Ivan abandonaba el ring. Una música estrepitosa emergió de los altavoces. La multitud berreó enardecida.

En ese preciso momento, por encima de las cabezas de varias personas que los separaban, sus ojos se encontraron. El brillo triunfal que desprendían esos pozos oscuros la hizo tiritar, pero se sintió incapaz de apartar la mirada. Entonces, con mucha lentitud, él le sonrió y le hizo un guiño. Una sensación de asco la invadió. De no haberse encontrado tan angustiada por Jan, se habría doblado sobre sí misma y habría vomitado.

El encontronazo duró solo un par de segundos, luego él giró la cabeza y desapareció entre el gentío, dejándose felicitar y dar palmaditas en la espalda.

El árbitro de aquella espantosa pantomima se interpuso en su camino.

—No puede entrar —le dijo, agarrándola por el brazo.

Ella gritó, desesperada, y de un tirón se liberó de su mano.

—¡Voy a entrar! —rugió. Algo debió ver él en su mirada, porque se apartó con la sorpresa reflejada en sus facciones.

Subió los cuatro escalones que llevaban al ring y atravesó la puerta a toda velocidad. Le temblaban tanto las piernas que pensó que no podría llegar a su lado, pero lo hizo. Llegó y se tiró de rodillas junto a su cuerpo.

De cerca todavía tenía peor aspecto. Sobre todo su cara estaba irreconocible. Los puños de Ivan la habían destrozado.

—*Bozhe moy!* —susurró sin atreverse a tocarle. Las lágrimas le rodaban por las mejillas a toda velocidad. No se molestó en limpiárselas—. ¡Jan! ¡Jan! ¡Jan! —decía una y otra vez con el corazón encogido.

Él estaba tan quieto, tan inmóvil, que un miedo agudo y visceral la invadió. Como había visto hacer al hombre antes, le acercó la mano al cuello con cuidado de no hacerle daño, y le buscó el pulso. Tenía. Soltó un sollozo aliviado. Por un instante había pensado...

—¡Por favor, Jan! No me dejes... —musitó, acariciándole el cuello con suavidad. No se atrevía a tocarle en otro sitio. Tenía la cara hinchada y cubierta de sangre.

Miró a su alrededor, desesperada. ¿Acaso no iba a venir nadie a curarle? ¿Un médico? Su mirada se clavó en Cas a través de la red. Yuri y

Roman le tenían sujeto por los brazos tratando de detenerle, y él parecía a punto de explotar, tenía las venas del cuello hinchadas y los puños apretados. Mientras tanto, el albanó-kosovar le contemplaba con indiferencia y asentía con tranquilidad, como si no hubiese sucedido nada. Oksana sintió cómo la sangre le bullía por dentro. ¿Nada? Jan estaba destrozado en el suelo y nadie hacía nada... *Nada...*

Volvió a mirarle. La pena se mezclaba con un terrible sentimiento de culpabilidad. Él estaba así por ella. *Por ella*. Se inclinó sobre él, apenas rozando su pecho con la mejilla. Las lágrimas que brotaban de sus ojos cayeron sobre su piel, mezclándose con su sudor.

«Por favor, por favor...», rogaba una y otra vez. «Por favor, no me dejes. No puedes. No puedes... ¿Por qué? ¿Por qué? Eres tan idiota... No tenías que haberte arriesgado por mí... Por favor...» De nuevo un sollozo sacudió su cuerpo.

De pronto sintió el peso de su mano sobre su cabeza. Le miró, pero él tenía los párpados tan hinchados que era imposible saber si tenía los ojos abiertos o no.

—Oksana —murmuró en voz apenas audible.

—¡Jan! ¡Oh, Jan! —gimió ella sin atreverse a más.

—No... te preocupes... por nada. Todo... va a salir bien. Ya está. Se acabó. Eres... libre.

Al escuchar aquellas palabras rompió a llorar con más fuerza.

—Oh Jan... —musitó con la voz quebrada. Se atrevió a cogerle la mano, ignorando la sangre y el sudor que cubrían el guante y sus falanges. Le estrechó los dedos y él le devolvió el apretón.

—*Ich weiss Du bist nicht hier... Ich weiss Du bist nur ein Traum... aber es ist ein so schöner Traum...*

Oksana no pudo entenderle. Buscó frenéticamente a Cas con la mirada, pero ya no estaba donde le había visto antes. También Bajram y sus secuaces se habían esfumado. De pronto sintió una presencia a su derecha. Era Cas, que se arrodilló a su lado. Se mostraba igual de trastornado que ella.

—El médico está aquí —señaló con la mano a un individuo que se abría paso entre la gente—. ¿Está consciente? —preguntó.

Ella asintió.

—Ha dicho algo, pero en alemán. No lo he entendido.

Cas la miró un instante antes de inclinarse sobre su hermano. Le habló en voz baja. Jan respondió algo.

—¿Qué dice? —preguntó ansiosa.

—Cree que eres un sueño —murmuró—. Cree que eres una visión y que en realidad no estás aquí.

Oksana se aferró a su mano.

Finalmente, el hombre al que Cas había señalado llegó a su lado y les hizo un gesto para que se apartasen. Lo hicieron, dejándole espacio. Una arruga de preocupación se marcaba entre sus cejas. Oksana se apoyó en Cas; sentía las piernas como si fuesen de gelatina.

—Yo no puedo hacer nada —murmuró después de echarle un vistazo muy superficial—. Necesita ir a un hospital.

—La ambulancia tiene que estar a punto de llegar —dijo Cas.

El tipo se incorporó con rapidez y les miró.

—¿Sabe Bajram eso? —inquirió alarmado.

—Me la suda Bajram —escupió Cas—. He llamado a emergencias hace rato y no creo que tarden mucho más en llegar.

Como si el destino se hubiera puesto de su parte, en ese mismo momento el sonido lejano de una sirena llegó hasta ellos por encima de los gritos y la música. De repente, se armó un revuelo considerable. La gente que hasta hacía solo un instante había festejado el resultado del combate, y se había acercado a la parte trasera donde estaba el mostrador de las apuestas, a cobrar sus ganancias, comenzó a correr buscando la salida más próxima, pensando que las sirenas podían pertenecer a la policía. La nave tenía varias puertas que conducían al exterior, dos en la parte delantera, otras dos en la parte trasera y una en cada lateral. Pronto todas ellas se abarrotaron y el recinto no tardó en vaciarse por completo. Solo ellos, en el ring, permanecieron allí. Incluso los guardias de seguridad se habían marchado.

—Yo también me largo —dijo el «médico», dirigiéndose hacia la puerta.

—Pero... —protestó Oksana.

—Déjalo —le dijo Cas, lanzándole una mirada de desprecio—. La

ambulancia ya está aquí. No creo que este... fulano pueda ser de mucha ayuda.

Ella volvió a arrodillarse junto a Jan, mientras las luces naranjas aparecían por el portón delantero.

—Jan, la ambulancia ya ha llegado —le dijo con voz tranquilizadora, cogiéndole la mano y tratando de infundirle calma, como él hacía siempre con ella. Pero él no reaccionó, ni siquiera correspondió al apretón de su mano. Había vuelto a perder el conocimiento.

Le contempló, desolada. Volvió a sentir cómo las lágrimas se escapaban de sus ojos. Parecían una fuente inagotable del salado líquido. Con mucho cuidado y una ternura infinita, acercó la mano a su mejilla, cubierta de sangre y sudor, y le rozó apenas con la punta de sus dedos.

Las manos de Cas se posaron sobre sus hombros.

—Vamos, Oksana. Dejemos que hagan su trabajo.

Ella apartó la mirada del rostro de Jan y se dio cuenta de que había un par de enfermeros con una camilla justo a su lado. Se incorporó, apartándose. Cas la cogió de la mano.

—¡No! ¡Quiero quedarme! —protestó.

—No hay nada que podamos hacer aquí. Créeme. Yo ya he pasado por esto —añadió. El cansancio se filtraba en su voz—. Vamos al hospital. Llegaremos antes que la ambulancia. Vamos —volvió a insistir, tirando de ella.

Oksana le dirigió una última mirada a Jan. Le acababan de colocar un collarín cervical y le instalaban en la camilla. Cerró los ojos un instante como si la imagen fuese a desaparecer de su mente, pero cuando volvió a abrirlos, seguía ahí.

El todopoderoso Jan. El hombre que había sido su coraza, su escudo, su muro... Su protector, su salvador...

Parecía tan frágil...

Aguantando un nuevo sollozo, siguió a Cas. Corrió tras él tratando de igualar su paso más amplio. Abandonaron la nave y se dirigieron a su coche. La explanada que antes había estado repleta de vehículos, ahora se encontraba casi vacía. Algunos rezagados la abandonaban en ese momento, levantando nubes de polvo con sus neumáticos. El Navara los esperaba al

fondo, solitario.

Tropezó y estuvo a punto de caer al suelo, pero Cas la sujetó con firmeza por el brazo. Se detuvieron un instante y sus miradas se cruzaron. La angustia brillaba en los ojos de ambos. De pronto él la abrazó y enterró la cabeza en su cuello.

—Mi hermano es un idiota, un idiota... —se le quebró la voz.

Ella comenzó a llorar de nuevo. Su propio dolor se mezcló con el de él y no pudo soportarlo. Se aferró a sus hombros como si fuese un náufrago y él una tabla de salvación.

—Si algo le pasa... si algo le pasa... no sé qué voy a hacer —siguió él hablando. Había comenzado a temblar.

Solo pudo sollozar más fuerte. ¡Era su culpa! Ella era la responsable de que Jan estuviese así. Trató de decir algo, pero le falló la voz.

—Yo le quiero, ¿sabes, Oksana? —dijo él—. Le quiero muchísimo y solo quiero que vuelva a ser el de antes... —Levantó la cabeza y la miró. Tenía los ojos húmedos—. Tú también le quieres, ¿verdad?

Ella solo pudo asentir.

—Eso está bien —murmuró, acariciándole el pelo. De pronto parecía encontrarse a años luz de distancia. Físicamente estaba con ella, pero mentalmente no—. Eso está bien —volvió a repetir con la mirada perdida—. Mi hermano solo necesita a alguien que le quiera, ¿sabes? Ha estado muy solo... Y no debería ser así... Jan se merece que le quieran de verdad, Oksana...

Sintió una gran opresión en el pecho al escuchar aquello. Que un hombre hecho y derecho como Cas le hablase de esa manera sobre su hermano, con tanto amor y tanta calidez... la desarmaba. La destrozaba.

—Vámonos —dijo él con suavidad, como si de pronto se hubiera dado cuenta de dónde estaba y con quién. Se separó de ella. La cogió de la mano y la guió hasta el coche.

Oksana le siguió, sin siquiera saber cómo era capaz de dar un paso tras otro. Dentro del vehículo se apresuró a ponerse el cinturón. Miró por la ventana. La ambulancia arrancaba en ese momento. Cerró los ojos. La única imagen que podía ver en su mente era la de Jan tirado en el ring mientras Ivan le propinaba puñetazo tras puñetazo. No creía que jamás pudiese olvidar

aquello. Una sensación, mezcla de remordimiento y culpa, la dominó.

¿Cómo iba él a poder perdonarle aquello?

Mejor dicho, ¿cómo iba a perdonarse a sí misma?

Capítulo Treinta y Uno

—No quiero que me vea así. —Su propia voz le sonó extraña, como hueca. Le había costado pronunciar esas palabras.

Cas le miró en silencio, ceñudo.

—¡No me jodas! Lleva tres días sin ir a ningún lado, ahí fuera, esperando a que recobres la consciencia.

Jan giró la cabeza y miró por la ventana. La oscuridad se cernía sobre el cuidado jardín del hospital. Apenas se distinguían los banquitos y la fuente cuadrada que adornaba el centro del mismo.

Su hermano llevaba unos cuantos minutos allí, los suficientes como para haberle informado de que Bajram había cumplido con su promesa y había enviado los papeles de Oksana a su estudio. Era lo primero que había querido saber. Una sensación de alivio le había embargado. Al menos, el haberse dejado destrozar por Ivan había servido para algo. Pero el alivio había desaparecido con rapidez cuando Cas había comenzado a presionarle para que viese a Oksana.

No.

No podía ser.

—Creo que es mejor así —murmuró entre dientes. Todavía se encontraba algo atontado, pero la decisión que había tomado con respecto a ella era firme.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Cas, exasperado, desde los pies de la cama—. No lo entiendo.

Jan no respondió. Le había costado, pero era la única decisión posible. La única correcta. Oksana iba a estar mil veces mejor sin él que con él.

Fin.

Miró a su hermano. Tenía un aspecto desaliñado, como si llevase varias noches sin dormir. Probablemente así era. Toda su familia debía de haber pasado los últimos tres días en vilo, esperando los resultados de sus

operaciones. Tres en total.

—No sabes lo que dices, Jan —dijo ahora, acercándose y colocándose a un lado de la cama—. No piensas con claridad.

—Te equivocas, Cas. Lo tengo muy claro.

—Dame una buena razón. Solo una.

Jan suspiró.

—La más importante de todas es que no quiero que me vea así y piense que todo esto es culpa suya, la verdad. La decisión fue mía. No quiero que se mortifique...

—¡Joder! ¿Te crees que no lo hace ya? Está ahí fuera tirándose de los pelos y preguntándose por qué narices no dijiste nada sobre... sobre tu estado —vaciló—. Nos pegaste un susto de muerte. No tienes ni idea del miedo que pasamos cuando llegamos allí y te vimos tirado en ese ring... —le tembló la voz.

Jan cerró el ojo que no tenía cubierto por las vendas y trató de respirar hondo, pero el dolor en el tórax se lo impidió. Las dos costillas que tenía rotas se manifestaron implacables.

Lo último que había deseado era que ella le viese así, tumbado sobre la lona y recibiendo una soberana paliza. Quizá era un estúpido, pero no quería que el recuerdo que se llevase de él fuera ese.

—Sé que estás convaleciente y que no debería ser tan duro contigo, Jan, pero estoy tan enfadado... Tan enfadado por lo que nos has ocultado... —Su tono de voz se tornó ronco—. Por el riesgo que has corrido... *Fuck! Ese hijo de puta casi...* Estuviste a punto... a punto de... —No continuó.

Jan recordaba haber tenido un pensamiento parecido al final de la pelea. Mientras Ivan estaba sentado a horcajadas sobre él, destrozándole a golpes, había pensado que quizá todo se acabase allí. Y había sido la imagen de Oksana la que había acudido a su cabeza.

—No tenías que haberla llevado.

—Imposible detenerla —murmuró Cas—. Después de que encontramos el informe médico en tu casa, en lo único en lo que podía pensar era en parar la pelea. Y si te soy sincero, yo también.

—Era solo un combate más, y tú lo sabes. Quizá más duro que otros,

pero uno más. Todo esto viene de lejos. Han sido años de vivir peligrosamente. Sobre todo el último... Solo estoy pagando por mis actos...

—¡No me jodas! —bufó—. ¿Pagando por tus actos? Deberías callarte y no decir tantas tonterías.

Jan no replicó.

—Va a estar mejor sin mí —terminó por decir, mirando a su hermano.

—¿En serio me estás diciendo esa gilipollez? —La incredulidad se reflejó en sus palabras—. ¿Por qué cojones dices eso?

—Joder, Cas. No hay que ser muy listo... Me han extirpado el bazo. Voy a tener que seguir una dieta estricta hasta el final de los días... —elevó la voz—. Tengo una fractura orbital y el pómulo destrozado y me han tenido que reconstruir el hueso con placas y clavos de metal, y aun así lo más seguro es que mi visión quede dañada... —Hizo una pausa— Ah, espera, que se me olvidaba... —añadió con sarcasmo—. Tengo todas las papeletas para desarrollar una enfermedad degenerativa en unos años y convertirme en un puto demente. ¿Me dejo algo?

Cas le miró con una mezcla de impotencia e ira.

—Sí, te dejas algo. Te dejas que eres un jodido mártir —repuso al cabo de un rato, enfadado—. El gran Jan Landvik, siempre sacrificándose por todo el mundo. ¿Ahora también por ella?

Jan no dijo nada. Se limitó a mirarle en silencio.

—Y esto, ¿cuándo lo has decidido? —preguntó Cas, cambiando de táctica—. Porque la tarde de la pelea cuando fui a tu casa, la tratabas como si fuese la mujer de tu vida, joder. Estabas loco por ella. Solo te faltó ponerte de rodillas y pedirle que se casase contigo, delante de mí. Así que no me jodas.

Jan apretó los labios. Cas tenía razón. Los últimos días que había pasado con Oksana, había tratado de borrar de su memoria todo lo que no fuesen ella y sus circunstancias, pretendiendo ser alguien que no era. Queriendo ser ese puñetero príncipe azul que ella veía en él. Pero la realidad había llegado de golpe, destruyendo sus fantasías y sus tontas ensoñaciones.

Después de que el cirujano le hubiese visitado tras salir de la anestesia, había recibido también la visita de su neurólogo, que a pesar de que había sido muy reservado con su pronóstico, había querido asegurarse de que estuviera preparado en caso de que apareciesen otros síntomas. Síntomas en

los que él había preferido no pensar. Pero ya no era posible seguir ignorándolos. La imagen de Jens Vogel y su triste final no se le querían ir de la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos le veía como le había visto la última vez, antes de marcharse de Alemania, perturbado y alucinando... Ni siquiera le había reconocido.

Existía la posibilidad de que no hubiera ningún futuro para él; al menos no uno de calidad..., de que acabase como Jens... Y no pensaba hacerla cargar con aquello.

—Vamos a ver —interrumpió Cas sus pensamientos—. Todo eso que has mencionado a lo mejor ni siquiera se cumple, joder... el puto bazo no lo necesitas para nada; hay un montón de gente que vive sin él. Y lo de la pérdida de visión... pues es probable, pero no seguro, pero para eso están las gafas... las operaciones... Y lo otro... lo otro tampoco es seguro. ¡Joder! Deberías consultar con otro neurólogo; pedir una segunda opinión. ¿Me estás diciendo que vas a renunciar a lo que quieres por algo que quizá jamás suceda? —Negó—. *So ein Dummkopf!*

Jan guardó silencio. Quizá para su hermano fuese una gilipollez, pero él lo tenía claro. Oksana era una mujer increíble, que estaba en la flor de la vida. Tenía un futuro maravilloso por delante. Tenía planes... Él no iba a ser una piedra en su camino. No se iba a convertir en un estorbo, en un lastre. No. Después de todo lo que le había tocado vivir, se merecía algo mejor, a alguien... sano. A alguien que le pudiese ofrecer... todo. Sabía que tenía que dejarla ir, por más que pensar que otro pudiera poseer lo que había sido de él durante apenas unos días le destrozase por dentro. Solo imaginar otras manos recorriendo su perfecto cuerpo, otra boca besando sus labios, otro abrazo que no fuese el suyo envolviéndola...

Gott!

Rechinó los dientes.

—Esto es por lo de Jens, ¿verdad? —le preguntó Cas en voz baja, pero no esperó a que contestase. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Jan le siguió con la vista.

En el fondo ambos sabían cuál era la respuesta. Un incómodo silencio se estableció entre ellos.

—Hace casi un año estábamos los dos en este mismo hospital, ¿lo recuerdas? —preguntó sin darse la vuelta.

—Sí.

—Era Elisa la que se encontraba en tu situación y yo el que estaba en la sala de espera, angustiado por ella. Como Oksana ahora mismo por ti — continuó en voz baja.

Jan sintió cómo se le encogía la garganta al escuchar aquello. Tenía claro que ella estaría angustiada por él. Era lógico... Había sido su salvador, el que la había rescatado... Quizá ella sufriese unos días, pero lo superaría. Lo superaría en cuanto se diese cuenta de que no le necesitaba, se repitió con obstinación.

«Si tan lógico suena, ¿por qué sientes como si se te estuviese rompiendo el alma?», le dijo una voz interior que trató de acallar rápidamente.

Verdammt!

—Quiero que te ocupes de ella —dijo en voz baja, llamando la atención de su hermano, que se dio la vuelta y le miró fijamente.

—Deberías ser tú...

—Mientras yo estoy aquí quiero que la ayudes —le interrumpió—. Mira a ver si Jaime Llorens le puede echar un cable con lo de su visado, ahora que por fin lo ha recuperado. Yo me encargo de los gastos —añadió—. Ayúdala en lo que necesite, por favor... pero... no le digas que te lo he pedido yo... —musitó. Se sentía raro pidiéndole aquello a su hermano. En el fondo hubiese deseado ser él el que hiciera todo eso por ella, pero tenía claro que lo mejor para ambos sería guardar las distancias.

—Deberías escucharte a ti mismo, joder. Me suplicas que la ayude, que la apoye, porque estás colado por ella, pero al mismo tiempo la apartas de tu lado porque te acojona que te quiera.

¿Y qué si tenía razón? Él sabía lo que era mejor para Oksana.

Y Jan Landvik no lo era.

—Eres un cobarde —dijo Cas al cabo de un rato—. Amar es de valientes, Jan. Arriesgarse, darlo todo, vivir... es de valientes... y tú, tú no lo eres... Eres un puto cobarde...

—Piensa lo que quieras —farfulló. Le dolía escuchar a su hermano hablándole en aquellos términos, pero Cas no tenía ni idea... No parecía entender la realidad de *su* situación.

Volvió a crearse un silencio en la habitación, solo interrumpido por los pitidos de su monitor cardiaco.

—¿Pretendes que salga fuera y le diga a la chica que lleva tres días ahí sentada, sin ir a casa y sin dormir, sin apenas comer, sintiéndose culpable por todo lo que te ha pasado, y murmurando que no se lo va a perdonar nunca, que no quieres saber nada de ella? ¿Lo he entendido? —preguntó finalmente, rebotante de mordacidad.

—Lo has entendido —murmuró cortante.

—Vas a romperle el corazón, lo sabes, ¿no?

—Se recuperará —dijo entre dientes. Había comenzado a respirar con rapidez.

—Muy bien. Si es lo que quieres —repuso Cas con frialdad, dirigiéndose hacia la puerta—. Pero ten en cuenta que en algún momento te darán el alta y entonces tendrás que enfrentarte a ella y dar la cara... —Se dio la vuelta justo antes de abandonar la habitación—. Ah, ¿a papá y a mamá no los vetas?

Jan apretó la mandíbula con fuerza, pero no tuvo tiempo de decir nada más. Cas había desaparecido.

La fachada de aparente indiferencia que había mantenido frente a su hermano se desmoronó como un castillo de naipes, dejándole expuesto y desgarrado, que era como verdaderamente se sentía. A pesar de saber que la decisión tomada era la correcta, no pudo evitar que un terrible dolor sordo se expandiese por su pecho, agujereándole las entrañas..., dejándole roto y vacío.

Nunca antes había sentido nada parecido por nadie, por eso sabía que tenía que dejarla marchar.

Aunque renunciar a ella significase renunciar a sí mismo.

* * *

Oksana se puso en pie en cuanto vio a Cas aparecer en la sala de espera. Se le acercó, ansiosa. Eli la siguió.

—¿Cómo está? ¿Está bien? ¿Qué han dicho los médicos? —se atropelló con las palabras.

—Está bien. Hemos hablado —repuso él. Parecía nervioso.

—¿Puedo entrar a verle? Ya sé que no soy familia, pero... quizá... — se interrumpió al darse cuenta de la mirada que Cas le dirigía a Eli—. ¿Qué sucede? ¿No está bien? —Miró a uno y a otro alternativamente, tratando de descifrar el significado de la expresión de su cara—. ¿Qué está pasando? —preguntó, de repente muy alarmada.

—Siéntate —le dijo, pasándose la mano por la nuca. Era un gesto que denotaba su desazón y que Jan también utilizaba.

Oksana se dejó caer en una de las incómodas sillas que llevaba ocupando los últimos tres días. No apartaba la mirada del rostro de Cas, esperando algo...

Eli se sentó a su lado, silenciosa. También parecía sorprendida.

—Mira, Oksana. Mi hermano está... un poco confundido... —comenzó, dubitativo—. No sabe muy bien lo que quiere, la verdad.

¿A qué se refería? No entendía nada.

—¿Puedo verle? —volvió a insistir.

Él dejó escapar un bufido. Comenzó a pasearse por la sala de espera. Oksana le siguió con la mirada. Estaba a punto de levantarse y acercarse cuando notó cómo Eli la cogía del brazo, tratando de tranquilizarla.

—Ahora mejor no...

—¿Cuándo? ¿Más tarde?

Se detuvo y la miró con fijeza.

—Quizá otro día —murmuró.

Oksana se puso en pie con precipitación. Entornó los ojos, tratando de leer en su expresión lo que le estaba ocultando.

—¿Qué está pasando? —le preguntó.

Eli se levantó también.

—Sí —dijo—. ¿Qué está pasando? Creo que Oksana tiene derecho a saberlo.

Cas se frotó la frente con energía antes de acercarse a ellas.

—No quiere verte —dijo con brusquedad.

Oksana sintió cómo si le hubiesen arrancado el corazón de cuajo. Se le cortó la respiración.

—Pe...pero ¿por qué? —tartamudeó.

—Se le ha metido en la cabeza la absurda idea de que... que... te mereces algo mejor —suspiró él con fatiga.

—¿Cómo? No entiendo nada.

—Ni yo —contestó—. Ni yo.

—Pero ¿qué es lo que ha dicho? —intervino Eli con la voz cargada de incredulidad.

—Gilipollecés —escupió Cas—. Piensa que solo va a ser un lastre para ella. Que se merece algo mejor. En su línea de mártir.

—Pero eso es absurdo —murmuró Oksana. Le temblaban tanto las piernas que tuvo que volver a sentarse—. ¿Un lastre? Pero... ¿por qué? —la pregunta le salió de la garganta como un gemido.

—Cree que te mereces a alguien... sano... y no a alguien que quizá, en un futuro, pueda tener problemas...

—¡Eso es ridículo! —exclamó. No tenía sentido. Nada lo tenía—. No puede ser —murmuró en voz baja—. No puede ser...

Eli se sentó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros, tratando de consolarla, pero ella se desasíó. No necesitaba que nadie la consolase. Se llevó las manos a las sienes y trató de serenarse, intentando encontrarle una explicación a todo aquello.

¡No podía ser cierto!

La noche anterior a la pelea había sido tan especial... Se habían entregado el uno al otro... Había sido un momento muy importante para ambos, al menos eso le había parecido a ella. Y Jan la quería ¿no? Nunca le había dicho nada parecido, pero todo indicaba que así era... Lo que había hecho por ella, su manera de comportarse, su actitud... Hasta Cas se había percatado de que Jan sentía algo por ella... ¿no?

Agitó la cabeza, llena de súbita incertidumbre.

Ignorando a los otros dos, que la miraban preocupados, se puso en pie y se acercó a uno de los ventanales que daban al jardín. Llevaba tres días mirando por la misma ventana; angustiándose y echándose la culpa de lo sucedido. Ni Cas ni sus padres, que habían estado allí hasta hacía unas horas, la responsabilizaban de lo que había pasado, pero ella misma sí se lo

reprochaba. La culpa le pesaba y le quemaba la conciencia. Si no hubiese sido por ella, Jan no estaría en el hospital. No habría tenido que sufrir todo aquello...

Pegó la frente al cristal. Quizá había sido una boba, pero durante esa espera horrible en la que las horas parecían no avanzar, se había creado ciertas expectativas; se había hecho ilusiones. Había pensado que lo suyo con Jan era un hecho, que cuando él saliese del hospital iban a ser algo más que dos personas..., que se iban a convertir en... una pareja.

Al parecer él había decidido otra cosa.

No entendía nada.

Un espasmo le recorrió el cuerpo.

—Oksana —escuchó la voz de Cas a su espalda—, deja que pasen unos días. Entrará en razón.

Una sonrisa amarga le curvó los labios. Trató de mirar más allá del reflejo en el cristal de su cara demudada por la tristeza. Los contornos de los objetos allí en el oscuro jardín se le desdibujaron. Estaba agotada. Exhausta. Setenta y dos horas sin dormir se estaban cobrando su tributo. No podía pensar con claridad. Tenía que descansar.

Solo sabía una cosa: quería estar con Jan. Así de simple.

—Déjame que te lleve a casa para que puedas dormir algo —le dijo él—. Mañana las cosas serán diferentes, seguro. Hablaremos con él.

Se dio la vuelta y los miró a ambos. No le gusto nada lo que vio reflejado en sus ojos.

Lástima.

La observaban con lástima.

Algo se revolvió dentro de ella. ¡No quería inspirar pena! Había pasado por muchas cosas y había sobrevivido a todas ellas. ¿Acaso Jan no le había dicho siempre que admiraba su fortaleza? Sí, eso era. Quizá se sintiese algo débil por el momento, pero era fuerte. Muy fuerte. Y no iba a consentir que él la apartase de su lado.

—Sí, llévame a casa.

A pesar de que lo dijo en voz baja, su tono de voz mostraba una determinación que antes no había estado ahí.

Diario de Oksana Novalnyova

23 de septiembre – Barcelona (España)

Nos han engañado.

Llegamos aquí hace dos días de madrugada y desde entonces no nos han dejado salir de la casa donde nos trajeron. Está a las afueras de la ciudad, al menos eso me pareció. Estaba oscuro cuando el coche nos dejó aquí.

Nos dimos cuenta de que algo andaba mal al día siguiente de llegar. Mientras dormíamos alguien había registrado nuestras cosas y nuestros pasaportes, visados y teléfonos móviles habían desaparecido. Hay dos hombres en el piso con nosotras. Son rusos. Pero por más que hemos intentado hablar con ellos se han negado a darnos ninguna respuesta.

La puerta de entrada está cerrada y las ventanas tienen barrotes. Hemos intentado asomarnos y gritar, pero no ha venido nadie.

Hemos hablado de lo que puede estar sucediendo. No somos tontas. Hemos caído en una trampa. Creemos que hemos sido víctimas de una organización dedicada a la trata de blancas o algo parecido.

Apenas puedo creer que algo así me haya pasado a mí. Siempre me he considerado una chica inteligente. ¿Cómo es posible que no lo viera?

Anoche me dormí llorando, al igual que las otras. Estamos en una situación desesperada y no sabemos qué nos va a pasar.

Capítulo Treinta y Dos

Se dejó caer sobre el sofá agarrando el mando de la tele con fuerza. Subió el volumen. No podía creerse lo que estaba viendo.

“La Policía Nacional ha desmantelado una organización criminal dedicada a la trata de seres humanos con fines de explotación sexual, en el transcurso de una operación llevada a cabo en la que también ha participado la Guardia Civil. La operación, que se ha saldado con la detención del cabecilla de la red, un conocido empresario, y la liberación de varias mujeres, ha incluido registros de locales por toda la costa mediterránea.

Muchas de las víctimas habían sido captadas en sus países de origen mediante engaño, para trabajar en el sector de la hostelería, teniendo que realizar viajes clandestinos de a veces meses de duración. Para sufragar el viaje, las mujeres contraían deudas con la banda, siendo amenazadas de muerte tanto ellas como sus familias en caso de impago. Desde el momento en que llegaban a España eran obligadas a prostituirse a diario para saldar la deuda contraída, quedándose la organización con la totalidad del dinero obtenido. Además, eran frecuentes las palizas y amenazas, e incluso las agresiones sexuales.

La operación ha concluido con la detención de Bajram Sejdiu, de origen albaniano-kosovar, dueño de varios locales de copas e inversor inmobiliario. También varios de sus trabajadores se encuentran bajo custodia policial. Han sido liberadas ocho mujeres, entre las cuales hay dos nigerianas, tres ucranianas, una colombiana y dos rusas”.

La voz del locutor se fue perdiendo ahogada por el zumbido que se instaló en sus oídos. Las imágenes que aparecieron en la pantalla hicieron que se le abriesen los ojos de manera desproporcionada. Se llevó la mano a la boca controlando un gemido. Bajram, rodeado de policías, era sacado de su casa —esa casa que había sido su prisión durante ocho meses— y conducido a un coche negro de aspecto oficial. La expresión de su cara era fría, como si toda la situación no fuese con él. El color del cuidado césped que ella había

podido ver un día tras otro desde la ventana, tenía otro aspecto en televisión, pensó. Incluso el chalet parecía más pequeño... Imágenes del *Dancing Queen* y de otros locales que ella no conocía sustituyeron a las anteriores.

Siguió contemplando la televisión, absorta, sin terminarse de creer que lo que estaba viendo fuera cierto. El estupor se había apoderado de ella. No daba crédito.

La pantalla de su móvil, sobre la mesa frente a ella, se iluminó, y las vibraciones hicieron que se desplazase por la superficie ligeramente. Pestañeó, tratando de regresar a la realidad, y miró el nombre que aparecía en el teléfono. Cas.

—Acabo de verlo —dijo nada más descolgar. Se sorprendió de que su voz sonase tan firme.

—Por eso te llamo. Jaime nos ha llamado justo un par de minutos antes de que diesen la noticia en televisión. Parece ser que las chicas estaban retenidas en un almacén en Barcelona, pero una de tus compatriotas consiguió escapar y fue a la policía —dijo.

—¿Una de mis compatriotas? —inquirió ansiosa. El nombre de Olga acudió a su cerebro.

—Sí. Una tal Olga Medvedeva.

El corazón de Oksana se aceleró.

—¿Está bien?

—Sí. Todas están bien. No sé mucho más, la verdad. Jaime tampoco ha podido ser muy explícito, pero quería avisarnos.

Ella guardó silencio. La información que acababa de recibir, sumada a lo que había escuchado en televisión, la había dejado aturdida. Se sentía incluso mareada. Dio gracias de estar sentada.

—Oksana, ¿estás bien? —La voz de Cas, al otro lado de la línea, la sacó de su atontamiento.

—Eh, sí... sí... creo —añadió. La noticia había sido devastadora.

—¿Quieres que me acerque? —le preguntó preocupado.

—¡No! —exclamó ella tratando de recuperar el control—. No. No es necesario. Estoy bien, de veras. Es solo que tengo que asimilarlo.

Ahora el que guardó silencio fue él.

—Hoy le han dado el alta a Jan —dijo en voz baja al cabo de unos segundos.

—Lo sé —repuso ella con una voz que no reconoció como la suya propia. Carraspeó—. Voy a ir a verle, ahora.

De nuevo el silencio.

—Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

Jamás iba a poder pagarle a Cas todo lo que estaba haciendo por ella.

—Demasiado has hecho ya —murmuró—. Hablamos— añadió. Tenía ganas de colgar el teléfono. Necesitaba pensar.

—Bien. Hasta luego, entonces —se despidió él con reticencia.

Oksana pulsó la tecla de apagado y dejó el móvil en la mesa.

Antes de poner las noticias ya estaba nerviosa por tener que ir a ver a Jan y enfrentarse a él, pero el enterarse de la detención de Bajram la había dejado descolocada. Había pensado que él era invencible, intocable, que tenía demasiados contactos por todas partes como para que su imperio pudiera desmoronarse. Todavía no terminaba de creerse que su organización hubiese sido desmantelada... y todo gracias a Olga, la joven y dulce Olga.

—Olga Medvedeva ha derrotado a Bajram Sejdiu —lo dijo en voz alta.

Una sonrisa cargada de incredulidad curvó sus labios. Clavó la mirada sobre la pantalla del televisor sin verla realmente. El presentador del telediario hablaba ya de otra cosa.

¿Qué iba a ser ahora de las chicas?, se preguntó. Regresarían a sus países, con sus familias, supuso. Ella era la única que no tenía familia a la que regresar... Quizá pudiese ver a Olga antes de que se marchase. Tendría que volver a hablar con Cas, quizá Jaime supiese dónde localizarla.

Pero no ahora. Ahora tenía algo más importante en qué pensar: en su enfrentamiento con Jan. Habían pasado siete días desde que ella abandonase el hospital. Siete días en los que él se había mantenido en sus trece de no querer volver a verla.

Y en esos días, su vida había dado un cambio radical, gracias a Cas y a Eli, a los que jamás iba a poder corresponder como se merecían.

La habían puesto en contacto con el abogado que se iba encargar de

arreglarle los problemas de su visado caducado. Ya había hablado con la embajada de su país y estaba haciendo todo lo posible por agilizar los trámites y conseguirle un visado de trabajo. Gracias a ellos, también, había conseguido un trabajo de camarera en el restaurante de un amigo suyo, el *Crazy Coconut*. A pesar de que no tenía experiencia sirviendo, el dueño la había recibido con los brazos abiertos. Estaban en plena temporada alta y necesitaba toda la ayuda que pudiese encontrar, le había dicho. Iba a comenzar a trabajar en un par de semanas, si el tema de sus papeles se arreglaba.

Pero lo que ambos habían hecho por ella llegaba mucho más allá. El mismo día que abandonó el hospital y regresó a la cabaña de Jan se dio cuenta de que no podía seguir allí. No sin él. Y más sabiendo que no deseaba verla. Había recogido todas sus cosas, y en solo dos días, Cas y Eli le habían conseguido un pequeño estudio amueblado, en el que se encontraba en esos instantes. Al principio había aborrecido la idea de que ellos pagasen la fianza, pero en el fondo sabía que no le quedaba otra opción. No tenía a nadie a quién acudir. Así que había aceptado. Habían llegado a un acuerdo sobre cómo les iba a devolver cada céntimo que gastase. Estaba decidida a hacerlo cuanto antes. No le gustaba encontrarse en deuda con nadie ni vivir de la caridad. Y no solo le habían adelantado el dinero para la fianza del piso. Incluso habían insistido en abrir una cuenta a su nombre y depositar allí una módica cantidad para que pudiese sobrevivir hasta que cobrase su primer sueldo. Era demasiado. Demasiada amabilidad para alguien que en el último año había aprendido a desconfiar de la gente y a quien la vida le había mostrado su cara más sórdida. Se sentía abrumada por todo lo que estaban haciendo por ella. Eran tan... encantadores.

Como Jan...

Lo que Jan había hecho no podía medirse con palabras. Cerró los ojos, sintiendo cómo la culpabilidad la desgarraba por dentro.

«¡Basta!», se ordenó a sí misma.

Ya se había mortificado lo suficiente. Lo hacía a todas horas. Por las noches se despertaba en un mar de sudor y angustia. Los aterradores recuerdos de Bajram y lo que le había hecho habían sido sustituidos por la imagen de Jan tirado sobre la lona mientras Ivan le golpeaba sin cesar.

El pensar en Jan hizo que frunciere la frente, preocupada. No tenía ni

idea de qué se iba a encontrar cuando fuese a su casa a hablar con él. Cas la había mantenido al tanto sobre su estado de salud y sobre su continuada negativa a verla. Apretó los labios. ¿Cómo era posible que él fuese tan terco? Se le había metido en la cabeza que no era lo suficientemente bueno para ella, que se merecía algo mejor. ¡Menuda estupidez! Las últimas tres tardes se las había pasado en un internet-café que tenía cerca, investigando todo lo que había en la red sobre la ETC. Había leído informes, artículos de periódicos y diversos blogs... y todos ellos coincidían en una cosa: *no había diagnóstico*.

Durante esos días que se había mantenido alejada de él, había pensado mucho. Le había dado muchas vueltas en la cabeza a todo lo que había sucedido desde que se habían conocido y había llegado a una conclusión: Jan la quería. Todo lo indicaba. Por lo tanto, no iba a permitir que él la echase de su lado. No iba a consentir que él renunciase a vivir por algo que quizá jamás sucediese. O que quizá sucediese en treinta años...

Había planeado una y otra vez en su cabeza cómo se iba a enfrentar a él. Lo que le iba a decir. Incluso había ensayado su discurso un par de veces frente al espejo del baño. Él era testarudo, sí, pero ella estaba muy decidida a salirse con la suya. Si él no podía pensar con claridad, ya lo haría ella por los dos.

Pero ahora que se acercaba el momento de volver a verle, se sentía insegura y asustada. De repente todo eso que se había dicho a sí misma no sonaba tan bien. ¿Y si él la echaba de su casa con cajas destempladas? ¿Y si ni siquiera aceptaba escuchar lo que tenía que decir? ¿Y si...?

¡No!

«Tiene que escucharte. Tiene que escucharte... Solo quieres lo mejor para él. Para ambos...», trató de convencerse.

Se dirigió al baño, la única estancia separada del estudio, consistente en una única habitación que servía de *salón-comedor-dormitorio-cocina*. Se miró en el espejo. No tenía mal aspecto. Quizá estaba un poco pálida, pero el resto era bastante aceptable. Se había cepillado el pelo a conciencia hasta que quedó brillante y sedoso y había elegido otro de los vestidos que Eli había comprado para ella, uno blanco de tirantes. No tenía maquillaje y, al ver los restos algo amarillentos de los cardenales que todavía quedaban en sus pómulos, deseó haber comprado algo para cubrirlos.

Quería estar guapa. Sí, guapa para él.

La chica del reflejo cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca con lentitud.

Estaba nerviosa.

De vuelta en el salón miró la hora en el móvil. Eran las cuatro de la tarde y el taxi al que había llamado para que la recogiese estaría a punto de llegar. Decidió esperarlo en la calle. Apagó la televisión y abandonó el piso, bajando las escaleras de dos en dos.

El edificio de apartamentos estaba a unos cientos de metros de la playa, en una calle estrecha; aun así, cuando salió al exterior, el brillante azul del cielo y el ligero olor a sal la recibieron. Por un breve instante la nostalgia la invadió al recordar a su bisabuela y todas aquellas veces que habían hablado del mar. Agitó la cabeza para ahuyentar esa tristeza que tomaba el control de su mente cada vez que pensaba en el pasado.

Al final de la calle, un vehículo blanco con una raya roja en el costado doblaba la esquina. Su taxi había llegado.

Se tocó el estómago con las palmas de las manos en un intento desesperado de detener las mariposas que le revoloteaban allí como locas.

¡Iba a verle! ¡Iba a verle!

Jan. Jan. Jan.

Capítulo Treinta y Tres

La estaba esperando.

Su instinto le decía que ella no iba a tardar mucho más en llegar.

Estaba sentado en el último escalón del porche, con los rayos de sol cayendo a plomo sobre él. Tenía una lata de refresco en la mano, que de vez en cuando contemplaba absorto a través de los cristales oscuros de las gafas de sol que llevaba para protegerse de la luz, que a aquella hora de la tarde era demasiado potente para sus maltratadas retinas.

Volvió a fijar la mirada sobre el camino de acceso a su propiedad.

Todavía nada.

Sus padres habían ido a recogerle al hospital y le habían traído a casa hacía ya rato. Rato en el que lo único que había hecho había sido echarla de menos. Desde el mismo momento en que había entrado en la casa, había sentido su presencia en cada rincón, en cada estancia, en cada metro cuadrado... Había recorrido todas las habitaciones buscando algún rastro de ella, algo que quizá hubiese olvidado: una prenda de ropa, una goma del pelo... pero no había nada.

Ella se lo había llevado todo.

Excepto su olor, que seguía flotando en el ambiente.

Era curioso como Oksana, en tan breve espacio de tiempo, había conseguido llenar todos los rincones de su hogar y de su vida, convirtiéndose en alguien imprescindible. Su ausencia dejaba de repente un vacío tan... profundo.

¡Era un gilipollas! Era él el que había decidido que se marchase, el que había optado por no estar con ella, ¿qué cojones hacía ahora buscando su presencia en las habitaciones que él mismo había decidido que estuviesen vacías?

Había abandonado la casa, huyendo, y se había refugiado en el porche, incapaz de enfrentarse a los recuerdos que se agolpaban en su cabeza y que le hacían sentirse miserable, sabiendo que ella iba a llegar de un

momento a otro; tratando de endurecerse por dentro, de prepararse para verla.

Y entonces había sonado su móvil y Cas le había dado la noticia.

Mientras le escuchaba no había dicho nada, se había mantenido en silencio, sin inmutarse. Su capacidad de reacción, aparentemente atrofiada. Pero después de colgar, había enterrado la cara en las manos y se había echado a reír. Una carcajada amarga y cargada de sarcasmo había roto el silencio de la tarde. La ironía de toda aquella situación no se le escapaba. Bajram y su organización habían caído solo ocho días después de que él se hubiese jugado la vida en el puto ring. *Ocho días*. Si solo la justicia hubiera actuado antes...

Volvió a reírse, pero su risa cada vez sonaba más desganada. Terminó por convertirse en un suspiro cansado. «El destino es un verdadero cabrón», pensó, al tiempo que se encogía de hombros. Buscó en su interior, tratando de encontrar alguna emoción diferente al agotamiento, algo quizá parecido al alivio, a la satisfacción o incluso a la rabia, pero no encontró nada, excepto fatiga. Había llegado a un punto en el que todo le daba igual. Bajram, Ivan, su organización de mierda... Todo le parecía insignificante ya...

Todo menos ella.

Hacía calor, y el sol abrasador sobre su cabeza era molesto, pero todo era mejor que volver dentro de aquella casa, a aquel salón donde habían bailado al ritmo de una canción de Elvis, a aquel dormitorio donde habían pasado aquellas horas tan especiales, a la cocina donde la había abrazado por primera vez..., al baño, donde ella le había afeitado la cabeza aquella noche...

Gott!

Cerró los ojos y cogió la lata de refresco. Se la llevó a los labios y la vació de un trago. Después la estrujó entre sus manos con más fuerza de lo necesario. En un pueril arranque de ira la arrojó lejos, como si con ese gesto pudiera arrojar lejos de sí también todos los recuerdos que amenazaban con sofocarle. Vio cómo la lata rebotaba en la tierra seca hasta desaparecer entre los naranjos.

«Muy bien. Ahora vete a por ella», se dijo con cierta resignación.

Agarrándose a la barandilla de madera se incorporó con cuidado. Todavía llevaba el torso vendado y no le habían quitado los puntos de la

esplenectomía. Lo harían en un par de días. No estaba al cien por cien, pero pronto lo estaría. A pesar de que el médico le había advertido de que debía guardar reposo algunos días más, no pensaba meterse en la cama como un anciano. Sabía que para curarse cuanto antes tenía que mantenerse activo.

Bajó los escalones y se dirigió al lugar donde había arrojado la lata. La recogió. Utilizó la mano como visera y volvió a mirar el camino de acceso. Detrás de una pequeña nube de polvo apareció un vehículo. Era un taxi.

¡Dios!

¡Era ella!

El corazón comenzó a latirle furioso.

Por más que lo hubiese sabido y aguardado, no sabía si estaba preparado para verla.

Se dirigió de nuevo al porche y dejó la arrugada lata sobre el escalón superior. Todos sus movimientos parecían controlados y serenos. Nada delataba el torbellino de sentimientos que bullía en su interior.

El taxi se detuvo junto a su Jeep.

Se cruzó de brazos y esperó, aparentemente impasible, a que la puerta trasera se abriese. Al cabo de unos segundos, la ocupante del taxi descendió del mismo. No pudo evitarlo. La devoró con la mirada, dando gracias en silencio a las gafas de sol que ocultaban el ansia que brillaba en sus ojos.

Gott! Sie war so wunderschön! ¡Era tan hermosa!

Mientras el taxi abandonaba la propiedad por donde había venido, ellos dos se quedaron allí, observándose en silencio, apenas separados por un par de metros de distancia.

Hasta las chicharras habían dejado de cantar.

La recorrió con la mirada, tratando de controlar su desbocado corazón. Sus ojos claros destacaban de una manera casi antinatural sobre la palidez de su tez. No soplaba ni una gota de brisa y su pelo negro le caía sobre los hombros, brillante por el sol. Llevaba un vestido blanco de tirantes y unas zapatillas rosas.

Parecía tan... joven.

Tan inocente...

Demasiado joven e inocente para él.

Tensó los músculos del cuello, buscando en su interior la fuerza necesaria para hacer lo que tenía que hacer. No podía flaquear.

Ella también le observaba con atención. No contaba con la ventaja de las gafas de sol y él pudo leer la miríada de emociones que se reflejaba en sus ojos. Parecía insegura y decidida al mismo tiempo. También mostraba un atisbo de preocupación y algo más... ¿Alegría?

El silencio, que nunca antes entre ellos había resultado incómodo, ahora les separaba, prolongándose en el infinito, y convirtiendo esa veraniega tarde de principios de julio en algo feo y desagradable, pese a la extraordinaria calma que se respiraba y los alegres rayos de sol que iluminaban la escena. La atmósfera se había enrarecido. Ninguno de los dos parecía dispuesto a romper ese mutismo.

—Tienes buen aspecto —murmuró ella al cabo de unos minutos que a Jan le parecieron horas.

Solo escuchar su voz fue un suplicio. ¡Cómo la había echado de menos! Se metió las manos en los bolsillos, porque de repente se dio cuenta de que si no lo hacía estaría tentado de tenderlas hacia ella y quizá abrazarla con fuerza.

—Tú también. —Él no mentía, como había hecho ella.

Sabía que tenía el rostro hecho un desastre. Las operaciones de reconstrucción del pómulos y del suelo orbital no habían dejado cicatrices ya que las placas de metal se las habían colocado a través de la boca y del párpado, pero la hinchazón y los moratones no habían desaparecido y todavía tardarían bastante en hacerlo.

Ella, por el contrario, estaba preciosa. Como una princesa salida de un estúpido cuento de hadas. *Gott!* Le dejaba sin aliento. Su aspecto era glorioso.

Indecisa, dio un par de pasos en su dirección, pero se detuvo.

—¿Te... te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —repuso él muy calmado.

—¿Has... has visto las noticias? ¿Sabes...?

Él asintió con gravedad y ella giró la cabeza, mostrándole su perfil.

—Es todo tan injusto —musitó con voz apenas audible. A pesar de que no siguió hablando, él sabía a qué se refería.

—Se ha terminado —dijo, tajante.

Ella volvió a mirarle.

—No sé si algún día voy a poder perdonarme...

Él alzó la mano instándola a callar.

—No digas nada, Oksana. Todo ha terminado. Ya está. Y no tienes nada que perdonarte. La decisión la tomé yo.

Ella se mordió el labio inferior y no dijo nada más. Miró al suelo y jugueteó distraídamente con un hilo que se había desprendido de la cinturilla de su vestido. Parecía triste. Jan notaba las manos sudorosas dentro de los bolsillos del pantalón. Se preguntó en silencio cuánto tiempo más tendría que soportar la agonía de tenerla cerca y no abrazarla.

«Esto no ha hecho más que empezar», se dijo, apesadumbrado.

El silencio volvió a llenar la distancia que los separaba, que cada vez se hacía más grande.

—¿Por qué no querías verme? —preguntó ella al fin, alzando la vista.

Ahora fue él el que se fijó en el suelo, incapaz de aguantar esos ojos inquisitivos. El momento de la verdad había llegado.

—¿Quieres que entremos y lo hablemos dentro?

Ella le miró. Terminó por asentir.

Jan se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa, sin esperar a ver si ella le seguía. Una vez dentro se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la mesa. Escuchó la puerta cerrarse a su espalda. Vaciló apenas un instante antes de girarse y mirarla. Vio la angustia reflejada en sus facciones en el instante en que ella se percató del aspecto de su ojo. Estaba hinchado e inyectado en sangre. No tenía buena pinta.

—Tu ojo... —Se acercó a él con la preocupación brillando en la mirada y una mano levantada.

Él se apartó antes de que ella pudiera siquiera rozarle. No porque temiera que le hiciese daño; lo que temía era sentir la suavidad de su mano y sucumbir a su caricia. No le pasó por alto el dolor que mostró su rostro ante su rechazo, pero se mantuvo firme.

—Estoy bien —volvió a repetir con sequedad.

Ella le lanzó una mirada dolida antes de girarse y darle la espalda.

—¿Por qué no querías verme? —preguntó de nuevo. Todo su cuerpo mostraba tensión.

—Creo... No —dijo con más firmeza—. Estoy seguro de que es mejor para ambos que cada uno siga su camino.

—Sabía que ibas a decir algo así —susurró ella—. Pero quiero saber por qué. ¿Qué es lo que se te ha metido en la cabeza para pensar eso?

Jan titubeó. De repente todos los argumentos que habían sonado tan bien en su mente le resultaban incoherentes y sin sentido.

—Oksana, ya no me necesitas. Ya eres libre...

—¿Y quién ha dicho que yo quiero estar contigo porque te necesite? —Se dio la vuelta y se encaró con él. De pronto, una chispa desafiante había aparecido en sus ojos.

—Tienes veinte años y toda la vida por delante, joder.

—¿Y qué tiene eso que ver con... que tú no me quieras a tu lado? —Seguía erguida y mostrando signos de enfado, pero la voz había comenzado a temblarle.

Jan apretó los dientes y apartó la mirada.

—No pienso condenarte a vivir con un enfermo —dijo de manera rotunda.

Ella gimió al escuchar aquello.

—*Durak!* Pero ¿tú te oyes? —exclamó con aflicción—. ¡No estás enfermo! Te recuperarás.

—Sabes que no me refiero a lo que me pasa ahora —repuso él. No la miraba pero era más que consciente de su presencia.

—Ya sé a qué te refieres —dijo ella muy excitada, elevando el tono—. Lo sé muy bien. Llevo días investigando sobre esa *enfermedad* que quizá no tengas. —Se acercó y se plantó a solo un paso de distancia, obligándole a mirarla—. Llevo días leyendo todo lo que ha caído en mis manos sobre la encefalopatía, Jan, así que sé perfectamente a qué te refieres. También sé lo que le pasó a tu entrenador... —añadió, hablando atropelladamente y asintiendo con vehemencia—. Y eso que temes... es probable que jamás

sucediera. Tus dolores de cabeza quizá se deban a otra cosa... —Le miraba irradiando confianza, y por un breve instante él estuvo a punto de hundirse en esos ojos, de dejarse convencer por su optimismo...

—No pienso correr ese riesgo —dijo entre dientes, apartando la mirada y rompiendo la conexión.

Ella no se arredró.

—Algunos riesgos merece la pena correrlos —musitó, apoyando la mano sobre su antebrazo. Sus dedos le abarcaron la piel.

—Quizá... pero tú te mereces algo mejor. —A pesar de que la voz le salía calmada y su mirada era serena, todo su interior estaba en llamas.

—Yo soy la que tiene que decidir eso.

—En este caso no —repuso, obstinado.

Oksana dejó escapar un pequeño grito de frustración y se echó hacia atrás, llevándose el ardor de su caricia con ella.

—¡Ni se te ocurra decidir por mí! —exclamó—. Soy muy capaz de tomar mis propias decisiones.

Jan no dijo nada. Apretó los labios en una fina línea y la miró, imperturbable. Trató de no dejarse influir por las emociones que se reflejaban en su rostro. Ella había fruncido el ceño y respiraba con rapidez. Pronto su furia dio paso a la desesperación y se acercó a él de nuevo. No intentó tocarle, pero pudo sentir el calor de su cuerpo a solo unos centímetros de distancia. Tuvo que controlarse para no alargar la mano y apartarle un mechón de pelo de la cara.

—Jan, no me alejes de tu lado... —Sus palabras, casi suspiradas, tenían un leve tono de súplica.

—Oksana —trató de razonar con ella—, ahora quizá no lo veas, pero lo que te he dicho antes es cierto. No quiero hacerte cargar conmigo.

—Pero... —protestó ella negando con la cabeza.

—No —la interrumpió—. No quiero que dentro de un tiempo, cuando... yo... —vaciló, tratando de encontrar las palabras adecuadas—, ya no sea el mismo hombre que tú conoces... —Hizo una pausa y apartó la mirada—. No quiero que te arrepientas de tu decisión. Es lo mejor, Oksana, ¿no lo ves? Es mejor para ambos. Es mejor para ti.

—¡Tú no sabes lo que es mejor para mí! —sollozó mirándole con fijeza—. Prefiero una hora contigo a toda una vida con otro... —se le quebró la voz.

Jan sintió cómo el corazón se le hacía pedazos. Cerró los ojos. ¡No podía mirarla! ¡No podía verla así!

—No sabes lo que dices —masculló, tenso.

—¡No! —gimió—. ¡Él que no sabe lo que dice eres tú! —El llanto sonaba en su voz y él permaneció con los ojos cerrados, incapaz de abrirlos y verla sufrir—. ¡Eres un cobarde! Estás dispuesto a tirarlo todo por la borda por un *quizá*...

No respondió. No creía que pudiera hacerlo. No se sentía capaz de formar palabras. El simple hecho de respirar le parecía difícil.

Entonces ella le abrazó por el talle y enterró la cara en su pecho. Los sollozos sacudían su cuerpo. Él se quedó allí, de pie, con los puños apretados a los costados y el alma desgarrada.

—No me alejes de tu lado. Por favor... —suplicó—. Nadie te va a querer como yo, Jan. Por favor, por favor... Déjame quererte.

—Oksana... —comenzó él angustiado—, conocerás a un hombre maravilloso y me olvidarás. —Según las palabras iban saliendo de su boca, se dio cuenta de que toda la frase sonaba vacía.

—¡Jamás! —Se revolvió ella contra él—. Pero ¿no te das cuenta de que solo te quiero a ti? ¿No lo ves? ¡Jan! ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes *hacernos* esto! —Totalmente desesperada, comenzó a tirarle de la camiseta, aferrándose a él.

—Es... es lo mejor —musitó. Apenas le salía la voz.

—¿Lo mejor? —gritó ella levantando la cabeza. Le cogió la cara con las dos manos y le forzó a inclinarse y a mirarla. Lo hizo, finalmente. El dolor que vio reflejado en su semblante empapado por las lágrimas le cortó la respiración—. ¿Lo mejor? —balbuceó—. Dime para quién es lo mejor, porque a mí me estás destrozando por dentro... —exclamó—. ¿Por qué permitiste que me enamorase de ti? ¿Por qué? ¿Por qué me trataste tan bien? —se le rompió la voz—. Si luego me ibas a dejar... ¿Por qué? —La última pregunta fue apenas un suspiro.

Se sintió el hombre más miserable del mundo. Toda su determinación

tambaleaba y se resquebrajaba. Siguió mirándola, tratando de contener las emociones que le desbordaban y que el calor de sus manos sobre sus mejillas solo había conseguido incrementar.

—¡No puedes hacernos esto! —volvió a repetir, y comenzó a golpearle el hombro con los puños, atormentada por su falta de respuesta.

Él trató de seguir impasible, pero le estaba costando un mundo. Un pequeño músculo en su mandíbula comenzó a temblar.

—¡No, no, no! —Ella siguió golpeándole, sin fuerza. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Jan alzó la vista al techo, notando un sospechoso ardor en los ojos. ¡No podía soportar aquello! ¡Era demasiado! *Gott!* No podía ver a la mujer a la que amaba sufriendo de aquella manera.

Entonces ella se dejó caer al suelo de rodillas y enterró la cara en las manos.

—¿Quieres que te suplique? Pues te suplico —murmuró entre sollozos—. No tengo orgullo cuando se trata de ti...

No pudo resistirlo más. Se arrodilló frente a ella y le alzó el rostro surcado de lágrimas con las manos. La contempló unos instantes, sumergiéndose en las profundidades de sus ojos, que le observaban llenos de dolor.

—¡Oksana! —gimió.

—Tú me quieres, Jan —susurró ella con un hilo de voz.

—¡Pues claro que te quiero, joder! —gruñó él, y la abrazó frenéticamente con más fuerza de la necesaria, ignorando el dolor de sus magulladas costillas—. Pues claro que te quiero. Me muero por ti... —dijo, enterrando la cara en su pelo y aspirando hondo—. No hay nada que no haría por ti. Por eso tengo que dejarte ir... —Ahora su voz también se quebró.

Ella se agarró a su cuello con desespero, como si supiese que aquella iba a ser la última vez que se abrazasen.

—*Ya tebya lyublyu*, Jan. *Ya tebya lyublyu* —comenzó a susurrarle al oído con urgencia. Y él, a pesar de no entenderla, supo exactamente lo que significaban aquellas palabras.

—*Ich liebe Dich* —correspondió en voz baja—. *Du bist mein Leben*,

Oksana...

Después de aquello ninguno de los dos dijo nada más. Ella siguió sollozando en sus brazos y él siguió abrazándola como si le fuera la vida en ello. Transcurrieron los segundos, los minutos... y todo lo que no fuesen ellos desapareció. Le acarició la espalda y se deleitó con la suavidad de su piel. No sabía cómo iba a poder vivir sin ella, sin volver a abrazarla, sin volver a sentir su cuerpo contra el suyo, sin volver a escuchar su voz, sin poder estrecharla entre sus brazos y susurrarle al oído lo que sentía por ella.

¡Dios!

No lo sabía.

No obstante, pasase lo que pasase con él, en ese instante y mientras la abrazaba, arrodillado frente a ella, se prometió a sí mismo que él se iba a encargar de que ella tuviera una vida plena y maravillosa. Aunque tuviese que mover hilos en la sombra, él se iba a ocupar de que a ella no le faltara de nada. De que fuese feliz...

Poco a poco su llanto fue apagándose, trayéndole recuerdos de todas aquellas noches en las que se había despertado en medio de una pesadilla y él la había acunado hasta que había dejado de llorar. ¡Qué lejano le parecía todo aquello! ¡Cuántas cosas habían sucedido!

Se retiró unos centímetros y la miró. Le brillaban los ojos por las lágrimas que todavía se encontraban en ellos y sus labios temblaban. No pudo contenerse... Tenía que hacerlo... Inclino la cabeza y la besó. Dejó que la suavidad y la dulzura del que quizá fuese su último beso le penetrasen hasta los huesos. Se sumergió en ella, llenándose de su sabor, de su olor... de su ser... La sujetó con firmeza por la cintura y la pegó más a él. Después abandonó su boca para beberse sus lágrimas, secándolas con sus labios. Sentía el corazón a punto de estallar.

«¿Qué cojones estás haciendo, Jan?», se recriminó en silencio.

Se apartó con lentitud y apoyó la frente contra la de ella. Ambos jadeaban y sus alientos se mezclaron. Permanecieron así unos instantes, estrechamente abrazados.

—Es el fin... ¿verdad? —inquirió ella al cabo de unos segundos.

El alzó la cara y la miró. Una expresión resignada se mostraba en sus facciones. No respondió, pero sabía que ella podía leer la verdad en su rostro.

Ella bajó los brazos y le soltó. Se secó las mejillas con el dorso de las manos y después se incorporó. Se alejó unos pasos, quizá tratando de recuperar la compostura, quizá simplemente porque el dolor era más grande a su lado.

Él también se levantó con cuidado, tratando de esconder la mueca de dolor que transformó su cara. Pero ella se dio cuenta. Le miró, mordiéndose el labio inferior, sin acercarse.

—Voy a llamar a tu hermano para que venga a buscarme —dijo con mucha calma. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, pero ya no lloraba. Se mostraba extrañamente serena, como si hubiese aceptado que él hubiera decidido por ambos.

—Yo puedo...

—No puedes. No deberías conducir —le interrumpió. Y antes de que pudiese protestar, se sacó el móvil del bolsillo y se dirigió a la ventana.

La contempló alejarse. El nudo que se había formado en su garganta hacía rato, seguía allí, recordándole que quizá fuese cuestión de minutos que su propia angustia le ahogase. El sol que entraba por el cristal le mostró su esbelto cuerpo al trasluz..., esas suaves curvas que nunca más iba a poder llamar suyas... Se odió por ser débil, por haberse enamorado de una mujer extraordinaria y haber hecho que ella se enamorase de él, sabiendo que no podía conservarla.

—En veinte minutos estará aquí —susurró ella, dándose la vuelta. Ni siquiera se había dado cuenta de que había hablado por teléfono—. Voy a esperarle fuera —dijo, encaminándose a la puerta. La abrió y salió al exterior.

Él la siguió; solo se detuvo a coger las gafas de sol. Abandonó la vivienda, reuniéndose con ella, que había apoyado las manos en la barandilla y contemplaba los naranjos. Se situó a su lado. Un tenso silencio, como el que había reinado entre ellos cuando ella había descendido del taxi, los envolvió de nuevo. No había mucho más que pudiesen decirse, en realidad, y al mismo tiempo había tantas cosas que se quedaban sin hablar..., tantas palabras, tantos sentimientos que iban a morir sin ser escuchados...

Jan bajó la mirada y la posó sobre las manos de ambos, apoyadas sobre el listón de madera, apenas separadas por unos milímetros. Solo hubiese tenido que desplazar la suya una ínfima distancia hacia la izquierda para que sus dedos se rozasen. Pero ¿para qué? ¿Por qué seguir prolongando

la agonía? Había decidido renunciar a ella para que pudiera ser feliz... así que ¿de qué demonios iba a servir seguir jugando al «ni contigo ni sin ti»? Controló su impulso y clavó la mirada en los árboles, como ella hacía. Al otro lado del naranjal, detrás del montículo de tierra, estaba el campo de lavanda. Se preguntó si ella también estaría pensando en aquel día...

—Me gustaría poder decirte que te entiendo. Que entiendo por qué has tomado esta decisión que nos está destruyendo a los dos... —habló ella de repente, sobresaltándole—. Pero no lo hago. No te entiendo.

Él no respondió. Se encontraba en un punto en que ni él mismo se entendía.

Pasaron varios minutos y las ganas de abrazarla y de pedirle que no se fuera crecieron en su interior. Notó cómo se le aceleraba la respiración y le sudaban las manos. A pesar de que se mantenía en silencio, su presencia a su lado era abrumadora. Una ligera brisa le agitó el cabello y le trajo el aroma de su champú. Era el mismo que había usado antes... ¡Qué recuerdos! Apretó la barandilla hasta que los nudillos se le pusieron blancos, tratando de controlar cualquier necia tentación que pudiera hacerle flaquear.

El ruido del motor de un vehículo le pilló por sorpresa. ¿Ya? ¿Ya habían pasado los veinte minutos? ¿Ya se marchaba? Sintió cómo le aumentaba la opresión en el pecho. Crecía y crecía y amenazaba con ahogarle...

¡Oksana se marchaba!

Se giró y la miró. Su imagen de perfil, oscurecida por los cristales de las gafas de sol, se le quedó grabada para siempre en el cerebro. La almacenó junto a todas las otras que ya formaban parte de su álbum de recuerdos mental de Oksana.

—Nunca nadie te va a querer como yo —murmuró ella. La derrota era patente en sus palabras.

—Lo sé —consiguió decir él con voz ronca.

De reojo vio que el Navara de Cas se detenía frente a ellos.

Ella no volvió a mirarle. Se dio la vuelta y descendió los cuatro escalones del porche con rapidez.

Jan se percató de que su hermano le contemplaba con hosquedad desde el otro lado del cristal del parabrisas. Le ignoró. Francamente solo tenía

ojos para Oksana.

—Te vas a arrepentir de esto, Jan —dijo ella con tristeza, antes de abrir la puerta del coche—. Te vas a arrepentir de haberme dejado marchar... —le temblaba la voz, de nuevo.

Después subió al vehículo y se sentó en el asiento del pasajero. Apartó la vista, como si el hecho de seguir mirándole fuese demasiado para ella.

—Ya me estoy arrepintiendo —gimió él entre dientes.

No pudo dejar de mirarla mientras Cas maniobraba y giraba el vehículo. Contempló su pálido perfil, su melena negra cayéndole sobre el hombro, la curva de su mandíbula... Luego el Navara se alejó, llevándosela de su propiedad, de su vista, y de su vida... Y finalmente desapareció detrás de los árboles. Fue entonces cuando se quitó las gafas de sol, las arrojó al suelo y un bramido surgió de lo más profundo de su interior.

—*Was habe Ich getan?* —rugió—. *¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?* —Y mientras se repetía esa pregunta una y otra vez, paseando como un animal enjaulado por su porche, se llevó las manos a la cara y descubrió que estaba húmeda. Se miró los dedos sorprendido.

Gott!

¡Él, Jan «Eismann» Landvik, llorando como un crío!

Diario de Oksana Novalnyova

24 de septiembre – Barcelona (España)

No puedo parar de llorar. Tengo la sensación de llevar horas derramando lágrimas. Lorena ha venido esta mañana y nuestros temores se han visto confirmados. No venía sola. Ha venido con un hombre de mediana edad. Se ha presentado como Bajram Sejdiu y aunque su ruso es excelente, no es ruso. Nos ha dicho que a partir de ahora trabajamos para él, hasta que le paguemos la deuda de lo que le ha costado nuestro viaje. Dice que le debemos los pasajes de avión y los sobornos que ha pagado para conseguirnos los visados.

Las cantidades que dice que le debemos son ridículas. Nada cuesta tanto dinero.

Quiere que nos prostituyamos.

Cuando hemos empezado a llorar se ha enfadado. Es frío como el hielo. Uno de los rusos ha cogido a Marina por el pelo y la ha abofeteado. ¡Ha sido horrible! Nos hemos callado.

Pero... pero lo peor ha venido después.

Bajram Sejdiu se ha acercado a mí y me ha inspeccionado la cara. Yo no quería mirarle. Sus ojos son marrones y fríos y te miran como si todo le diese igual. No sé por qué, pero creo que siente interés por mí. ¡He odiado que me toque!

Lorena dice que mañana vienen a buscarnos y que nos van a trasladar a otro sitio. No sabemos dónde. Después se han ido y nos han dejado solas. Esta noche hemos dormido todas juntas en la misma habitación. Tenemos miedo.

Quizá esto sea lo último que pueda volver a escribir en este diario. No sé si podré conservarlo.

¡Dios! ¡Por favor! ¡Ayúdanos!

Capítulo Treinta y Cuatro

Cuatro meses después

Se había cortado el pelo. Su larga melena negra había desaparecido, ahora apenas le rozaba los hombros. Se movía por entre las mesas con una bandeja llena de vasos y una sonrisa deslumbrante en la cara. A pesar de ser noviembre y de que ya era de noche, no hacía frío, y solo llevaba unos vaqueros y una camiseta de manga corta, ambos negros, lo que hacía que su piel blanca resaltase todavía más.

Estaba simplemente preciosa.

Su risa, alegre y melódica, provocada por algo que le había dicho un cliente, llegó hasta él. Entornó los ojos, molesto. Sabía que no tenía ningún derecho, pero por un breve instante había deseado que esa risa fuese para él y no para el turista bronceado que la miraba con manifiesta admiración mientras se alejaba hacia el interior del local.

«¡Qué cretino eres!», se reprendió meneando la cabeza. Y todavía más cretino por estar allí, al amparo de la sombra de un edificio, contemplándola a distancia, bebiéndose su imagen como un náufrago sediento.

Sí. Era un verdadero imbécil.

No era la primera vez que se acercaba a la playa y que la observaba. Lo hacía todos los miércoles. A pesar de que su hermano Cas le mantenía informado, había necesitado ver con sus propios ojos que de verdad se encontraba bien.

Y sí. Se encontraba perfectamente.

Tenía un aspecto maravilloso. Nada en esa chica recordaba a la que él se había encontrado en la carretera meses atrás. Nada.

Se había matriculado en la universidad en el Grado de Educación Primaria. Iba a clases por las mañanas y trabajaba en el *Crazy Coconut* por las tardes. Se había sacado el carnet de conducir y se había comprado un

pequeño coche de segunda mano... Estaba rehaciendo su vida y parecía feliz.

Volvió a salir del local con la bandeja llena de consumiciones, y Jan no pudo evitar que sus ojos siguiesen todos y cada uno de sus movimientos. Se movía de una manera tan fluida, tan sugestiva..., contoneando las caderas ligeramente, sin ser provocativa, pero siéndolo sin duda. Con la espalda erguida..., echando hacia atrás la melena con una breve sacudida de la cabeza.

¡Cómo la echaba de menos!

Había llegado a depender de aquellas visitas a escondidas como un drogadicto dependía del siguiente chute. Se pasaba la semana esperando a que llegase el miércoles, el día que ella hacía el último turno. Se apostaba junto al edificio contiguo al de Cas y la observaba durante largo rato hasta que abandonaba el local y se dirigía a su apartamento, andando. Él la seguía a distancia. Se había convencido de que lo hacía porque no deseaba que le sucediese nada, porque a esas horas de la noche las calles por las que tenía que pasar estaban muy oscuras y quizá necesitase su ayuda... Sí, se había inventado mil excusas por las que hacía aquello, cuando en realidad solo había un motivo por el que la seguía todos los miércoles a casa: no sabía estar sin ella.

Volvió a desaparecer dentro del local y él se sacó el móvil del bolsillo y miró la hora. Su turno estaba a punto de acabar. Y en efecto, al cabo de solo un par de minutos apareció con una mochila a la espalda. Diciendo adiós con la mano se despidió de sus compañeros y echó a andar con ligereza, alejándose del restaurante.

Abandonó las sombras del edificio y la siguió.

Mientras andaba tras ella se iba diciendo que esa era la última vez que hacía aquello, que no iba a volver los miércoles al *Crazy Coconut*. Oksana no necesitaba un fantasma siguiéndole los pasos para protegerla. No *le* necesitaba. Había demostrado ser una mujer fuerte, resiliente, capaz de valerse por sí misma y de superar cualquier obstáculo... La admiraba... No le necesitaba para nada.

No. El próximo miércoles no volvería...

Mentira.

Regresaría y lo sabía.

Iban alejándose de las calles más concurridas, y ella apretó el paso. Atravesó un pequeño parque solitario, pero bien iluminado. Jan se camufló detrás de los árboles, temiendo ser descubierto, a pesar de ir vestido de negro de los pies a la cabeza. No le pasó desapercibido lo ridículo de aquella situación. Parecía un violador siguiendo a su presa, pensó con cinismo. Ella se detuvo debajo de una farola a atarse el cordón de la zapatilla y su perfil se dibujó a la perfección contra la negrura de la noche.

¿Cómo narices podía ser tan hermosa?

De pronto ella se dio la vuelta y oteó la oscuridad, mirando el punto exacto donde él se encontraba. Contuvo la respiración y se ocultó detrás de uno de los gruesos troncos. Al cabo de solo unos instantes ella se irguió y abandonó el parquecito a toda prisa. Él esperó unos segundos para abandonar su escondite y seguirla. Lo hizo con el corazón acelerado. ¡Había estado a punto de descubrirle! No se atrevió a acercarse mucho más. Manteniendo una distancia prudencial observó cómo entraba en la calle estrecha donde estaba su edificio de apartamentos. Poco después accedía a su portal.

Ya. Ya había cumplido con su absurda misión de los miércoles.

Desanduvo lo andado y en el mismo parque se sentó en un banco y, contemplando los solitarios columpios, meditó sobre su situación. Las cosas no podían seguir así. Tenía que mover ficha. O bien pasaba página o bien se lanzaba de cabeza a la piscina. Pero seguir en ese limbo que le estaba dejando destrozado y exhausto... no.

La melodía de su móvil rompió el silencio de la noche. Miró la pantalla. Cas.

—Dime —respondió.

—Oye, Jan, ¿no estarás por aquí cerca, por la playa? —La voz de su hermano sonaba inquisitiva.

—Eh... sí... ¿por? —repuso algo dubitativo.

—¿Nos tomamos algo en el *Western Ribs*?

Vaciló, llevándose la mano a la frente.

—Bien —dijo, escueto.

—Te espero.

Y colgó.

Se guardó el móvil en el bolsillo y se incorporó con lentitud. ¿Qué narices querría ahora su hermano? Llevaba cuatro meses comportándose con él como una madre preocupada, llamándole a todas horas e insistiéndole para que consultase con otro neurólogo y pidiese una segunda opinión. Lo había hecho, aunque no le había dicho nada a Cas. Hacía un par de semanas se había escapado a Madrid un par de días, a una clínica privada, a que le hicieran nuevas pruebas y a hablar sobre su condición con un reputado especialista. Estaba esperando los resultados.

En solo unos minutos se hallaba frente a la puerta del *Western Ribs*. Dado que era temporada baja el local estaba casi desierto; solo un par de mesas se encontraban ocupadas. Una de ellas por su propio hermano, que le hizo un gesto con la mano cuando le vio entrar.

—¡Qué buen aspecto tienes! —exclamó.

Jan alzó la mirada al techo, divertido a su pesar.

—Me viste ayer.

—Sí, pero tu aspecto mejora día a día —repuso Cas con una sonrisa de oreja a oreja.

Quizá día a día no, pero era cierto que apenas le habían quedado secuelas de la pelea. Se cuidaba más que antes por lo del bazo, pero el ojo y el pómulo le habían sanado a la perfección y nada hacía sospechar lo aparatoso de la rotura. Todavía tenía dolores y debía seguir ciertas indicaciones médicas, pero se encontraba muy bien.

La camarera se acercó a ellos a tomarles nota y, a pesar de que no lo habían planeado, terminaron pidiendo hamburguesas con patatas, como hacían siempre que iban allí. Cas pidió una cerveza y Jan un refresco.

Hubo un silencio no demasiado irritante. La relación entre ellos, que se había deteriorado bastante durante el último año, había vuelto a restablecerse y todo iba retornando a la normalidad... Casi todo. Cas seguía reprochándole algunas decisiones que había tomado.

—¿Estabas siguiendo a Oksana? —le preguntó a bocajarro.

—*Scheisse!* —exclamó sin poder evitarlo, llevándose la mano a la cabeza. No había vuelto a afeitársela y le había crecido el pelo un par de centímetros—. ¿Qué sabes? —preguntó a la defensiva, clavando la mirada en los ojos entornados de su hermano.

—Sé que Oksana me acaba de llamar, acojonada, porque creía que alguien la estaba siguiendo. Y dice que no es la primera vez.

Verdammt!

—Joder, Jan, no puedes hacer esas cosas... —Cas se interrumpió al ver acercarse a la camarera con sus consumiciones. Esperó a que ella se marchase para continuar—. Haz el favor de tener un par de huevos, y habla con ella. Han pasado cuatro meses y has sido incapaz de pasar página. Estás obsesionado.

Jan guardó silencio y miró a su hermano con expresión sombría.

—No puedes seguirla en la oscuridad de la noche como un perverso.—
—Sonrió con cierta ironía.

Jan endureció la mandíbula. Se llevó el vaso de refresco a los labios y dio un trago.

—¿No vas a decir nada?

—¿Y qué quieres que diga? —terminó por preguntar con fatiga—. ¿Que la sigo porque me preocupa su seguridad? ¿Que no quiero que se vaya a casa sola por la noche? —resopló—. Bah, sabes que no es verdad y yo también. La sigo porque... porque... *Fuck!* ¡Yo qué sé por qué la sigo! —Se encogió de hombros.

—Pues para mí está más claro que el agua. La sigues porque eres gilipollas, sin duda. Si no fueses tan terco y fueras más inteligente, estaría en tu vida y no tendrías que seguirla como un estúpido. La llevarías de la mano, a tu lado.

—Hablas como un poeta —repuso con sarcasmo.

—Soy un poeta —dijo, levantando su cerveza—. Y si fueses más como yo y menos como tú, mejor te iría. Y por cierto, ¿a qué fuiste a Madrid?

Jan cerró los ojos. Le resultaba imposible enfadarse con su hermano a pesar de que fuese un entrometido y le cuestionase todas sus decisiones. Él mismo había empezado a cuestionárselas.

—¿Cómo sabes que estuve en Madrid?

—Me lo dijo Tita.

—*Verdammt!*

—Tampoco era un secreto, ¿no?

—No. —Dio un trago a su bebida antes de mirar a su hermano fijamente a los ojos—. Fui a ver a un especialista. A un neurólogo.

La sonrisa que había mostrado Cas hasta ese momento desapareció y fue sustituida por una expresión de ansiedad.

—¿Y?

—Me han hecho nuevas pruebas.

—¿Y?

—Todavía no tengo los resultados. Al menos mis dolores de cabeza han remitido.

—Eso es bueno, ¿no? —La excitación se filtró en su voz.

—Tanto como bueno... Digamos que no es malo... Ya veremos...

Jan no quería ilusionarse demasiado, aunque desde que sus jaquecas eran menos frecuentes no podía evitar sentirse algo optimista.

La camarera llegó con su cena. Comenzaron a comer en silencio, sumergidos en sus pensamientos.

—¿Está... está bien? —preguntó al fin. No tuvo que especificar mucho, ambos sabían a quién se refería.

—Está bien —dijo Cas—. Bastante bien para haber pasado por tanto, y después de que un capullo le rompiera el corazón.

Jan no dijo nada. Era un tema sobre el que ya habían hablado largo y tendido y que Cas se empeñaba en sacar cada vez que se veían. Bajó la mirada y se concentró en su hamburguesa.

—Por cierto, este fin de semana vienen el hermano de Eli y sus amigas de Madrid. Hemos planeado ir a comer al *Crazy Coconut*. ¿Podemos contar contigo?

—No me presiones, Cas.

—En algún momento tendrás que dar la cara.

—No quiero verla.

—¡No me jodas! Si te escondes detrás de los árboles para verla... —Dejó escapar una risotada—. Lo que no quieres es que te vea, que es diferente.

—Lo que sea —farfulló.

En ese momento comenzó a sonar su teléfono.

—*Fuck!* ¿Desde cuándo llevas a Elvis en el móvil? ¿Ya te has cansado de tu musiquita irlandesa? —Cas arqueó la ceja, mirándole con curiosidad.

Jan, quizá por primera vez en su vida, estuvo a punto de sonrojarse. Se apresuró a sacarse el aparato del bolsillo y vio en la pantalla que era Tita. Colgó. Ya la llamaría luego.

—No sabía qué te gustase Elvis, y menos esa canción tan romántica —insistió Cas, entornando los ojos.

—A lo mejor no me conoces tan bien como piensas —repuso con sequedad. Se sentía violento.

Su hermano no volvió a insistir.

Terminaron hablando de Bajram. Seguía en prisión sin fianza, al igual que varios de sus hombres, entre ellos Ivan y Yuri. Roman había desaparecido sin dejar rastro. Jaime Llorens les mantenía informados sobre el caso. Cuatro de las chicas, además de la propia Oksana, estaban dispuestas a testificar. El resto había vuelto a sus países, pero las que se habían quedado se hallaban en un centro de acogida. Oksana había retomado el contacto con ellas, le dijo Cas.

Jan envidiaba a su hermano la relación que mantenía con ella. Se habían convertido en amigos. Tanto Eli como él la trataban como si fuera una más del grupo, la invitaban a su casa, le resolvían cualquier problema que pudiera tener..., estaban ahí para ella. Él sabía que la apreciaban, que no lo hacían solo porque él se lo hubiera pedido. Les debía mucho.

—Sé que te lo he dicho mil veces ya, pero te lo vuelvo a decir..., muchas gracias por ocuparte de ella.

—¡No me vengas con esas! No hay nada que agradecer, joder. Aunque no nos hubieras pedido que le echásemos un cable, lo habríamos hecho. Oksana es una chica estupenda.

Jan asintió con gravedad.

—Algún día tendrá que saber que eres tú el que está haciendo todo eso por ella, Jan. —Cas le miró con insistencia—. No quiero seguir mintiendo.

—¡No! No quiero que se entere —dijo entre dientes.

—Ella tiene muchas preguntas, y Eli y yo ya no sabemos qué decirle.

—No le digáis nada.

—Las cosas no funcionan de esa manera. Somos amigos. No podemos seguir ocultándole algo así.

Jan agarró el vaso con fuerza. Sabía que su hermano tenía razón, y quizá era estúpido tratar de ocultarle que era él el que lo estaba orquestando todo, pero no estaba preparado para que lo supiera. La conocía. Sabía que en cuanto se enterase iría a buscarle, a pedirle explicaciones. Y no estaba seguro de poder resistirse si volvía a tenerla delante y ella le repetía de nuevo la mínima parte de lo que le había dicho hacía meses en su casa.

Aunque, en el fondo, lo que verdaderamente temía era que ella no reaccionase de aquella manera, que hubiese pasado página, que le hubiera olvidado... Si así fuese se sentiría... ¿dolido? Tenía pánico a descubrir la verdad.

¡Qué hipócrita era! Allí estaba como el perro del hortelano, sin querer estar con ella pero no queriendo que ella le olvidase. *Gott!* ¡Qué necio!

Finalmente no pudo resistirlo.

—Alguna vez... ¿habla de mí? —preguntó con voz ronca y brusca.

Cas, que había estado a punto de llevarse la botella de cerveza a la boca, la depositó sobre la mesa. Después se echó hacia atrás en el asiento y se cruzó de brazos, mirándole con fijeza.

Se sintió como un imbécil bajo el escrutinio de su mirada. Ya era tarde, no obstante, para retirar la pregunta.

—Mira, no sé si tendrás ETC, pero desde luego algún golpe en la cabeza te ha dejado verdaderamente idiota —repuso Cas sin ningún miramiento, algo que Jan agradeció. La sinceridad de su hermano siempre era bienvenida—. Ella nunca habla de ti, ¿sabes? Tampoco es de extrañar teniendo en cuenta que te portaste como un verdadero cabrón.

Jan cerró los puños un instante mientras le sostenía la mirada a su hermano. Permanecía impasible, pero en el fondo se sentía como si tuviera un caballo encabritado dentro, pugnando por romperle el pecho a coces.

—Nunca habla de ti, pero eso no significa que te haya olvidado —continuó con menos acritud—. Hasta un ciego podría ver cómo le brillan los ojos cuando mencionamos tu nombre. —Soltó una risa—. Ok, sé que eso ha

sonado absurdo, pero es cierto. Oksana te quiere y nadie...

Esa vez fue el móvil de Cas el que sonó, interrumpiendo lo que iba a decir. Se lo sacó del bolsillo y sin apenas mirar la pantalla descolgó.

—Dime, *Prinzessin*.

—...

—Sin problema. Voy para allá.

Y colgó.

—Elisa me necesita. Acaba de llegar a casa de pasear a los perros y no puede entrar. Se ha dejado las llaves.

Jan le hizo un gesto con la mano.

—Vete. Ya hablaremos.

—Piénsate lo de la comida del sábado —dijo Cas, sacándose un billete del bolsillo y tirándolo sobre la mesa—. Y deja de acosar a Oksana por las noches como un vulgar violador —añadió en tono jocoso antes de marcharse.

Jan le siguió con la mirada hasta que abandonó el local. Jugeteó con el posavasos haciéndolo girar como una peonza sobre la mesa. Siguió los movimientos circulares con los ojos mientras pensaba en lo que le había dicho su hermano:

...Hasta un ciego podría darse cuenta de cómo le brillan los ojos cuando mencionamos tu nombre... Oksana te quiere...

Estrujó el posavasos de cartón en la mano.

Por supuesto que no pensaba ir a la comida del sábado. No estaba preparado para enfrentarse a ella. De ninguna manera.

Su móvil volvió a sonar con la ridícula canción de Elvis. Era Tita de nuevo.

—Dime.

—Solo quería avisarte de que mañana te toca abrir a ti. Por si se te había olvidado. Yo llego más tarde.

—Sí, sí. No se me había olvidado.

—Pues eso. Adiós, jefe.

Jan colgó. Miró el aparato con fijeza durante unos segundos. Accedió

a los *Ajustes* y buscó en *Sonidos*; en las *Melodías para llamadas entrantes* se detuvo. La canción de The O'Connor Celtic Band aparecía justo debajo de la de Elvis. Acercó el dedo índice al archivo de su antigua melodía y lo pulsó. El mensaje de *¿Desea cambiar su actual melodía para llamadas entrantes?* apareció en la pantalla. Se acarició el mentón con suavidad.

Pulsó *No*.

«Eres un estúpido sentimental», pensó, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo.

Capítulo Treinta y Cinco

El nudo que llevaba sintiendo toda la mañana en el estómago se disolvió cuando los vio llegar al restaurante. La primera en entrar fue Eli, con otras dos chicas y un hombre. Detrás iban Cas, Jaime y su mujer, Alba.

Jan no iba con ellos.

Desde que esa misma mañana Eli la había llamado para decirle que iban a acercarse a comer, insistiendo en que cambiase su turno para reunirse con ellos, se había sentido desorientada. No se había atrevido a preguntarle si Jan también iba a estar presente, así que se había pasado horas especulando sobre ello y planteándose cómo debía reaccionar si él aparecía por la puerta. Por si eso sucedía, había decidido no pedir un cambio de turno.

Llevaba cuatro meses sin verle. Pillando retazos de conversaciones en las que se le mencionaba. Sabía que Cas y Eli hablaban de él con frecuencia a propósito. Era como si supiesen que ella necesitaba saber de él, pero que no deseaba preguntar... Sabía que se encontraba bien, que se había recuperado de las operaciones y que había vuelto a trabajar en su estudio con normalidad. En más de una ocasión se había sentido tentada de llamarle, de ir a buscarle..., pero se lo había pensado mejor. ¿Seguiría él pensando lo mismo? ¿Todavía tendría esas absurdas ideas en la cabeza sobre ellos? ¿Sobre que era una carga? Suponía que sí, que no habría cambiado de opinión. No había hecho ningún intento de ir a verla, de contactar con ella.

Había pasado página, al parecer.

Ella no.

Aun cuando daba la sensación de que había rehecho su vida y su exterior mostraba una mujer satisfecha y sonriente..., por dentro estaba rota. Pretendía que todo iba bien, pero muchas noches se acostaba llorando y echándole de menos. Algunos días el vacío que sentía era tan grande que ni siquiera quería levantarse de la cama. Las clases y el trabajo conseguían que estuviese distraída la mayor parte del día, pero las noches... las noches eran otra cosa...

Al menos ya no tenía pesadillas, pero le costaba conciliar el sueño

preguntándose qué haría, cómo estaría, si todavía pensaría en ella.

Le echaba tanto de menos que dolía.

—Hola Oksana —la saludó Eli, acercándose a ella con una sonrisa en los labios. Como siempre estaba impecable, con unos vaqueros negros y una americana verde—. ¿Has podido cambiar el turno?

—Hola, Eli —correspondió también con una sonrisa, saliendo de detrás de la barra—. Al final no, pero luego me tomo un café con vosotros.

—Oh, no... qué lástima... Me hubiese encantado que comieses con nosotros —Hizo una mueca contrita, al tiempo que la abrazaba. Habían terminado por convertirse en buenas amigas—. Ven y te presento. Mira, este es mi hermano Poncho. —Señaló a un hombre a su espalda.

—Un placer —murmuró.

El tal Poncho no se parecía en nada a Eli. Era de elevada estatura, moreno y de ojos oscuros. Llevaba unos pantalones de pinzas y una camisa azul marino. Demasiado formal para su gusto.

—Hola —le dijo él, inclinándose a darle dos besos.

—Y estas son Sandra y Tana.

Oksana besó a las dos chicas que se acercaron a saludarla. La primera tenía el pelo castaño y era algo más alta que ella. Pero fue la segunda la que le llamó la atención. No era muy alta, pero tenía uno de esos cuerpos que casi todas las mujeres envidiaban, curvilíneo y exuberante. Además, sus ojos castaños brillaban de manera un tanto pícaro.

—Así que tú eres Oksana, la chica de Jan —le dijo sin ningún tacto, mirándola con curiosidad de arriba abajo—. Eres un bellezón. Jan es medio gilipollas.

Oksana enrojeció vivamente y no supo qué contestar.

—¡Tana! —la reprendió Eli, lanzándole una mirada de advertencia, que la morena ignoró.

—¡Venga, va! Es lo mismo que pensamos todos —dijo.

El hermano de Eli se echó a reír. Tenía una risa agradable, muy masculina, pero melodiosa.

—¿Ya estás poniendo a Oksana en evidencia? —preguntó Cas, acercándose a ellos. Venía acompañado de Jaime y de Alba. A ellos ya los

conocía. Se saludaron con afecto.

Todo el grupo parecía muy animado y con ganas de charlar y pasarlo bien. Oksana se sintió fuera de lugar. Adoraba a Eli y a Cas, que tantas cosas hacían por ella, y Jaime y Alba eran encantadores, pero no le apetecía estar con ellos y hablar de temas triviales y bromear sobre tonterías, sabiendo que Jan no había acudido a esa comida porque no deseaba verla. Se sentía herida.

Mientras se acomodaban en la mesa que habían reservado, ella regresó a la barra y los observó de reojo. Cas y Eli eran la pareja perfecta. Siempre estaban sonriéndose y aprovechaban cualquier excusa para tocarse, aunque fuese de forma casual. Disfrutaban el uno del otro. Sintió un pellizco de envidia en la boca del estómago. No pudo evitar preguntarse si Jan también sería así como pareja. Lo que ellos habían tenido había sido algo distinto, sin nombre. Se habían visto unidos por las circunstancias. Quizá en la vida real él fuese... más frío... No, se dijo. Ese hombre tierno que había antepuesto sus necesidades a las suyas y se había jugado la vida por ella..., que la había abrazado como si fuese la única mujer sobre la faz de la tierra y se había bebido sus lágrimas y su dolor... no podía ser frío... Jan era cálido, por mucho que su estúpido apodo pregonase lo contrario. El único hielo que había en él, era el del hombre que llevaba tatuado sobre su antebrazo. Con ella todo había sido calor...

Se estremeció al recordar sus caricias, sus besos... y todo lo demás...

Su compañera, Isabel, le trajo varias comandas devolviéndola al presente. Apartó la vista de la alegre reunión para meterse de lleno en la vorágine del trabajo. Ese día no tenía que servir mesas, solo estaba a cargo de la barra, pero aun así había bastante faena. Los sábados en el *Crazy Coconut* siempre la había.

El tiempo pasó volando y antes de que se hubiera dado cuenta, Pedro, el camarero de tarde, había llegado para sustituirla. Casi lamentó que así fuese. Lanzó una mirada ladeada a la mesa y se preguntó en silencio si no podría inventarse alguna excusa para marcharse a casa directamente. Pero cuando vio que Eli le hacía un gesto con la mano, hizo de tripas corazón y dejando el pequeño delantal negro detrás de la barra, se dirigió hacia ellos.

La conversación se vio interrumpida y todos la saludaron con efusividad.

—Ven —la llamó Tana—. Siéntate a mi lado y me cuentas. —Se

levantó y acercó una silla de la mesa contigua.

Oksana se detuvo, indecisa. No estaba acostumbrada a tanta familiaridad con alguien a quien acababa de conocer. A pesar de que Cas era una persona abierta y franca, no tenía ni punto de comparación con aquella chica que la contemplaba expectante con una invitación en el rostro. A veces, ciertos comportamientos españoles la importunaban.

Carraspeando suavemente se acercó y tomó asiento.

Se mantuvo en silencio mientras los demás retomaban la conversación. Habían estado hablando sobre algo relacionado con un viaje que habían hecho Poncho y un tal Lalo a Cuba.

—Pero ¿en serio desapareció tres días? —preguntaba Jaime con una sonrisa burlona.

—Sí —respondió Poncho—. Y cuando volvió a aparecer, venía sin un duro y con el cuello lleno de chupetones.

La carcajada fue generalizada. Oksana desvió la mirada. No tenía ni idea de por qué se reían ni de quién era ese Lalo.

—Lalo era el prometido de Eli —le aclaró Tana, como si le hubiera leído los pensamientos—. Damos todos gracias al Señor de que conociese a Cas y terminase con él. Lalo es un impresentable.

Oksana miró a Eli, que no parecía nada azorada por el tema. Más bien lo contrario.

—Es un poco imbécil —repuso esta, asintiendo.

—Vamos, *Prinzessin* —intervino Cas—. Es un gilipollas. —Y aunque lo dijo en tono jocoso había un brillo malicioso en su mirada.

—Amén —dijo Tana levantando su copa de vino—. Brindemos por el gilipollas de Lalo. Tú también, Oksana. —Echó vino en una de las copas vacías y se la ofreció. Oksana no quiso parecer desagradecida y la tomó.

Todos brindaron, entre risas.

La conversación siguió su curso y ella casi se sintió aliviada de que la ignorasen. Miró hacia la playa a través de los grandes ventanales, deseando huir. No estaba a gusto. Y no era por los presentes, que eran en extremo encantadores; era por el ausente, que se sentía así. Si ella no hubiera estado allí, de seguro se hubiese apuntado a esa comida. Apretó los labios sintiendo

una profunda tristeza. ¿Alguna vez iba a doler menos?

—¿Qué sabes de tu hermano pequeño? —escuchó preguntar a Poncho. La respuesta le interesaba, así que levantó la cabeza y miró a Cas.

—Hablé con él hace un par de días —repuso este encogiéndose de hombros—. Está bien. Aprobó todas las asignaturas y este año también ha empezado con ganas. Parece que se está esforzando mucho.

Hubo un silencio. Oksana sabía, porque Eli le había relatado toda la historia, lo que había sucedido el año anterior, por lo que no se sorprendió del cambio de actitud de todos ellos cuando se mencionó el nombre de Till.

Tana, a su lado, resopló con desdén. La miró sorprendida.

—Esforzándose... ridículo... —pronunció entre dientes. Una sombra había oscurecido su dicharachero rostro.

—Está poniendo de su parte —dijo Eli mirándola con reproche.

—No voy a entrar a juzgar eso, pero yo creo que la gente no cambia —respondió a su amiga, y después miró a Cas que la observaba con expresión desabrida—. Ya sé que es tu hermano y que habéis decidido perdonarle, pero yo soy bastante rencorosa y tengo una memoria fabulosa. Algunas cosas son imperdonables.

—¡Tana! —exclamó Eli, y parecía muy enfadada.

—Muy bien. Si preferís que me calle, me callo, pero...

—Todo el mundo tiene derecho a enmendarse, a una segunda oportunidad —la interrumpió Cas con la voz calmada.

—Quizá sí, no te lo discuto. Pero también creo que uno debería pagar por las consecuencias de sus actos y no marcharse y dejar que lo solucionen sus hermanos, ¿no? Mirad cómo ha terminado Jan por su culpa.

Un silencio sepulcral siguió a esta declaración. De repente, Oksana sintió una gran congoja, como si le hubieran puesto una losa de cemento encima del pecho. Con las piernas vacilantes se incorporó, echando la silla hacia atrás con brusquedad, sorprendiéndolos a todos.

—Disculpad —balbuceó, y sin mirar a nadie, se alejó a toda velocidad, buscando la salida y el aire fresco del exterior. A su espalda pudo oír la voz indignada de Eli diciéndole algo a Tana.

El olor a mar le penetró en la nariz en cuanto puso un pie fuera del

restaurante. No corría nada de brisa y brillaba un sol espléndido que le calentó los brazos desnudos. Aspirando una bocanada de aire, se abrazó a sí misma y se dirigió a la playa con pasos inseguros. No tenía ni idea de qué le había sucedido, pero escuchar el nombre de Jan en ese contexto había hecho que no pudiese seguir estando allí, con ellos. Tenía que alejarse.

Abandonó el paseo marítimo y entró de lleno en la playa de cantos rodados. Comenzó a andar sin preocuparse demasiado de lo abrupto de la superficie. Llevaba zapatillas deportivas que le protegían los pies y los tobillos. El mar estaba tranquilo, sin apenas oleaje. Se detuvo a escasos metros de la orilla y clavó la mirada en el lejano horizonte, allá donde convergían el azul del cielo y el turquesa del agua. Recordó a su bisabuela hablándole del mar Mediterráneo y la nostalgia la invadió.

«No sé qué hacer, *prababushka*. No quiero vivir sin él. Lo he intentado. Lo he hecho, pero no quiero... Solo quiero que me quiera y que me deje quererle».

Comenzaron a arderle los ojos. La fachada de chica feliz se resquebrajaba poco a poco dejando entrever la realidad. Estaba tan triste... tan sola...

—¿Oksana? —La voz a su espalda le hizo dar un respingo—. ¿Estás bien?

Se dio la vuelta y contempló al hombre que se parecía tanto a Jan que a veces le dolía mirarle. Se había detenido a un par de metros y tenía una expresión preocupada en el rostro.

—No, Cas. No estoy bien —le temblaba la voz—. Estoy cansada de pretender que todo está bien. Cansada de fingir que he avanzado con mi vida; que estoy contenta con lo que he logrado... —Las lágrimas no derramadas se le agolparon en la garganta, cerrándosela, haciéndole más difícil poder hablar—. ¡Es mentira! No soy feliz. Soy desgraciada, muy desgraciada, y... —se interrumpió, llevándose una mano a la boca.

Cas se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros. El sol le daba en la cara, convirtiendo el azul de sus ojos en hielo ardiente, si es que eso tenía algún sentido. Eran tan similares a los de Jan...

—No... no sé vivir sin él —confesó casi sin voz, y finalmente, lo que había estado tratando de evitar, sucedió. Rompió a llorar.

Cas vaciló unos instantes, pero dejó escapar una maldición en otro idioma y terminó por abrazarla. Oksana se refugió en sus brazos, odiando que fuesen los brazos del hermano equivocado, pero agradecida de tener a alguien que la sostuviese en un momento así. Sollozó desgarradoramente.

—No puedo veros así a ninguno de los dos —murmuró Cas—. No puedo. Estáis destrozados, ambos. Es una locura... No tiene ningún sentido. —Parecía estar hablando consigo mismo—. Se lo he prometido... se lo he prometido, pero esto... no... *Ich kann nicht!*

Oksana levantó la barbilla, perpleja. Las lágrimas seguían brotando de sus ojos, pero se las secó con el dorso de la mano. ¿A qué se refería Cas?

—Escúchame bien, Oksana —comenzó él en voz baja pero firme—. Mi hermano lo está pasando igual de mal que tú. No sabe vivir sin ti. Está hecho polvo. Te echa de menos...

Ella le miró con fijeza, tratando de asimilar todo aquello que él le decía.

—¿Recuerdas la otra noche cuando me llamaste asustada porque pensabas que alguien te seguía?

Asintió. Había tenido una pavorosa sensación de ser observada de camino a casa, y no había sido la primera vez. Cas la había tranquilizado diciéndole que seguro eran imaginaciones suyas.

—Era Jan —dijo con gravedad.

Ella se le quedó mirando sin comprender.

—Jan te espera fuera del *Crazy Coconut* y te sigue a casa para asegurarse de que llegas bien —suspiró Cas.

Oksana parpadeó. ¿Jan la vigilaba? ¿La esperaba fuera del trabajo y la seguía a casa? Pero, pero...

—Y aún hay más —dijo Cas mirándola con fijeza.

Ella se soltó de sus brazos y se alejó unos metros. Ya no lloraba. Una expresión desconcertada se mostraba en su cara.

—¿Más? ¿A... a... qué te refieres? —tartamudeó.

—Le prometí que no te diría nada, ¿sabes? Pero estoy hasta los cojones de los secretos, de que se oculte y de que huya... —Se llevó la mano a la nuca y se la frotó con fuerza—. Todo el dinero que te he prestado, para

pagar a Jaime, para la fianza del piso, para la matrícula de la universidad, para el coche... No he sido yo. Ha sido él.

Cuando esa declaración penetró en su cerebro, abrió la boca, estupefacta. ¿Había sido Jan?

Jan.

—Fue él desde el primer momento, Oksana. Ya en el hospital habló conmigo para que te consiguiese este trabajo. Fue él el que presionó a Jaime para que se diese prisa con tu visado, el que te abrió la cuenta en el banco y el que negoció con el dueño del concesionario de coches.

Trató de respirar con normalidad, clavando la mirada en las piedras blancas a sus pies. Cas seguía hablando pero ella ya no le escuchaba. Solo tenía un pensamiento en la cabeza que iba aumentando de volumen según se repetía una y otra vez como una letanía.

Jan me sigue queriendo. Jan me sigue queriendo. Jan me sigue queriendo...

Se dio la vuelta y miró el mar. El sol arrancaba destellos brillantes a la superficie. Una sensación de calidez se expandió por su pecho. Una sensación que antes no había estado ahí y que había sido despertada por la confesión de Cas.

Se parecía muchísimo a la esperanza.

—Oksana. —Se había acercado a ella sin que se hubiera dado cuenta, situándose a su lado—. No va a ser fácil. Y el primer paso lo vas a tener que dar tú. Él es demasiado testarudo.

—Sí —murmuró—. Sí —repitió con más firmeza, secándose una última lágrima furtiva que se desprendió de sus pestañas—. El primer paso lo tengo que dar yo.

Capítulo Treinta y Seis

Después de quedarse solo, se quitó los guantes de látex y los arrojó a la papelera. Acababa de atender a su última cita del día. Le había costado cuatro horas terminar el tatuaje en el que llevaba trabajando ya tres meses. Esa había sido la cuarta y última sesión. Y lo cierto era que había quedado fantástico. Echó un vistazo a las fotos que había hecho con el móvil. La imagen de Frida Kahlo a todo color con todo lujo de detalles cubría la espalda del cliente.

Se guardó el móvil y estiró los brazos por encima de la cabeza, tratando de desentumecer los músculos de los hombros. Cuatro horas seguidas con la espalda arqueada terminaban por pasarle factura. Suspiró. Esa tarde iría al gimnasio y entrenaría un par de horas. Ya no lo hacía como antes y no practicaba ningún deporte que pudiera perjudicarlo, pero seguía yendo a hacer musculación y algo de saco.

Acababa de comenzar a limpiar la pistola cuando escuchó sonar el teléfono y la voz de Tita respondiendo a la llamada. Al cabo de solo un minuto la cabeza de su «casi» socia asomó por la puerta.

—¿Te vas ya? ¿O puedes atender a una chica que quiere hacerse un tatuaje pequeño? Dice que solo será de unos tres centímetros y en negro. Ella misma trae el dibujo.

Jan dejó escapar un suspiro cansado.

—¿Va a tardar?

—En media hora está aquí, me ha dicho.

—Dile que vale.

Tita se largó, dejándole solo de nuevo.

Retiró la aguja que acababa de utilizar y la tiró al contenedor de residuos. Limpió la pistola de la tinta que la había salpicado y la dejó a un lado, preparada, a falta de una nueva aguja. Se dirigió a la ventana y abrió el estor. Hacía un día raro. Algunas nubes grises se apelmazaban en el cielo, augurando lluvia. Sacó el móvil del bolsillo y volvió a releer el email que

había recibido el día anterior de la clínica madrileña con los resultados y el informe médico.

Nada nuevo.

No se había hallado nada en el TAC ni en las otras pruebas, que explicase lo de sus jaquecas, así que de nuevo todo eran conjeturas. Si bien los valores de la proteína TAU no eran elevados —como hubiese sido el caso si la ETC ya se hubiese empezado a manifestar—, el informe seguía sin descartar esa posibilidad.

No concluyente. Ese era el diagnóstico. El mismo que hacía meses.

No sabía qué había esperado de aquel informe, pero no había cambiado nada. Todo seguía igual.

Soltó una pequeña risa fatigada.

Antes de bloquear el móvil se quedó mirándolo indeciso durante un par de segundos. Tuvo la tentación de llamar a Cas y preguntarle por la comida del sábado. Quería saber si Oksana se había unido a ellos y si estaba bien... Pero sacudió la cabeza. Mejor no. No tenía ganas de aguantar a su hermano recriminándole el no haber acudido.

Salió de la habitación y atravesó el pasillo dirigiéndose a la recepción. Se sentó al lado de Tita en una banqueta alta. Ella no se giró. Tenía la vista clavada en la pantalla del ordenador y miraba imágenes de antiguos tatuajes que había hecho él mismo.

—Mira este —señaló con el dedo—. Algo así quiero que me hagas en el muslo.

Jan echó un vistazo al ordenador. Era un dragón rojo y verde. Recordaba ese tatuaje. Lo había hecho hacía un par de años.

—Cuando quieras.

Ella asintió ausente. Los piercings que decoraban su oreja izquierda tintinearón por el movimiento.

—No creo que la chica esa tarde mucho en llegar, pero tenemos tiempo de tomar algo. Tengo una sed que me muero. ¿Voy al súper a pillar algo? —preguntó ella al cabo de unos instantes, cerrando la carpeta que contenía las imágenes de los tatuajes y dejando el calendario de citas abierto en la pantalla.

Jan estaba a punto de asentir cuando el nombre que aparecía en color rojo en la hoja de Excel hizo que se le detuviera el corazón. Se levantó de la banqueta precipitadamente sin poder apartar la vista de aquellas seis letras. Tita le miró, sorprendida.

—Esa chica que viene ahora, ¿es ese su nombre? —inquirió con urgencia, señalando con el dedo.

—Eh, sí... Sí —respondió ella extrañada, alternando la mirada entre la pantalla y la cara de su jefe—. No es española, es rusa, creo. Pero lo he anotado bien. La hermana de Sergei se llama así. Oksana.

Jan se dirigió a la ventana. De repente sentía el estómago encogido.

«Quizá no sea ella», se dijo, pero su instinto le decía que sí lo era.

—¿Pasa algo? —le preguntó Tita. Sonaba preocupada.

—No —repuso él sin darse la vuelta—. Cuando ha llamado, ¿ha dicho algo más?

—¿Algo más? Eh... no... Solo que quería hacerse un tatuaje pequeño en negro y que si estabas libre. Que ella podía estar aquí en media hora. Y su nombre. Nada más.

Jan asintió. Tenía una sensación de ahogo en el pecho. Respiró hondo un par de veces, antes de darse la vuelta y encararse con Tita, que le miraba sorprendida.

—¿Quieres que te traiga algo del súper o no? —le preguntó—. Voy a ir a por una Coca-Cola.

—No. No quiero nada.

—Vale, pues ahora vengo. No te encierres en el cuarto que si viene la chica no la vas a oír. —Cogió su bolso y se marchó. La puerta se cerró silenciosa tras ella.

Jan echó la cabeza hacia atrás y miró al techo unos segundos. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que ella llegase. Cinco minutos, a lo sumo diez. Insuficientes. No estaba preparado para enfrentarse a la situación. ¿Cómo debía comportarse? ¿Cómo podía dirigirse a ella? Los nervios hicieron presa de él.

¿Por qué había decidido ir a tatuarse? ¿Era una excusa o de verdad quería uno? ¿Querría hablar con él de algo más? ¿Le habría dicho algo Cas?

Demasiadas preguntas y ninguna respuesta...

—*Gott!* —exclamó en voz alta, dando pequeños paseos de un lado a otro de la recepción. De repente, el contenido Jan se había convertido en el exaltado Jan.

Se asomó a la ventana clavando la mirada en todos los coches que pasaban. Ella conducía un pequeño Ford Fiesta azul que él le había conseguido a muy buen precio de un amigo, dueño de un concesionario. Ninguno de los coches que pasaban eran azules.

Se dio la vuelta y se dirigió a la pequeña estancia donde tatuaba. Extendió papel nuevo sobre la camilla. Le sudaban las manos. Miró a su alrededor. Todo estaba limpio y en perfecto orden.

Volvió a la recepción. Tita seguía sin aparecer.

Mejor.

Pero cambió de opinión.

Peor.

Quizá hubiese sido mejor que Tita estuviese presente. ¿O no?

Se metió las manos en los bolsillos al darse cuenta de que le temblaban. Volvió a apostarse junto a la ventana. ¿Qué demonios querría tatuarse ella? ¿Y dónde? Recordó la quemadura que Bajram le había hecho en el brazo y su semblante se oscureció.

Por el rabillo del ojo vio un coche azul acercándose despacio. Parecía buscar un sitio donde aparcar. Apoyó las manos en el cristal y fijó la mirada. Era un Ford Fiesta. Tragó saliva ruidosamente y se apartó de la ventana. Se dirigió al mostrador y se situó tras él. Sacó una cuartilla de papel hectográfico y una de papel blanco y las montó sobre el portafolios de madera. Quería estar ocupado cuando ella entrase, o al menos parecerlo.

Levantó la mirada apenas unos milímetros y vio que el Fiesta había aparcado justo enfrente. La puerta del conductor se abrió y Oksana —*su Schneewittchen*— descendió del coche. Llevaba unos vaqueros y un jersey rojo, y el pelo recogido en una coleta alta.

Verdammt! ¡Estaba preciosa!

Su corazón comenzó a latir furioso, como si John Bonham, el fallecido batería de Led Zeppelin estuviese tocando su famoso solo en su

pecho, de manera potente, errática y agresiva.

Ella se dirigió al estudio con rapidez, con ese paso suyo tan sugerente.

Algo hizo crack.

Bajó la vista y se dio cuenta de que había partido por la mitad el lápiz que tenía en la mano.

Levantó la mirada y los ojos de ambos se encontraron a través del cristal.

Entonces ella abrió la puerta y entró.

* * *

Oksana dudó antes de bajarse del coche. Mentiría si negase estar nerviosa. Lo del tatuaje le había parecido una idea fantástica el día anterior, incluso hasta solo hacía media hora, cuando había llamado al estudio. Pero ahora que se encontraba ahí, frente al local, ya no sabía qué pensar.

Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y acarició con suavidad el papel donde había dibujado el motivo que quería tatuarse. Era muy importante para ella. Se miró al espejo retrovisor y comprobó su aspecto. Tenía una expresión algo ansiosa en el rostro, pero por lo demás todo era perfecto. Se había esmerado en ponerse guapa. Se pellizcó las pálidas mejillas y suspiró.

«Ya estás aquí. La suerte está echada».

Se bajó del vehículo.

No había preparado nada. Venía a verle sin ningún guión, decidida a tantear el terreno. Por más que Cas le hubiera dicho que Jan sentía lo mismo por ella que ella por él, pensaba dejar que las cosas fluyesen solas. No tenía ni idea de cómo reaccionaría él al verla aparecer.

El quinto pecado, rezaba en un letrero sobre el local, en letras rojas sobre fondo negro. El estudio no era demasiado grande, al menos no lo parecía desde fuera. Una ventana y una puerta acristalada mostraban el interior de la recepción, decorada en tonos rojos y negros. Una alta figura se encontraba tras el mostrador también negro.

Él levantó la cabeza y la miró. Sus ojos se encontraron brevemente.

Contuvo el aliento y abrió la puerta.

El saludo que había estado a punto de ofrecerle se le quedó atascado

en la garganta. Ese hombre era Jan y no era Jan.

Bozhe!

Le recorrió con los ojos ávidamente, tratando de reconocer a Jan en ese desconocido, a *su* Jan. Había cambiado. Se había dejado crecer el pelo y la barba, ambos de un color rubio dorado, y ahora se parecía más que nunca a Cas. Pero había una diferencia abismal entre ellos. Jan era intenso, mucho más que su hermano. Podía decir más cosas con una mirada que Cas con mil palabras.

No obstante había perdido cierta fiereza que anteriormente le había otorgado su cabeza afeitada. Pero el resto de él era el mismo. El mismo ancho pecho cubierto por una camiseta negra con el nombre del estudio en ella, los mismos brazos poderosos, uno limpio, el otro cubierto de tinta... y los mismos ojos, que la observaban serios e inquisitivos. No parecía sorprendido. Todo en él exudaba una calma que a ella, que era presa de las emociones, le resultó molesta.

—Hola Oksana —la saludó con serenidad.

—Hola Jan —respondió en voz baja, odiando sonar tan débil. Le temblaban las piernas.

No podía dejar de mirarle, de examinarle, de tratar de analizar cualquier pequeño gesto que él pudiese hacer para descubrir qué estaría pensando. ¿No había sido eso una sonrisa? ¿No se habían curvado apenas las comisuras de su boca? ¿Había arqueado la ceja? No. Todo era producto de su imaginación. Él permanecía impasible.

Se sintió decepcionada. Parecían dos extraños. Dos cortesés extraños.

—Tienes buen aspecto —dijo él.

Se sonrojó, muy a su pesar.

—Tú también. Te has dejado crecer el pelo. —No pudo evitar mencionarlo.

Él se pasó la mano por la cabeza y una fugaz sonrisa iluminó su rostro haciendo que a ella le diese un vuelco el corazón.

—Sí, sí... ya no me apetecía tener que estar afeitándome casi a diario —contestó él, recuperando la seriedad.

Las imágenes de aquella noche en que le rasuró la cabeza acudieron a

su mente, provocando que una ola de calor le tiñese las mejillas de rojo, de nuevo. Había sido un momento especial. Fue entonces cuando él había reconocido sentir algo por ella. Se mordió la parte interna de la mejilla. Él la miraba con tanta intensidad que se preguntó si no estaría también recordándolo.

—¿Has traído el modelo de lo que te quieres tatuar? —preguntó, cambiando de tema y haciéndola sentir como una tonta por haberse quedado absorta, mirándole.

—Sí —repuso con gravedad. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el papel que había doblado en cuatro. Se acercó y se lo tendió. Evitó que sus dedos se rozasen.

Jan desplegó la hoja y se quedó mirando el dibujo.

—¿Es cirílico?

—Sí.

«Pregúntame qué significa. Pregúntame qué significa», rogó ella en silencio.

—¿El tamaño es así? ¿O lo quieres más grande? —Él seguía sin levantar la vista del papel.

—Así.

«Pregúntame qué significa. Pregúntame qué significa».

—¿Dónde?

—¿Recuerdas esa quemadura que tengo en el brazo? —No esperó a que él contestase—. Pues me gustaría que la cubriese.

Él asintió, impávido.

Oksana cerró los ojos. Ni siquiera la mención de la quemadura, que en otro tiempo le hubiera hecho enfurecer, hizo mella en él. No entendía nada. ¿Quién era ese hombre frío que se encontraba frente a ella? ¿Se habría equivocado Cas?

¡Y ni siquiera le había preguntado qué significaba el tatuaje!

Él levantó la mirada por fin. Parecía a punto de decir algo y ella contuvo la respiración.

«Pregúntame qué significa. Pregúntame qué significa».

—Voy a dibujarlo sobre el papel hectográfico —dijo con voz impersonal. A ella se le cayó el alma a los pies—. No tardo nada. Siéntate ahí un momento. —Señaló una butaca de cuero negro que había en un lateral, al lado de una mesita llena de revistas especializadas en tatuajes.

Oksana asintió débilmente. Se dejó caer sobre el asiento, desconcertada. Se sacó el móvil del bolsillo y fingió mirar la pantalla, pero en realidad le observaba de reojo. Él se había inclinado sobre el mostrador y manejaba un lápiz con gran precisión. Los halógenos del techo se reflejaban sobre su corto cabello, creando una especie de halo alrededor de su cabeza y dejando el resto en sombras.

Se le iba cerrando la garganta mientras le observaba trabajar. Llegó un momento en que pensó que se ahogaría si no decía algo, si no le cuestionaba. Él estaba ahí, a un par de metros de distancia, como si no hubiera pasado nada entre ellos. Quizá había enfocado mal la situación. Quizá tenía que haber entrado en el estudio gritando como una loca y pidiéndole explicaciones, y no fingiendo un aplomo que no sentía.

Él seguía dibujando, impertérrito.

De pronto comenzó a enfadarse. ¿Qué narices pretendía él? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué fingía que ella no le importaba? Se le aceleró la respiración según se iba enojando más y más.

Se había jugado la vida por ella... La seguía por las noches a casa, preocupado por su seguridad... Le había pagado el piso, el coche, a su abogado... a escondidas. Y ahora ¿eso? ¿Una fría indiferencia?

Estaba a punto de dirigirse a él, de increparle, cuando la puerta se abrió con violencia. Oksana se giró, sobresaltada. La recién llegada era una chica joven y menuda, vestida de negro de los pies a la cabeza. Tenía el pelo corto de color rojo intenso y numerosos piercings le adornaban la cara. Llevaba un par de latas de Coca-Cola en la mano.

—¡Hola! —la saludó con efusividad—. Tú debes de ser Oksana. Soy Tita. Hemos hablado antes por teléfono.

Oksana le sonrió con cierta timidez.

—¿Quieres un refresco? He traído de sobra. —Le tendió una lata.

—No, gracias. No tengo sed.

—¿Y tú, Jan?

Él levantó la vista y negó con firmeza. Sus ojos volvieron a encontrarse.

—No. —Hizo una pequeña pausa antes de salir de detrás del mostrador y hacerle un gesto—. ¿Vamos?

Oksana se levantó y volvió a sonreír a Tita, que había abierto una lata y bebía de ella. Siguió a Jan, que se internaba en un pasillo que había al fondo. No pudo evitar que sus ojos se posasen sobre su redondeado trasero enfundado en unos gastados vaqueros azules. Sintió un hormigueo en los dedos al recordar la imagen de la diosa Freya cubriendo su glúteo... ¡Qué estúpida era! Mientras él la ignoraba y la trataba con la mayor de las indiferencias, ella se le imaginaba desnudo...

Durak!

Él abrió una puerta negra y se hizo a un lado para cederle el paso. Seguía sin mirarla.

Oksana entró en la pequeña habitación. Las paredes estaban pintadas de rojo y numerosos cuadros con fotos de tatuajes colgaban de ellas. En el centro mismo había una camilla cubierta por un papel blanco y al lado una banqueta y una mesa llena de diversos utensilios que no supo identificar.

La puerta se cerró tras ella.

Se dio la vuelta, dispuesta a encararse con él, a explicarle por qué había ido allí, pero su actitud indiferente la hizo detenerse. Él se había girado y le daba la espalda. Estaba inclinado sobre la mesa y miraba su equipo muy concentrado. Esperó unos segundos, contemplándole con inquietud, pero él siguió a lo suyo, colocando cosas, o moviéndolas de sitio.

—Quítate el jersey y tumbate —dijo él con voz impersonal.

Oksana dejó caer los hombros. La sensación de enfado que había sentido minutos antes en la recepción dio paso a una de desesperanza. Era cierto que ella había dado el primer paso acudiendo allí, pero él también tenía que poner de su parte, ¿no?

* * *

Se tenía que esforzar para no mirarla, para no traspasarla con los ojos, para no abalanzarse sobre ella y comérsela a besos. ¡Joder! ¿Cómo narices podía estar tan guapa? Trató de calmarse antes de dirigirse a ella.

—Quítate el jersey y tumbate —dijo, tratando de que su voz sonase

profesional.

Ella se dio la vuelta, dándole la espalda, y se quitó el jersey. Debajo no llevaba nada más que un sujetador negro. Jan levantó la vista y admiró las suaves curvas de su espalda, que tanto había echado de menos. Cerró la mano para contener las ganas de extenderla y tocar esa suavidad que se mostraba ante sus ojos.

¡Qué mala idea era estar allí encerrado con ella! Su olor ya había invadido la pequeña estancia y él aspiró con disimulo, llenándose de él. ¡Dios!

Ella se tumbó sobre la camilla, como le había indicado. Él desvió la mirada y se concentró en preparar su equipo. Sacó una nueva aguja *Round liner* del precinto y dobló la punta ligeramente para que no escupiese tinta, antes de montarla en la pistola con manos expertas, después abrió el cacharrito de tinta negra y cogió la caja de cartón de los guantes de látex...

Vaciló...

La miró a hurtadillas, allí tumbada, esperando silenciosa. Había girado la cabeza y solo podía ver parte de su mandíbula. Su pecho subía y bajaba acompasadamente. El sujetador negro resaltaba la palidez de su piel lechosa.

Con una mueca de determinación en el rostro desechó la caja de los guantes sin haber cogido ningún par. Poco profesional, desde luego, pensó con cinismo, pero no pensaba dejar pasar la oportunidad de poder acariciarla.

Se sentó en la banqueta y encendió la lámpara de mesa, colocándola de manera que enfocase el lugar donde iba a tatuar.

—Sube el brazo —le pidió.

Ella lo hizo, y la cicatriz circular se mostró ante sus ojos. ¡Cómo odiaba verla marcada de aquella manera! Acercó el dedo índice y palpó los bordes irregulares de la quemadura. A la luz de la potente lámpara pudo apreciar como se le ponía la carne de gallina.

—¿Tienes frío?

—Eh... no... no ¿Es posible? ¿La cubrirá el dibujo? —preguntó ella, clavando los ojos en los suyos.

Él apartó la mirada.

—Sí, sin problema —respondió con voz ronca, girándose para coger el gel antiséptico. Calentó el bote entre las manos unos segundos para que ella no notase el líquido frío sobre la piel, algo que nunca antes había hecho por ningún cliente. Pero Oksana no era un cliente convencional, reconoció.

Se desinfectó las manos primero y después depositó una pequeña cantidad sobre la zona donde iba el tatuaje. La frotó con delicadeza, deleitándose con su tacto. La notó tensarse. Si ella se había percatado de que él no usaba guantes no dijo nada.

Cogió el papel donde había hecho la transferencia del texto que ella le había traído.

ЯH

Se moría de ganas por saber qué significaban aquellas letras, pero como un imbécil había decidido no preguntarlo, y ella había decidido no decírselo.

Apretó el papel sobre su brazo y esperó un par de segundos. Ella había vuelto a concentrarse en la pared y parecía ignorarle. Antes había creído ver un brillo emocionado en sus ojos, cuando había entrado por la puerta del estudio, pero después, su cortesía y su imperturbabilidad le habían probado que se había equivocado. Se mostraba tan serena y tan fría... Aunque quizá pensase lo mismo de él. Él también semejaba estar calmado.

Por fuera.

Su interior era un mar de lava.

Retiró el papel y contempló la imagen. Estaba satisfecho. Había mejorado el dibujo que ella le había traído, redondeando más los bordes y creando una pequeña filigrana en los extremos de las letras. Cubría la cicatriz a la perfección.

—¿Quieres verlo antes de empezar? —le preguntó.

—No. Confío en ti —repuso ella.

No era la primera vez que escuchaba esas palabras de su boca y la profunda emoción que sintió le provocó un vuelco en el corazón. Trató de concentrarse en su trabajo. No era fácil. Con ella allí tumbada en la camilla delante de él no podía pensar con claridad.

Cogió la pistola y cargó la tinta.

Ella dio un respingo cuando sintió los primeros pinchazos desgarrando su piel.

—¿Es demasiado?

—No. No. Ha sido la sorpresa.

Él siguió trabajando, concentrado. Ya había tatuado anteriormente sobre una cicatriz y era un poco más delicado que sobre la piel limpia. Poco a poco, el color negro iba sustituyendo el azul provisional del dibujo. Jan limpiaba los restos de sangre y tinta con delicadeza con un pañuelo, mientras seguía tatuando, inmerso en su tarea. De vez en cuando, apartaba la mirada del tatuaje y la clavaba en su cara, que permanecía carente de emoción. Tenía los ojos cerrados.

Se preguntó si estaría actuando como un imbécil. Seguramente. Pero ¿de qué iba a servir hacer las cosas de otra manera? ¿Adónde les iba a llevar? Nada había cambiado entre ellos. Su situación seguía siendo la misma de hacía cuatro meses. Con dos excepciones: él la echaba todavía más de menos, y ella había conseguido rehacer su vida. Apretó los labios con amargura y siguió tatuando, tratando de ignorar la blancura de su piel, el olor de su pelo, la curva sugerente de sus senos, y sobre todo esa sensación que se le había concentrado en el estómago y que le hacía más difícil respirar.

Era un tatuaje sencillo por lo que no tardó más de quince minutos en terminarlo. Se incorporó y comprobó el resultado final con ojo crítico. A pesar de que la zona estaba un poco hinchada y enrojecida, las letras cirílicas habían quedado perfectas. Subió la vista y la miró a los ojos. Ella le observaba con una expresión vacante.

—Ya está. Déjame que te lo enseñe antes de que lo tape.

Apartó la mirada y cogió un espejo de mano. Se lo dio.

—Es... es precioso... —exclamó al verlo. Se incorporó en la camilla y giró el espejo en varias direcciones—. Es mucho más bonito que el que yo he traído. Es... perfecto.

Él se revolvió incómodo. Tampoco era para tanto. Solo eran dos letras.

—Y significa mucho para mí... —musitó ella con voz soñadora.

«¡Pregúntale qué significa! ¡Vamos! ¡Pregúntale! Este es el momento», se dijo en silencio.

No lo hizo.

Ella le devolvió el espejo al cabo de unos segundos. Parecía desencantada.

Él se apresuró a extender una capa de vaselina sobre el tatuaje y a cubrirlo con papel film. Se detuvo más de lo necesario en ello. Le rozó la parte externa de un seno con los nudillos, sin pretenderlo, y sintió una descarga eléctrica recorriéndole el brazo. La miró de soslayo, preguntándose si ella también lo habría notado. Su pálida piel acababa de adquirir una tonalidad rosada.

—Tita te dará una hoja explicativa sobre cómo cuidarlo hasta que cicatrice —recitó él las palabras que siempre les decía a todos sus clientes—. Ya puedes vestirte. Te... te espero fuera... —Se levantó, dispuesto a abandonar la habitación.

—¡Jan! —llamó ella, frenando su retirada en seco. Su voz sonaba herida.

Se detuvo, con la mano ya agarrando el picaporte. Cerró los ojos y expulsó el aire lentamente por la nariz. Tardó unos segundos en darse la vuelta, los mismos que tardó en recomponerse.

Ella se había puesto el jersey rojo, que contrastaba con sus labios y le miraba con cierto reproche.

—¿Esto es todo? —preguntó en voz baja—. ¿Esto es todo lo que ha quedado entre tú y yo? ¿Una gran mentira? Me haces daño con tu indiferencia, ¿sabes?

Él apretó los dientes.

—Sé que me sigues por las noches hasta casa y sé que eres tú el que está financiando mi vida —elevó el tono de voz.

La sorpresa asomó a su cara.

—Cas no tenía que habértelo dicho —masculló, sintiendo cómo el enfado le tensaba la espalda. ¡Maldito entrometido!

—Al menos tu hermano no miente y da la cara como un hombre.

Él rechinó los dientes, pero no dijo nada. Estaba intentando procesar lo que ella le había dicho.

—Mira, se acabó —dijo ella de repente con voz fatigada. Suspiró y se

llevó las manos a los ojos, frotándoselos con fuerza—. No puedo más, Jan. He venido aquí hoy dispuesta a todo... y lo único que he encontrado ha sido un muro. Estoy cansada de pegarme cabezazos contra ese muro. Agotada, más bien. Cuando decidas que de verdad quieres estar conmigo, ya sabes dónde encontrarme.

Acto seguido se encaminó a la puerta, agarró el picaporte que él había soltado segundos antes, la abrió y vaciló... Él la miró de reojo. Estaba a tan solo unos centímetros de distancia. Solo tenía que alargar la mano y rozaría la suya. Solo tenía que inclinarse un poco y sus cuerpos entrarían en contacto...

No lo hizo.

Ella alzó la cabeza y le miró con esos ojos translúcidos y brillantes que desde el primer día le habían robado el sueño.

—Adiós, Jan —dijo.

Y se marchó, dejándole solo. Segundos después la escuchó hablar con Tita.

Con la confusión anidando en su mente, esperó hasta que las voces fueron sustituidas por el silencio, y el sonido de la puerta de entrada cerrándose puso fin a su inesperada visita. Después se sentó en la camilla y enterró la cara entre las manos.

¿Qué cojones había pasado?

Estaba enfadado con Cas por haberle traicionado. Enfadado con Oksana por haberse presentado allí sin darle tiempo a prepararse. Y enfadado consigo mismo por no haber sabido gestionar el encuentro.

—¿Jan? —La cabeza de Tita asomó por la puerta—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Estoy bien —murmuró alzando la mirada.

Ella no pareció creerle. Entró en la habitación y se apoyó contra la pared, al lado de la puerta.

—¿Ha pasado algo con la chica? Apenas si me ha dejado que le explicase cómo tenía que cuidarse el tatuaje. Actuaba de una forma rara... como si quisiese largarse de aquí cuanto antes. —Le miró de forma inquisitiva—. ¿De verdad que no ha pasado nada?

Él dejó escapar un pequeño suspiro cansado.

—De verdad. No ha pasado nada por lo que tengas que preo... —se interrumpió de repente y la miró con los ojos entornados—. Oye, Tita... ¿Sergei podría decirme qué significa esto? —Se acercó a la mesa donde había dejado el papel con las letras cirílicas y se lo mostró.

—Pues claro —repuso ella—. Espera. —Se sacó el móvil del bolsillo y le hizo una foto al dibujo, después tecleó algo—. Ya. Se lo he mandado por wasap. No creo que tarde en contestar.

Él asintió. La curiosidad por saber qué era exactamente lo que se había tatuado y que tenía tanto significado para ella, le tenía en vilo. Quizá tuviese que ver con su bisabuela, aventuró. Ella había sido la persona más importante en la vida de Oksana, al fin y al cabo.

Un sonido como un cascabel rompió el silencio.

—Es Sergei —murmuró Tita. Y leyó el wasap entrante. Sus ojos se abrieron como platos antes de mirarle extrañada.

Jan arqueó una ceja y le hizo un gesto impaciente.

—Es tu nombre.

Frunció el ceño. ¿Cómo? ¿A qué se refería?

—¡Es tu nombre! Lo que se ha tatuado esa chica. Esas dos letras significan Jan en cirílico. ¡En serio! —insistió ella mostrándole la pantalla del móvil—. Lo dice Sergei. Mira. Pone Jan.

Se había quedado paralizado, estupefacto. Se llevó la mano a la frente, invadido por las emociones.

¡Oksana se había tatuado su nombre!

¡Él mismo le había tatuado su nombre sobre la piel!

Verdammt! ¡Qué gilipollas era!

—¿La conoces? —preguntó Tita desconcertada.

—Sí —repuso él.

—¿Quién es?

—Es... es la mujer de mi vida —susurró.

Tita le miró sin comprender.

Jan cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y una carcajada llena de desdén brotó de su pecho.

Capítulo Treinta y Siete

El cielo presentaba un color blancuzco y sucio que hacía que el mar también pareciese gris. Las nubes amenazaban lluvia. Las olas eran más grandes que de costumbre y arreciaba el viento. La playa estaba desierta y la terraza del *Crazy Coconut* también.

Dudó. No sabía si esperarla allí, a la sombra del edificio donde solía apostarse los miércoles por la noche, o si acercarse y entrar.

Se decidió por lo primero, a pesar de lo inclemente del tiempo.

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, algo nervioso, y apoyó la espalda contra la pared. Una ráfaga de viento trajo el olor a mar hasta él. Le encantaba vivir en la costa. Su hermano llevaba años cuestionándolo, dado que se había comprado la casa tan lejos de la playa, pero Jan también necesitaba la soledad y la tranquilidad que le proporcionaba vivir en la montaña. Al menos antes había pensado así. Ahora ya no estaba tan seguro.

Echaba de menos la compañía. *Su* compañía. En los últimos cuatro meses se había dado cuenta de lo que era sentirse solo de verdad.

Habían pasado tres días desde que ella había ido al estudio, y él se había comportado como un gilipollas. No había ido antes a buscarla porque primero había querido hacer algo. Algo importante. Era hombre de pocas palabras, prefería las demostraciones. Y había tardado tres días en preparar su «demostración».

Desde el mismo momento en que Tita le había dicho lo que significaba el tatuaje, había sabido lo que tenía que hacer. Lo que ella había hecho fue la última prueba que necesitaba para darse cuenta de que se había comportado como un necio. Con ese simple gesto, le había demostrado que con apenas veinte años era mil veces más fuerte que él, que sabía lo que quería y no dudaba en luchar por ello. Y él, con treinta y cuatro y muchas experiencias de todo tipo..., había resultado ser un cobarde inmaduro...

Ya no pensaba luchar más contra ella ni contra sus sentimientos. Eso se había acabado. Estaba agotado de pretender que podía seguir adelante solo,

sin ella. No sabía lo que les depararía el futuro, pero no pensaba desaprovechar ni un día más de su vida. Quizá la decisión fuese egoísta. Quizá. Pero era una decisión compartida. A medias. Lo que deseaban los dos. Y ahora que la había tomado, no tenía ni idea de qué le había impulsado a comportarse como si fuese un dios todopoderoso hacía cuatro meses, y a sentenciar las vidas de ambos, decidiendo sobre su destino, como si solo él tuviese voz en aquella ecuación. ¿Quién se había creído que era para decidir por ella, para controlar su vida?

Meneó la cabeza, pesaroso, recordando lo que le había dicho entonces: *Es lo mejor, Oksana, ¿no lo ves? Es mejor para ambos. Es mejor para ti.* ¡Qué pagado de sí mismo había estado! Y cuánta razón había tenido ella al decirle que era un cobarde. *¡Eres un cobarde! Estás dispuesto a tirarlo todo por la borda por un quizá...* Era verdad que su futuro era incierto, pero ¿qué futuro era seguro al cien por cien?

En ese instante la vio abandonar el restaurante. Llevaba una chaqueta vaquera sobre su uniforme negro y su mochila de cuero a la espalda. Se sujetó el alborotado cabello con la mano y miró al cielo con expresión preocupada, arrugando algo la nariz. Luego su mirada se dirigió a la playa.

Él se puso en movimiento. El viento arreció y le arrancó la capucha de la sudadera negra de la cabeza, dejando su cabello rubio al descubierto. No supo si fue eso lo que llamó su atención, pero de pronto ella se dio la vuelta. Se quedó quieta y le miró con serenidad. No parecía sorprendida. Se arrebujó en su chaqueta y le esperó. Él se detuvo al llegar a su lado. No dijo nada. Clavó sus ojos en los de ella. Como de costumbre su belleza le robó el habla. Transcurrieron un par de silenciosos segundos.

—Hola Oksana —dijo al fin.

—Hola Jan. —Su voz sonaba tranquila.

Una nueva ráfaga de viento hizo que la melena se le arremolinase en torno al rostro. Él no le dio tiempo a que pudiera sujetársela. Levantó la mano y cogió un par de mechones, colocándoselos detrás de la oreja. Luego se retiró con lentitud, dejando que sus dedos se deslizaran por su mejilla y su mandíbula, disfrutando con el tacto de su piel.

Ella le dejó hacer.

De nuevo el silencio volvió a reinar entre ellos. No habían dejado de mirarse ni un instante.

Entonces ella sonrió.

Y esa sonrisa le calentó por dentro y le hizo sentirse como en casa.

Le tendió la mano, con una peculiar sensación de euforia recorriéndole las venas. Ella no dudó en tomarla. Tenía los dedos fríos y el los estrechó con delicadeza. Tiró de ella, instándola a ponerse en marcha y a seguirle. Lo hizo. Se acomodó a su paso y él la condujo hasta el paseo marítimo. Estaba vacío. Eran los únicos valientes que desafiaban al temporal que comenzaba.

Caminaron despacio, de la mano, como si se encontrasen en un precioso día de primavera y el sol brillase sobre sus cabezas.

Jan la observó de reojo. Las palabras que hacía unos días le había dicho Cas resonaron en su cabeza: *Si no fueses tan terco y fueras más inteligente, estaría en tu vida y no tendrías que seguirla como un estúpido, la llevarías de la mano, a tu lado.* Sonrió internamente. A veces su puñetero hermano era tan inteligente...

—Has tardado mucho en venir a buscarme —dijo ella de pronto, sacándole de sus cavilaciones.

—Había algo que tenía que hacer primero —respondió, deteniéndose y obligándola a pararse también. Se colocó frente a ella y la miró con fijeza. Su pelo volaba en todas direcciones y él levantó el brazo y trató de sujetárselo.

—¿Qué es eso? —preguntó ella al ver el plástico que asomaba por la manga de su sudadera.

—Eso es lo que tenía que hacer antes de poder venir a buscarte.

Ella le miró con una expresión interrogante.

Él le sonrió, antes de levantarse la manga por completo y enseñarle el antebrazo y el tatuaje recién hecho que lo cubría, y que se podía leer perfectamente a pesar del papel film. Seis letras negras en cirílico, bellamente trabajadas.

Оксана

—No podía consentir que solo tú llevases mi nombre sobre la piel, ¿no crees?

Ella retrocedió un par de pasos, con las manos sobre la boca y un

brillo de sorpresa en la mirada.

—Quiero que vuelvas a casa —dijo él en voz baja sin tratar de acercarse.

Oksana le miró con los ojos muy abiertos. La calidez que brillaba en ellos le dejó sin respiración.

—Estoy harto de fingir que no me importas, que no te deseo, que no te echo de menos...

—Pues no finjas —murmuró ella con la emoción vibrándole en la voz—. Estás... guapo. Me gusta tu pelo... y tu barba —musitó.

—Y tú te has cortado el pelo —dijo él—. Estás preciosa.

Ella sonrió, y él volvió a enamorarse de ella.

—Te quiero —le dijo. Y no pudo evitar que el corazón se le expandiese en el pecho al decir aquello.

—Lo sé. —La sonrisa de ella se hizo más amplia.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre sus cabezas.

Jan dio un paso hacia delante y la sujetó por la cintura, atrayéndola hacia sí, luego se inclinó para poder besarla. Ella se puso de puntillas y se abrazó a su cuello.

—*Ya tebya lyublyu* —murmuró contra su boca.

—Lo sé —respondió él posando finalmente sus labios sobre los de ella

El viento soplaba con fuerza.

Jan cerró los ojos y disfrutó del beso y del contacto de su cuerpo, que se pegaba al suyo como si quisiera traspasarle. Le vino a la mente una imagen que había visto hacía años en un documental en televisión. La imagen de una escultura gigantesca de metal que representaba los cuerpos de un hombre y una mujer que se iban acercando, y lentamente se fundían uno en el otro hasta llegar a ser uno. Era un monumento móvil que se encontraba en Georgia, creía. En aquel entonces se había preguntado qué se sentiría al ser uno con otra persona.

Ahora lo sabía.

Las nubes se abrieron definitivamente y una lluvia torrencial se

derramó sobre ellos, empapando su beso.

Él se apartó unos milímetros y la contempló, totalmente desbordado por los sentimientos. Las gotas caían sobre su cara y ella pestañeaba para apartarlas de sus ojos y poder seguir mirándole sin interrupción. Se vio reflejado en sus pupilas, desdibujado y pequeño, pero en realidad se sentía entero y enorme, a su lado. Presa de la emoción, la abrazó con fuerza y la obligó a apoyar la mejilla en su pecho, como si quisiera que ella escuchase su corazón, latiendo furioso; como si desease que supiera que de alguna manera latía por ella.

—Podría quedarme aquí, viviendo en este abrazo para siempre — susurró conmovido.

Ella no dijo nada, pero se aferró a él con fuerza. Él alzó la barbilla y dejó que la lluvia le golpease sobre la cara, llevándose con ella todo el dolor y la incertidumbre de los últimos meses.

—¡Ven! —exclamó al cabo de unos instantes, apartándose y cogiéndola de la mano.

Ella dejó escapar un pequeño grito de sorpresa por lo brusco de su retirada, pero se aferró a él, y juntos corrieron en dirección al restaurante, donde él había dejado el coche aparcado. Para cuando llegaron estaban calados.

Se instalaron en el interior del vehículo y él la miró de reojo. Tenía la melena negra pegada a las mejillas. Gotas brillantes pendían de sus pestañas, residuos de lluvia. Estaba hermosa.

Y sonreía.

Introdujo la llave en el contacto y puso la calefacción. No hacía mucho frío pero ella temblaba y trataba de cerrarse la cazadora empapada. Se giró en el asiento y cogió la manta que siempre llevaba atrás.

—Toma —le dijo—. Quítate la chaqueta y ponte esto.

Ella tendió la mano y la cogió. Se la quedó mirando absorta unos instantes, y él se preguntó si también recordaba que esa era la manta que había utilizado aquella noche en la carretera cuando la había encontrado malherida... Parecía que había pasado un siglo de aquello y en realidad solo habían transcurrido unos meses... ¡Cuántas cosas habían sucedido en ese tiempo! Él ni siquiera se sentía como la misma persona...

Ella se quitó la chaqueta y se envolvió en la tela de cuadros.

En ese momento la canción de Elvis rompió el silencio. Jan se metió la mano en el bolsillo, buscando su móvil. La miró a hurtadillas a ver si ella se había percatado de la melodía, y descubrió que se había puesto roja. ¿Por qué? Sorprendido, miró la pantalla de su teléfono. Estaba apagado, pero la canción de Elvis seguía sonando.

Oksana se había inclinado y rebuscaba en su mochila. Finalmente encontró su móvil, que era el que sonaba con insistencia, y aceptó la llamada.

Jan esbozó una sonrisa socarrona y se llevó la mano al mentón, acariciándose la barba, divertido.

—Es para ti —le dijo ella de pronto, tendiéndole el teléfono. Seguía ruborizada—. Es Cas.

Jan tendió la mano y cogió el teléfono con un gesto extrañado.

—Dime.

—Joder, os habéis empapado allí abajo. —La voz de su hermano rebosaba buen humor.

—Eres gilipollas —repuso Jan, cerrando los ojos, sin poder evitar que una sonrisa curvase sus labios. ¡Cas era un imbécil!

—He visto tu coche aparcado desde el balcón. Y luego te he visto a ti como un adolescente enamorado esperándola. Y claro, Elisa y yo hemos cogido sitio en primera fila y hemos apostado a ver cómo reaccionaba Oksana. —Emitió una risotada—. Elisa, que es más romántica, apostaba que iba a caer rendida a tus pies... Yo esperaba que te pegase una bofetada, al menos. Creo que he perdido...

—¿Por qué no me has llamado a mi móvil?

—Suponía que no lo ibas a coger... después de ese beso...

—Voy a colgar —repuso Jan alzando la mirada al techo del coche.

—En serio, Jan. —El tono de la voz de Cas cambió—. No sabes lo que me alegra que hayas recuperado la razón, joder... Te mereces ser feliz... Y ella también...

Jan sintió una pequeña opresión en el pecho al escucharle decir eso. De reojo pudo observar que Oksana le miraba con la frente arrugada.

—Te dejo. Ya hablaremos —murmuró apresuradamente y colgó.

—¿Pasa algo? —preguntó ella mientras él le devolvía su móvil.

—No, no pasa nada. Cas quería que supiésemos que nos ha visto desde el balcón. Nada más.

Oksana no dijo nada pero sonrió, meneando la cabeza.

—Me gusta tu tono de llamada —le dijo él.

—Sé que es un poco... tonto —comenzó ella, mordiéndose el labio inferior—, pero...

—Lámame —le pidió él.

Ella le miró sin comprender.

—Lámame al móvil —insistió.

Ella no se hizo de rogar. Desbloqueó el teléfono y le llamó.

Los primeros acordes de *Can't help falling in love* llenaron el interior del vehículo, de nuevo. Ella levantó la vista y le miró a los ojos, mientras él le mostraba su móvil con una sonrisa de medio lado. Guardaron silencio durante unos segundos. La voz de Elvis los envolvió. Finalmente él cortó la llamada y ella se echó a reír. La contempló fascinado. Era la primera vez que escuchaba su risa, así, dirigida a él. Y era clara, algo ronca y contagiosa.

—¡Somos idiotas! —le dijo ella con los ojos chispeantes.

—No. Tú no —repuso él—. *Yo* soy idiota, sin duda.

Ella no dijo nada, solo le miró con la risa todavía flotando en su rostro.

—¿Vamos a casa? —preguntó él al cabo de unos segundos.

—Sí.

Capítulo Treinta y Ocho

Cuando llegaron a casa de Jan, llovía a mares. Se bajaron del coche y corrieron hacia la entrada. Una vez dentro, él fue al baño a buscar un par de toallas mientras ella colgaba la manta sobre el respaldo de una silla. Él regresó, frotándose el pelo con energía. Le tendió la otra toalla.

—¿Has comprado una televisión! —exclamó ella al ver el aparato en la estantería. Se acercó y lo observó con curiosidad mientras se secaba el pelo.

—Sí.

—Pero creía que no te gustaba ver la tele.

—Y no me gusta demasiado, pero pensé que a ti sí.

Ella se dio la vuelta y le miró. Él había dejado la toalla sobre el sofá y se había quitado la sudadera, dejando al descubierto la camiseta blanca de manga corta. Sobre su antebrazo izquierdo destacaba su nombre. Se acercó, sin poder apartar la vista de aquellas letras negras...

—¿Cuándo te lo has hecho?

—Ayer —repuso él—. Me lo hizo un amigo que es un buen tatuador.

—Es muy bonito...

—Es más bonito por lo que significa, Oksana.

Ella no pudo evitar estremecerse al escucharle decir aquello. Para ser un hombre al que no se le daban bien las palabras, como sostenía, siempre terminaba por encontrar las más apropiadas. Despegó los ojos del tatuaje y los clavó en su cara.

—Lo significa todo —le dijo ahora con voz ronca y aterciopelada, taladrándola con la mirada.

Ella levantó la mano y la posó sobre su mejilla, maravillándose con el tacto de su barba. Al contrario de lo que pudiera parecer a simple vista, era suave. Él inclinó la cabeza hacia un lado y dejó que ella le acariciase el rostro. El corazón de Oksana se desbocó al contemplar a ese hombre de

aspecto rudo entregándose a ella de esa manera.

—Sé que tenemos muchas cosas de las que hablar, Jan —musitó—. Pero ahora solo quiero que me abracés.

—*Dein Wunsch ist mir Befehl...* —susurró él, dando un paso hacia delante, sujetándola por las caderas, y atrayéndola hacia sí.

—Juegas sucio —le reprendió ella con una sonrisa en los labios, agarrándole por el talle y apoyando la mejilla sobre su pecho.

—Tus deseos son órdenes para mí. Eso he dicho —dijo, y luego, con un tono de voz más suave, añadió—: No sabes las ganas que tenía de tenerte aquí, entre mis brazos... de vuelta en casa.

—Yo también te he echado de menos, Jan..., no sabes cuánto... —Levantó la barbilla y le besó en el cuello. Los pelos de su barba le hicieron cosquillas en los labios, y su aroma, que tanto había añorado, la envolvió.

Entonces él gruñó de una manera gutural, bajó las manos y, agarrándola con firmeza por las nalgas, la levantó en el aire poniéndola a su altura. Ella se aferró a su cuello. Se miraron en silencio durante unos segundos. Ambos tenían la respiración agitada y sus bocas se encontraban a solo milímetros de distancia. A pesar de que parecía que era él el que iba a abalanzarse sobre ella de un momento a otro, fue ella la que hizo el primer movimiento. Cerró los ojos y le besó. Sin timidez. Empleándose a fondo. Utilizando sus labios, su lengua y sus dientes. Sin pudor. Él correspondió a su beso con la misma intensidad, y a ella le pareció diferente a otros besos que habían intercambiado. No solo porque su barba le resultase novedosa, sino también por su entrega. Más bien la de ambos. Era quizá la primera vez que se besaban sin que hubiera ninguna sombra acechándoles. Enterró las manos en su nuca y trató de pegarse más a él. Sintió sus manos apretando sus glúteos y enroscó las piernas en torno a su cintura, ansiosa por recibir más, por darle más...

Como si le hubiera leído los pensamientos, comenzó a andar sin dejar de besarla. Abrió los ojos y vio que se dirigían a su dormitorio. Un pequeño gemido excitado se escapó de su boca.

Una vez allí, la depositó sobre la cama y se apartó. Ella le miró con los ojos entornados, echando de menos el calor de su cuerpo. Pero él solo se había alejado para quitarse la camiseta. Lo hizo con cierta violencia, arrojándola al suelo después, dejando al descubierto la cicatriz de unos diez

centímetros de largo en el centro de su torso, por debajo de las costillas.

Oksana sintió cómo el corazón le daba un vuelco al verla. Se incorporó sobre las rodillas y alargó la mano. La rozó con delicadeza con la punta de los dedos. La cicatriz no tenía mal aspecto, apenas era una fina línea blanca con los bordes sonrosados... probablemente, según avanzase el tiempo, sería menos visible, pero lo que significaba era terrible. Jan había estado a punto de perder la vida por ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estoy bien —murmuró él, percatándose de su reacción—. Estoy perfectamente.

Ella negó con la cabeza y siguió mirando la cicatriz.

—A veces me pregunto cómo puedes siquiera mirarme a la cara... —susurró con voz queda en la que se filtraba una mezcla de vergüenza y de dolor.

—Mírame, Oksana —le ordenó—. Ha merecido la pena. Cualquier cosa merece la pena con tal de tenerte aquí conmigo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad —repuso con seriedad—. Y volvería a pasar por lo mismo mil veces. —Le sujetó las mejillas y volvió a besarla, acallando así cualquier protesta que pudiera surgir de su boca.

Ella se abrazó a él con fuerza; le acarició la espalda y se abandonó al beso. Apenas se dio cuenta de que él le desabrochaba la camisa del uniforme y se la quitaba. Después hizo lo mismo con su sujetador. Cuando sintió la cálida piel de él contra su pecho desnudo, se estremeció.

—No sabes lo que significó para mí ver mi nombre tatuado sobre tu piel —susurró él, apartándose y desviando la mirada para contemplar el tatuaje de su brazo, cubierto por el plástico.

—Ya no sabía qué más hacer para convencerte, la verdad. —La voz le salió entrecortada.

—Fui un gilipollas, Oksana. He estado tan ciego... —Apoyó la frente contra la suya y suspiró—. Pero se acabó. Se acabaron las vacilaciones.

—Lo sé.

Permanecieron un rato en silencio. Él le masajeaba la espalda con suavidad y ella no tardó en desear que fuese más osado, que volviera a

besarla, a devorarla con su boca, a acariciarla... Se ciñó a él, buscando su roce, su calor... Y él pareció entender a la perfección lo que ella necesitaba. Inclino la cabeza y la besó, al tiempo que la sujetaba por las caderas y la pegaba contra él. Notó su erección contra su vientre a través de los vaqueros de ambos y gimió excitada, arqueando la espalda y ofreciéndose a él. Él se retiró brevemente y se desembarazó de sus zapatillas y de sus vaqueros, contemplándola con una mirada depredadora que hizo que se le acelerase el pulso. Se deshizo también de sus calzoncillos... Y de pronto, allí estaba, desnudo frente a ella.

Le recorrió con la mirada febril. La mitad de su cuerpo bronceada, la otra mitad cubierta de tinta de colores. Con esos músculos firmes que al principio la habían intimidado cubiertos de una fina capa de sudor... Y, emergiendo de entre sus piernas, una erección vibrante. Sintió cómo se le endurecían los pezones y se le ponía la carne de gallina. Se lamió los labios con lentitud, impaciente por sentirle cerca y que la envolviese con su cuerpo. Sin dejar de mirarle, se sentó en la cama y se despojó de sus zapatillas, sus vaqueros, y también de sus bragas. Una sonrisa pícaro, poco común en ella, se instaló en su boca al percatarse de que la respiración de él se tornaba irregular. Se tumbó de espaldas y le invitó a unirse a ella con la mirada. Él se acercó a la cama, contemplándola de arriba abajo con los ojos brillantes por el deseo.

—¡Dios! Eres perfecta... *y mía*...

Y lentamente se acostó sobre ella, cubriendo su cuerpo con el suyo más grande, tapándola por completo. Oksana dejó escapar un suspiro al sentir su peso aplastándola contra el colchón, y toda esa cálida carne firme rodeándola. Él apoyó los antebrazos a ambos lados de su cabeza y comenzó a besarla con abandono, primero las mejillas, luego el cuello, descendiendo hasta la parte superior de sus pechos. Ella comenzó a jadear. Los pelos de su barba le hacían cosquillas allá por donde pasaban.

—*Mein Gott! Bist du wunderschön!* —exclamó él, antes de apoderarse de uno de sus endurecidos pezones con la boca. Lo mordisqueó ligeramente con sus dientes y ella dio un respingo.

—¡Jan! —gimió, excitada. La erección de él, entre sus piernas, palpité, y ella relajó los muslos y los abrió, ofreciéndose a él por completo.

Pero él ignoró la invitación y, con una parsimonia exasperante,

continuó la exploración con su boca no dejando desatendido ni un solo cachito de su piel. Cuando llegó a su abdomen lo lamió con suavidad haciéndola vibrar.

—*Bozhe moy!* —exclamó ella, retorciéndose debajo de él. Le costaba respirar y sintió cómo todo su cuerpo se tensaba.

Entonces él descendió unos centímetros más, construyendo un camino de suaves besos hasta que ella sintió su aliento sobre su sexo. Se puso rígida. Él alzó la mirada y clavó sus ojos en los de ella. Tenía las pupilas dilatadas por la excitación. Siguió mirándola mientras acortaba la distancia que los separaba. El calor invadió su vientre y echó la cabeza hacia atrás, aferrándose con las manos a la colcha. Después su lengua la rozó... y gritó.

La devoró, al igual que había hecho con su boca minutos antes.

—*Bozhe!*

Le separó los muslos con las manos para tener mejor acceso, y ella vibró al sentir sus ásperas palmas contra la suavidad de su piel. Esas manos... ¡Dios, esas manos! Pero no tuvo tiempo de recrearse con su caricia, porque él comenzó a utilizar su lengua, sus labios e incluso sus dientes para proporcionarle placer.

—Jan, Jan, Jan... —comenzó a balbucear, presa de la agitación. Notaba cómo el ardor iba creciendo dentro de ella y la humedad era cada vez más evidente. Comenzó a retorcerse, pero él la sujetó con firmeza por las caderas, no permitiendo que huyese de su íntimo beso—. No voy... a poder aguantar... más... —gimió. Trató de cogerle del pelo, de apartarle, pero él enterró la cara entre sus piernas y continuó volviéndola loca.

Solo habían pasado unos segundos cuando se le contrajo el abdomen, al tiempo que sentía como un río de lava brotaba de su interior. Se tensó. El clímax la alcanzó con fuerza. Gritó, sorprendida y sobrepasada por las sensaciones. Mientras todo su cuerpo convulsionaba, apenas se dio cuenta de que él abandonaba su posición y se tendía sobre ella, abrazándola.

—Te tengo —le susurró al oído, y al escucharle decir aquello, sintió cómo las lágrimas se desprendían de sus ojos y le rodaban por las sienes para ir a perderse en su cabello.

* * *

Jan sabía que pesaba demasiado aun así se resistió a retirarse. Era

consciente de que su orgasmo había sido arrollador y la había dejado expuesta y temblorosa. Se negaba a apartarse de ella en ese instante de vulnerabilidad. La miró con fijeza, cautivado por el tono sonrosado de su piel, por sus labios entreabiertos, por sus ojos cerrados cuyas pestañas negras proyectaban curiosas sombras sobre sus mejillas; y sobre todo por la humedad que había brotado de ellos y resbalaba hasta su pelo. No pudo resistirlo. Se acercó e hizo desaparecer las lágrimas con suaves besos.

La adoraba.

Y no pensaba volver a soltarla nunca más.

Levantó la cabeza y la descubrió mirándole con esos ojos seductores llenos de cálido afecto —más que afecto en realidad—.

—Jan. —La palabra fue casi una caricia.

—Dime.

—No, solo eso. Jan.

Él sonrió.

Ella se movió y él trató de equilibrar su peso para no aplastarla. Sin pretenderlo —o a propósito—, se restregó contra su erección, y él dejó escapar un gemido placentero. Tenía ganas de enterrarse en ella, de que su sexo le engullera y le envolviera como ya había sucedido hacía meses. De derramarse dentro de ella.

Oksana alzó los brazos y los enroscó en torno a su cuello, tirando de él hacia abajo. Sus labios se encontraron.

—Sabes a mí —susurró—. Es... estimulante. —Parecía sorprendida.

Jan volvió a besarla, excitado por su respuesta. Ella se apretó más a él, abriendo las piernas para que se acomodara entre ellas. Sintió el calor emanando de su sexo y su impaciencia por poseerla aumentó.

¡Cómo la deseaba!

Alargó el brazo y abrió el cajón de la mesilla para sacar un condón. Pero ella le detuvo con un gesto.

—No lo necesitas —murmuró—. Estoy tomando algo.

Jan giró la cabeza y la miró. Ella le contemplaba fijamente, con la respiración acelerada y todo su cuerpo temblando ansioso. Solo imaginarse que iba a poder sentirla sin ningún impedimento entre ellos hizo que su

miembro comenzase a pulsar como loco. Gruñó apreciativamente, dándole un beso rápido en los labios. Los ojos de ella refulgían anhelantes y él se preguntó si los suyos mostrarían un deseo parecido. Dejó de pensar. No era el momento. Cerró los ojos, y se deslizó dentro de ella de una sola embestida, con menos suavidad de la que le hubiera gustado.

Verdammt! Verdammt! Verdammt!

Una exclamación mezcla de rugido y jadeo emergió de su garganta. ¡Qué sensación más increíble estar envuelto por todo ese fuego vibrante! No había nada comparable a aquello.

—¡Jan! —gritó ella y él abrió los ojos para posarlos sobre su acalorado rostro.

—¿Te he hecho daño? —Le costaba hablar.

—¡No! ¡No! —murmuró entrecortadamente.

Él dejó escapar el aire que había estado conteniendo y sin dejar de mirarla comenzó a moverse, lentamente. La sensación era tan distinta y tan intensa que notó cómo le temblaban los brazos.

—Joder, Oksana... —masculló, incapaz de decir nada más coherente.

Ella balbuceó algo que no pudo entender.

Daba igual. Las palabras no eran necesarias.

Se movía sin prisa, disfrutando de toda aquella cálida fricción, entrando y saliendo de su ardiente centro; restregando todo su cuerpo contra el de ella, que temblaba debajo de él. Y en ningún momento dejó de mirarla, recreándose con cada gesto, con cada pequeño cambio en su cara. Se percató de que las aletas de su nariz se agitaban y sus labios comenzaban a temblar. Él no se detuvo ni aceleró sus movimientos. Siguió enterrándose en ella una y otra vez, sintiendo cómo el calor iba invadiendo todo su cuerpo.

Ella le abrazó por el cuello con más firmeza tratando de atraerle hacia sí, pero él se resistió. Quería llegar al final mirándola a la cara. A la cara de la mujer que significaba todo para él.

Incrementó el ritmo y la profundidad de sus embestidas, sabiendo que solo era cuestión de segundos que ella alcanzase el clímax. Hizo un esfuerzo por contenerse, por detener el orgasmo que pugnaba por desencadenarse de un momento a otro.

Esperándola.

Cuando sintió cómo ella se contraía en torno a su miembro y la escuchó gritar su nombre con voz ahogada, supo que su momento había llegado. Cerró los ojos y se abandonó a la sensación que llevaba rato intentando controlar. El orgasmo le sobrevino de manera violenta, exponiéndole como la había expuesto a ella antes. Se derramó dentro de ella, sintiéndose fuerte y débil a la vez. Poderoso y vulnerable. Dominador y dominado.

Entonces ella le sujetó la cara entre las manos y le susurró al oído:

—Ahora soy yo la que te tiene a ti.

Se estremeció mientras una última convulsión sacudía su cuerpo.

Capítulo Treinta y Nueve

Después de la intensidad de su unión se habían quedado dormidos, uno en brazos del otro, exhaustos. Pero ya hacía rato que él se había despertado. La luz crepuscular entraba por la ventana. Había dejado de llover.

Oksana yacía de lado, con el brazo sobre su estómago. Giró la cabeza y la miró. El corazón le dio un brinco en el pecho. ¿Cómo era posible que esa maravillosa mujer estuviese allí junto a él y hubiera decidido quedarse a su lado? Apenas podía creerlo.

Con cuidado para no despertarla, le apartó el brazo con suavidad y se alejó de la calidez de su cuerpo, arrepintiéndose en el acto. Pero sus necesidades no admitían demora. Fue al baño con rapidez y aprovechó para lavar los restos de su encuentro, patentes en su entrepierna. Se dio una ducha rápida. Mientras el agua caliente se derramaba sobre él, cerró los ojos y rememoró la sensación de haberse hundido dentro de ella sin ningún estorbo entre ambos. No recordaba cuándo había sido la última vez que había practicado sexo sin un preservativo de por medio; cuando era adolescente, quizá. Solo de pensar en cómo se había sentido estando dentro de Oksana volvía a excitarse. Resopló, tratando de contener el deseo que comenzaba a formarse en su interior.

Se apresuró a secarse y retornó al dormitorio. La contempló, absorto. Dormía en la misma posición que él la había dejado, de lado, con las piernas encogidas y el pelo desparramado sobre su cara. Las curvas de su pálido cuerpo destacaban sobre las sábanas de color azul marino. Se sentó en el borde de la cama, apoyó los codos sobre las rodillas y enterró la cara en las manos, exhalando un suspiro.

Tenían que hablar. Había tantas cosas pendientes entre ellos. Tantas conversaciones a medias, tanto por decidir... Y si bien la pasión los había arrastrado antes, impidiéndoles pensar, había algo que él deseaba decirle con urgencia. Quería sincerarse del todo.

La suavidad de sus manos acariciándole los hombros le hizo dar un respingo. Ella se sentó y enroscó las piernas a su talle y los brazos a su

cintura. Después apoyó la mejilla sobre su espalda.

—Te echaba de menos —musitó.

Él le acarició los brazos con suavidad.

—No me he ido a ninguna parte.

—Eso espero. —Le aferró con más fuerza—. Estos meses sin ti han sido... horribles.

Él tensó los músculos del cuello al oír la tristeza en esas palabras.

—También han sido malos para mí. —Hizo una pausa—. No sé si algún día podrás entender por qué lo hice, por qué te dejé marchar. A veces ni yo mismo lo entiendo, aunque en ese momento me pareció lo más justo para ti. —Dejó caer la cabeza hacia delante—. Sé que fui un cobarde, Oksana. Sé que no debí decidir por ti. Pero... pero la situación de aquel entonces sigue siendo la misma... Lo sabes, ¿verdad? Nada ha cambiado. —Odió la ansiedad que se reflejaba en su voz.

—Si te refieres a lo de... la ETC, lo sé. Sé que nada ha cambiado.

—Consulté con otro especialista, en Madrid. Pero su diagnóstico ha sido el mismo. No hay nada concluyente, de momento. Tengo que hacerme pruebas cada seis meses...

Ella guardó silencio, a su espalda, y él deseó poder verle la cara.

—Jan —dijo ella al cabo de un rato—. Sea lo que sea, lo afrontaremos. Juntos. Tú y yo.

Esas palabras que había ansiado escuchar le llegaron a lo más hondo de su alma. Quería ser fuerte por ella, por él, por ambos, pero si había una persona ante la que poder mostrarse vulnerable, esa era ella. Delante de Oksana podía desnudarse, exponerse de verdad. Exhaló lentamente.

—Ya sabes lo de mi entrenador y su suicidio... Fue algo espantoso, verle deteriorarse poco a poco y después ese final... En el mundillo se hablaba de ETC... —vaciló—. Hace meses, cuando el neurólogo me dijo por primera vez que los dolores de cabeza podrían tener algo que ver con lo de las peleas... me acojoné —suspiró—. Recuerdo que vine a casa y pasé toda la noche en vela intentando asimilarlo. Me convencí de que iba a morir... pronto. Creo que en todo momento he pensado así, la verdad... Y a pesar de que una parte de mí luchaba por creer que no era cierto, la otra lo había aceptado... —Hizo una pausa y la voz le salió entrecortada—. Pero

entonces... llegaste tú, y todo se volvió más claro, más posible, más tangible... más complicado también... ¿Tiene algún sentido esto que digo o suena como una locura?

Ella no respondió. Se limitó a apretarse más contra él, enterrando las manos en los músculos de su estómago.

—Pues esto es lo que te ofrezco, Oksana. Esto es lo que hay. Soy un hombre defectuoso, pero soy tuyo. No sé si tendremos un futuro largo o corto, pero el que tengamos, quiero pasarlo contigo —dijo, acariciándole los brazos—. Llámame egoísta...

—¿Egoísta? —le interrumpió. Su voz sonaba sorprendida—. No conozco hombre más generoso que tú.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

—Es posible, pero nada de lo que hayas hecho va a poder cambiar lo que pienso de ti, Jan. Nada.

Él apretó los dientes.

—En el último año he hecho... cosas de las que no me enorgullezco, pero tampoco me arrepiento...

Las caras llenas de miedo de los desgraciados a los que había amedrentado acudieron a su mente. Rebuscó en su memoria, tratando de encontrar los remordimientos que debían acompañar a esas escenas, pero no los halló.

—Hubiera podido llegar más lejos todavía —continuó con voz ronca—. Mucho más.

Ella seguía sin decir nada, pero comenzó a depositar suaves besos sobre su espalda.

—La noche de la pelea, si no hubiese estado en juego tu libertad, habría matado a Ivan, aunque hubiese tenido que hacerlo por la espalda... —dijo con un tono de voz no exento de ira. Quería que ella supiese la verdad, quién era él en realidad, la persona en la que se había convertido.

—Sin duda se merece algo peor que la muerte, Jan —murmuró al cabo de unos instantes—. Lo que les hacía a las chicas... —se le quebró la voz.

Se giró y tiró de ella con firmeza, acomodándola sobre su regazo de

medio lado. La tristeza le nublaba las facciones. Él le recorrió la espalda con las manos, con suavidad, de arriba abajo. A pesar de que ambos estaban desnudos no había ninguna connotación sexual en su caricia.

—Sabes que nunca más te va a hacer daño, ¿verdad? Ni él ni Bajram van a volver a hacerte ningún daño. Ni a ti ni a nadie más.

El tema Bajram era algo que siempre conseguía sacarle de sus casillas. Seguía en la cárcel. Ni todos los contactos del mundo habían conseguido que pudiera salir de prisión; ni él ni sus secuaces. Aparte de las chicas que iban a declarar en su contra, habían aparecido nuevos testigos de otras actividades delictivas de las que ni el propio Jan había tenido idea. Ahora no solo se le acusaba de trata de seres humanos, abusos sexuales y agresión, sino también de tráfico de estupefacientes, coacción, extorsión, soborno y otros tantos delitos más. Y muchas cabezas, incluso en las altas esferas policiales y políticas, se estaban viendo comprometidas. Estaba claro que no iba a salir de la cárcel al menos en los próximos años.

—Lo sé —murmuró ella—. No es eso, no tengo miedo. Es solo que cada vez que hablo con Olga y me entero de nuevas cosas que ese... ese... cerdo les hacía a ella y a las otras, me siento terrible —le temblaba la voz—. A fin de cuentas yo tuve suerte. —Meneó la cabeza con tristeza.

Jan cerró los ojos mortificado, depositando un suave beso sobre su frente. No podía soportar imaginar a Oksana en poder de Bajram. Cada vez que pensaba en ello le costaba respirar. Si pudiera borrar esos meses que ella había pasado en manos de ese cabrón... si solo sus caricias fuesen suficientes para eliminar cualquier rastro que las manos del otro hubiese podido dejar sobre su cuerpo...

—No te atormentes, Jan —le dijo, acariciándole la mejilla—. Esos meses horribles me parecen tan lejanos... como si todo aquello le hubiese pasado a otra persona y no a mí. Desde el mismo momento en que tú me encontraste en la carretera me convertí en alguien diferente... —suspiró, enterrando la cara en su cuello.

Jan se quedó inmóvil unos instantes, meditando sobre lo que ella acababa de decirle.

—Crees que yo te salvé, ¿verdad, *Schneewittchen*? —preguntó, besándole el cabello.

—Lo hiciste —repuso ella.

Él negó con la cabeza.

—No. Tú fuiste la que me salvó. Antes de que llegases a mi vida, estaba a punto de tirar la toalla, de rendirme..., pero entonces apareciste y me salvaste de convertirme en un monstruo.

—No eres un monstruo, Jan. —Ella levantó la cabeza y le miró.

Él enredó los dedos en su pelo.

—Solo porque tú evitaste que me convirtiese en uno.

—¡No! —exclamó ella con fiereza—. Jamás lo has sido. Eres mi príncipe azul, ¿recuerdas?

Él se echó a reír y la abrazó con fuerza, con el corazón henchido de felicidad. Qué más daba si ella pensaba que no era un monstruo. Él sabía la verdad. Sabía que todo se lo debía a ella. Le había rescatado de convertirse en un hombre amargado, en un hombre sin futuro... Había estado perdido y ella le había encontrado.

«Que crea lo que quiera. Yo sé que ella ha sido mi salvadora», se dijo.

Ignoró sus curvas que se amoldaban a su cuerpo a la perfección, despertando sus deseos más carnales, y enterró la nariz en su pelo. ¡Cómo la había echado de menos! Ese fragancia limpia y sutil, ese olor...

—Tu príncipe azul... —Esbozó una sonrisa.

—Sí. —Ella asintió con gravedad, como si estuviese convencida de que esa descripción casaba con él.

—Hace muchos años, cuando era un crío, me juré a mí mismo que me casaría con Blancanieves.

—Lo sé. Cas me lo contó.

—¡Joder! —exclamó con una ceja arqueada—. Cas es un bocazas.

El rostro de ella se iluminó con una sonrisa.

—Sí, lo es.

Jan dejó escapar una risa ahogada. Pero después se puso serio y la miró con mucha intensidad. Ella le miraba de la misma forma. Enroscó los brazos a su cuello y se pegó a su cuerpo, mientras que él la abrazaba con firmeza.

—Te quiero, Oksana —le dijo al oído—. No, no te quiero. *Te adoro...*

—*Ya tebya lyublyu*, Jan —respondió ella con voz queda.

Después, solo el silencio siguió a estas palabras, apenas interrumpido por el sonido de sus besos.

Epílogo

Diario de Oksana Novalnyova

23 de enero

Hoy es mi cumpleaños. Cumplo veintiún años. Mi querido esposo me ha regalado este diario. Me resulta curioso referirme a él como esposo aunque es una palabra que me encanta. Solo hace una semana de la boda. Una boda maravillosa e íntima, a la que solo asistieron Cas, Eli y la madre de Jan como testigos.

Me siento como en una nube.

Si alguien me hubiese dicho hace un par de años que mi vida iba a cambiar tanto no lo hubiese creído. Pero ahora estoy aquí y soy la mujer más afortunada del mundo.

Han pasado muchas cosas desde que escribí por última vez en un diario y al principio dudé. No sabía si escribir me iba a traer malos recuerdos, pero descubro que no, que puedo hablar sobre todo y que nada ha dejado una huella terrible en mí. Gracias a Jan...

Siento mucha nostalgia todavía cuando recuerdo a mi prababushka, pero sé que ella se alegraría por mí si pudiera verme ahora mismo. Todo lo que había soñado y mucho más se ha cumplido.

Sigo en la universidad. Es ya mi segundo año y estoy muy satisfecha con mis resultados. La semana que viene tengo los exámenes del primer cuatrimestre. Estoy algo nerviosa aunque Jan dice que los nervios se deben a otra cosa. Quizá. No puedo evitar sonreír como una tonta cuando pienso en ello. Sí, probablemente los nervios se deban a lo otro.

Ayer regresamos de Madrid. Hemos ido a que Jan se haga pruebas, las mismas que se hace dos veces al año. Todo está bien. Nada ha cambiado. No sabemos si las cosas empeorarán en el futuro, pero hemos aprendido a

vivir con ello y mientras estemos juntos todo irá bien. Disfrutamos cada día como si fuese el último.

Todo es perfecto.

Jan ha conseguido que me sienta valiosa e importante, algo que casi se me olvidó por un tiempo, pero que ya no voy a volver a olvidar.

Soy tan feliz, que a veces me duele. ¿Suena raro? Quizá. Pero es así. Y sé que a él le pasa lo mismo. No se cansa de repetírmelo.

¿He dicho ya que Jan es mi esposo?

Se me escapa la risa cada vez que pienso en ello.

* * *

Jan se quitó las gafas, se las metió en el bolsillo trasero de los vaqueros y se frotó el ojo izquierdo. Las secuelas de la fractura orbital habían llegado en forma de vista cansada y una pequeña pérdida de visión; nada que unas buenas gafas no pudiesen solucionar. Se apoyó en el umbral de la puerta y una sonrisa tonta le curvó los labios al verla allí sentada. Daba igual el tiempo que pasase, ella seguía produciendo ese efecto en él.

«Mi esposa».

Estuvo a punto de repetir las palabras en voz alta. Sonaban exactamente como debían sonar. Quizá solo hiciese una semana desde su boda, pero ella ya había sido su esposa con anterioridad, desde el primer momento en que había llegado a su vida no había existido otra.

Oksana, su mujer, su vida...

—Veo que ya lo has estrenado —dijo, adentrándose en la habitación.

Ella se giró algo sobresaltada y dejó caer el bolígrafo. Le miró con los ojos brillando de entusiasmo.

—Por supuesto. —Se incorporó y se acercó a él—. No he podido esperar. Tenía que plasmar sobre el papel lo feliz que me hace *mi esposo* —enfaticó.

Él soltó una carcajada, contemplándola con adoración. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta de color azul que solo resaltaba más el color de sus ojos. La cogió por el talle y, con mucha delicadeza, la elevó a su altura para poder besarla más fácilmente. Ella correspondió al beso con avidez y él no pudo evitar que su corazón se acelerase al sentir la suavidad de

su boca contra la suya. Nunca se cansaba de sus caricias ni de sus besos. Se le tensaron los músculos de los brazos cuando ella se aferró a él con más fuerza.

—¿No llevas las gafas? Estás muy sexi con ellas —le susurró a meros milímetros de sus labios.

—No quería distraerte. Sé que cuando me las pongo soy irresistible, y quería que estuvieses concentrada para lo que viene a continuación — bromeó, apartándose para poder verla mejor—. Ya he terminado.

Ella hizo una mueca llena de curiosidad y él sonrió. Llevaba un par de meses preparando *la* sorpresa. Oksana sabía lo que era, por supuesto, aunque él no había dejado que se acercase al dormitorio desde hacía semanas.

—¿Puedo verlo ya? —La excitación se filtró en su voz.

La depositó en el suelo y le acarició la mejilla.

—Sí, pero solo si cierras los ojos y no los abres hasta que yo te diga.

—¡Prometido! —exclamó con solemnidad, obedeciéndole.

Él la tomó de la mano y tiró de ella con suavidad. Ella le siguió, acomodándose a su paso. Abandonaron el dormitorio y atravesaron el pasillo. Él se detuvo frente a la puerta de la otra habitación, esa que ella había utilizado al principio cuando había llegado a su vida. La miró de soslayo. Tenía los ojos fuertemente cerrados y temblaba de emoción. Él mismo se sentía nervioso. ¿Y si no le gustaba?

«Tonterías», se dijo por enésima vez. Le iba a gustar. Le iba a encantar. Por todo lo que significaba...

Aspiró hondo y cogió el picaporte. Abrió la puerta de par en par y entró, arrastrándola tras de sí. Se situó en el centro de la habitación y la colocó a su lado, pasándole el brazo por encima de los hombros. Ella seguía con los ojos cerrados. No había hecho siquiera un intento de abrirlos. La miró con fijeza, con el corazón encogido. No quería perderse su reacción.

—Ya puedes mirar.

Ella abrió los ojos.

Jan contuvo la respiración.

Una expresión mezcla de asombro y felicidad se mostró en su rostro al recorrer la estancia con la mirada. Se llevó una mano a la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas. Parecía abrumada. Jan le cogió la otra mano y

la apretó.

—¿Te gusta? —le preguntó, volviendo la cabeza y mirando los cambios que había llevado a cabo.

Las paredes que anteriormente habían estado pintadas de blanco, ahora estaban pintadas de un lila pálido. Pegada a la pared donde antes había estado la cama ahora había una cuna blanca de generosas dimensiones, y a su lado una cómoda de tres cajones, también blanca, con un cambiador encima. Enfrente había un sillón cubierto por una manta de colores claros, y del techo pendía una lámpara con motivos infantiles. Había incluso un caballito balancín de madera junto al sillón.

—No tengo palabras, Jan... —susurró ella. Se colocó frente a él y le miró—. Es... es perfecto.

Él dejó escapar un suspiro.

—Menos mal. Si me llegas a decir que no te gusta... La verdad, he tenido un poco de ayuda. —Hizo una pausa y se rio—. Eli ha sido mi cómplice, no te voy a engañar. Cada vez que yo entraba en una de esas tiendas de bebés me sentía como un bicho raro. Y no te imaginas las caras de las dependientas. —Volvió a reír—. Tuve que acudir a ella.

Ella sonrió entre lágrimas, antes de soltarle y alejarse para inspeccionar todos los pequeños detalles. Él la siguió y la vio rozar con los dedos las cortinas de color lila y el móvil circular de pequeños animales de felpa que había colgado sobre la cuna. Acarició los animalitos con reverencia.

—Oh, Jan... —murmuró, llevándose ambas manos al pecho, incapaz de contener la emoción.

Él mismo sintió cómo se le estrechaba la garganta. La miró de arriba abajo, deteniéndose sobre su abultado vientre. Estaba en su séptimo mes de embarazo y él cada día la veía más hermosa. A veces se preguntaba cómo era posible que la vida le hubiera tratado tan bien, que hubiese sido tan magnánima con él a pesar de todos los errores que había cometido. Sí, era el hombre más afortunado del mundo.

—¿Crees que le gustará? —le preguntó. Se dio cuenta de que la voz le salía algo estrangulada, y carraspeó.

—Dudo mucho que sepa apreciar tus esfuerzos, al menos por el momento —dijo ella dándose la vuelta y mirándole—. Pero a su madre la has

hecho la mujer más feliz del mundo. Es el mejor regalo de cumpleaños que podías hacerme.

—Ven aquí —le dijo con suavidad, extendiendo la mano.

Ella se acercó y le abrazó por el talle, apoyando la cabeza en su pecho, sobre su corazón, que latía con fuerza; justo sobre el lugar donde hacía unos días se había hecho un nuevo tatuaje. Era una frase.

Mein Schneewittchen, meine Frau, mein Leben, mein Alles.

Se lo había enseñado la noche de bodas, una noche que habían pasado solos en casa... Ella había llorado al enterarse del significado de aquellas palabras: *Mi Blancanieves, mi mujer, mi vida, mi todo.*

Eso era ella para él... su mujer, su vida, su todo... y tantas otras cosas más... su salvadora, la que le había enseñado a querer, la que le había devuelto su futuro... y ahora también la madre de su hija... Estaba total e irresistiblemente loco por ella...

Cerró los ojos y la estrechó con firmeza.

—*Ya tebya lyublyu, Oksana* —susurró, dándole un beso en la frente. Y luego bajó la mano, la posó sobre su vientre y añadió—: *Ya tebya lyublyu, Clara.*

Fin

Próximamente

La culpa de Till

Un adelanto...

Prólogo

Se levantó de la silla giratoria y se estiró, tratando de desentumecer los músculos. Llevaba varias horas en la misma posición y la espalda le estaba matando. Se acercó a la ventana y contempló el exterior con una mueca desencantada. Llovía. Como todos los días desde hacía una semana. Posó los ojos sobre el cielo grisáceo. Tampoco parecía que fuese a dejar de llover en las próximas horas. Dejó escapar un suspiro. Ese tiempo le tornaba triste y melancólico. Con la mirada perdida en el pequeño y embarrado parterre que rodeaba el edificio, pensó en otro cielo, uno más azul, más luminoso, uno que llevaba años sin ver.

Lo echaba de menos.

Trató de ahuyentar de su mente las imágenes de una playa de cantos blancos rodados, y se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás. Se lo sujetó en la nuca con la mano izquierda y con los dientes cogió la goma negra que llevaba en la muñeca derecha. La utilizó para hacerse una coleta.

En ese instante la música comenzó a sonar en la habitación de al lado a un volumen más alto de lo permitido a esas horas en la residencia. Era una canción de Kylie Minogue por lo que estaba claro que la que había llegado era Antje. Su compañero de cuarto, Silvio, jamás hubiese seleccionado esa música. Él era más de bachata.

Vaciló unos instantes. Tenía un examen al día siguiente y estaba claro que con el ruido no iba a poder seguir estudiando. Por otro lado, llevaba todo

el puñetero día encerrado, repasando el temario de la asignatura que ya se sabía de memoria. No era de sus materias favoritas: Farmacología Clínica, pero el examen no era de desarrollo, era tipo test, de cien preguntas. Y él era bueno en esa clase de ejercicios. En realidad era bueno en toda clase de ejercicios, pensó con ligero sarcasmo. Se estaba dejando la piel para sacarse la carrera. Estaba en su noveno semestre; ya solo le quedaba el décimo: el *Blockpraktikum*, y los dos semestres finales de prácticas. En apenas dos años habría terminado Medicina. Y luego solo tendría que decidir la especialización. Sí, todo iba sobre ruedas.

Todo.

La canción de Kylie Minogue dio paso a una antigua canción de Katy Perry, y los recuerdos, que antes había tratado de espantar, le asaltaron. ¡Joder! Era una de las canciones que había sonado entonces...

Cerró los ojos y se mordió la cara interna de la mejilla con fuerza, hasta que el dolor físico superó al que sentía dentro cada vez que recordaba todo lo que había sucedido. Meneó la cabeza con energía no queriendo evocar las imágenes del último verano que había pasado con sus hermanos.

El verano en el que les había jodido la vida a todos.

Scheiss Song!

Se dio la vuelta, exasperado, con los puños apretados, dispuesto a ir a la habitación de al lado y decirle —no, *exigirle*— a Antje que apagase el jodido aparato de música, pero cuando estaba a punto de coger el picaporte y abrir la puerta con violencia, se detuvo de repente. Una familiar sensación de vergüenza le invadió.

«¿Qué narices le vas a decir a Antje? ¿Quita la música porque Katy Perry me trae malos recuerdos de cuando destrocé a mi familia? Patético, Till», se dijo, dejando caer la cabeza hacia delante y hundiendo los hombros.

—Sí, Till. Patético... —murmuró en voz alta, alejándose de la puerta y dirigiéndose a la cama. Se tumbó sin molestarse en quitarse las zapatillas.

Habían pasado cuatro años ya y ni sus hermanos, ni Eli, ni su madre, ni su padre —al que había acudido cuando las cosas se fueron a la mierda— le guardaban ningún rencor. Todos le habían perdonado.

Todos, excepto él mismo.

Y ni siquiera sabía si algún día podría hacerlo...

Giró la cabeza y fijó la mirada sobre la mesa en la que se encontraban los apuntes que había estado repasando antes. Otra asignatura más que con toda seguridad aprobaría con una buena nota. Otra más de muchas. A veces se le desdibujaban unas con otras: Anatomía, Ortopedia, Cirugía, Reumatología Clínica e Inmunología, Biometría Médica, Microbiología... Todas diferentes y todas tenían algo en común: no le interesaban una mierda.

Él no quería ser médico.

Cuando llegó a Hamburgo huyendo de sí mismo y de todos los errores que había cometido, se había apuntado al programa de ludópatas anónimos y se había volcado en la carrera, prometiéndose que nunca más haría algo que decepcionase a su familia, que se convertiría en alguien de quien pudiesen estar orgullosos..., que expiaría sus pecados...

Pero algunos pecados eran imposibles de expiar.

Lo de continuar estudiando medicina había sido lo lógico. Ya en España había hecho hasta segundo antes de dejarlo, así que lo más razonable fue matricularse en la misma carrera. Al principio había vivido con su padre, pero pronto se había dado cuenta de que la convivencia era complicada y se había mudado a una residencia de estudiantes más cercana a la facultad, donde residía ahora. Se había esforzado por seguir adelante con el camino que él mismo se había marcado, continuando con su terapia, sin salirse de la línea, sin desviarse ni un milímetro..., pero cuanto más tiempo pasaba más difícil le resultaba mantenerse cuerdo, viviendo una vida que no era la que deseaba vivir. Y aunque de algún modo sentía que se lo debía a su familia, a veces tenía la sensación de que le faltaba el aire, de que se ahogaba...

Como en ese momento.

La canción de Katy Perry llegó a su fin y resopló, aliviado.

«Solo es una estúpida canción», se dijo. «Nada más». Pero una mueca de amargura desfiguró sus facciones.

En ese instante, el equipo de música de Antje escupió una antigua canción de Die Fantastischen Vier, un grupo alemán de Hip Hop. ¡Joder! No había vuelto a escucharla desde que era un crío. Recordaba a sus dos hermanos cantándola, mientras él iba detrás de ellos esforzándose por imitarlos. El puñetero estribillo le llevó de regreso al pasado. A aquel día en el sótano de su casa, cuando habían celebrado que Jan se había coronado campeón regional de MMA. Habían terminado subidos a una mesa, cantando

de manera desafinada. Lo recordaba perfectamente, como si hubiese sucedido hacía solo unos días.

—Déjame verlo, Jan, déjame que lo toque —le había insistido a su hermano por enésima vez, señalando el cinturón.

Jan se había reído y se lo había tendido.

Él lo había cogido con reverencia y lo había admirado durante largo rato. Era muy ancho y pesaba mucho, más de cuatro kilos. La enorme hebilla metálica llevaba un puño troquelado y las letras CHAMPION debajo. Trató de ponérselo en torno a la cintura, pero era demasiado grande y se le escurrió hacia las caderas.

—Todavía tienes que ensanchar un poco más —le había dicho Cas, acercándose.

—¿Tú crees que yo podré ganar uno como estos?

—Pues claro —había intervenido Jan, alborotándole el pelo—. Solo tienes que entrenar mucho y en un par de años me derrotarás.

—Sí, claro —había resoplado con escepticismo. Sus hermanos mayores eran altos y fuertes, y él siempre se sentía pequeño y torpe a su lado.

—Ehhhh, pues claro que sí —había dicho Cas, dándole una palmada en la espalda.

—Golpéame. —Jan se había situado frente a él, señalándose el estómago—. Vamos, Till, pega fuerte.

Till se había quitado el pesado cinturón y se lo había dado a Cas, después, con una expresión de profunda concentración en la cara, se había enfrentado a su hermano mayor. Colocando el puño exactamente como Jan le había explicado, había cogido impulso con el brazo y lo había estrellado contra el estómago de su hermano. Había sido como golpear un muro de cemento. La mano se le había quedado entumecida.

—¡Dios mío! —había gritado Jan, dejándose caer al suelo con el rostro contraído por un fingido dolor—. Till, puño de acero, acaba de destrozarme... Nunca más podré volver a competir...

A Till le había entrado la risa. Sus hermanos siempre estaban de broma.

Entonces, en la televisión había comenzado a sonar la canción que estaba arrasando ese año, Die Da de Die Fantastischen Vier, y Cas se había subido a la mesa. Jan también lo había hecho, y entre los dos habían tirado de él y le habían colocado en el centro. Habían cantado a voz en grito.

Los había mirado con adoración... Él, de mayor, quería ser como ellos...

Gott!

Se llevó las manos a la cara y dejó escapar un gemido. Un horrible sentimiento de culpa, pesado, amargo y profundo, le atenazó la garganta. Se incorporó con brusquedad y se dirigió a la mesa, se sentó en la silla giratoria y cogió un lápiz. Comenzó a dar pequeños golpecitos con él sobre el cuaderno, mientras miraba los apuntes, absorto. La punta del lápiz golpeaba la hoja una y otra vez.

Las preguntas plasmadas sobre el papel comenzaron a desdibujarse. Las palabras se deformaron y unas letras se agolparon con otras. Empezó a sentir una singular opresión en el pecho.

«¿Qué estás haciendo con tu vida, Till?», le pareció escuchar una voz dentro de su cabeza. «¿Qué cojones estás haciendo?», volvió a repetir la misma voz con más insistencia.

Hacía ya más de un año que había dejado de acudir a las reuniones de ludópatas anónimos y no había vuelto a sentir esa ansiedad que le provocaba pensar en apostar, pero últimamente un nuevo y desconocido desasosiego le sacudía por dentro, de vez en cuando.

El lápiz percutía contra el papel cada vez con mayor rapidez, creando un extraño dibujo gris sobre la pregunta número seis, ¿o era la cinco?

«Este no eres tú, Till».

Un golpe y otro golpe.

«Tienes que hacer algo con tu vida. Tienes que tomar una decisión».

El lápiz había adquirido una velocidad meteórica, y al cabo de unos segundos el dibujo sobre la hoja se hizo tan profundo que el papel comenzó a rasgarse.

«No puedes seguir así, Till. Te estás ahogando».

La opresión en el pecho se hizo más grande.

De repente alguien desconectó el aparato de música en la habitación de al lado, convirtiendo el ruido en un silencio sepulcral. Un silencio que le explotó en los tímpanos. El sonido del lápiz golpeando el papel y su respiración acelerada se transformaron en algo ensordecedor... estruendoso.

—¡No puedo más! —gruñó con voz ronca.

Se levantó como impelido por un resorte y tiró todo el contenido de la mesa al suelo, barriéndolo con los brazos. Libros, cuadernos, bolígrafos, rotuladores, post-its, grapadora, agenda, un vaso y la lámpara... todo cayó sobre la moqueta gris.

—¡Se terminó! —farfulló con la respiración entrecortada—. Se terminó...

Acababa de comprender que era más fácil aceptarse a uno mismo que pretender ser alguien que no era.

...

Palabras y expresiones en otros idiomas

Ruso

Ya tebya lyublyu – Te quiero

Prababushka – Bisabuela

Viderzhu – Puedo soportarlo

Ya ego nenavidela! – Lo odiaba

Bozhe! – ¡Dios!

Chto delat? – ¿Qué hago ahora?

Bozhe moy! – ¡Dios mío!

Net, pozhalujsta. Ne delaj mne bolno! – ¡No, por favor, no me hagas daño!

Kakaya mechtatelnitsa! – ¡Qué ilusa!

Borsh s pampushkami – Sopa de pan y verduras (plato típico ucraniano)

Yablochnie oladji – Una especie de tortas rellenas de manzana (plato típico ucraniano)

Kakaya ya bila dura! – ¡Qué tonta era!

Durachok – Idiota (cariñoso)

Durak – Idiota

Alemán

Eismann – Hombre de hielo

“... so weiß wie Schnee, so rot wie Blut und so schwarzhaarig wie Ebenholz und ward darum Schneewittchen genannt...” – “...tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y cuyos cabellos eran tan negros como el ébano. Por todo eso fue llamada Blancanieves...”

Schneewittchen – Blancanieves

Prinzessin – Princesa

Scheisse! – ¡Mierda!

Verdammt! – ¡Maldición!

Verdamnte Scheisse! – ¡Maldita mierda!

Gott! – ¡Dios!

Ich bin hier! Du bist nicht alleine... – Estoy aquí, no estás sola

Es ist nur ein Traum... ein böser Traum – Solo es un sueño, un mal sueño

Du bist nicht alleine. Ich bin ja da... – No estás sola, yo estoy aquí

Du bist so ein riesen arschloch! – Eres un pedazo de cabrón

Gott! Es ist perfekt! Was für ein tolles Gefühl! So muss man sich im Himmel fühlen... – ¡Dios es perfecto! ¡Qué sensación más increíble! ¡Así se debe sentir uno en el paraíso!

Ich weiss Du bist nicht hier... Ich weiss Du bist nur ein Traum... aber es ist ein so schöner Traum... – Sé que no estás aquí, sé que solo eres un sueño, pero es un sueño tan bonito...

So ein Dummkopf! – ¡Menudo necio!

Gott! Sie war so wunderschön! – ¡Dios! ¡Era tan hermosa!

Ich liebe Dich – Te quiero

Du bist mein Leben – Eres mi vida

Was habe Ich getan? – ¿Qué he hecho?

Ich kann nicht! – No puedo

Dein Wunsch ist mir Befehl – Tus deseos son órdenes para mí

Mein Gott! Bist du wunderschön! – ¡Dios mío, qué preciosa eres!

Scheiss Song! – ¡Mierda de canción!

Inglés

Shit! – ¡Mierda!

The Irish Pitbull – El pitbull irlandés

Clinch – Técnica de agarre (en MMA)

Striker – Golpeador (en MMA)

Grappler – Agarrador (en MMA)

Takedown – Técnica que consiste en atacar las piernas del rival con la finalidad de derribarlo (en MMA)

Sprawl – Técnica defensiva para evitar un Takedown (en MMA)

Fuck! – ¡Joder!

Sobre la autora

Laura Sanz aprendió a leer antes que a hablar y a escribir antes que a andar. Así que después de largos años de no saber qué hacer con su vida, además de irse al extranjero y aprender idiomas, trabajar en sitios diversos y escribir compulsivamente en servilletas de bar... decidió publicar.

Todos sus libros tienen #happyending garantizado.

Actualmente vive en Madrid con su marido y sus tres gatos.

Le encanta recibir mensajes de sus admiradores y detractores. Por favor contactad con ella en laurasanzautora@gmail.com

Probablemente conteste :)

Si queréis saber más sobre ella y sus próximos lanzamientos

visitad: www.laurasanzautora.com

Además la podéis encontrar en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Si queréis suscribiros a su newsletter y recibir información relevante sobre sus libros y próximos proyectos, podéis hacerlo [aquí](#)

Otras novelas de la autora

[La chica del pelo azul](#)

[La historia de Cas \(Landvik #1\)](#)

Si os ha gustado la historia de Jan y Oksana podéis dejar un comentario. Es completamente anónimo y va a servir para que se vendan más libros y así poder seguir escribiendo más historias como esta para vosotros.

Muchas gracias.